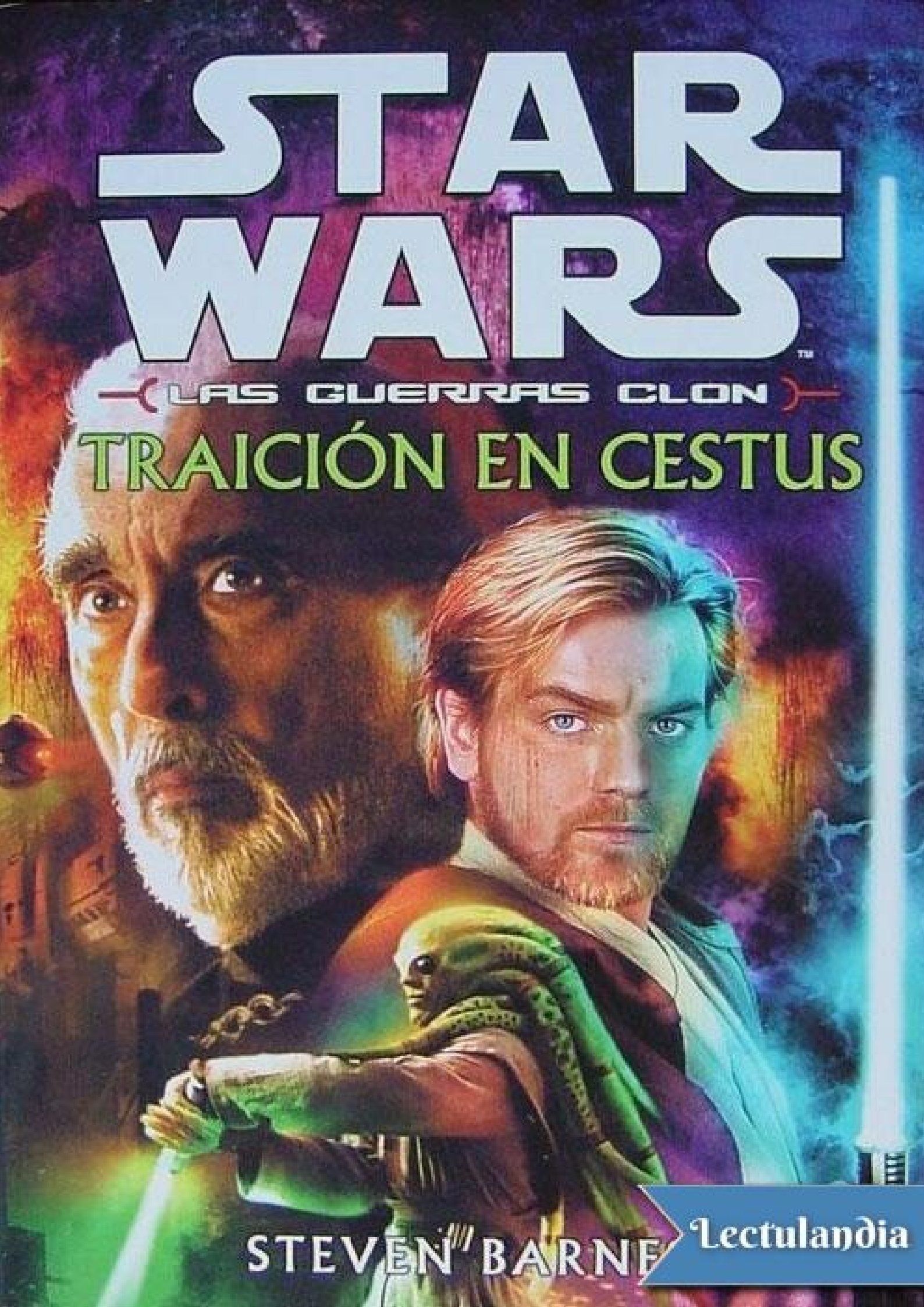


# STAR WARS™

— LAS GUERRAS CLON —

## TRAICIÓN EN CESTUS



STEVEN BARNE Lectulandia

Ord Cestus, planeta árido y casi inhóspito, fue colonizado con vistas a convertirlo en un mundo prisión, hasta que un puñado de pioneros descubrió su gran riqueza en minerales y creó una gran industria de fabricación de androides.

Hasta que estallaron las Guerras Clon, con su inevitable racionamiento de recursos y con la prohibición de la República de fabricar androides de combate, lo que dejó a Ord Cestus al borde de un inminente colapso económico.

Atrapado entre dos frentes, aquellos a los que sirve y aquellos a los que puede salvar, el Maestro Jedi Obi-Wan Kenobi debe llevar a cabo una arriesgada misión que oculta terribles engaños y traiciones...

# Lectulandia

Steven Barnes

## Traición en Cestus

LAS GUERRAS CLON

ePUB v1.0

jukogo 21.11.11

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título: Traicion en Cestus (The Cestus Deception: A Clone Wars Novel)

Autor: Steven Barnes

Coleccion: Guerras Clon

Editorial: Alberto Santos

Páginas: 297

Cronología: 21 años A.B.Y (Antes de la Batalla de Yavin)

## DRAMATIS PERSONAE

### GRUPO DE CORUSCANT:

OBI-WAN KENOBI: *Caballero Jedi (humano).*

KIT FISTO: *Maestro Jedi (nautolano).*

DOOLB CORACAL: *abogado (vippit de Nal Hutta).*

ALMIRANTE ARIKAKON BARAKA: *comandante de supercrucero (calamariano).*

LIDO SHAN: *técnica (humanoide).*

### COMANDOS CLON:

A-98, NATE: *soldado clon CAR, reclutamiento y mando.*

CT-X270, EQUISDÓS: *piloto.*

CT-36/732, EINTA: *logística.*

CT-44/444, CUÁTOR: *entrenamiento físico.*

CT-12/74, CECUATRO: *comunicaciones.*

### CESTIANOS:

TRILLOT: *jefe de banda (x'ting macho/hembra).*

FIZZIK: *pariente de Trillot (x'ting macho).*

SHEEKA TULL: *piloto (humana).*

RESTA SHUG HAI: *miembro de Viento del Desierto (x'ting hembra).*

THAK VAL ZSING: *jefe de Viento del Desierto (humano).*

HERMANO NICOS DESTINO (x'ting macho).

SKOT ONSON: *miembro de Viento del Desierto (humano).*

DEBBIKIN: *investigación (humano).*

LADY POR'&TEN: *energía (humana).*

KEFKA: *fabricación (humanoide macho).*

LLITISHI: *ventas y marketing (wrooniano).*

CAIZA QUILL: *minería (x'ting macho).*

### CORTE DE CESTUS:

G'&MAI DURIS: *Regente (x'ting hembra).*

SHAR SHAR: *ayudante de la regente Duris (zeetsa hembra).*

CONFEDERACIÓN:

CONDE DOOKU: *líder de la Confederación de Sistemas Independientes (humano).*

COMANDANTE ASAJJ VENTRESS: *comandante del Ejército Separatista (humanoide hembra).*

### **Baktoid cierra cinco plantas más**

TERMIN, METALORN. En un comunicado emitido a los accionistas, Factorías de Armamento Baktoid confirmó el cierre de cinco plantas más en el Borde Interior y en las Colonias, debido a las repercusiones negativas que han tenido las regulaciones de la República en su programa de androides de batalla.

Las plantas de Baktoid en Foundry, Ord Cestus, Telti, Balmorra y Ord Lithone se clausurarán a finales de este mes. Se calcula que 12,5 millones de empleados perderán su trabajo.

Las leyes aprobadas hace ocho años por el Senado obligaron a desmantelar las fuerzas de seguridad de la Federación del Comercio, principal consumidor de autómatas y vehículos de combate Baktoid. Posteriores restricciones en la venta de androides de combate han provocado que la compra de este tipo de productos sea prohibitivamente cara para la mayoría de la clientela de Baktoid...

# 1

Coruscant llevaba medio milenio brillando, centro de torres doradas de la corona *galáctica* de la República. Sus puentes y terrazas con arcos recordaban tiempos pasados, cuando las palabras de los líderes nunca eran demasiado grandilocuentes, ningún rascacielos demasiado espectacular, y su titánica expansión urbana proclamaba con audacia la conquista del cosmos por parte de la mente racional.

Con la llegada de las Guerras Clon, hubo quien pensó que aquellos gloriosos días pertenecían al pasado. Hablasen las holonoticias de victorias o de derrotas, resultaba demasiado fácil imaginar naves llameantes precipitándose hacia su final en cielos lejanos, el enfrentamiento entre enormes ejércitos, la muerte de incontables sueños... Era casi imposible no preguntarse si las insaciables fauces de la guerra no acabarían por engullir todo esto, el máspreciado enclave de la República. Era ésta una época donde la palabra "ciudad" no simbolizaba un logro, sino vulnerabilidad. No refugio, sino caos.

Pese a esos temores, los miles de millones de habitantes de Coruscant no perdían la fe y continuaban con su vida. Un grupo de thrantcills con el pico en forma de gancho volaba en perfecta formación de diamante por el plácido cielo azul pálido de Coruscant. Llevaban cien mil años dirigiéndose cada invierno hacia el sur, y allí iban una vez más. Sus planos ojos negros habían visto cómo la civilización había hecho retroceder de forma inexorable a la vida animal de Coruscant. Los antiguos amos del planeta tenían ahora que rebuscar en los desfiladeros de durocemento, ya que sus entornos naturales habían sido sustituidos por pantanos artificiales y bosques de permeocemento. Pero había quien afirmaba que era una época de maravillas y de seres maravillosos procedentes de cien mil planetas distintos. Una época para el optimismo, para los sueños, para la ambición desmedida.

Una época de oportunidades para quien supiera verlas.

El platillo rojo y blanco que conformaba un transporte biplaza clase Limulus atravesó el manto de nubes de Coruscant. Brillaba como una astilla de hielo plateado bajo el sol de la mañana. Se había separado en órbita del anillo de hipervelocidad, bailando en espiral al ritmo de una música hundible, y se *había* deslizado entre las esponjosas nubes para aterrizar con un suspiro suave como un beso. Uno de sus pulidos y cristalinos costados se estremeció. En él se dibujó un rectángulo que se deslizó hacia arriba. Un hombre alto y barbudo, envuelto en una túnica marrón, se asomó a la puerta y saltó desde ella, seguido por un segundo pasajero bien afeitado.

El hombre con barba era Obi-Wan Kenobi. Hacía más años de los que le apetecía contar que era uno de los Jedi más prestigiosos de la República. El segundo, un joven inquietantemente serio y con el pelo castaño claro, se llamaba Anakin Skywalker.



Pese a no haber completado su formación como Caballero Jedi, ya era conocido como uno de los guerreros más poderosos de la galaxia.

Llevaban treinta y seis horas turnándose en las tareas de vuelo y navegación, empleando sus habilidades Jedi para reducir al mínimo la necesidad de dormir y alimentarse. Obi-Wan estaba cansado, irritable y hambriento, y se sentía como si alguien le hubiera echado arena en las articulaciones. Se dio cuenta de que Anakin parecía fresco y preparado para la acción.

*El poder de recuperación de la juventud*, pensó Obi-Wan con un lamento.

Lo único que podría haberles alejado de su misión en Forscan VI era una orden de emergencia por parte del Canciller Supremo Palpatine en persona.

—Bien, Maestro —dijo Anakin—. Supongo que aquí se separan nuestros caminos.

—No sé muy bien de qué va esto —respondió el hombre—, pero prefiero que te quedes estudiando en el Templo.

Obi-Wan y Anakin siguieron bajando por la galería. En la lejanía situada debajo de ellos, se veían las calles abarrotadas por el tráfico, las pasarelas y las construcciones a nivel del suelo, ocasionalmente eclipsadas por alguna nubécula o un thrantcill perdido. La red de calles y puentes que había debajo y detrás de ellos era impresionante, pero Obi-Wan era tan consciente de la belleza como de la altura, la fatiga o el hambre. En aquel momento, su mente estaba ocupada por preocupaciones más acuciantes.

Su padawan se dirigió a él, como si pudiera leer su mente.

—Espero que no sigas enfadado conmigo, Maestro.

Ahí estaba, otro comentario sobre los actos precipitados de Anakin en Forscan VI, un planeta colonial en el borde del flujo Cron, en ese momento no afiliado a la República o la Confederación. Los agentes infiltrados de los Separatistas de Élite se habían montado un campo de entrenamiento en Forscan, y sus "prácticas" hacían estragos entre los colonos. Lo más delicado de su contraoperación era expulsar a esos agentes sin que los colonos supieran que habían recibido ayuda externa. Algo complicado. Peligroso.

No dijo Obi Wan. Pudimos contener la situación. Mi enfoque era más... comedido. Pero tú empleaste tu iniciativa habitual. Y no desobedeciste una orden directa, así que... lo calificaremos de una resolución creativa del problema, y lo dejaremos así.

Anakin suspiró aliviado. Había potentes lazos de afecto y respeto mutuo entre ellos, pero la impulsividad de Anakin había puesto a prueba su relación en el pasado. Aun así, no había duda de que el padawan recibiría la mayor recomendación por parte de Obi-Wan. Años de observación habían hecho que Obi-Wan se diera cuenta de que la aparente impetuosidad de Anakin era en realidad una comprensión profunda de una

habilidad superior.

—Tenías razón —dijo Anakin, como si la moderada respuesta de Obi Wan le concediera permiso para admitir sus propios errores—. Esas montañas no se podían atravesar. Los refuerzos de la Confederación se habrían atascado en la tormenta de nieve, pero no podía arriesgarme. Había demasiadas vidas en juego.

—Se requiere madurez para admitir los errores —dijo Obi-Wan—. Creo que será mejor que estas reflexiones queden entre nosotros. Mi informe reflejará admiración por tu iniciativa.

Los dos camaradas se miraron a los ojos, y se agarraron por los antebrazos. Obi-Wan no tenía hijos, y era poco probable que los tuviera. Pero la unión entre Maestro y padawan era un lazo tan fuerte como el lazo entre padre e hijo, y en algunos aspectos incluso más profundo.

—Buena suerte —dijo Anakin—. Da recuerdos al Canciller Palpatine.

En ese momento, un aerocoche se acercó a la acera elevada, y Anakin saltó a bordo. Luego, sin mirar atrás, desapareció en el tráfico aéreo.

Obi-Wan meneó la cabeza. El chico estaría bien. Tenía que estar bien. Si un Jedi con el talento de Anakin no podía controlar el frenesí de la juventud, ¿qué esperanza cabía para los demás?

Pero, mientras tanto, debía cavilar sobre un problema más inmediato. ¿Por qué le habían llamado de vuelta a Coruscant? Por supuesto, debía de ser una emergencia, pero... ¿qué clase de emergencia?

El lugar designado para el encuentro era el estadio deportivo T'Chuk, un anfiteatro con aforo suficiente para albergar a medio millón de espectadores. Aquí se jugaba al chinbret, el deporte más popular entre las masas de Coruscant, ante cientos de miles de admiradores enfervorecidos. Pero aquel día no había chinbretistas profesionales dando gráciles saltos por la arena. No había pikers apostados aquí y allá para devolver los servicios. No había porteros de cerúleo atuendo yendo de un lado a otro como demicots locos, sosteniendo en alto la antorcha de su equipo. Aquel día, el enorme estudio estaba vacío, despejado y reservado para alojar un tipo de evento muy diferente.

Obi-Wan contempló las gradas al salir del estrecho y reverberante pasillo. Casi todas las filas estaban tan vacías como el paisaje de Tatooine, pero había varias docenas de testigos reunidos en las cabinas. Reconoció a unos cuantos políticos de alto nivel, a algunos burócratas relevantes que no solían aparecer en público, gente de las sucursales técnicas, e incluso a algún soldado clon. El instinto y la experiencia le indicaron que se trataba de un consejo de guerra.

El caos inicial de las Guerras Clon se había estabilizado con el tiempo, adquiriendo un ritmo firme: se declararon lealtades, se firmaron alianzas. La galaxia era demasiado grande para que la guerra tocara su miríada de playas, pero siempre

había batallas rugiendo en un centenar de mundos diferentes. Aunque ese número sólo era una fracción insignificante de los miles de millones de sistemas estelares que flotaban en la galaxia, gracias a alianzas y asociaciones que databan de hacía mucho tiempo, lo que le ocurría a esos millones de seres humanos tenía potencial para afectar a otros billones.

Ya había reinos, naciones y familias víctimas de los estragos de la guerra. Esas cifras iban en aumento, y las armas eran cada vez más poderosas, por lo que la devastación podía acabar descontrolándose, desequilibrando los incontables eones de lucha que habían acabado por dar pie a una galaxia unida. La labor de mil generaciones, ¿desaparecida?

¡Jamás!

Se había trazado una línea. Los separatistas a un lado, y la República al otro. Para Obi-Wan, y para muchos otros, esa línea se había dibujado con su propia sangre. O la República sobrevivía, u Obi-Wan y todos los Jedi que habían pasado por el Templo caerían con ella. Era una ecuación sencilla.

Y la sencillez poseía el don de la claridad, y el de la fuerza.

## 2

El suelo cubierto de arena del T'chuk estaba vacío, salvo por una hembra humanoide pálida y delgada. Llevaba bata blanca y el pelo negro muy corto. Manoseaba un brillante aparato cromado con forma de reloj de arena que llamó la atención de Obi-Wan. Parecía una obra de arte radical, un órgano de boda maviniano o un mojón de colonias juzziano; pero, desde luego, no algo lo bastante peligroso como para que los Jedi se preocuparan por ello. Unas filas de patitas puntiagudas en su base parecían su única forma de desplazarse.

¿Que diantre podía ser aquello?

La técnica manipulaba el aparato, conectándolo a través de varios cables a un monitor que llevaba atado a la cintura. Igual se trataba de un androide médico avanzado.

Mientras ella le quitaba los cables al dispositivo, el público se inquietaba cada vez más. Se dio la vuelta y se dirigió a la audiencia.

Me llamo Lido Shan, y les doy las gracias por su paciencia —dijo ella, ignorando la evidente falta de la misma en el público—. Creo que estamos listos para la primera demostración —Shan hizo una pequeña reverencia y señaló con la mano la brillante estructura—. Les presento al MJ-trece. Para mostrar sus habilidades, hemos elegido un androide destructor de la Confederación, capturado en Geonosis y reconstruido según las especificaciones del fabricante original.

El MJ estaba en posición de firmes, con su acabado cristalino estéticamente más agradable que la mayoría de los androides. Era un juguete Infantil, una pieza de museo, un tema de conversación, quizás un utensilio electrónico frágil y delicado. En cambio, el androide destructor negro en forma de rueda resultaba bastante primitivo en comparación, apaleado y maltrecho, pero, aun así, tan amenazador como un acklay herido.

El androide destructor avanzó rodando con un siseo de compresión y descompresión hidráulica, dejando a su paso surcos en la arena. El modelo MJ se agachó, reluciente, mostrándose, en cierta manera, extrañamente desprotegido. Parecía casi temblar al agazaparse. La sensación de vulnerabilidad se veía aumentada por la diferencia de tamaño; el MJ era la mitad de grande que el androide de combate.

Al principio, Obi-Wan se preguntó si sólo iba a presenciar otra demostración del poder y la eficacia destructora de esos androides. Le parecía innecesario; todavía conservaba cicatrices causadas por aquellas malditas cosas. No, era una idea absurda. Palpatine no le habría hecho venir desde Forscan con una finalidad tan vana. Al cabo de un momento, el androide destructor estuvo a cinco metros del MJ, y todas sus preguntas obtuvieron respuesta.

En cuestión de segundos, el MJ se dividió en segmentos, adoptando la forma de una especie de araña. Su postura recordaba más a un herbívoro asustado que a una de esas astutas criaturas que fingen vulnerabilidad para atraer a su presa.

El androide destructor escupió fuego a su adversario. La arena se onduló cuando el MJ proyectó no un único campo de fuerza, sino una serie de discos energéticos rotativos que absorbieron los disparos sin dificultad. Eso era una sorpresa: normalmente, una máquina requería menos sofisticación para rechazar la energía que para absorberla. Eso implicaba algún tipo de capacidad avanzada o de tecnología punta. El androide de ataque siguió disparando, incapaz de comprender que su fuego a discreción era ineficaz.

Como casi todas las máquinas, era poderosa, pero estúpida.

Obi-Wan entrecerró los ojos. Había algo... Algo inusual. El MJ extendió unos tentáculos desde los extremos y desde su parte superior. De ellos salían unos pequeños garfios, y todo fue tan rápido que el androide destructor no tuvo la menor posibilidad de escapar. Y ahora, Obi-Wan, y casi todos los presentes, se inclinaron hacia delante para ver mejor cómo el androide de guerra luchaba desesperadamente por liberarse de la presa del tentáculo del MJ. Al principio, los pequeños ganchos eran gruesos y flácidos, pero fueron tornándose más y más delgados ante la mirada de Obi-Wan, envolviendo a su oponente con fibras que se afinaban hasta ser casi invisibles.

Los garfios, cientos de cables finos como la seda, se introdujeron en la carcasa del androide. Finalmente, el androide acabó por entender el peligro que corría y empezó a forcejear desesperadamente, emitiendo sonidos de angustia llenos de una vida perturbadora.

Los forcejeos del androide cesaron. Se estremeció y se quedó vibrando en el sitio hasta que intentó zafarse por última vez. Su carcasa quebrada empezó a echar humo. Entonces se dividió en varias partes, como si fuera una fruta metálica podrida. Cada una de ellas se estrelló contra la arena, echando chispas y soltando un líquido verdoso. Las piezas retumbaron contra el polvo, temblando. Un segundo después reinaban la calma y el silencio.

Por un momento, la multitud se quedó en completo silencio. Obi-Wan entendía bien por qué. La táctica había sido original; el arma, letal; el resultado, indiscutible.

—Androide contra androide —exclamó el bith con cabeza de globo que tenía al lado—. Juego de niños. No es el tipo de cosas por las que nos convocaría el Canciller.

Bajo ellos, Lido Shan se mantenía impassible.

—Les ruego indulgencia, por favor —dijo ella—. Sólo queríamos establecer un listón, un punto de referencia contra un oponente tan conocido como formidable. Este androide de combate clase cuatro ha sido neutralizado en menos de... cuarenta y dos segundos.

Detrás de Obi-Wan, el aparato de traducción de un aqualish anfibio burbujeó una pregunta.

— ¿Qué pasa con los contrincantes vivos?

La técnica asintió, como si esperara esa pregunta.

—Nuestra siguiente demostración incluye la participación de un Comando Avanzado de Reconocimiento.

En ese momento, un soldado clon, un comando con el uniforme de batalla completo y armado con un rifle láser de infantería, avanzó desde donde se hallaba escondido tras el tendido. Los comandos clon eran soldados de combate especializados. Habían sido modificados a partir de una plantilla de soldado de tropa básico para que pudieran realizar ejercicios concretos de entrenamiento. Un casco protector ocultaba sus rasgos, pero su postura denotaba agresividad contenida. Un murmullo de intranquilidad se extendió entre la multitud.

El anfibio quedó desconcertado. Yo... no quisiera ser responsable de una muerte...

La técnica clavó una mirada compasiva en el aqualish, como si hubiera anticipado sus preguntas.

No se preocupe —sus movimientos eran comedidos y relajados mientras manipulaba los mandos—. La máquina ha sido calibrada para un asalto no letal.

Aunque el pronunciamiento tranquilizó a la mayoría de los testigos, Obi-Wan se sintió todavía más inquieto. Aquel androide, con su belleza etérea y su peligrosidad no convencional, tenía algo que ver con su misión. ¿Pero el qué?

— ¿Cuál es exactamente el objetivo del soldado de asalto? —pregunto Obi-Wan.

Los labios de Lido Shan se curvaron hacia arriba.

—Pasar por encima del MJ y capturarme a mí.

La audiencia congregada la miró con incredulidad, y con algo más molesto: expectación. Sabían que estaban a punto de presenciar algo memorable. ¿Pero qué deseaban más? ¿Ver al MJ vencido o dejar con dos palmos de narices a aquella técnica odiosa?

El soldado de asalto avanzó cauteloso hasta situarse a unos veinte metros de la criatura...

Obi-Wan negó con la cabeza. ¿Cómo que "criatura"? ¿De verdad había hecho eso? ¿Había pensado "criatura" en lugar de "androide"? ¿Qué le había impulsado a hacer eso?

El soldado se llevó el láser al hombro y disparó un luminoso rayo carmesí. Los discos giratorios de absorción volvieron a aparecer, absorbiendo los rayos con un chasquido líquido.

El hecho de que el androide necesitara una pantalla de fuerza pareció tranquilizar al soldado de asalto. Hizo amago de ir a la derecha y dio una voltereta a la izquierda, levantándose para disparar de nuevo, cambiando una y otra vez de posición mientras

el androide se mantenía en su acción defensiva.

Obi-Wan abrió sus sentidos, convocando a la Fuerza. Casi podía sentir el pulso acelerado del hombre, saborear su nerviosismo, percibir cómo calculaba sus opciones mientras trazaba su red evasiva. Izquierda, derecha, izquierda... El siguiente movimiento sería a la...

Izquierda de nuevo.

Mientras el gran Jedi miraba, el MJ escupió una red de hilos gruesa como su dedo meñique, agarrando al clon indefenso en pleno salto. Era como un thrantcill herido, atrapado en la red de un mercader de musarañas. Lo había hecho en un tiempo récord. No. Era más que un récord, había sido perfecto. ¿Una clase de programación podía hacer posible semejante precisión? Obi-Wan habría jurado que aquello había sido casi precognitivo, casi...

Pero eso era imposible.

El soldado luchaba por zafarse de la red mientras el MJ le arrastraba hacia él, y sacó el láser para apuntar a la técnica. Obi-Wan centró rápidamente la mirada en la técnica; permanecía impasible. Una chispa naranja recorrió los tentáculos un instante antes de que la carga impactara en ella. El soldado se estremeció con una única sacudida brusca y violenta, clavó los talones en la arena y cayó inmóvil al suelo. El MJ tiró de él mientras un tentáculo lo incorporaba lo suficiente como para que una segunda extremidad le disparara un rayo de luz en los ojos cerrados. El MJ volvió a depositar al hombre en la arena y se quedó inmóvil.

Los espectadores se quedaron sin aliento por un instante. Entonces, el MJ recogió la red, volviéndola a meter en su cuerpo. El soldado gruñó y se apoyó sobre un costado. Después se puso de rodillas, inestable pero ileso. Otro soldado le ayudó a retirarse tras el muro del tendido.

El público aplaudió, a excepción de Obi-Wan y otro Jedi que se abrió paso entre la multitud para ponerse a su lado. Obi-Wan sintió alivio al ver la figura familiar, y que el recién llegado estaba tan a favor del aplauso como él.

Era dos centímetros más alto que Obi-Wan y tenía una piel de tonos amarillentos, así como los pegajosos tentáculos sensores del cráneo y los ojos sin párpados de un nautolano. Se trataba de Kit Fisto, veterano de Geonosis y de cien momentos clave de la historia. No sonrió ni aplaudió ante las acciones del MJ: ningún Jedi podía considerar un entretenimiento el sufrimiento de otro ser, por superficial o temporal que éste fuera. ¿Era pura coincidencia que el nautolano se encontrara allí o también lo habían convocado a él?

Kit contempló las manos de Obi-Wan, y percibió tensión en ellas.

— ¿Acaso no te agradan este tipo de demostraciones? —le preguntó.

Su voz tenía un tono sibilante incluso cuando hablaba de temas cotidianos. La superficie de los ojos negros sin párpados de Fisto estaba arremolinada. Era furia

reprimida, pero no era normal que pudiera percibirla un no nautolano.

—He visto poca consideración por el bienestar del soldado —dijo Obi-Wan.

Kit rió sin ganas.

—Los abismos de la política y los privilegios hacen que la guerra parezca algún entretenimiento lejano.

La criatura que tenían delante giró 180 grados la cabeza de globo, sin mover los hombros.

—Vamos, señor. Al fin y al cabo, sólo es un clon.

*Sólo es un clon.* De carne y hueso, sí, pero procedentes de una probeta, sólo uno mas del millón doscientos mil que nacieron sin padre que los protegiera ni madre que los llorara.

Tan solo un clon.

Obi Wan no tenía ganas de discutir. Los soldados clon resultaban extremadamente cómodos para quienes no temían morir en combate, y cuyos hijos no tendrían que tomar las difíciles decisiones de un soldado. Aquel troglodita sólo había expresado su opinión sincera.

—Excelente, excelente —dijo otro testigo, una criatura de piel curtida que lucía un ciclópeo racimo de ojos en el centro de la cabeza—. Excelente. Ya comprendo cómo se ganó el MJ la reputación que tiene en los bajos fondos.

Ambos intercambiaron una extraña mirada que picó la curiosidad de Obi Wan.

— ¿Qué reputación es ésa?

Ambos se giraron hacia la arena, fingiendo no haber oído su pregunta. Pero a Obi-Wan no se le engañaba tan fácilmente. Sintió un escalofrío de alarma. Aquello sí que ocultaba más de lo que parecía.

El de la piel curtida volvió a hablar.

—Quieres preocuparnos —dijo a Lido Shan—. Estamos dispuestos a aceptar la potencia de un dispositivo como ése. Pero..., ejem..., por fortuna, hoy tenemos Jedi entre nosotros. ¿Sería incorrecto solicitarles una demostración?

Obi Wan vio cómo docenas de ojos se posaban sobre ellos, juzgándolos, murmurando. Vio dedos, tentáculos y garras furtivas, y hubiera jurado que algunos intercambiaron créditos. ¿Apuestas sobre el resultado?

Kit Fisto se acercó a él sin mirarle.

— ¿Tú qué opinas de todo esto?

Obi-Wan se encogió de hombros.

—No tengo prisa por satisfacer su curiosidad.

—Yo tampoco —dijo Kit, y sus tentáculos vibraron como si tuvieran vida propia. A continuación se giró y se dirigió a la técnica—: Disculpe. ¿MJ-trece es algo más que una simple denominación alfanumérica?

Ahí estaba la pregunta que el propio Obi-Wan había dudado en hacer.



Una leve corriente de susurros recorrió el auditorio. La técnica se agitó inquieta.

—Oficialmente, no... —comenzó a decir.

— ¿Y extraoficialmente? —instó Obi-Wan.

La técnica se aclaró la garganta, incómoda.

—Entre contrabandistas y delincuentes —dijo—, hay gente que lo llama el *Matajedis*.

—Encantador —dijo más para sí mismo que para la audiencia, y por un momento demasiado sorprendido para responder. ¿*Matajedis*? ¿Qué era esa obscenidad?

A su lado, Kit, con su implacable máscara verde pálido, se alisó la túnica. Obi-Wan se dio cuenta de que los tentáculos de su cráneo no paraban de agitarse mientras sus ojos sin párpados se clavaban en el androide.

— ¿Qué haces? —preguntó Obi-Wan, conociendo la inevitable respuesta. De hecho, estaba casi seguro de que era el motivo por el que habían invitado a Kit: su genio y su valor eran conocidos por todos.

—Me gustaría enfrentarme a esa cosa —dijo Kit con calma letal en su voz. Luego alzó el volumen y lanzó el desafío—. ¡Técnica! Cuando quiera.

Los sensores de la cabeza del nautolano ondearon en el aire inmóvil. El androide le contempló sin reaccionar. Tras mirar una única vez a Obi-Wan, Kit se plantó en la arena de una voltereta, con un aplomo y una fluidez que sería la envidia de cualquier guardia de puntas de chinbret, aterrizando sin el menor ruido.

Se quedó a unos diez metros del MJ. Al igual que antes, el androide parecía inofensivo. El sable láser del Maestro Fisto relució en sus manos, y su hoja esmeralda se elevó desde el mango, chamuscando el aire al florecer.

El androide emitió un zumbido que fue subiendo en tono e intensidad hasta poner la piel de gallina a Obi-Wan. Se quedó inmóvil, desplazando sólo la superficie, segmentándola una vez más en configuración arácnida. Parecía estar olisqueando el aire. Su lamento insectil varió, como si se mostrara temeroso de su nuevo oponente.

Volvió a extender los tentáculos, pero esta vez los agitó de forma viscosa y peculiar. Extraña en verdad. Pese a que se mostraba flexible y alerta, ¿intentaría emplear la misma táctica que con el soldado? Puede que el androide no estuviera tan avanzado como se había temido en un principio...

Kit rechazó el primer tentáculo con un golpe de sable láser, sin dificultad y con desprecio. Obi-Wan se dio cuenta de que su atención había pasado del MJ, para centrarse en Kit, admirando la fuerza de su presencia, la claridad de sus posturas al elegir los puntos de conflicto. Kit era partidario del estilo de combate Forma I, un orgulloso...

*Un momento.*

En la mente de Obi-Wan sonaron sirenas de alarma. Algo iba terriblemente mal. Su inteligencia se esforzaba por mantenerse a la altura de su intuición. La repetición

del MJ de pautas anteriores le había hecho confiarse. *Los tentáculos sólo son un engaño. ¿Dónde estaba entonces el verdadero ataque?*

Se echó hacia delante, examinando más cuidadosamente al androide. Los pies. Tenía las espinosas extremidades clavadas en la arena. Y estaban proyectándose hacia el exterior, acechando bajo la superficie-Había más tentáculos, camuflados con otro color para parecer arena.

La cosa atacó simultáneamente en dos niveles, una estrategia que superaba a casi cualquier guerrero viviente. Y lo más perturbador era que estaba confundiendo deliberadamente a Kit, actuando en múltiples niveles de ritmo y eficacia, haciendo malabarismos con sus tácticas, haciendo que se confiara cada vez más.

Los tentáculos de la arena consiguieron llegar a unos centímetros de su objetivo antes de que Kit los percibiera. Sus ojos enormes se abrieron todavía más al ver estallar la arena. Un tallo se enredó entre sus tobillos, Intentando hacerle caer de espaldas. Otras extremidades acudieron en ayuda de la primera.

Los espectadores se quedaron atónitos al darse cuenta de que estaban a punto de ver lo impensable: ¡un simple androide venciendo a un poderoso Jedi!

Pero Kit estaba lejos de ser vencido. Se agachó y saltó hacia delante como si él también hubiera estado simulando. Giró sobre su eje vertical, como una especie de acróbata de carnaval, y aterrizó directamente sobre el MJ. Se adaptó al movimiento del MJ, cabalgándolo en lugar de luchar con él, deslizándose entre los tentáculos con un sentido del ritmo más rápido y preciso que el pensamiento consciente.

El androide no había previsto semejante asalto, pese a sus capacidades, y no pudo afrontarlo a tiempo. Soltó al Jedi y retrocedió un paso, blandiendo todos los tentáculos hacia Kit, cuyo sable láser echaba chispas. Las extremidades caían cercenadas en la arena, y las más grandes seguían latiendo, como si fueran criaturas con vida propia en lugar de miembros mutilados.

El nautolano se echó al suelo, dio una voltereta y volvió a atacar, el rostro tenso en un grito de combate.

El MJ peleó con intensidad maniaca, y Obi-Wan se preguntó: *¿Qué intentará hacer?* Los tentáculos se lanzaban una y otra vez hacia la cabeza de Kit. *¿Acaso Lido Shan no había introducido en el androide los comandos inhibidores adecuados?* De ser así, si la reluciente monstruosidad tenía alguna posibilidad de vencer, acabaría cortando al nautolano. La mano de Obi-Wan se deslizó hacia el sable láser, y sintió que se desvanecía la pesadez causada por treinta y seis agotadoras horas de viaje. Si surgía la necesidad...

Pero Kit ya estaba a la distancia de un sable láser. El androide estaba en desventaja a tan corta distancia. Ahora Kit era el depredador, y el MJ se veía reducido al papel de presa. Retrocedía, siseando, sobre sus esbeltas patas doradas, blandiendo los tentáculos, como si no pudiera procesar los datos con rapidez suficiente para

responder al heterodoxo ataque. El sable esmeralda de Kit estaba aquí, allí, en todas partes, impredecible, invencible. Los discos giratorios de energía ya no absorbían los golpes; sólo los rechazaban, y las chispas llovían en todas direcciones.

Kit se sumió en una vertiginosa sucesión de movimientos lo bastante complejos y rápidos como para desconcertar a la mirada experimentada de Obi-Wan. El sable láser del Jedi nautolano se introdujo entre los escudos energéticos, descendiendo por primera vez sobre la carcasa del MJ. El androide soltó un grito agudo de dolor. Sus relucientes patas se estremecieron.

Se desmoronó sobre la arena. Se agitó, luchando por levantarse, y a continuación cayó de lado, soltando humo y chispas.

El estadio se sumió en el silencio mientras la multitud asimilaba lo que acababa de presenciar. Era evidente que algunos de los presentes no habían visto nunca a un Jedi en todo su esplendor. Una cosa era oír historias susurradas sobre los misteriosos habitantes del Templo, y otra muy distinta presenciar con tus propios ojos esa habilidad casi sobrenatural. Al cabo de cien años, algunos seguirían contando a sus tataranietos la historia de aquella demostración.

Pero había otro aspecto de la cuestión que había pasado desapercibido a casi todos, un extraño fenómeno que se había manifestado primero con el soldado, pero que se repitió de forma todavía más pronunciada con Kit Fisto: el MJ había "adivinado" las reacciones del nautolano.

Obi-Wan sintió un amargo regusto metálico en la boca, una sensación que reconoció como el primer estadio del miedo.

— ¿Qué es esa máquina? —preguntó—. He notado que los escudos absorben, más que rechazar.

La técnica asintió.

— ¿Y eso qué le sugiere, Maestro Jedi?

—Que no está pensado para la batalla. Está diseñado para proteger su entorno incluso de los rebotes.

—Excelente —dijo ella.

—Y a juzgar por su apariencia física, yo diría que es una especie de androide de seguridad personal.

Lido Shan alzó las manos, pidiendo silencio.

—Con esto damos por concluida la demostración —dijo—. Algunos de ustedes recibirán un informe personal. El Canciller Supremo agradece su presencia aquí.

La multitud se dispersó, y algunos se pararon para felicitar a Kit. Quizá pensaron bajar para darle la mano o una palmada en la espalda, pero ninguno de esos gestos parecía apropiado ante la tensión que se dibujaba en los ojos negros sin párpados de Kit.

Obi-Wan saltó desde las gradas y dio al nautolano su túnica. Kit la cogió sin decir

palabra, y caminaron juntos hacia la salida. Obi-Wan miró de nuevo hacia la arena, donde los androides de servicio seguían aspirando aceite y fluidos. ¿Qué hubiera hecho él, Obi-Wan, de haberse enfrentado a semejante desafío? No albergaba dudas de que hubiera salido victorioso, pero al mismo tiempo se dio cuenta de que el enfoque impredecible y caótico propio del nautolano le había dado ventaja ante la máquina. Las respuestas más comedidas de Obi-Wan podrían haber sido menos efectivas.

Mientras salían, pasaron frente a unos soldados, todos sacados del mismo molde, todos con las mismas espaldas anchas, los rostros ocultos, la misma apostura militar y el mismo brillo. Atendían a su hermano vencido con sorprendente ternura, y Obi-Wan se preguntó si...

Los tentáculos del nautolano se alzaron, y Kit se giró, como si le hubiera leído la mente.

— ¿Obi-Wan?

—Por un momento me he preguntado si le conocía de antes.

-¿Y?

—Y me he dado cuenta de la tontería que es pensar eso.

— ¿Tontería? —preguntó Kit.

—Sí. Porque los conozco a todos.

Muy cierto. Pero al ver cómo cuidaban a uno de los suyos, como si no hubiera nadie alrededor, se preguntó si él o cualquiera al margen de ellos los conocía de verdad.

### 3

La sala de juntas del Canciller era alta como cuatro wookiees, con un techo de mármol soportado por enormes columnas de durocemento. Los enormes ventanales ofrecían una impresionante vista de Coruscant: enfrente, al otro lado de la avenida, estaban la embajada de Bonadan y el restaurante giratorio Skysitter. El denso bosque de durocemento daba una sensación de grandeza que impresionaba a los dignatarios del Borde Exterior, pero Obi-Wan siempre se preguntaba si no podría hacerse algo más productivo con todo ese espacio.

Un grupo de dignatarios kuatis con escamas y ojos esmeralda intercambiaban formalidades y despedidas con el Canciller y sus asistentes. Los dos Jedi permanecieron en un rincón de la estancia mientras los embajadores ejecutaban complejas reverencias ceremoniales.

Mientras esperaban, Obi-Wan se dio cuenta de que Kit parecía algo incómodo.

— ¿Te encuentras bien? —le preguntó en voz baja—. ¿Acaso el androide resultó ser demasiado peligroso para tu comodidad?

Desde que conocía a Kit siempre le había visto autocontrolarse perfectamente.

—Mi vida no gira alrededor de la comodidad —dijo el nautolano—. Aun así..., como he oído decir a los humanos, faltó un pelo.

Por raro que parezca, esas palabras indicaron a Obi Wan lo mucho que le había costado derrotar al MJ. La última afirmación resultó ser lo más revelador que le había oído decir al nautolano.

Cuando los diplomáticos salieron de la habitación, el Canciller Supremo Palpatine se dirigió por fin a ellos, con la ancha frente crispada por la preocupación y los labios apretados dibujando una finísima línea.

—Disculpen las molestias y el misterio, amigos míos —dijo—. En breve comprenderán lo necesario de ambas cosas.

—Canciller —dijo Obi-Wan, que no estaba de humor para formalidades—. ¿Va a compartir ya con nosotros el secreto del *Matajedis*?

El Canciller entrecerró los ojos.

—Admito mi sorpresa. Ni el más vil de nuestros conciudadanos puede encontrar divertido ese apodo vulgar. —Hizo una pausa reflexiva y continuó—. Por favor, permítanme una digresión para contextualizar la situación.

Palpatine les hizo un gesto para que tomaran asiento. El Canciller se situó tras el gran escritorio, y rectángulos de luz y sombra dividieron su rostro en cuadrantes. Se giró hacia la técnica de pelo corto, que había entrado silenciosamente en la habitación mientras hablaba el Canciller.

— ¿Lido Shan?

—Será un placer, señor —dijo ella—. Cuando llegó a nosotros esta máquina, la primera prioridad fue determinar exactamente por qué funcionaba de forma tan inusual. Los escaneos iniciales no dieron muchas pistas sobre el mecanismo interior, aparte de una unidad procesadora central completamente protegida.

—Y, obviamente, el procesador pasó a ser el centro de su investigación —dijo Obi-Wan.

—Obviamente —respondió Lido Shan, dejando que sus pálidos labios se curvaran en una sonrisa—. Abrir el procesador invalidaba la garantía, pero decidimos que merecía la pena.

Kit ladeó la cabeza.

— ¿Y qué encontraron?

—Por favor —dijo Lido Shan, imitando la tendencia que tenía el Canciller al discurso indirecto—. Todo a su tiempo. Empecemos por una evaluación basada en las capacidades demostradas —hizo una pausa, recobrando la compostura—. El MJ es un bioandroide sensible a la Fuerza de un tipo que hasta ahora se consideraba imposible. Hace casi un año que se venden por toda la galaxia. Se venden más rápido de lo que se fabrica, incluso a un precio exorbitante.

— ¿Sensibles a la Fuerza? —resopló Kit—. ¡Absurdo! ¿Por qué no habíamos visto antes a estos androides?

—Porque —respondió ella— son lo más exclusivo y caro que hay en androides de seguridad personal.

¿Y cuál es exactamente su precio? —preguntó Kit.

Ochenta mil créditos —dijo Shan. Hizo un gesto, y en el aire que le rodeaba se dibujó un laberinto holográfico de circuitos de androide. Pasó las manos por la estructura interna, repasando varios rasgos, y respiró hondo—. Y ahora llegamos al quid de la cuestión. El secreto de su éxito es el diseño único de su circuito viviente que incorpora elementos orgánicos en el procesador central, lo cual le permite una mayor empatía con los propietarios y una mayor agresión táctica contra los intrusos.

— ¿Circuito viviente? —preguntó Kit.

Lido Shan parecía tener casi la misma habilidad que el nautolano para no parpadear, pero Obi-Wan vio que una mucosa amarillenta cubría sus ojos por un instante, disolviéndose a continuación.

—El procesador es en realidad una unidad de soporte vital para una criatura de origen desconocido.

El holograma parpadeó, se oscureció. Apareció una imagen enroscada como una serpiente, sin ojos. Una escala comparativa dio a entender que la criatura era del tamaño del puño cerrado de Obi-Wan.

— ¿Eso da al androide sus cualidades especiales? —preguntó él.

—Sí —dijo Lido Shan—. Así lo creemos. Hicimos una petición directa de

información a los fabricantes, pero se negaron a revelar su secreto.

¿Y el fabricante es...?

—Cestus Cibernética. ¿Conocen Ord Cestus?

Obi-Wan recurrió a su memoria.

— ¿El planeta de donde procede la armadura baktoid?

—Excelente —dijo el Canciller Supremo.

Lido Shan asintió.

—Según nuestros contactos en Cestus, se trata de unos animales llamados anguilas dashta. Al parecer, estas dashta no son seres inteligentes, por tanto, estaríamos ante el primer ser no inteligente que muestra un profundo nivel de... bueno, de sensibilidad ante la Fuerza.

— ¿Anguilas dashta? —Obi-Wan miró a Kit, que negó con la cabeza.

—Posiblemente procedan de la Sierra de Dashta, en Cestus —dijo el Canciller—. Combinadas con el armamento único del MJ, proporcionan al androide una ventaja con su anticipación en combate. Lo hemos probado con varios oponentes, y el Maestro Fisto ha sido el primero en vencerlo.

Kit hizo una ligera inclinación, única señal de su regocijo.

—Por ese motivo —dijo el Canciller—, la opinión del Maestro Fisto es de un valor incalculable.

Kit Fisto apretó los labios un momento, como si no quisiera dar una respuesta desconsiderada.

—La vida siempre tendrá más armonía con la Fuerza que cualquier máquina —dijo él—. Sin embargo...

Sin embargo. La mirada rápida y preocupada del nautolano reveló sus pensamientos con tanta claridad como un grito.

— ¿Cuándo aparecieron estos *Matajedis* en el mercado? —preguntó Kit.

—Hace cosa de un año —respondió Palpatine—. Poco después del inicio de las Guerras Clon. Los numerosos contratos con la Federación de Comercio propiciaron un *boom* económico en Cestus, que se vio obligado a subcontratar a la Factoría de Armamento Baktoid. Tras la batalla de Naboo, la Federación de Comercio cortó su relación con los fabricantes, provocando el caos económico en el planeta. En su desesperación financiera, Cestus recurrió a la República, solicitando nuestra ayuda. Les hicimos un pedido considerable... —entrecerró los ojos—, pero, por desgracia, teníamos demasiados compromisos económicos y no pudimos realizar el pago con prontitud. El caos económico aumentó. Puede que hayamos juzgado mal la importancia de este pequeño planeta. —Hizo una pausa—. Lido Shan, háblales de los gabonnas. Lido Shan suspiró.

—En cuanto empezó la guerra, decidimos restringir la venta de algunas piezas técnicas de importancia. Entre ellas están los cristales de memoria de los gabonnas,

que Ord Cestus emplea en la fabricación de los prestigiosos androides de seguridad Cesta, su producto no militar más famoso antes de la línea MJ.

— ¿Y cómo desembocó eso a la situación actual? —preguntó Obi-Wan. —Fue por las restricciones —dijo Shan—. El delicado equilibrio económico de Cestus fue a peor. Los gabonnas son los únicos cristales de memoria lo bastante rápidos como para dar energía a un androide de seguridad personal de clase cinco —comentó sin inflexión en la voz, como si diera por hecho que era un dato conocido—. Casi todos los androides de combate son clase cuatro, y pueden funcionar con un *hardware* menos extremo.

El Canciller negó con su canosa cabeza.

—Cestus tuvo... mala suerte, y quizá poner tantos huevos en una sola cesta fue imprudente.

—Entiendo —dijo Obi-Wan, Kit Fisto habló por los dos.

—Entonces... la situación es bastante inestable. Cestus ya no confía en nosotros.

El Canciller asintió.

—Su tarea es doble, amigos Jedi. He consultado con el Senado y con el Consejo Jedi y hemos acordado que su misión será contactar con la regente cestiana, G'Mai Duris, y recuperar su confianza tomando las medidas necesarias para garantizar el actual orden social. Debemos traerlos de vuelta al rebaño y bloquear la producción de estos obscenos *Matajedis*.

El rostro se le torció en una mueca, como si sólo decir esas palabras le dejara mal sabor de boca.

Entonces -dijo Obi-Wan, intentando reconstruir mentalmente la línea temporal—, los cestianos consideran a la República responsable de haber provocado un caos económico en dos ocasiones. Supongo que recurrirían al Consejo de Comercio.

—Así es, e intentamos llegar a un acuerdo, llegando hasta a ofrecer un contrato militar más lucrativo.

— ¿Y? —preguntó Kit.

—Las negociaciones fracasaron.

— ¿Por qué?

—Nos dijeron que el pago debía ser por adelantado —la expresión del Canciller se volvió todavía más grave—. Algo que no podemos hacer con un contrato de esa importancia.

—Disculpe mi ignorancia en materia de negocios —gruñó Kit—, pero estoy seguro de que los cestianos saben que están flirteando con el desastre. ¿Cómo puede merecerles la pena arriesgarse tanto sólo para vender unos pocos miles de androides? —Se inclinó hacia delante, con los ojos oscuros bullendo de intensidad—. Explíquenoslo.

Lido Shan cerró los ojos un momento y habló.



—Los MJs sólo representan una fracción de la economía total de Cestus, pero se han convertido en objetos de moda, de estatus social, aumentando el valor de toda esa línea de productos.

—Obviamente hay problemas adicionales —admitió Palpatine—. La población de clase baja, que por supuesto constituye el noventa y cinco por ciento de Cestus, desciende de... ¿cómo decirlo con delicadeza? —Se quedó pensativo, pero abandonó sus esfuerzos por ser políticamente correcto—. Descienden de criminales y aborígenes sin civilizar, y heredaron las desafortunadas tendencias sociales de sus antepasados. Si no se encuentra una solución adecuada, las familias más pudientes y el Gobierno electo podrían caer en desgracia y desaparecer.

Obi-Wan asintió, pensando en que aún había muchas cosas por aclarar.

— ¿Por qué es tan grave la situación?

—Porque Cestus es un planeta relativamente desértico, que no puede sustentar a su propia población sin importar nutrientes para el suelo, alimentos, medicamentos y recursos. Cada gota de agua consumida por un colono debe ser cuidadosamente procesada.

—Entiendo.

—Los primeros MJs que aparecieron en el mercado tenían un precio exorbitante. Esto no pasó desapercibido, pero no nos pareció motivo de alarma. Y después recibimos información adicional.

— ¿Qué información? —preguntó Kit.

—Que la Confederación había hecho una oferta de compra para adquirir miles de estos androides de seguridad. Puede que decenas de miles.

Obi-Wan se quedó de piedra.

¿De tanto dinero dispone el Conde Dooku?

—Eso parece —dijo Palpatine con remordimientos visibles.

Kit Fisto entrecerró los ojos.

—Supuse que esas biomáquinas no podían producirse en masa.

—Nosotros también lo supusimos, Maestro Fisto, pero parece que nos equivocamos. No sabemos cómo, pero sí por qué.

—Los emplearán como androides de combate —dijo Kit.

*Androides de combate.* Obi-Wan frunció el ceño.

— ¿Cómo se le puede permitir eso? Está prohibido vender suministros bélicos a los Separatistas.

—Sí —dijo Lido Shan—, pero no hay leyes contra la venta de androides de seguridad a planetas de la Confederación, que es lo que técnicamente está haciendo Cestus. Al margen de que los MJs puedan convertirse en herramientas letales con sólo cambiarles el cristal de memoria.

Obi-Wan deseó que su rostro ocultara sus pensamientos, porque en aquel

momento sólo sentía consternación. La idea de que convirtieran a los bioandroides en máquinas letales era alarmante. Esas máquinas podrían contrarrestar hasta la pequeña ventaja precognitiva de que disfrutaban los Jedi en combate.

No podía permitirse.

—Hemos sabido que el Conde Dooku ofreció a Cestus sus propios gabonnas, lo cual permitiría que las cadenas de montaje reanudaran la producción. También ofreció tecnología que permitiera a Cestus dinamizar y aumentar su producción de androides y anguilas dashta.

— ¿Clonando?

—Sí. Según los rumores, disponen de una tecnología superior a la de los kaminoanos. Técnicas que crean colonias superpobladas de tejido neuronal vivo, lo cual permitiría a sus fábricas producir en masa un proceso que hasta ahora era bastante exclusivo y costoso.

—Aquellos que anteponen el beneficio a su propia libertad —dijo Kit— suelen quedarse sin ninguna de las dos cosas.

Hizo una pausa, y sus tentáculos sensores temblaron ligeramente. Quizás, al igual que Obi-Wan, imaginaba una batalla contra miles de máquinas, cada una tan peligrosa como el oponente metálico con el que había peleado en la arena del estadio T'Chuk. Una oleada terrorífica de asesinos precognitivos.

El Canciller pareció animarse al ver que los dos comprendían la situación. Lo cierto es que, en opinión de Obi-Wan, quien apenas comprendía la situación a la que se enfrentaban era el propio Canciller. Podría ser un político experto, pero Palpatine seguía siendo un ignorante en todo lo referente a la Fuerza.

Obi-Wan se sorprendió pensando en voz alta.

—Quizá lo que se necesite sea un decreto especial que prohíba a Cestus fabricar y vender estos androides.

—Pero la galaxia espera y observa mientras se promulga —dijo Kit.

Así es dijo el Canciller. La luz, de la ventana del techo dividía su rostro. Si el Consejo de Comercio obtiene el control del pequeño y preciado Cestus, nosotros quedaremos como unos abusones. Pero mientras las cosas no degeneren hasta ese punto, el Senado, el Consejo Jedi y yo preferimos seguir intentándolo por la vía diplomática.

— ¿Con un sable láser? —preguntó Kit.

El Canciller esbozó una débil sonrisa.

—Esperemos no tener que llegar a eso. Amigos míos, su misión será viajar a Ord Cestus e iniciar conversaciones formales. Pero las negociaciones serán la tapadera del otro propósito: convencer a Cestus, y de paso a los demás sistemas estelares implicados, de que el Conde Dooku es demasiado peligroso como para tratar con él.

— ¿Con qué recursos contaremos, señor? —preguntó Kit.

Y entonces, por fin, la sonrisa del Canciller se mostró segura y fuerte.  
—Con lo mejor de lo mejor.

El océano estaba tranquilo, trescientos kilómetros más abajo. Desde aquella perspectiva privilegiada y pacífica, uno nunca supondría que en las profundidades de aquellas aguas había valientes soldados batiéndose, luchando, matando. Muriendo.

De los costados de las naves de transporte de tropas brotó una corriente continua de cápsulas unipersonales, marcando la atmósfera con su ardiente descenso. Dentro de los transportes, los corredores bullían con interminables mareas de soldados uniformados. La actividad era frenética en los pasillos, como vasos sanguíneos llenos a reventar de células vivas. Los soldados no llevaban armadura de combate, sino trajes de profundidad negros y flexibles. Corrían rítmicamente, en perfecto orden, levantando rodillas e irguiendo la barbilla, dirigiéndose a su cita con el peligro, quizá con la muerte. Cada uno medía exactamente 1,78 metros, tenía el pelo corto y castaño y penetrantes ojos marrones. Su color de piel era moreno claro, con variaciones más oscuras entre quienes habían pasado más tiempo al sol. Todos los rostros eran idénticos, con cejas pobladas y narices chatas sobre bocas estrechas.

Soldados clon, todos y cada uno de ellos.

Algunos no eran soldados corrientes, aunque pocos hubieran sido capaces de distinguirlos del resto. Eran los Comandos Avanzados de Reconocimiento. Eran una pequeña fracción de todos los clones criados en los laboratorios de clonación de Kamino, y los más letales jamás creados.

Contrariamente a la creencia popular, los soldados clon estándar no eran simples guardias de asalto descerebrados o carne de cañón láser. Estaban entrenados en un amplio espectro de disciplinas militares que iban desde el combate frente a frente hasta técnicas médicas de emergencia, además de oscilar en rango de soldado raso a comandante, según fuera su rendimiento en el campo de batalla. Teóricamente, todos los soldados eran iguales, pero la experiencia y las pequeñas variaciones en las condiciones iniciales de clonación hacían que algunos fueran más iguales que otros.

Dentro de una de esas naves, la *Nexu*, corría un hombre cuya armadura detentaba el color azul del capitán. Su casco y el chip de su cuello lo designaban como un A-98, conocido como Nate entre los suyos. Aunque en otro momento y lugar había guiado a sus hermanos al combate, ahora sólo era uno de más de mil seres idénticos que corrían al trote hacia su destino.

El siguiente clon en la fila se encerró en una cápsula cilíndrica de lanzamiento, dejando a Nate la comprobación técnica en los monitores externos. Nate repasó la lista mentalmente, una lista que se sabía mejor que las arrugas de su mano derecha, y dio el visto bueno a la cápsula con un golpecito de su palma callosa en la pared del vehículo. Vio los ojos de su hermano a través del calor y del mamparo blindado. Sus

propios ojos, reflejados en los suyos.

Con un movimiento brusco, sus ojos retrocedieron, al hundirse la cápsula en la pared para llegar hasta la cinta transportadora.

Se giró, asintió al siguiente soldado de la fila y se metió en un tubo. El hombre comprobó los datos de Nate, tal y como él había hecho por el soldado que le precedía en la fila. Escuchó el golpecito contra la pared de la cápsula. Un sonido reconfortante. Por muchas lucecitas parpadeantes que tuviera, no había nada más tranquilizador que la aprobación de otro soldado.

La cápsula, que se había empleado en numerosos lanzamientos anteriores, apestaba a sudor, y no al suyo, aunque el anterior ocupante era su gemelo genético. Nate detectó restos de medicamentos antivirales diseñados para funcionar en un entorno alienígena. Inhaló profundamente, manteniendo una parte de su mente en piloto automático, mientras el resto de su ser repasaba la lista de comprobaciones de su ataúd de metal.

Ese olor. Dulce, agudo y orgánico. *Triptofagea*, supuso. La triptofagea era un medicamento empleado para prevenir las fiebres en al menos seis planetas que podía nombrar sin pensarlo. Sólo uno de ellos había sido recientemente escenario de alguna acción bélica, y supuso que eso significaba que el ocupante anterior había estado el mes precedente en Cortao.

Era consciente, a un nivel más profundo, de que esos pensamientos eran una simple distracción ante el peligro de la caída. El riesgo siempre era un factor a tener en cuenta. El miedo era el compañero constante de un soldado. No había deshonor en ello; los sentimientos de un hombre no importan. Lo que sí importaba eran sus actos. Él era uno de los pocos soldados CAR que había en la galaxia, y en lo que a él se refería, no había una vida mejor.

La cápsula se sacudió cuando comenzó a bajar por la línea de transporte. El altavoz de su casco comenzó a resonar.

—Aquí control a Soldado A-Nueve-Ocho. Tiempo estimado de lanzamiento: un minuto veinticuatro segundos.

—Un minuto veinticuatro segundos —repitió Nate, y apretó el puño en un saludo invisible—. Al cien por cien —dijo. En la jerga de los CAR significaba "perfecto".

Un minuto veinte. Unos ochenta latidos, suficientes para que mil pensamientos horribles horadaran como gusanos una mente desprevenida. Había aprendido cientos de formas de lidiar con ellos, y ninguna era mas potente que el ritual personal de la meditación de su cohorte. Se sumergió en sus cómodos pensamientos, invocando imágenes mentales de colores y formas, tal y como había hecho desde la infancia, regocijándose en la simplicidad y belleza de cada patrón geométrico. Se escuchó el pulso mientras su corazón reaccionaba, bajando a cuarenta pulsaciones por minuto. Recitó las doce palabras grabadas a fuego en su alma: "Lo importante no es con qué

pelea un hombre, sino por qué pelea."

Nate luchaba por el honor del Gran Ejército de la República y, para él, esa obligación era algo bello.

Había gente que creía que los clones no sabían apreciar la belleza, pero se equivocaban. La belleza era eficacia y funcionalidad. La belleza era tener un propósito y carecer de lo superfluo.

La mayoría equiparaba la belleza con la debilidad o la falta de utilidad.

Los soldados sabían que no era así.

*Bump.* Otra cápsula que caía. Nate se inclinó hacia la izquierda cuando la cápsula seladeó hacia la derecha, traqueteando mientras se acercaba al final de la fila.

*Bump.*

—Cincuenta segundos —advirtieron desde control.

*BUMP.* El temblor se convirtió en un sonido hueco agudo, que percibían más los huesos que los oídos. La cápsula se movía con más suavidad, y A-98 se tomó su tiempo para comprobar los datos. Hubo un abrumador momento de silencio. Aguantó la respiración, se calmó los nervios, buscando en su interior la parte de su ser que necesitaba aquello, que vivía por el momento que se acercaba.

Entonces dejó de pensar, cuando su cápsula fue expulsada desde el costado de la nave hacia el océano que tenía debajo. La aceleración lo aplastó contra las paredes del vehículo.

Nate tuvo tiempo de comprobar los visores. Este modelo de cápsula era mejor que la anterior, que lo había mantenido en la oscuridad la mayor parte del trayecto. Ésta tenía visores: uno le mostraba la vista desde el casco exterior de la cápsula, y el otro recibía alguna señal procedente del *Nexu*, lo cual le proporcionaba una perspectiva totalmente diferente.

Desde el punto de vista de la cápsula, el *Nexu* era una forma metálica gigantesca, angulosa y plana, erizada de armas y antenas, capaz de transportar veinte mil soldados o megatonnes de armas y provisiones. La eficacia llevada al límite.

Entonces dejó de ver aquella imagen, y A-98 se hundió en la atmósfera de Vandor-3.

La cápsula tembló mientras la fricción calentaba su piel a una temperatura de dos mil grados, un calor que lo habría frito instantáneamente de no ser por la pantalla de fuerza termoenergética que absorbía el calor para almacenarlo en las baterías de la cápsula.

Nate comprobó el equipo mientras se precipitaba hacia el oscuro y arremolinado océano. Los sensores le comunicaban temperatura, posición y aceleración. Los pequeños retropropulsores empleaban la energía almacenada de la cápsula para mantenerse en trayectoria.

Todo iba bien. De momento no tenía nada más que hacer. Sólo caer, luchar y

ganar. O morir.

Su estómago se agitó con repentina vibración cuando la cápsula empezó a decelerar. Los repulsores llamearon mientras los sensores le avisaban de que habían alcanzado la distancia crítica sobre el furioso oleaje.

Al cabo de treinta segundos, la cápsula volvió a bambolearse, esta vez al chocar con la superficie del agua. Las luces de la cápsula pasaron de amarillo-naranja a rojo alerta cuando algunos de los sistemas menores empezaron a chamuscarse. Ni una gota de sudor: esa clase de fallos era de esperar. Lo milagroso habría sido que todos los sistemas hubieran permanecido intactos durante todo el descenso.

Los sensores revelaron que la temperatura del casco de la cápsula descendía rápidamente: se sumergía cada vez más. Nate mordió el aparato bucal, probándolo para comprobar que la fría corriente de oxígeno vital fluía libremente. En breves instantes sería demasiado tarde para hacer ajustes. En breves instantes, empezaría el juego.

El intercomunicador chasqueó al interceptar una conversación:

—Hemos perdido a uno en el cuadrante cuatro, a otro en el cuadrante dos. ¡Manteneos con vida, chicos!

—Me parece un buen plan —murmuró él, más para sí mismo que para quien pudiera estar escuchando. Y no lloraría si moría un momento después: su propia luz de alerta comenzó a parpadear. Su cápsula tenía una avería. El agua helada empezó a filtrarse entre las fisuras, cubriéndole de tobillos a rodillas.

¡Alerta! — empezó a exclamar su sistema de emergencia —. Rotura de casco. ¡Alerta! Rotura de casco...

*Gracias por el aviso*, pensó, con todo el costado derecho completamente empapado. Bueno, reflexionó Nate amargamente, era lo que pasaba cuando se concedían los contratos a la oferta más baja.

Han entrado por tres unidades del flanco izquierdo. Iniciad procedimientos de emergencia. Se solicita permiso para terminar la operación.

— ¡Negativo! —dijo el comandante, sin el menor indicio de piedad en la voz. Nate admiraba y odiaba a la vez aquella cualidad—. Procedan hasta el objetivo.

La primera voz lo intentó de nuevo.

—Se solicita permiso para iniciar operación de rescate.

— ¡Negativo, soldado! Las unidades designadas ofrecerán fuego de apoyo. Continúen hacia el objetivo.

Al cien por cien —respondió el soldado.

La claustrofobia y los aullidos de los hombres condenados a morir habrían hundido a cualquiera, pero Nate terminó de repasar todos los controles de emergencia con la precisión de una máquina, pulsando botones y palancas mientras el agua continuaba aumentando la presión del aire, hasta que sintió que iba a explotarle la

cabeza.

La cápsula se estremeció y se sacudió, y un diodo rojo situado ante él inició una cuenta atrás. El aire siseó en su boca cuando se rompió el casco exterior y el agua engulló su mundo. La cápsula se dividió a lo largo del eje longitudinal: la parte superior se perdió en las profundidades, mientras la de abajo se transformaba en un trineo de flotación.

Cientos de sus hermanos flotaban en formación a su alrededor. Él sólo era uno más en la multitud aparentemente infinita de hombres maniobrando en las tinieblas. Hasta donde alcanzaba la vista, había Soldados nadando agarrados a sus trineos, en formación geométrica infinita.

Se agarró con fuerza al trineo y lo redirigió, feliz de recuperar el control de su destino. Sintió que le invadía una extraña satisfacción. Aquello sí que era vida para un hombre. Tener su destino en sus propias manos, rodeado de sus hermanos, escupiendo al maldito ojo de la muerte Compadecía a los tímidos seres que jamás habían experimentado esa sensación.

Cada trineo estaba equipado con una cámara en el morro que transmitía imágenes a través de una red de baja frecuencia, generando un holograma del tamaño de un puño que Nate podía girar para examinarlo desde todos los ángulos.

Las formaciones de los soldados tenían la precisión geométrica de los copos de nieve o de las piedras preciosas pulidas. No era difícil suponer que aquellos complejos y hermosos patrones se habían ensayado de antemano, pero esa hipótesis era incorrecta. La formación era simplemente el inevitable resultado de innumerables soldados respondiendo a instrucciones sencillas, implantadas en ellos durante sus intensas y truncadas infancias.

Nate dejó de fijarse en las formaciones para centrarse en sus propias tareas. Su labor se limitaba a proteger a seis soldados: los que tenía encima, debajo, a la derecha, a la izquierda, delante y detrás. Y, por supuesto, confiar en que ellos harían lo mismo por él. Si hacía eso, mantenía la distancia adecuada y los factores medioambientales eran los apropiados, las formaciones clon asumían de forma natural la posición correcta para el ataque y la defensa. Una vez en combate, otras instrucciones del núcleo producían diferentes efectos.

Se movieron atravesando las tinieblas, con luces destellando en cada trineo individual, iluminando las formas irregulares de las plantas y animales del fondo del océano. Todo era silencio, exceptuando la estática ocasional del intercomunicador en sus oídos y el ronroneo del motor del trineo. Todo iba al cien por cien y despejado.

Nate se concentró en lo que tenía entre manos, sin pensamientos sobre el pasado o el futuro que le nublaran la mente. Sus manos se agarraban con fuerza a las asas, y pataleaba en el agua, a pesar de que el trineo tenía su propia propulsión. Le encantaba la sensación que le producían los impresionantes recursos de su cuerpo. Un soldado



necesitaba resistencia infinita, una espalda sólida y músculos fuertes y potentes en el abdomen. Algunos cometían el error de creer que la verdadera fuerza de un soldado estaba en la parte superior del cuerpo. Era lo que más llamaba la atención a los civiles cuando veían a un soldado sin armadura: los fibrosos hombros y antebrazos, los dedos gruesos y toscos, sorprendentemente diestros.

Pero no, la diferencia la marcaban las piernas, capaces de soportar el doble de su propio peso en una cuesta de treinta grados a paso firme. Y su espalda, capaz de acarrear a uno de sus hermanos y llevarle a lugar seguro sin apenas esfuerzo. No, un soldado no se preocupaba por su apariencia. Lo que le importaba era el comportamiento ante el fuego.

Oyó una conversación por el intercomunicador.

—Hemos establecido contacto, flanco derecho. Es una especie de serpiente submarina o tentáculo...

¡Era el momento!

— ¡Maniobras evasivas! ¡Triangular en sector cuatro-dos-siete!

Un holograma empezó a relucir en el agua, ante sus ojos, mostrando dónde se encontraba el sector. *Bien*. Aún no había visto nada que pudiera tomarse como referencia de posición. En el momento que viera algo, su formación, su sistema de "mapa interior", se pondría en marcha, pero por el momento debía confiar en la tecnología.

Algo esperable, pero aun así perturbador, se abrió paso en su tranquilidad: el sonido del lamento de un soldado, un grito ahogado. Y entonces:

—Hemos perdido a uno.

Nate sintió la presión de la onda de agua antes de que sus ojos o los sensores revelaran una amenaza. A su alrededor, sus hermanos se dispersaban, huían. Un carnoso tentáculo terminado en copa acabó con el soldado que tenía a dos filas a la izquierda, dejando detrás una columna burbujas. Oscuras nubes se agitaron en la mirada de mil ojos de sus linternas.

Por fin pudo ver a lo que se enfrentaban, y se maldijo a sí mismo: ¿cómo podía habersele pasado? Todo el suelo oceánico estaba cubierto de deformaciones que había considerado de roca, pero que ahora resultaban ser una colonia gigante e indiferenciada de formas de vida hostiles. Había miles de millones, un arrecife que se extendía en todas direcciones a lo largo de kilómetros, una ciudad de bocas salvajes y voraces. Ni siquiera los tentáculos eran meros apéndices, sino que estaban compuestos por millones de pequeños organismos que cooperaban de alguna forma extraña para aumentar sus posibilidades de obtener sustento.

Su mente repasó miles de datos en unos segundos. *Selenoma*, concluyó. *Letal. Sólo se encuentra en un planeta, y por la galaxia que no es en este...*

Otra voz en su oído:

— ¿Cuántas cosas de éstas hay aquí?

Solo una absurdamente enorme, lo suficiente como para matarte si no te callas y cumples con tu trabajo. No ocupéis el canal. Flanco derecho... apretaos. Vigild las zonas ciegas de los demás.

No hubo más palabras, sólo acción. Los rayos de energía chispearon al atravesar el agua, liberando enormes nubes de gas que amenazaban con ensombrecer su visión.

Una vez más, su comprensión y programación instintivas demostraron no tener precio. Viendo a un solo soldado, podía calcular la posición del resto. Si podía atisbar el suelo del océano, podía adivinar el tamaño, la forma y la posición del resto de la formación y, por tanto, determinar donde, cuándo y a quién había que disparar.

Cuando un hombre era absorbido entre gritos hacia las profundidades, no dejaba un agujero irreparable en la formación: los que le rodeaban se acercaban más y seguían luchando. La criatura del suelo del océano podía ser un horror auto-regenerador, una criatura colonial sin más enemigo natural que morir de hambre, pero el Gran Ejército de la República estaba a su altura. El GER viviría por siempre, y el todo infinito era más resistente que cualquier parte individual.

— ¡Estoy solo! ¡Estoy solo!

¡Hemos perdido a otro! ¡Vigild los puntos ciegos y proteged a vuestros hermanos!

— ¡Tentáculo a las nueve! —Lo tengo cubierto.

Nada relativo a un selenoma podía considerarse rutinario, pero Nate, pese a no haberse enfrentado nunca a un reto semejante, ya sabía cómo vencerlo. Otra sofisticada conducta derivada de instrucciones sencillas. Tenía las armas láser calibradas para combate submarino. Nate apretó el gatillo en disparos cortos y controlados, yendo de derecha a izquierda, de arriba abajo, evitando los tentáculos que lo buscaban. Su cohorte de hermanos y él bailaban una melodía marcial, cortando pedazos de tentáculo hasta que el agua se convirtió en un espumarajo hirviente de trozos de selenoma.

*Somos el GER*, pensó con salvajismo, sonriendo al ver que uno de sus hermanos evitaba un tentáculo por un pelo. *No tenías ni idea de a quién te enfrentarías, ¿a que no, chupametralla, comealgas...?*

Un carnoso tentáculo lo agarró, y la adrenalina se disparó en sus venas. Las dentadas ventosas golpearon el trineo. Los faros parpadearon y se apagaron. El tentáculo masticó su traje de buceo, lanzándole bocados mientras intentaba tirar de él hacia las fauces abiertas del selenoma. El miedo aplacó sus ansias de combate, y él lo bloqueó instantáneamente. *¿Qué había dicho Jango? Deja atrás los miedos, donde tienen que estar. Y ahora, haz saltar en mil pedazos todo lo que se ponga en tu camino. Lo harás bien.*

Se había repetido esas palabras miles y miles de veces, y nunca las había

necesitado tanto como en ese momento.

El tentáculo apretó con fuerza suficiente para romperle las costillas a un hombre corriente y hacerle papilla la columna vertebral. Pero los soldados no eran hombres corrientes. Nate respiró hondo. El aire inhalado transformó su pecho en duracero, capaz de resistir mientras él pudiera aguantar la respiración. Nate podía aguantar la respiración durante casi cuatro minutos, como cualquier soldado.

Pero, claro, cuando se viera obligado a exhalar el aire, sus costillas se quebrarían y el selenoma destrozaría y devoraría en la oscuridad su cuerpo maltrecho. Pero ahora no podía preocuparse por eso. Se negó a pensar en la posibilidad de fracaso. En vez de eso, sacó el rifle y apuntó, disparando ráfagas cortas y controladas hasta que el tentáculo le soltó.

El agua se tornó negra.

— ¡Retirada! —gritó la voz en su auricular. No sabía si se trataba de una orden general o dirigida sólo a los que estaban en su onda, pero daba igual. Nadó hacia arriba, atravesando las turbulentas aguas. A su alrededor flotaban pedazos de selenoma y trozos de otras cosas que no tenía intención de inspeccionar de cerca. Quizás en los inevitables sueños que tendría luego.

El fondo del océano ascendió a su encuentro. Faltaban metros para que pudiera hacer pie, y Nate nadó y después se arrastró hasta la superficie. Ahora era el quien tiraba del trineo, y no al revés.

Nate sí; arrancó la boquilla de los labios y jadeó mientras las olas rompían a su alrededor. Aún no se había recuperado del todo. Miró a uno y Otro lado y vio a sus hermanos exhaustos, todavía meciéndose entre las olas, a cientos, arrastrando su equipo tras ellos. Se tumbó boca arriba, escupiendo agua y contemplando el cielo plateado con fatiga paralizadora.

Las nubes se apartaron. Un aerodeslizador con forma de disco bajó Untando hasta la playa, erizada de armamento. Nate cerró los ojos y apretó los dientes. Sabía perfectamente lo que vendría a continuación.

—Vamos, seguid avanzando —les gritó el almirante Baraka—. El ejercicio acabará sólo cuando yo lo diga.

La nave de Baraka siguió recorriendo la playa, repitiendo lo mismo Una y otra vez. Dos soldados que estaban junto a Nate escupieron agua. Miraron hacia arriba y negaron con la cabeza.

— ¿Que sigamos avanzando? —dijo uno, alucinado—. Ya me gustaría ver lo rápido que arrastraría él su cuerpo de haber tenido que vencer a *un* selenoma.

—Yo daría el rancho de una semana por saberlo —murmuró Nate.

— ¿Cuántos nos hemos salvado? —preguntó el otro.

—Los suficientes —dijo Nate, y se puso en pie, recogiendo sus cosas y echando a andar por la playa—. Más que suficientes.

— ¡Seguid avanzando! —exclamaba Baraka desde su posición en el aerodeslizador—. ¡El ejercicio no ha concluido! Repito, el ejercicio no ha concluido...

El almirante Arikakon Baraka era un calamariano anfibio. Los calamarianos tenían ojos saltones y membranas entre los dedos, la piel color salmón y un carácter tranquilo que hacía que sus oponentes los subestimaran. Pero el clan guerrero de los calamarianos no tenía rival, y Baraka contaba con excelentes hombres entre sus filas. No estaba especialmente a favor de los clones, pero estar dentro de los enormes y protectores brazos de la República tenía un precio. En cierto modo, los clones tenían una ventaja: no había necesidad de reclutar civiles o vagabundos. Le permitía tener un ejército compuesto exclusivamente de profesionales.

Baraka apoyaba de todo corazón la idea de tener estrategias experimentados y profesionales que complementaran el entrenamiento teórico de los kaminoanos. Después de todo, a la hora de la verdad, los de Kamino eran clones, no guerreros. Baraka había conseguido cicatrices en cientos de batallas. ¿Era necesario que se extinguiera todo ese conocimiento sólo porque el Canciller quisiera más poder? ¡Jamás! La concentración y la experiencia eran básicas para un soldado: "La marea retrocede, el remolino se apaga, el krakana se acobarda. Ése es el poder de un individuo concentrado." El filósofo calamariano Toklaer escribió esas palabras mil años antes, y seguían teniendo la misma validez.

Por eso, seres como el almirante Baraka acudían a Vandor-3, el segundo planeta deshabitado del sistema estelar de Coruscant, uno de los muchos mundos casi deshabitados donde se realizaban operaciones rutinarias de entrenamiento de clones. Los soldados clon eran enviados para trabajar codo con codo con soldados nativos en cientos de sistemas distintos. No eran malos soldados, y, de hecho, admiraba su capacidad para soportar el dolor y su insaciable apetito por entrenarse.

Destinado a ser soldado profesional desde la cuna, al igual que su padre y su abuelo antes que él, Baraka temía que el nacimiento del ejército clon supusiera el fin de una tradición que había durado una docena de generaciones.

Su sargento y piloto eran ambos soldados clon, otros dos humanos de anchas espaldas y piel morena. Bajo sus cascos tenían el mismo rostro achatado que los que se arrastraban por la arena bajo ellos.

—Los cálculos indican que habrá una mortalidad del uno coma siete por ciento en estas maniobras —dijo el sargento.

—Excelente —respondió el almirante Baraka.

*Los clones son más baratos de regenerar que de entrenar*, pensó. Incluso él se sentía apabullado por la frialdad de ese razonamiento, pero fue incapaz de sentir el más mínimo atisbo de culpabilidad. Por toda la playa, sólo se veían cientos, miles, de soldados saliendo a trompicones de entre las olas, dejando rastros húmedos, como

crustáceos malheridos. Eran el sueño hecho realidad de un oficial de mando: un producto completamente uniforme con el que poder planear campañas con precisión matemática. Ningún comandante en la historia había sabido exactamente cómo iban a reaccionar sus tropas. Hasta ahora.

Pero, aun así..., había algo que incomodaba a Baraka. ¿Era la idea de quedarse obsoleto? ¿O era algo más, algo más perturbador aún que se resistía a ser etiquetado?

No supo decirlo. El almirante Baraka tenía la vaga impresión de que la falta de respeto por la dignidad y el precio de los clones hacía que esas cualidades degeneraran en su persona, pero no podía evitarlo.

— ¡Seguid avanzando! ¡Seguid avanzando! —gritó en el micrófono—. Este ejercicio no ha concluido. Repito, no ha concluido hasta que el objetivo haya sido tomado...

Siguió volando, contemplando los cascos de su piloto y su sargento, que se miraban entre sí. Si no hubieran sido entrenados de forma tan exacta, probablemente el desdén que sentía por ellos haría que le odiaran. Dada la presión a la que los sometía, unos soldados de tipo inferior le habrían quemado vivo encantados.

Pero, por supuesto, no los soldados clon.

En lo que a carne de cañón láser se referían, eran lo mejor.

Una vez concluido el día de maniobras, Nate se recostó agradecido en el suelo del transporte que lo llevaba a él y a cincuenta de sus hermanos de vuelta a los barracones. Vandor-3 era el ejercicio de entrenamiento más intenso que había soportado. Según los rumores, la tasa de mortalidad se había acercado a un máximo del dos por ciento. Pero él no lamentaba esa estadística. Nate comprendía perfectamente el viejo axioma: "Cuanto más sudas en el entrenamiento, menos sangrarás en el combate."

Tanto él como los demás estaban heridos y maltrechos. Algunos seguían temblando por los efectos secundarios de la subida de adrenalina. Otros mascaban palitos antiestrés. Había uno o dos sentados con las piernas cruzadas y los ojos cerrados. Algunos dormían, y unos pocos charlaban en voz baja, repasando los acontecimientos del día.

Para el espectador casual, todos eran iguales, pero los clones notaban las diferencias: las cicatrices, el bronceado, los matices en el lenguaje corporal debido a distintos entrenamientos, las variaciones en las entonaciones vocálicas debidas a diferentes estaciones de servicio, cambios en el olor por las dietas. Daba igual que todos hubieran comenzado sus vidas en vientres idénticos artificiales. Sus condicionamientos y experiencias eran distintos de un millón de pequeñas maneras, y eso generaba diferencias tanto en el rendimiento como en la personalidad.

Se asomó a uno de los ventanales laterales, que daba a una de las ciudades de las afueras de la capital de Vandor-3. Era una pequeña localidad industrial, alguna clase de planta petrolífera, rodeada por kilómetros cuadrados de terreno árido y desértico. Era aquí donde se habían construido los barracones, una ciudad temporal edificada exclusivamente para alojar y entrenar a cincuenta mil soldados.

Los barracones eran módulos diseñados para ser montados y retirados rápidamente, y él llevaba instalado allí una semana, esperando a que le llegase el turno de acudir a los entrenamientos.

Los soldados clon que ya habían sufrido el trance no les decían ni palabra sobre los rigores que les esperaban. Él había visto las heridas de ventosa que tenían, pero los soldados que habían sobrevivido al selenoma guardaban silencio cuando se acercaba un soldado sin la banda indicativa de Vandor-3. Cualquier advertencia previa degradaría sin remedio la experiencia. Para alguien ajeno, una advertencia habría sido un gesto de amabilidad, pero los soldados sabían que el conocimiento previo disminuía la seriedad y el estrés emocional del ejercicio y, por tanto, reducían futuras posibilidades de supervivencia.

El transporte los dejó frente a un enorme edificio gris prefabricado que albergaba

aproximadamente a unos tres mil de los cincuenta mil soldados de la ciudad.

Nate sacó a rastras sus cosas de la nave y atravesó los pasillos flotando en una nube de cansancio, saludando con la cabeza en gesto cómplice a los soldados que llevaban la banda, soldados que lo aplaudían, vitoreaban o saludaban en reconocimiento de lo que acababa de pasar. Antes ellos sabían, y él no. Ahora sí sabía. Eso era todo.

Cogió un turboascensor hasta el tercer piso, contando las filas de literas hasta llegar a la suya. Nate soltó las cosas en el suelo, junto a su cama, se quitó la ropa y caminó pesadamente hacia la ducha.

Se contempló en las pulidas superficies al pasar. Carecía de la vanidad de los hombres corrientes, pero era muy consciente de la máquina que era su cuerpo, y siempre estaba alerta a la menor señal de que algo no iba bien, estaba fuera de lugar, comprometido o dañado. Siempre era consciente de que la más mínima imperfección podría afectar negativamente a su rendimiento, poniendo en peligro una misión o la vida de uno de sus hermanos.

El cuerpo de Nate era una fusión perfecta de músculos y tendones, equilibrado desde cualquier punto de vista, con una musculatura óptima, una estabilidad de articulaciones perfecta y una capacidad pulmonar que avergonzaría a un campeón de chinbret. Su piel lucía heridas y quemaduras recién adquiridas, heridas nuevas que debían curarse, pero eso era inevitable.

A-98 entró en la estación de aseo, dirigiéndose a los baldosines de la humeante sala de ducha. Se apoyó contra el chorro de agua, jadeando al notar el contacto sobre las nuevas heridas. Tras salir del océano a la playa ensangrentada, habían estado otras seis horas luchando por escalar una colina para rescatar una bandera protegida por armas paralizantes, luchando contra androides de combate capturados o simulados. Un día entero de tortura gloriosa y agotadora.

A uno de sus hermanos se le cayó el jabón, y Nate lo cogió al vuelo. Entonces, para diversión de los que le rodeaban, se pasó la pastilla de una mano a otra, como un artista de circo.

Aquello disparó una breve explosión de tontería e impresionante malabarismo, porque los soldados empezaron a pasarse unos a otros las pastillas de jabón casi sin mirar, como si estuvieran unidos por un sistema nervioso único y gigantesco.

Siguieron así unos desternillantes minutos, pero fueron apagándose por el cansancio compartido. Se enjabonaron, poniendo muecas de dolor al sentir la espuma astringente en sus cortes y heridas. Así era la vida, y Nate no podía imaginársela de otro modo. Los maestros donadores de Kamino se habían asegurado de que los soldados no lucran la típica infantería ordinaria. Los soldados corrientes de la galaxia podían pasar de la total ignorancia a tener habilidades básicas en un entrenamiento de seis a doce semanas. Los soldados clon estándar pasaban de ser niños a soldados

plenamente entrenados en unos nueve años, pero en oleadas de decenas de miles. Los Comandos Clon eran una casta especializada, entrenada para operaciones especiales, reclutamiento de tropas indígenas e instrucción. Los Comandos Avanzados de Reconocimiento estaban a un nivel por encima de eso.

Una vez terminadas sus abluciones, Nate salió de la ducha y regresó a su litera. Los soldados eran muy ahorradores en materia de espacio: dormían en naves cuando no había espacio para cuarteles individuales. Eran al mismo tiempo una multitud y una singularidad, miles de unidades humanas idénticas clonadas a partir de un paradigma ideal de combate físico y mental, un cazarrecompensas llamado Jango Fett.

Sus vidas eran sencillas. Entrenaban, comían, viajaban, luchaban y descansaban. De vez en cuando se les concedían breves periodos de descanso, destinados a interactuar con seres corrientes, pero su entrenamiento los había preparado para la experiencia más sencilla y directa imaginable. Eran soldados. No conocían otra cosa. No soñaban con nada más.

Nate encontró la cápsula de su litera, dio una patada a sus cosas para meterlas en la ranura situada bajo el lecho y se desplomó sobre ella, tapando su desnudez con la manta termal. Alcanzó automáticamente los diecisiete grados Celsius, la temperatura corporal perfecta para estar cómodo y poder curarse, uno de los pocos lujos de la vida del soldado.

Casi al momento, la fatiga aplastante le arrastró a la oscuridad. Otros hombres se habrían quedado completamente dormidos o darían vueltas en la cama, repasando problemas triviales, pero Nate se limitó a cerrar los ojos y entrar en modo de descanso, precipitándose rápidamente hacia su momento de sueño. Se dormiría en cuanto lo deseara; otra parte valiosa de su entrenamiento. Un soldado no daba vueltas en la cama. Nunca sabía cuándo volvería a tener la oportunidad de dormir. Cuando era necesario, Nate era capaz de dormir desfilando.

Pero antes de entrar en ese estado, el soldado había sido entrenado para emplear ese fino umbral de consciencia, ese lugar entre la vigilia y el sueño, para organizar información. Su subconsciente repasó los eventos del día, todos: su entrada al *Nexu*, la reunión previa a la misión, el salto y la batalla con el selenoma, la lucha por llegar a la playa y la posterior toma de la colina.

La información recuperada fluía en patrones mentales preseleccionados para su almacenamiento, contribuyendo a las posibilidades generales de supervivencia, y lo que era más importante, la consecución con éxito de la misión.

Permaneció así unos cincuenta minutos, mientras se hacía más insistente el tirón del cansancio del día. Podía apartar aquella fatiga durante periodos insólitos, pero no vio razón para hacerlo en ese momento. Lo había hecho bien, y se merecía el descanso. De todas formas, sus sueños seguirían evaluando y organizando, aunque



fuera de manera simbólica.

Eso bastaba.

A-98 se dejó vencer por el sueño, permitiendo que su cuerpo se curara. Después de todo, mañana sería otro día.

Más le valía estar preparado para él.

## 6

Obi-Wan Kenobi y Kit Fisto estudiaban en los Archivos del Templo Jedi su misión: la potencia industrial conocida como Ord Cestus.

Obi-Wan encontró que Cestus era un tema interesante de estudio: una roca relativamente estéril, rica en ciertos minerales, pero imposible de explotar agrícolamente. Gran parte de la superficie estaba desierta. Entre las formas de vida nativas se contaba un pueblo insectoide que habitaba en colmenas, conocido como los x'ting, y una variedad de arañas grandes, letales y aparentemente irracionales que habitaban en cuevas.

La población actual se contaba en millones, y había varias ciudades avanzadas incapaces de mantenerse sin la importación de recursos: fertilizantes y nutrientes para el suelo, y medicamentos y especias para modificar el agua para los no nativos.

—Es peligroso —dijo Kit, que estudiaba a su lado—. Un simple racionamiento los precipitó en brazos del Conde Dooku. Algo que no le habría pasado a un pueblo autosuficiente.

Era una verdad aplastante. En tiempos de guerra, las líneas de abastecimiento eran tan cruciales como un ejército bien entrenado.

Trescientos años estándar antes, los relativamente primitivos x'ting (una colonia con múltiples colmenas repartidas por todo el planeta) firmaron un acuerdo con Coruscant, ofreciendo tierra para la construcción de un penal galáctico.

La Penitenciaría de Cestus desarrolló con el tiempo un programa diseñado para entrenar y explotar las habilidades de los prisioneros. Algo que resultó ser realmente interesante cuando una serie de escándalos económicos y una catástrofe industrial en Etti IV enviaron a prisión durante veinte años estándar a una docena de funcionarios de rango medio de Cybot Galáctica, el segundo fabricante principal de la República. No llevaban ni dos años en Cestus cuando llegaron a un acuerdo con los funcionarios de prisión para iniciar la investigación y fabricación de una línea de productos androides. El acceso a enormes cantidades de material bruto y la mano de obra casi gratuita generaron una gran cantidad de ingresos.

Los doce recibieron rápida y discretamente una exención para mudarse a casas opulentas. Algunos guardias y funcionarios se enriquecieron todavía más, y nació un conglomerado dinástico corrupto: Cestus Cibernética, que produjo una excelente línea de androides de seguridad personal. Los siguientes acontecimientos son difíciles de Ubicar. Se compró a la colmena grandes extensiones de tierra a precios irrisorios. Después, y tras una serie de terribles plagas sufridas por los x'ting, Cestus Cibernética se hizo con el control casi absoluto del planeta.

Aun así, era una vida difícil para el colono medio, hasta que Cestus Cibernética se

convirtió en una subcontrata de la fabulosamente rica y exitosa Baktoid Factorías de Armamento. Cambió por completo su funcionamiento, entrando en un mercado interestelar de *hardware* militar avanzado. La economía creció, y luego se vino a pique cuando la Federación de Comercio cortó las relaciones tras el fiasco de Naboo...

*Boom, crash.* Ciclos de crecimiento y decadencia se desarrollaban con regularidad abrumadora.

Obi-Wan leyó los nombres de los líderes actuales. Tras las plagas del siglo pasado, y la casi completa destrucción de la colmena, la regencia del planeta seguía en manos de una hembra perteneciente al linaje real di' los x'ting, llamada G'Mai Duris. ¿Era un cargo elegido democráticamente? ¿O era hereditario? ¿Era Duris una figura decorativa o tenía poder real?

Una hora después, otra referencia llamó la atención de Obi-Wan: la mención a una guerrilla llamada Viento del Desierto. Casi todos los granjeros de la superficie eran pobres y descendían de los soldados rasos que cumplieron allí sentencia. Viento del Desierto había nacido veinte años antes en protesta a un siglo de opresión, e intentó llevar a la fuerza a la mesa de negociaciones a los líderes industriales de Cestus, una entente de ricos industriales llamada las Cinco Familias.

Viento del Desierto había sido exterminado el último año, pero se decía que aún quedaban algunos miembros organizando incursiones contra las caravanas de la compañía.

Cuanto más investigaban Obi-Wan y Kit, más se les escapaba la verdad sobre el poder en Cestus y su delicada relación con Coruscant.

—Es como buscar en un arrecife de esponjas —gruñó el nautolano tras ocho horas de investigación—. Necesitaríamos un mago para desentrañar este sinsentido.

—No conozco muchos magos —respondió Obi-Wan—, pero creo que un abogado nos sería tremendamente útil, y yo sé cuál.

—Excelente —dijo Kit—. Hay otra cosa. En caso de que las negociaciones no vayan bien, quizá debamos... *presionar* a la tal Duris.

Obi-Wan entrecerró los ojos. El nautolano tenía razón, pero Obi-Wan prefería ser cauto. — ¿Alguna sugerencia?

—Sí. El abogado y tú negociaréis con los políticos. Tenemos... —comprobó los datos en la pantalla— dos contactos en Cestus: una humana llamada Sheeka Tull y un x'ting de nombre Trillot. Con ellos deberíamos encontrar el efecto palanca necesario. —Si son de fiar —comentó Obi-Wan. Kit rió.

— ¿Estás insinuando que no podemos fiarnos ni de nuestra gente? La pregunta quedó en el aire, aumentando la tensión por momentos. Entonces Obi-Wan rió. — Pues claro que no.

—Bien —dijo el nautolano—. Como decía, me llevaré un CAR y unos cuantos

comandos y reclutaré tropas nativas para casos de emergencia.

Obi-Wan lo entendió rápidamente. Si hacían resurgir a Viento del Desierto, la Regente y las Cinco Familias se pondrían más nerviosas, estarían menos seguras, y posiblemente más receptivas a los movimientos de la República. Sería un error dejar que se capturara el cuerpo de un soldado: su firma genética bastaría para denunciar las manipulaciones de Coruscant.

Los dos amigos repasaron los archivos durante horas, discutiendo posibilidades y estrategias, hasta que quedaron satisfechos con todas las acciones e interacciones que tuvieron en cuenta. El resto debería esperar a su llegada a Cestus.

A-98 se despertó diez horas después, una vez completado su ciclo de recuperación. Nate echó un vistazo a la pantalla del techo de su cápsula de sueño, que le recordó que debía acudir a uno de los centros de operaciones para conocer sus órdenes.

Pasó treinta segundos haciendo un rápido repaso mental de su estado físico. Invertió otro medio minuto en su ritual mental matutino, que completaba el paso del sueño profundo a la vigilia completa. En caso de emergencia, tanto él como cualquier otro soldado podían realizar ese paso en segundos, pero él disfrutaba con las transiciones más tranquilas.

Cuando terminó su autoexamen, apartó la manta y colocó los pies en el suelo. Tras visitar el baño y lavarse cara y dientes en los lavabos comunes, metió sus pocas pertenencias en un petate. Según el Código, un soldado CAR tenía que estar preparado para ir a cualquier sitio, y hacer cualquier cosa ante una señal del Jedi al mando o del Canciller Supremo. El cien por cien de la imagen que Nate tenía de sí mismo estaba destinada a ser la del soldado perfecto.

No existía otra opción, otro tipo de existencia. A-98 estaba preparado. Llevaba en el saco unos pocos recuerdos de acciones militares previas, su equipo y comida y agua para tres días.

Nate había crecido en Kamino, claro, siendo uno de una legión de mil soldados clon creados simultáneamente. Una docena fueron destinados a los Comandos Avanzados de Reconocimiento. Entrenaron juntos, aprendieron juntos y pasaron juntos sus primeras misiones. La mitad habían sido escogidos para ser entrenados por Jango Fett en persona, y regresaron con sus hermanos heridos, pero llenos de mortífero conocimiento. Se animaba a los grupos de CAR a desarrollar sus propias tradiciones e identidad, lo cual era útil a la hora de competir con otras cohortes. Aunque comenzaron juntos, su cohorte inicial acabó disgregándose con el tiempo, porque casi todos los soldados CAR trabajaban en solitario.

Se sorprendió buscando una identificación en los soldados que se cruzaba, alguna muesca en el casco o el cuello que indicara fecha y lugar de su decantación. Un hermano de cohorte podía ser útil a la hora de recordar ciertas ceremonias y peligros compartidos, y siempre era bueno tener compañía extra. La familia dentro de la familia, un toque del hogar en un mundo lejano y hostil.

Recordó con cariño las carreras de entrenamiento de veinte kilómetros con su cohorte, e intentó no acordarse de todos los hermanos que había visto morir en las dos grandes campañas y las doce acciones menores en las que había participado. En la mayoría de los casos, la estrategia de los CAR era una mezcla de ataques relámpago y uso de una fuerza abrumadora, con combinaciones abrumadoras de

bombardeo aéreo y brutal combate terrestre.

Pero, por satisfactorias que fueran aquellas victorias, deseaba llevar a cabo acciones más personales y sutiles. Sentía que había aspectos de sí mismo que no habían sido explorados. No temía a la muerte, pero sí a la posibilidad de que su vida terminara sin haber explorado los límites de sus posibilidades. Eso, a su modo de entender, sería una lástima.

Nate se echó el petate al hombro y se dirigió al centro de operaciones, preguntándose qué le depararía la conversación del día.

Diez minutos después fue conducido a un pequeño despacho escondido bajo un polvorín y un transporte que llevaba y traía a los trabajadores a la ciudad.

Su oficial al mando, una comandante calamariana llamada Apted Squelsh, se encorvaba sobre unos papeles cuando Nate entró, y, por un momento, pareció no darse cuenta de que tenía compañía. Luego alzó la mirada.

— ¿A-noventa y ocho? — Sí, señora. — Siéntese, por favor.

Nate así lo hizo, en una silla de respaldo duro de madera corelliana veteada. Pasó la uña del dedo gordo por los profundos surcos del reposabrazos mientras la comandante terminaba de leer la pantalla. Luego, la mujer se cruzó de brazos para dirigirse a él.

— Su rendimiento en el ejercicio de ayer fue admirable — comenzó ella—. Su unidad tuvo una reducción del cincuenta por ciento tanto en las bajas reales como en las virtuales, sin pérdida de velocidad o eficacia. Es el tipo de cosas que nos gusta. — Gracias, señora.

— Tengo una nueva misión para usted — dijo la comandante Squelsh, parpadeando con sus grandes ojos oscuros—. ¿Está usted preparado? No es una pregunta de verdad, sólo parte del rito de una conversación. — Al cien por cien, señora — la respuesta ritual. — Muy bien. Acompañará y asistirá a dos Jedi durante su visita a un planeta llamado Ord Cestus. ¿Lo conoce?

— No, señora, pero me pondré en marcha de inmediato. ¿Con qué apoyo contaré?

— Cuatro hombres — dijo ella.

¡Por fin! Acciones como ésa eran la puerta al ascenso que buscaba todo soldado CAR que realmente se preciara.

— ¿Señora?

— ¿Sí?

— Es respecto al almirante Baraka — se detuvo—. ¿Está el almirante al tanto de las estadísticas de bajas?

— Claro — los ojos de Squelsh no revelaban expresión alguna, y apretaba con fuerza los gruesos labios.

— ¿Y dijo algo que quizás usted quiera compartir con nosotros? La comandante calló durante un momento intenso. — Dijo: "Buen trabajo" — respondió.

Nate mantuvo una expresión impasible, sin querer mostrar sus emociones ante una oficial de mando. —Gracias, señora. —Es todo.

Buen trabajo. Se habían dejado carne, sangre y hermanos por toda la playa y las despiadadas profundidades, y lo único que obtenían era un "buen trabajo".

Típico.

Nate salió y cogió la pasarela hasta la holobiblioteca para dedicar unas horas a estudiar el planeta al que iba. Si, le darían una carpeta de Información antes de partir, pero a él le parecía provechoso investigar por su cuenta. Las carpetas de información solían ser bastante específicas para cada misión, estaban preparadas por investigadores que nunca habían tenido que arrastrar armamento pesado colina arriba.

Nate estaba tan inmerso en su investigación que no se dio ni cuenta de la llegada de un soldado que comenzó a leer por encima de su hombro. Mmmm —dijo el otro soldado—. Soy Cuátor. El mes pasado pasé cerca de ese sector.

Aquello despertó su interés. Yo soy Nate, ¿conoces un planeta llamado Ord Cestus?

—He oído hablar de él, Nate —Cuátor peló un palito antiestrés y le dio un mordisco—. Es donde se fabrican androides, ¿no? ¿No es allí donde fabricaron los MST?

*Transportes multitropas.* Casi imparables, su blindaje y los dobles cañones láser habían causado auténticos estragos en Naboo.

—Eso parece —dijo él—. ¿Algo más?

—Lo sé por la demo de ayer. Fabricaron el modelo MJ contra el que luchó Siete-Tres-Dos.

¿Un soldado enfrentándose a un androide? No era sorprendente, pero la conversación sugería que se trataba de un ejercicio, no un combate real.

—No sabía nada. ¿Qué pasó?

Cuátor se encogió de hombros.

—Lo capturó. Los MJs son un modelo especial de seguridad. Sólo duró veinte segundos, y sigue en la enfermería.

Ahora tenía toda su atención puesta en el tema.

— ¿Hay grabaciones?

—Claro —dijo Cuátor—. Si quieres te la pido.

Empezó a acariciar cristales en el mostrador que tenía delante, y unas holoimágenes brotaron vaporosas de ellos.

—Gracias. Es un planeta interesante. Hace generaciones, Cestus era una prisión.

— ¿En serio?

—Al cien por cien. Los descendientes de esos prisioneros se asentaron allí y se hicieron mineros o granjeros. Fueron explotados por los descendientes de los guardias de prisión, que eran dueños de la empresa.

Cuátor volvió a encogerse de hombros.

—Siempre es la misma historia. Ah, aquí está...

Las imágenes habían sido grabadas en el estadio T'Chuk, apenas cuarenta horas antes. Vio al soldado realizando movimientos evasivos estándar, e incluso unas pocas maniobras admirablemente engañosas. Pero nada de eso funcionó. Su hermano cayó, derrotado, en unos miserables segundos.

Inquietante.

—Si te enfrentas a esa cosa, más te valdrá guardar las distancias.

Lo vieron de nuevo.

—Es rápido —dijo Nate—. ¿Como un Jedi?

—Es más rápido —dijo Cuátor—. Pero la velocidad no lo es todo.

Mira esto...

Pulsó otros botones. Aparecieron las imágenes de un Jedi con tentáculos en la cabeza.

—Es de Glee Anselm —dijo Nate—. No se ven muchos nautolanos.

Un Jedi, ¿no?

— ¿Quién, si no, utilizaría una de esas arcaicas varas luminosas? Ambos se rieron a mandíbula batiente. Los Jedi eran increíbles en combate, pero su adhesión a creencias ilógicas y pseudoespirituales era algo que Nate no podía comprender. ¿Por qué iba un hombre a fiarse de algo que no fuera una buena vista, unas espaldas sólidas y una pistola láser cargada? Examinó de nuevo la imagen del nautolano. — Así que un Jedi bajó del Templo y se echó al ruedo. ¿Y? —Compruébalo tú mismo.

Nate inició la reproducción, y juntos vieron no sólo cómo el Jedi aguantaba el tipo ante el MJ, sino que acababa obligando al robot a retroceder. Nate respiró hondo mientras el Jedi daba su merecido al androide. De alguna forma, sus tácticas no eran muy diferentes a las empleadas por el soldado, pero los resultados eran muy superiores. —Le ha dado bien. —Mmmmmm —cacareó Cuátor con admiración—. ¿Has visto qué precisión?

—Aja. Nunca había visto reflejos semejantes. Tienes razón: la máquina era más rápida, pero eso ha dado igual.

—Jedi —Cuátor rió. Era difícil decir si la risa era amarga o de admiración. Quizás un poco de ambas cosas—. Así que vio caer a un soldado y no pudo evitar bajar y montar el espectáculo.

Nate supo leer entre líneas: era probable que incluso el mismo Jedi hubiera programado al androide. ¿Cómo podía una máquina moverse tan rápido y aun así perder? A menos que hubiera recibido órdenes de perder...

Tonterías. Ambos sabían que un Jedi no haría algo así. Lo había pensado movido por la intranquilidad latente que sentía, una técnica defensiva para ocultar el ligero sentimiento de inferioridad que sentían los soldados al estar ante un habitante del



Templo.

—Vencieron a Jango —dijeron ambos a la vez.

Esas tres palabras eran casi como una letanía. Podían decir cualquier cosa sobre los Jedi, que eran raros, egocéntricos o extrañamente esotéricos, pero habían derrotado a un soldado clon en un estadio de Geonosis, y eso significaba que se merecían respeto.

—Te deseo buena caza —le dijo Cuátor.

—Buena caza —respondió Nate. Hizo una pausa—. ¿Ya te han dado tu siguiente misión?

—No —dijo Cuátor—. ¿Me voy contigo?

—Si quieres.

—Al cien por cien. Firmo la entrada y la salida, y recojo mis cosas.

—Recibirás las órdenes en una hora.

Un apretón de manos y Cuátor se marchó.

Cuando su hermano se fue, Nate abrió una ventana en la pantalla. "Informe de situación". Una breve pausa, y los datos médicos comenzaron a dibujarse. Asintió tranquilo. CT-36/732, apodado Einta, no había sido herido por el MJ. Su sistema nervioso se había sobrecargado momentáneamente y había padecido taquicardia por unas horas. Nada alarmante, pero, obviamente, le habían puesto en observación con un androide médico.

Einta pronto estaría en plena forma para luchar, y sería un perfecto miembro para su equipo: el único soldado que se habían enfrentado al MJ.

—Petición especial para que CT-36/732 se una a la operación Cestus.

Se oyó un pitido y recibió un mensaje de "Petición aprobada". Luego, la pantalla se cerró.

Se quedó horas estudiando, intentando obtener el tipo de información aleatoria que nunca se ofrecía en las reuniones de información táctica. Nunca se sabía qué dato podía salvarte la vida cuando tus monitores empezaban a parpadear. En ese momento, Nate estaría muerto, hecho gelatina en la batalla de Geonosis, de no haber estudiado los ciclos de recarga de las baterías, gracias a lo cual se dio cuenta de que un androide giratorio entraba en modo recarga. El pitido de su monitor apenas se oyó, pero él decidió arriesgarse, salió al descubierto y lo hizo saltar en mil pedazos, salvando a cinco de sus compañeros.

Esa pequeña maniobra le proporcionó una semana de comidas gratuitas en la cantina de la base, y el camino libre para el ascenso a capitán.

Dictó notas a su archivo personal para que se transfirieran a la nave de transporte que los llevaría a Cestus. Siguió así durante horas, manteniendo una férrea concentración.

Las vidas de sus hermanos y, lo que era más importante, el honor del GER, eran

cosas que debía proteger. Y, además, ése era su juego, el juego para el que había nacido y para el que lo habían adiestrado. Lo que ningún extraño podía entender era que, de algún modo, eso era divertido.

Sólo quedaban dos horas.

Nate y seis de sus hermanos estaban enfrascados en una ceremonia de despegue bajo el firmamento estrellado de Vandor-3, en un recinto limitado por un muro de ladrillos y apartado de la galería de barracones. Cada vez que un soldado salía en misión, su regimiento le deseaba buena suerte, además de despedirse de él. Dentro del contexto de la vida de un soldado, esto era algo más práctico que pesimista.

Si regresaba, le felicitarían por un trabajo bien hecho.

Si no regresaba, bueno... lo que debía decirse, se había dicho ya.

—El orgullo de un soldado es servir y buscar una buena muerte —dijo Glorii Profus, su mentor kaminoano.

El elegante Profus, de piel plateada, era una mezcla entre psiquiatra y consejero espiritual. Aunque los clones jamás se dejaban dominar por sus miedos, sería un error pensar que nunca lo experimentaban. Las emociones eran tan valiosas como los láseres y las bombas; y la muerte, parte inevitable de la guerra. Ningún soldado podía escapar de esa desagradable realidad, por mucho talento o fuerza que tuviera. Y en todos los planetas, a lo largo de la historia, los soldados siempre se habían hecho la misma pregunta: "¿Y si muero?" Y, para un soldado, la respuesta más reconfortante era: "Vas a morir. Pero el GER vivirá por siempre."

El kaminoano arqueó grácilmente el largo cuello plateado y alzó la copa rebosante de vino talliano, el mejor del cuadrante. Su voz era refinada y tranquilizadora.

—Nacéis del agua. En el fuego morís. Vuestros cuerpos son la semilla de las estrellas —dijo, recitando las palabras rituales que habían alentado a millones de clones que marcharon hacia la muerte, y que todavía tranquilizarían a miles de millones más.

Alzaron las copas al unísono.

— ¡Somos la semilla de las estrellas! —dijeron todos a una.

Y bebieron.

El Templo dominaba kilómetros y kilómetros de la ciudad de Coruscant, las cinco torres puntiagudas traspasaban las nubes como los dedos estirados de un titán. Los innumerables pasillos y corredores, las salas de lectura y patios de entrenamiento, y las bibliotecas y cámaras de meditación estaban diseñados con elegancia y fluidez intrínsecas. En el interior, hasta el ser menos dotado podía entender que la Fuerza con vertía al universo en un solo organismo.

El mismo Consejo se reunía en cámaras menos impresionantes, pero no menos dignas que las del Canciller. Los arcos y los adornos colgantes habían sido creados por los artesanos con más talento de la galaxia. Costaría una fortuna reproducir semejante riqueza, pero la mayoría de los objetos eran regalos de gobernantes y mercaderes cuyas vidas, honor o riquezas habían sido protegidos a lo largo de milenios por la habilidad de los Jedi.

Hacía mucho que Obi-Wan se había acostumbrado a la opulencia, y apenas le prestaba atención mientras esperaba ante el Consejo a que éste se pronunciara.

El Maestro Yoda inclinaba ligeramente la cabeza, mientras Obi-Wan y Kit Fisto solicitaban consejo.

—Corren tiempos confusos —dijo Obi-Wan—. Nuestra antigua autoridad está suspendida en muchos aspectos, y se nos ha recortado gran parte de nuestra autoridad.

—Los conflictos muchas cosas cambian —dijo Yoda—. Impredecibles estas Guerras Clon han llegado a ser.

—Pero ahora se me envía en una difícil misión diplomática que requiere hacer acuerdos a muchos niveles, y con tanta complejidad que vamos a necesitar un abogado —Obi-Wan pensó cuidadosamente sus siguientes palabras—. Nunca he rechazado una misión, pero debo ser sincero y decir que no me siento preparado para este..., este laberinto de comercio y política.

El Maestro Yoda frunció el ceño.

—Preocupado estoy. Los Jedi orientación no buscan ya en actos y palabras de los Maestros del pasado. Extraños nuevos tiempos éstos son. Los demás Jedi de la sala asintieron. Era un tema que se debatía desde hace mucho tiempo, pero, al final, los Jedi acababan viéndose obligados a cumplir con los deseos del Senado y del Canciller.

En ese momento, el rostro de Mace Windu parecía una máscara sombría esculpida en duro cemento de ónice. De todos los Jedi, su postura era la más cercana a la de Yoda.

—Estoy de acuerdo, pero la República nunca había pasado por una prueba tan

dura. Si se nos pide que asumamos nuevas funciones, habrá que aceptarlas. Si nosotros no podemos proteger a la República, ¿sobre quién recaerá esa responsabilidad?

—Es buena señal que Palpatine siga buscando soluciones diplomáticas —dijo Kit.

—Entonces, ¿por qué no manda diplomáticos? —preguntó Obi-Wan, dándose cuenta mientras hablaba de que ya conocía la respuesta: la diplomacia sólo era el nivel superficial de la iniciativa de Palpatine. El Canciller sabía que la mera presencia de un Jedi sería como un puño de durocemento en guante de piel sedosa.

—La guerra marcha bien —dijo el Maestro Windu—, pero estamos asumiendo papeles demasiado ajenos a nosotros. Si no tenemos cuidado, nos arriesgamos a perder nuestra claridad de intenciones. Se piden sables láser donde antaño hubieran bastado unas palabras.

Yoda asintió.

—Hubo un tiempo en el que los Jedi sólo que aparecer tenían para a una multitud apaciguar. Ahora vulgares matones somos.

—Es lo que pasó en Antar Cuatro, en la batalla de Jabim —dijo Windu.

Aquellos terribles recuerdos levantaron un murmullo de remordimiento.

—Ha habido más victorias que fracasos —les recordó Obi-Wan. —Estoy de acuerdo —dijo Mace Windu—, pero el mantenimiento del orden social requiere tanto mito como realidad. —Hubo un tiempo en que a Obi-Wan le costaba comprender las cosas que decía Mace Windu. Las profundas meditaciones del Maestro Jedi le llevaban a un reino con el que pocos podían soñar, y mucho menos experimentar. Pero en los últimos años, Obi-Wan había empezado no sólo a apreciar esos enigmas, sino casi a anticiparse a ellos—. Y el mito se ha roto: sólo nos queda la realidad. La situación en Cestus es delicada e implica a esos androides sensibles a la Fuerza. En última instancia, una resolución rápida y decidida del problema podría salvar muchas vidas. —Se echó hacia delante y clavó en Obi-Wan una mirada que podría haber cortado el diamante—. Se os pide que aceptéis esta misión con vuestra habitual integridad y compromiso, al margen de los recelos que podáis albergar. Maestro Kenobi, Maestro Fisto, no pueden fallar. Bajo ningún concepto.

Kit Fisto inclinó la cabeza, y sus tentáculos sensores se estremecieron con ansiedad, como vegetación marina ante una corriente invisible.

—Acepto encantado.

—Yo también acepto —dijo Obi-Wan—. Devolveré a Ord Cestus al rebaño. Acabaremos con esos *Matajedis*.

Los ojos de Yoda brillaron con calidez.

—Con la Fuerza como guía, en paz podría la guerra transformarse.

Obi-Wan llevaba tres horas en la dura cama de su cubículo, respirando despacio y sincronizando los ritmos de su cuerpo para maximizar sus beneficios restauradores. Allí donde una mente y un cuerpo normales oscilan entrando y saliendo de las zonas de recuperación física y mental, cada minuto que él pasaba en ese estado extremo equivalía a tres minutos de descanso normal. Al acabar estaba descansado y lúcido, así que preparó el equipaje y se reunió con Kit para volar hacia Cestus.

Los dos Jedi compartieron en el comedor del Templo un almuerzo de paté de thrantcill y huevos del murcielalcón. Mientras comían, hablaron en voz baja, de asuntos triviales, comprendiendo que les esperaban días muy difíciles. El recuerdo de momentos así les ayudaría a aguantar.

Cogieron un aerotaxi al espaciopuerto Memorial Centralia. Era uno de los más antiguos de Coruscant, y algunas de las pistas se conservaban como monumentos, mientras el resto se expandía, convirtiéndose en una de las instalaciones más modernas de la galaxia. Un crucero modificado de la República los esperaba, con los paneles escarlata del acceso de popa abiertos para que los técnicos pudieran hacer ajustes de última hora en el cono atomizador de combustible y en los amortiguadores de radiación.

Estaban a punto de terminar la supervisión de la carga de la nave cuando llegó un trasbordador militar, plegando los alerones para tomar tierra. Cinco soldados con relucientes armaduras blancas salieron de él.

Obi-Wan, en un ejercicio de sinceridad consigo mismo, tuvo que admitir que le incomodaban ligeramente los grupos numerosos de soldados clon. Era algo fácil de comprender y explicar. Por un lado, estaban hechos a imagen y semejanza del conocido cazarrecompensas Jango Fett, que estuvo a punto de matarlo en tres ocasiones. Y, por otro, le resultaba aún más perturbador el hecho de que, pese a ser genéticamente humanos, no tenían una vida humana; los soldados clon nacían y se criaban únicamente para la guerra, sin el amor de un abrazo materno o la seguridad de una cariñosa disciplina paterna.

Parecían humanos...: reían, comían, luchaban y morían como hombres. Pero, si no eran humanos, ¿qué eran exactamente?

—General Kenobi —saludó el soldado—. Se presenta CT-Treinta y seis/Setecientos treinta y dos. ¿Quiere que cojamos su equipaje, señor?

Había claridad y firmeza en su porte, y su actitud y su mirada carecían de malicia. Un recuerdo afloró de repente. ¿No había sido el soldado CT-37/732 el que se había enfrentado al MJ? El joven parecía sano. Ni el menor gesto delataba algún tipo de dolor físico o emocional. Impresionante.

—Sí, por favor, llévelo a nuestro compartimento.

El soldado se echó el equipaje al hombro izquierdo con admirable facilidad, con un asentimiento como única respuesta.

A Obi-Wan le sorprendió su ligera aversión. Reflejaba un prejuicio que sabía sentían otros, los que trataban a los soldados como si fueran poco más que androides. Eso no era propio de él, ni de ningún otro Jedi. Aquellos hombres tan jóvenes, fuera cual fuera su procedencia, estaban dispuestos a morir sirviendo a la República. ¿Qué más se podía pedir? Si su progenitor había sido malvado (y Obi-Wan no estaba seguro de que esa palabra bastase para definir al complejo y misterioso Jango Fett), sus clones ya habían muerto a miles. ¿Cuántas bajas hacían falta para borrar la mancha de un asesino?

—Oh, vaya, oh —gritó una voz en falsete detrás de ellos. Obi-Wan se dio la vuelta, identificando el sonido que se abría paso entre sus pensamientos.

Una criatura se acercaba lentamente a él, portando una gran concha plana color turquesa que cubría un cuerpo húmedo y viscoso. Se deslizaba sobre un único pie de muchos dedos, e iba dejando tras de sí un rastro de mucosa amarillenta y reluciente.

Obi-Wan sonrió, y toda su turbación desapareció. Lo conocía. — ¡Letrado Coracal! —dijo con verdadera alegría. Obi-Wan desconfiaba de los políticos y, en la mayoría de los casos, sus subordinados eran peores que ellos. Pero, pese a eso, Doolb Coracal era una de las tres o cuatro mejores mentes legales que conocía, y había demostrado ser digno de confianza durante las difíciles negociaciones que tuvieron lugar en Rijel-12. Este vippit del planeta Nal Hutta había estudiado en una de las más prestigiosas facultades de derecho de Mrlsst antes de hacer sus prácticas en el cúmulo estelar Gevarno. Una carrera aplaudida y una reputación de ser un investigador incansable y de confianza le habían llevado a su actual cargo. Si había alguien capaz de entender algo del asunto Cestus, ése era Coracal.

— ¡Maestro Kenobi! —dijo, y sus zarcillos oculares gemelos se retrajeron de regocijo—. Han pasado casi doce años.

Obi-Wan se fijó en los nuevos anillos y sedimentos de la concha turquesa, prueba irrefutable de que Doolb había podido permitirse tratamientos regulares con plantas viptiel nativas de su mundo, con una elevada cantidad de los nutrientes que su pueblo empleaba para prepararse para los rigores del hogar. *Unos años más tarde*, pensó, *Coracal regresaría a casa para aparearse*. Si la economía de Nal Hutta era como Kenobi la recordaba, Coracal podría conseguir a las hembras más deseables. —Veo por tu concha que te ha ido bien.

—Se hace lo que se puede —sus zarcillos oculares se movieron lentamente—. ¡Y el Maestro Fisto! Oh, vaya. No sabía que vendría con nosotros.

Kit estrechó la mano a Coracal.

—Es un placer tenerle con nosotros, letrado. Conozco su hogar. Estuve una

semana buceando en los fosos de Nal Hutta.

— ¿Cómo es posible? ¡Es peligrosísimo! Los kraken de fuego...

—Ya no son un problema —Kit sonrió de oreja a oreja y siguió ascendiendo por la rampa.

Coracal alzó una mano regordeta, luego la otra, y se las frotó.

— ¡No temáis! —exclamó en su trémulo falsete—. Cuando llegue el momento de la verdad, el letrado Coracal no os fallará.

Coracal siguió subiendo por la rampa de acceso. Cinco soldados que trasladaban a bordo equipo y armamento seguían al vippit. Saludaron a los jedi y continuaron con su tarea.

Un soldado con insignias de capitán les saludó marcialmente.

— ¿General Kenobi?

— ¿Sí?

El capitán A-98 a su servicio. Éstas son mis órdenes —dio a Obi-Wan un chip del tamaño de una uña.

Obi Wan lo insertó en su datapad, y rápidamente apareció un holograma. Estudió los datos sobre la misión y los recursos que tenían, y se mostró satisfecho.

—Todo en orden —asintió—. Éste es mi colega, el Maestro Kit Fisto.

El soldado contempló a Kit con una actitud que Obi-Wan reconoció enseguida: respeto.

—General Fisto, es un honor servir con usted.

Fascinante. El soldado se había limitado a ser amable con Obi-Wan. Nulo que su lenguaje corporal indicaba un nivel de aprecio mucho mayor por Kit. Enseguida adivinó el porqué: el clon había visto imágenes del enfrentamiento de Kit con el androide. Si había algo que un soldado respetase, eso era la habilidad de otro.

—Capitán —respondió Kit.

Obi-Wan no dijo nada, pero se dio cuenta de que, de alguna manera que se le escapaba, Kit y el soldado clon habían establecido una conexión emocional. Aquello era positivo. Kit siempre estaba ansioso por irse. Obi-Wan no podía quitarse de encima su manía por comprender las razones de su misión, mientras Kit sólo necesitaba un objetivo. Envidiaba la claridad del nautolano.

El soldado regresó con sus cuatro hombres.

—Subid el equipo a bordo —dijo, y ellos se apresuraron a obedecer.

Kit se giró hacia Obi-Wan.

—Son increíblemente obedientes —remarcó, quizá quitándole una vez más la palabra de la boca a Obi-Wan.

—Porque los han entrenado para serlo —dijo—. No porque lo hayan elegido ellos.

Kit le contempló con curiosidad, con los tentáculos sensores temblando. Entonces



entraron en la nave y se prepararon para el despegue.

Al cabo de unos minutos, todo el equipaje estaba almacenado, se habían efectuado las comprobaciones y se habían cumplido los protocolos. La nave retumbó y se elevó, luego se liberó de la gravedad de Coruscant con aceleración explosiva y se lanzó hacia las nubes.

Obi-Wan entrecerró los ojos. Hacía muy poco tiempo de su viaje desde Forscan IV, pero aquello era preferible a volar con un extraño a los mandos. Aun así, lo mejor habría sido quedarse en tierra.

Obi-Wan se movió hacia el morro de la nave y se acomodó en un sillón de aceleración mientras se realizaba el despeine. Las nubes dieron paso a un azul celeste. Y ese azul se desvaneció y se oscureció al penetrar en la oscuridad del espacio.

En la grácil curva del horizonte se veían doce naves de transporte gigantes que trasladaban soldados clon desde los barracones de Coruscant a Vandor-3, el segundo planeta más habitado del sistema de Coruscant. Le habían dicho que el océano de Vandor-3 era un brutal campo de pruebas para los clones. Los funcionarios habían mencionado el tema como quien habla de hojas de cálculo de beneficios y pérdidas. A Obi-Wan le parecía obsceno; pero ¿qué alternativa le quedaba? ¿Dónde estaba la diferencia entre el bien y el mal en aquella situación? Los separatistas podían producir innumerables autómatas en sus cadenas de montaje. ¿Tenía la República el deber de reclutar o llamar a filas a un ejército viviente semejante? Jango Fett, modelo genético original del GER, se había lanzado encantado a las situaciones más peligrosas imaginables. Era un verdadero guerrero. ¿Acaso estaba mal llevar a sus "hijos" por el mismo camino? Kit apareció tras él.

—No hacen otra cosa que prepararse para la guerra —dijo, reflejando de nuevo los pensamientos de Obi-Wan.

Obi-Wan sonrió. La anticipación Jedi, manifestada en otro campo. Se relajó, con la esperanza de poder sacar partido de la sensibilidad de Kit en la misión que tenían por delante. — ¿Qué clase de vida es ésta?

—La de un soldado —respondió Kit, como si fuera la única respuesta posible. O deseable. Y quizá lo fuera.

Por supuesto, él también se había dejado suficiente pellejo por todo lo largo y ancho de la galaxia como para que los maestros donadores de Kamino pudieran crear con él un ejército totalmente diferente. Y, de haberlo hecho, ¿a qué propósito se habría destinado?

Se rió al pensar en ello. Aunque el nautolano arqueó una ceja en muda pregunta, Obi-Wan se reservó sus especulaciones de humor negro.

Obi-Wan Kenobi y Kit Fisto llevaban dos horas practicando con sus sables láser, aumentando poco a poco el ritmo a medida que pasaban los minutos. El muelle de carga rezumaba energía metalizada, mientras los sables cortaban la humedad del ambiente.

La vida de un Jedi era su sable láser. Había quien criticaba esta arma, argumentando que eran más eficaces una pistola láser o una bomba, pues permitían que el soldado matara a distancia. Era una ventaja a tener en cuenta por quienes medían esas cosas por estadísticas.

Pero un Jedi no era un soldado, ni un asesino, ni un homicida; aunque en ocasiones se viera forzado a asumir esos roles. Para los Caballeros Jedi, la interacción entre un Jedi y otra forma de vida era un imperio vital del campo de energía del que extraían sus poderes. El combate podía ser entre nave y nave, entre ser inteligente y no inteligente, o entre guerreros, y nada de eso importaba. La interacción en sí misma era la que generaba una red de energía. El Jedi podía subir por ella, cabalgarla, extraer poder de ella. Al ponerse al alcance de su contrincante, un Jedi se movía en el filo entre la vida y la muerte.

Obi-Wan y Kit ya llevaban una hora de duelo, buscando agujeros en la defensa del otro. Obi-Wan descubrió rápidamente que Kit era el mejor espadachín de los dos, sorprendentemente agresivo e intuitivo comparado con el estilo más comedido de Obi-Wan. Pero el nautolano se ponía a sí mismo obstáculos, se trababa con el equilibrio, limitaba su velocidad y se obligaba a adoptar su lado no dominante para poder tener concentración total, una concentración a la que se podía acceder mejor cuando estaba en juego su propia vida. El verdadero camino a la sabiduría era relajarse y sentir el flujo de la Fuerza bajo semejante estrés.

Kit era un Maestro de la región Sabilon de Glee Anselm, y practicaba la forma I de combate con sable láser. Era el estilo más antiguo y se basaba en técnicas de esgrima clásicas. El padawan de Obi-Wan, Anakin, empleaba la Forma V, que se concentraba en la fuerza. El letal Conde Dooku prefería la Forma II, un estilo conciso y elegante que propiciaba la precisión en el manejo de la hoja.

Obi-Wan estaba especializado en la Forma III, procedente del entrenamiento de rechazo de disparos láser, y que maximizaba la protección defensiva.

Los dos se pasaron dos horas bailando sin música, primero recurriendo a una serie preplaneada de movimientos y contramovimientos aprendidos en el Templo, bajo la tutela del Maestro Yoda. A medida que se acostumbraban a los ritmos del otro, se dejaban llevar por una red fluida de espontánea coreografía. Poco a poco, minuto a minuto, fueron aumentando su velocidad, alterando el ritmo, aumentando la precisión

en los ángulos de ataque y empezando a utilizar fintas y distracciones, ataques, rápidos cambios de nivel, e introduciendo en la interacción elementos aleatorios del entorno: muebles, paredes, suelos resbaladizos. Cualquiera hubiera pensado que querían matarse entre sí, pero los dos sabían que disfrutaban de uno de los aspectos más profundos y placenteros del arte Jedi: el fluir de los sables láser.

En un momento crucial, Kit profirió un siseo, más para sí mismo que para Obi-Wan, y dio un paso atrás, se salió del combate y desactivó el arma.

Obi-Wan hizo lo mismo.

— ¿Qué ocurre, amigo mío? le preguntó.

—El bioandroide —dijo Kit con la voz llena de rabia. Debí hacerlo mejor.

—Estuviste brillante. ¿Qué más podrías haber hecho?

Kit se sentó pesadamente, apoyando los suaves antebrazos verdes en las rodillas, mientras sus tentáculos se rizaban y agitaban como un nido de víboras furiosas.

—Tendría que haberme arriesgado más —dijo, y los iris de sus ojos sin párpados se abrieron hasta dar la impresión de que relucían—. Meterme de verdad en la Fuerza, hacerme más impredecible. Más... aleatorio.

Obi-Wan escuchó las quejas del nautolano. La Forma I era salvaje, cruda... y letal. Y también requería entregarse demasiado emocionalmente para el gusto de Obi-Wan.

—Eso habría sido peligroso —dijo, escogiendo las palabras con cuidado—. Quizá no para tu cuerpo, pero sí para tu espíritu. Kit alzó los ojos y lo miró, y sus iris volvieron a contraerse. —Así es como funciona la Forma I.

Aquí era donde Obi-Wan sabía que tenía que hilar fino. El estilo de combate era una elección demasiado personal.

—Estoy de acuerdo —respondió Obi-Wan—, pero la Forma I también supone un mayor riesgo para ti, amigo mío.

Kit no dijo nada, y luego, despacio, casi imperceptiblemente, asintió. —Todos asumimos riesgos.

Esa sencilla verdad dejó mudo a Obi-Wan. Ahí estaba: Kit sabía que la Forma I era la más peligrosa, pero su sentido del deber hacía que aquello mereciera la pena. En ese momento, el respeto que sentía Obi-Wan por el nautolano aumentó al máximo.

Por ahora, lo único que podía hacer era intentar que Kit no pensara en ello. Se levantó, dando unas enérgicas palmadas.

— ¡Pero venga! —dijo—. Si queremos vencer habrá que practicar un poco más. Después tendré que trabajar un poco más en el látigo de luz. Eso pareció animar a Kit. — ¿Cuándo se podrá probar? Obi-Wan suspiró.

—La verdad es que nunca he fabricado uno, pero vi a una cazarrecompensas blandiendo uno en cierta ocasión, en el cúmulo estela Koornacht. La teoría está bastante clara, y he encontrado un diagrama en los archivos. Tú recuerda una cosa: si tenemos que actuar de forma encubierta, hay que hacer recaer las sospechas en el

Conde Dooku. Si te ven blandiendo un sable láser, te identificarán como Jedi. — Menos charla —sonrió Kit—. Y más practicar. Volvieron a su danza, cada uno sensible a las diferencias del otro, al tiempo que cómodos con ellas. Siguieron y siguieron, hasta que estuvieron tan exhaustos que no quedo pensamiento alguno en su mente consciente, hasta que olvidaron todas las discusiones, y lo único que permaneció fue el puro disfrute de moverse, separados y juntos, en el camino de la Fuerza.

Al terminar la sesión de práctica, Obi-Wan se aseó y se puso una túnica limpia. Bajó a la estancia del muelle inferior. Allí, en un entorno más agradable que el severo comedor de la antesala, encontró al letrado Coracal estudiando dos ordenadores que mostraban holografías distintas, cada uno con un ojo retráctil.

—Qué habilidad más útil —dijo Obi-Wan, justo detrás de la oreja derecha del abogado—. ¿Puedes entender las dos pantallas a la vez?

Coracal se giró sobresaltado.

— ¡Maestro Kenobi! No sabía que estuviera aquí. Respondiendo a su pregunta... sí, los de mi especie podemos dividir nuestra atención entre los dos hemisferios cerebrales. La reintegración total no tendrá lugar hasta que me duerma esta noche — una profunda preocupación arrugó el semblante de Coracal—. La verdad es que me alegra que hayas venido. Quería hablar contigo.

— ¿De qué?

— ¡De estos tratados! —su falsete se convirtió en un chillido agudo—. ¡Son una pesadilla! Ord Cestus nunca debió convertirse en una potencia industrial. En un principio, Coruscant le concedió unos términos comerciales muy favorables. Se deseaba que la cárcel fuera autosuficiente, y no una carga para la República.

— ¿Y ahora?

—Y ahora la prisión sólo existe como una ficción legal, como una definición que se ha ampliado para que abarque al planeta entero. Cestus comercializa con bienes bajo una licencia de correcciones.

Coracal hizo una pausa, meciendo los zarcillos oculares de forma casi hipnótica. Ladeó ligeramente la cabeza, como si rumiara algún nuevo pensamiento. Cuando volvió a abrir la boca, su voz exhibía un renovado entusiasmo.

—Es delicado. Delicado. Si amenazamos con suspender la actividad mientras se reconsidera su posición, podría darles pánico.

—E ir de cabeza a los brazos de Dooku —dijo Obi-Wan, y negó con la cabeza—. Es lo que no queremos.

—Así es —respondió el vippit, y bajó la voz—. Pero lo que a mí realmente me preocupa es otra cosa.

— ¿Qué es?

—Pues... ha llegado mi hora —dijo, enfatizando la última palabra.

— ¿Para tener niños?

Coracal asintió, contento.

—Oh, sí, Maestro Obi-Wan. Me alegró muchísimo tu llamada. Llevaba años en deuda contigo.

Obi-Wan se rió.

—Somos amigos. No me debes nada.

—Me salvaste la vida —dijo fervientemente, y sus zarcillos oculares se contrajeron—. Yo trabajaba en Rijel-Doce cuando los clanes se rebelaron. De no haber evacuado tú al personal de la República, aún seguiría allí mi concha vacía.

Bueno, sí, Obi-Wan había resuelto un asunto bastante complicado, pero...

Coracal no aceptaba un "no" por respuesta.

—No podré casarme mientras no devuelva el favor.

Obi-Wan no podía esperar a oír la explicación. Las maravillas de la galaxia nunca dejaban de sorprenderle y divertirlo.

— ¿No? ¿Por qué no?

La voz de Coracal estaba llena de angustia.

—Porque podrías llamarme a tu servicio siempre que quisieras. Ninguna hembra de buena familia querría unirse a mí sin que yo hubiera aclarado antes este tema, porque no podría negociar del todo con ella.

— ¿Es la costumbre de tu pueblo?

Coracal asintió.

Obi-Wan rió a carcajada limpia.

—Bueno, amigo mío, mi confianza en esta misión acaba de aumentar considerablemente. Creo que tú tienes más ganas que yo de acabarla.

En los trescientos años transcurridos desde su ingreso en la República, la población nativa de Cestus había disminuido en un noventa por ciento, mientras la población inmigrante aumentaba hasta una cantidad de varios millones. Sus necesidades eran tan diferentes a las de los habitantes originales, que, de no mediar el comercio interestelar, la población se moriría de hambre o se vería forzada a emigrar o vivir en la pobreza.

Cientos de años antes, Cestus fue un planeta de arenas ambarinas y colinas de color marrón cobrizo, en su mayoría de roca, con unas pocas lagunas azules y las peñas y riscos que componían las cordilleras montañosas. El suelo era pobre y albergaba unas mil variedades de plantas robustas cuyas ácidas raíces luchaban incansables por convertir la roca en nutrientes que pudieran absorber. Lo más notable de la flora eran unas ochocientas variedades de setas comestibles y medicinales, que nunca habían sido exportadas.

Por muy pobre que fuera en el pasado, una rigurosa filtración del agua de Cestus y el añadido de diversos nutrientes permitía que el suelo del planeta produjera unas dos docenas de plantas aptas para el consumo. Tras quince generaciones de cultivos, habían crecido enormes extensiones verdes en la llanura marrón, algunas de ellas visibles incluso desde el espacio.

Desde una órbita elevada, habría sido difícil ver las zonas industriales que producían la armadura baktoide o los temidos bioandroides, o distinguir algún motivo por el que ese planeta recóndito pudiera considerarse un punto de equilibrio crucial en un drama que tenía por escenario la galaxia. Pero por mucho que costase creerlo, era una verdad abrumadora.

El crucero de transporte realizó un descenso inicial a una zona de la llanura de Dashta elegida por su escasa actividad electromagnética, indicio de que había poca o ninguna población asentada en los alrededores. Los forasteros querían evitar las miradas de los curiosos. Les esperaba un trabajo que requería intimidad.

Los soldados estuvieron una hora sacando de la nave cajas y bolsas llenas de equipo. Kit insistió en llevar el suyo, y los soldados le dejaron hacer encantados; el Jedi era más fuerte que dos de ellos juntos. Obi-Wan se había pasado la mitad del viaje trabajando en el arma que ahora yacía enroscada junto a Kit. Kit era conocido por su capacidad de improvisación, y, al cabo de unas horas, manejaba el látigo luz como si se hubiera criado haciéndolo.

Obi-Wan se volvió hacia Kit y le ofreció la mano.

—Bueno —dijo—. Aquí es donde nos separamos.

—Por ahora —dijo Kit—. Montaremos el campamento base en las cuevas que

hay al sur de aquí, y debería estar operativo en un día. Después, estaremos preparados para lo que sea.

—No lo dudo —dijo Obi-Wan—. Si nos comunicamos por los canales de mantenimiento de los androides astromecánicos no alertaremos sus sistemas de seguridad. Camuflaremos nuestras conversaciones como modulaciones de la frecuencia de transporte básica.

Kit asintió, pero su sonrisa no se reflejaba en su mirada.

—Es buena idea. Que la Fuerza te acompañe.

Poco quedaba por hacer aparte de darse un apretón de manos. Obi-Wan se quedó allí parado, mirando el horizonte, los remolinos de polvo.

Mas allá una nube color óxido se desplazaba a ras de suelo, tranquila y preciosa en la distancia; una de las tormentas de arena que hacían tan difícil vivir en la superficie de Cestus. Obi-Wan comprendió perfectamente por qué se había escogido ese planeta como prisión.

Los otros cuatro soldados se quedaron con Kit. Obi-Wan regresó a la nave, y la puerta se cerró tras él.

Se sentó en el lugar vacío junto a CT-X270, se puso el cinturón, comprobó que Doolb Coracal se había puesto bien el suyo, y asintió.

—Vamos, Equisdós —dijo.

Kit verificó los instrumentos de su motojet Aratech 74-Z con *hardware* militar modificado, tan manejable como un murcielalcón y capaz de superar los 550 kilómetros por hora. Conducir aquel aparato le recordaba a navegar tormentas, su deporte favorito.

Las cuatro hélices direccionales estaban bien ajustadas y respondían al tacto. Los motores retropropulsores ronroneaban como demicots y podían soportar sin problemas las pesadas bolsas sujetas a los laterales. Tenía los cuatro depósitos de combustible llenos y los indicadores funcionando. Bien Alzó una mano, y los soldados clon montaron en sus motojets al unísono, como si llevaran un mes practicando esa maniobra. Respiro hondo. La sangre le bulló en las venas cuando sus dos corazones se desacompararon ligeramente, preparándolo para la acción. Era el momento por el que vivía la calma antes de la tormenta. La prueba era la tormenta en sí, el reto de mantener el equilibrio dentro de su remolino, como nadar por la superficie durante uno de los huracanes gigantes de Glee Anselm o practicar la Forma I. Jamás había fracasado. Algún día fracasaría, como le pasaba a cualquier mortal. *Pero no hoy, sonrió, orgulloso. Hoy no.*

Encendió la motojet. El ronroneo se convirtió en un rugido cuando la máquina se elevó.

Los cinco navegaron entre barrancos y ríos en perfecta formación, atravesando los matorrales pardos.



Aunque casi todas las cosas que dejaban atrás apenas eran un borrón, las más lejanas se veían con claridad. Kit estaba inmerso en la contemplación del paisaje, y vio la lejana línea de una caravana que avanzaba por la roca. Las motojets volaban demasiado bajo para ser avistadas, sólo lo bastante para que quienes venían detrás de él quedaran engullidos en la tormenta de partículas de polvo, confundiendo así a los escáneres.

Pasaron junto a una pequeña tribu de x'ting nómadas, el pueblo insectil que antaño dominaba el planeta. Aunque conservaban algo de poder político, apenas sumaban unas decenas de miles. Los nómadas alzaron las armas escarlata y señalaron a las motojets cuando pasaron por su lado.

Tampoco era algo por lo que preocuparse. Se convenció de que aquello no era un presagio. Encontrarse con cestianos en medio de un área tan desolada sólo era pura casualidad. Los nómadas nativos de Cestus tendían a no ser tecnológicos, no empleaban dispositivos que emitiesen radiaciones en el espectro electromagnético. No era algo por lo que preocuparse...

Kit se sentía atraído por Cestus. En aquel paisaje podía percibir la lucha de la vida contra una naturaleza despiadada. Le recordó la superficie de su planeta natal, una tierra muy árida, pero que había producido un pueblo de gran coraje. Ése podría haber sido el lugar donde nació, de no carecer de rugientes océanos.

Nate viajaba en la motojet que iba detrás de él, recorriendo el mismo paisaje, sumido en sus propios pensamientos. El capitán de los CAR lo escudriñaba todo, buscando posibles emboscadas, posiciones donde hacerse fuerte, puntos de avistamiento... Todo lo que veía, todo lo que pensaba estaba relacionado con su deber. No había sitio en su mente para nada más. Tampoco es que necesitara algo más.

Kilómetro a kilómetro, avanzaron hacia su objetivo, las montañas Dashta, en el distante Oeste.

Tras adoptar una trayectoria creíble para una nave que llegara desde Coruscant, CT-X270, Equisdós, regresó a la atmósfera de Cestus. La red de comunicaciones del crucero se conectó de inmediato, y los receptores automáticos de señales empezaron a decodificar las instrucciones para el aterrizaje.

Se dirigieron directamente a la capital de Cestus, ChikatLik, una palabra x'ting que significaba "el centro". Equisdós manejaba los mandos con suma confianza, como si hubiera nacido pilotando naves.

Cosa que, por cuestiones prácticas, era así.

Descendieron por el sombrío corazón de una nube de polvo arremolinado que se prolongaba durante kilómetros de ancho, eclipsando la mayor parte de la superficie que tenían bajo ellos. El ordenador de guía proyectó unos esquemas animados de su objetivo, revelando detalles de la superficie que Obi-Wan apenas podía captar a simple vista. Una de las principales características de Cestus era su amplia red de túneles, creados por la actividad volcánica, la erosión del agua y miles de años de excavación por parte de las antaño numerosas tribus x'ting. Fueron esas cuevas las que convirtieron el planeta en la prisión ideal, y la nave descendió por uno de los prolongados tubos de lava.

Cuando entraron por la boca, el aire se despejó y, por primera vez durante el descenso, vieron alguna cosa que revelaba información valiosa. Al cabo de unos segundos, las paredes empezaron a mostrarse agradablemente pintadas y esculpidas. Obi-Wan vio pasar rápidamente pintadas, y luego entramados de tuberías y metal, laberintos producto evidente de innumerables generaciones de trabajadores.

También se dio cuenta de que los obreros habían hecho todo lo posible por preservar parte de la belleza original, cosa que le pareció admirable. Por muy bellas que pudieran ser las obras de los mortales, y a menudo lo eran, el mundo natural seguía teniendo algo que conmovía todavía más a Obi-Wan, como si fuera un testimonio de la verdad y la profundidad de la Fuerza que no puede comprenderse de una forma consciente.

Pasaron ante otro túnel y giraron a la izquierda. Había luz artificial procedente del otro lado de la esquina. Les cegó por un momento.

Las oficinas y apartamentos de ChikatLik se fusionaban con las estructuras volcánicas con tal perfección que era difícil ver dónde terminaban éstas y dónde se mezclaban con las obras de los mortales. Vio mil caminos elevados y rutas peatonales, pero escaso tráfico aéreo. Muchos de los caminos que parecían de piedra lucían brillantes pasarelas móviles, un sistema de transporte local que parecía haberse multiplicado con los años, hasta que toda la ciudad parecía bullir como una imagen

ampliada e imposible del interior de un cuerpo humano.

La nave descendió entre las torres y los caminos, hacia una plataforma central de aterrizaje situada en las afueras de su destino, alguna clase de enorme complejo de viviendas. Allí donde la roca volcánica se había oscurecido y las paredes tenían la textura de un duro cemento tosco de color gris o negro, quizás algún compuesto producido por los sistemas digestivos de los constructores de la colmena.

Mientras la nave se posaba suavemente, una de las pantallas laterales mostró una fila de humanos uniformados en posición de firmes. Obi-Wan se dio cuenta de que Equisdós había apagado los motores principales para que ninguna llama o radiación estropeará el acercamiento.

Los zarcillos oculares de color esmeralda de Doolb Coracal temblaron de emoción.

— ¡Mira, la guardia de honor!

—Sí —respondió Obi-Wan—. Debe de ser poco frecuente ver representantes de Coruscant aquí en el Borde. Me temo que esto tiene más importancia que la de una simple operación comercial.

—Ah —dijo Coracal—. Supongo que habrán perdurado elementos de la política de colmena. Nos esperan interacciones sociales confusas y complejas, Maestro Jedi.

Obi-Wan se rió. Era cierto: él ya no era un simple pacificador. Hoy era un embajador, un enviado del Gobierno Central. Le gustase o no, tendría que aceptar ese papel.

Los guardias eran kiffar semihumanos, que inmediatamente se cuadraron cuando la puerta se abrió y salió la rampa.

—Maestro Obi-Wan, es un placer darle la bienvenida a ChikatLik —dijo el primer guardia—. Acabo de ser informado de que la Regente está ahora mismo ocupada. Asuntos de la colmena. Regresará esta noche, y se reunirá mañana con ustedes.

El Jedi asintió pensativo, y los ojos de Coracal se retrajeron.

Mientras Obi-Wan, Coracal y el astromecánico descendían, una banda compuesta por diversos músicos androides ejecutó una mezcla de pitidos y bocinazos melódicos que debía de ser el himno planetario cestiano. A continuación, la banda ofreció una versión pasable de *Todas las estrellas refulgen como una sola*, himno oficial de la República. Hubo un tiempo en el que esa canción hacía que se le acelerara el pulso, pero hacía unos meses que le ponía los pelos de punta.

El guardia kiffar volvió a saludar tras la pieza musical.

—Gracias —dijo Obi-Wan, y los zarcillos oculares de Coracal dejaron de balancearse al ritmo de la música. Lo cierto es que había sido conmovedor.

—Bienvenido a Cestus. General Kenobi. Letrado Coracal.

Obi-Wan asintió.

—Gracias, sargento. Espero que podamos resolver este asunto lo antes posible, y así tener la oportunidad de apreciar la belleza de su planeta antes de volver a casa.

Las palabras fluían con tanta suavidad, que Obi-Wan se rió para sus adentros. La verdad es que podría haber sido político. Los pacificadores y los explotadores debían reunirse para encontrar algún punto en común, y de haber escogido ese camino...

Con ese pensamiento en mente, y la resultante media sonrisa curvándole los labios, Obi-Wan dejó que escoltaran a Coracal y a él hasta un vehículo que se desplazaba sobre los carriles del tráfico libre aéreo.

—Hay pocos edificios en la superficie del planeta —preguntó Coracal—. ¿Por qué?

—Las cavernas naturales eran fáciles de aprovechar para la prisión, y protegían contra las tormentas de arena y las incursiones de los aborígenes. Eso fue hace mucho tiempo.

— ¿Y ahora?

— ¿Y ahora qué? —el guía se encogió de hombros—. Las plagas dejaron muchas colmenas vacías. Y nosotros nos mudamos aquí.

Mientras se desplazaban, un par de androides sacaron su equipaje de la nave y lo colocaron sobre otro carrito, luego les siguieron. Muchas de las construcciones y estructuras eran imitaciones de estalactitas y estalagmitas, pero también podían distinguirse retazos de distintos movimientos artísticos y arquitectónicos, áreas angulosas, prueba de cientos de diferentes influencias culturales.

Se acercaron a una superficie especialmente grande y bella tallada en la pared de roca. Sólo al segundo vistazo te dabas cuenta de que era un edificio.

—Hemos llegado —dijo el guardia.

— ¿Qué es esto? —preguntó Obi-Wan. Tenía casi un kilómetro de ancho, y era una de las construcciones más grandes que Obi-Wan había visto en un planeta del Borde, tan enorme que a primera vista lo había confundido por parte de la estructura general.

—La Gran ChikatLik fue el primer edificio de la prisión que se erigió aquí —les contó el guía—. Se reconvirtió hace unos cincuenta años, y ahora es nuestro mejor hotel.

Ya lo veía con más claridad. Siglos de constante remodelación, de unir apartamentos y cubículos, lo habían convertido en una lisa masa uniforme a medio camino entre una colmena y un enorme edificio de oficinas, algo que trascendía cualquier diseño artificial u orgánico. Impresionante.

Su transporte giró a la derecha y entró en lo que parecía un túnel de lava que acababa en el vestíbulo del hotel. El interior era directamente cavernoso, con un vestíbulo construido alrededor de un manantial natural luminoso y con ascensores que se elevaban entre cascadas de caliza congelada.

El conserje, un androide plateado de protocolo, se acercó a ellos temblando de emoción.

— ¡Bienvenidos! Son ustedes huéspedes del hotel más lujoso de Ord Cestus.

Los labios carnosos de Coracal se curvaron en reconocimiento.

—Tras tantos días en la nave, estará bien tener una habitación y no un compartimento —exclamó.

Dos botones x'ting se materializaron cuando llegó el carrito del equipaje. Los x'ting eran de un color dorado apagado, con cuerpos ovalados y patas delgadas y aparentemente endebles.

—Conducid a estos dos invitados especiales a sus aposentos —dijo el androide. Los asistentes se apresuraron a guiar el carrito del equipaje hasta el turboascensor, quizás albergando la fantasía de una generosa propina por parte de sus distinguidos huéspedes. Obi-Wan se fijó en que uno de los x'ting llevaba una etiqueta con su nombre: "FIZZIK".

Los ascensores se elevaron por la pared interna de la caverna, subiendo rápida pero suavemente, y rotando luego para que la pared se abriera y diera acceso a un pasillo.

Los botones x'ting descargaron el equipaje y lo llevaron a la suite. El androide realizó una inclinación.

Espero que el alojamiento sea de su apiado, señores. Obi-Wan se descubrió respondiendo más a los ayudantes que al androide de protocolo.

—Estoy seguro de que todo será perfecto.

—Quizá quieran visitar la ciudad antes de que llegue la señora.

—Es muy considerado por su parte. Estoy seguro de que encontraremos alguna distracción.

El androide de protocolo se marchó, haciendo una seña a Fizzik y al otro para que le siguieran, cosa que hicieron.

Doolb Coracal empezó a decir algo, pero el Jedi alzó un dedo, pidiéndole que guardara silencio. El astromecánico empezó a inspeccionar la habitación mientras Obi-Wan deshacía las maletas con movimientos lentos y pausados.

— ¿Qué habitación cojo? —preguntó Coracal.

—La que tenga mejores vistas —dijo Obi-Wan—. Dijiste que querías disfrutar de las vistas—Pensaba seguir hablando de ese tipo de cosas, pero, por fortuna, su astromecánico lanzó un pitido indicando que todo estaba despejado.

—Creo que esto es seguro. La habitación carece de dispositivos de escucha o espionaje. Nuestro astromecánico nos avisará si hay cambios al respecto.

—Gracias al Hacedor —dijo Coracal, secándose uno de sus ceños—. Para serte sincero, Maestro Obi-Wan, encuentro de lo más incómodo este asunto del espionaje.

—No tienes por qué preocuparte de eso —dijo Obi-Wan—. Tú haz tu trabajo, que

yo haré el mío.

— ¿Y cómo te parece que están yendo las cosas?

—Como ya dijimos... —se sentó cerca de Coracal, ordenando sus pensamientos mientras intentaba asimilar lo que había visto y oído desde el aterrizaje—...iremos al tribunal y veremos qué es lo que hay.

— ¿Y si se ignoran nuestras súplicas?

—Entonces —dijo Obi-Wan pensativo—, las cosas se complicarán.

Kit Fisto, Nate y sus tres hermanos llegaron de forma discreta a la región de las montañas Dashta que les había indicado su contacto, Sheeka Tull, y procedieron a realizar una exploración preliminar. Tull les había señalado una cueva oculta bajo un saliente de roca que daba a un amplio anfiteatro de piedra que podía emplearse como zona de aterrizaje de emergencia; aunque, por motivos de seguridad, la zona de toma de tierra estaba ubicada a varios cientos de metros de la entrada de la cueva.

A simple vista, la cueva parecía ideal, pero Kit entró con cautela, con los tentáculos estremeciéndose. Nada más entrar se encontró con el cadáver deteriorado de algún mamífero de cuatro patas que debía de ser la mitad de grande que un deslizador. No tenía heridas aparentes..., ¿se había limitado a entrar en la caverna para morir? Apartó a un lado el cadáver y dio otro paso. No se veía nada vivo. De allí partían túneles laterales en todas direcciones. Los pájaros de la cueva y algunos reptiles membranosos se escabulleron en las alturas. En los rincones se acumulaban el musgo y una vieja capa de polvo, pero no encontró nada alarmante.

—Quizás haya algo aquí —dijo Nate, entrando tras él. —Quizá deberíamos buscar otra caverna —dijo CT-12/74. Su apodo era Cecuatro.

—No hasta contactar con Tull —dijo Kit.

Allí, al abrigo de un abrupto valle casi desprovisto de toda vegetación, dedicaron las primeras horas a montar el campamento base y los barracones, ensamblando piezas de casetas modulares. Estaban tan concentrados en su tarea que apenas se dieron cuenta de la llegada de la primera araña de las cavernas.

Kit se maldijo a sí mismo por no haber reconocido los indicios de telas en el cuerpo disecado, pero cuando la primera monstruosidad octópoda saltó de entre las sombras para atacar a Einta, el nautolano se movió al instante. La araña aulló cuando el sable láser le rebanó una pata, y el soldado la esquivó, acertándola con tres disparos antes de que la criatura tocara el suelo.

Apenas tuvieron tiempo para felicitarse. De la oscuridad brotaron seis arañas de las cavernas de igual tamaño.

Kit ordenó a los soldados que se pusieran en formación, y cuando los atacantes octópodos salieron, ya tenían preparados los láseres al hombro. Sencillamente, en alguna parte de las cuevas debía de haber un nido, y ellas se limitaban a responder a la intrusión en su territorio. No era tiempo de lamentaciones. Era el momento de actuar.

Una cascada de seda de araña de las cavernas salió disparada hacia el soldado que estaba en diagonal con Kit, Nate. El soldado se echó al suelo y rodó, levantándose, ya en posición de tiro, y disparando hacia las rocas situadas sobre la araña. Las piedras

llovieron sobre la desgraciada criatura mientras Nate volvía a rodar y corría hacia uno de los deslizadores.

¿Huir? Eso sería absurdo. En la corta y espectacular historia del GER, ningún soldado había eludido su deber, huido de una batalla o desobedecido la orden de un superior. Pero...

Una gran araña peluda de ocho patas siseó y saltó justo detrás de él. Kit giró sobre sí mismo, haciendo cantar al sable láser. La araña botó, quitándose de en medio, y aterrizó agazapada. Volvió a saltar, escupiendo veneno. Kit se echó a un lado, cortando una de las ácidas masas verdosas con el sable láser, y el fluido estalló en un vapor abrasador. Las rocas que tenía delante se agitaron, y un enjambre de arañas jóvenes, que llegaban a Kit por la rodilla, salieron de allí con brillantes ojos de hambre y goteando veneno por los colmillos.

Percibió movimiento por el rabillo del ojo y se giró para ver una gigantesca hembra roja, la mitad de grande que un bantha, agazapada en las sombras, contemplándolo, fijando en él sus brillantes ojos. Como un general dirigiendo a las tropas.

Eso era algo que Kit comprendía bien. Desde que empezaron las Guerras Clon, Kit también era un general con tropas a su cargo. ¡Vamos!, gruñó él en silencio, con el iris de los ojos cada vez más grande. Separó los pies para mantener mejor el equilibrio, y aguardó.

La motojet de Nate se encendió al instante. Se elevó del suelo de la cueva, controlada por sus manos expertas, y voló en círculo por ella, alterando las sombras, girando por las esquinas y sacando arañas a la faz. Ellas le escupían seda y veneno, y cada vez que lo hacían, ofrecían un blanco mejor a los hermanos de Nate. Los incandescentes rayos láser y el aullido del sable láser de Kit Fisto llenaron la caverna mientras las arañas contraatacaban, proyectando extrañas sombras distorsionadas en la pared de la cueva. Las criaturas arácnidas saltaban, botaban, se arrastraban. Escupían veneno que traspasaba las armaduras y un hilo pegajoso que amenazaba con atar brazos y piernas. Pero no consiguieron romper el Cuadro Geonosis, una táctica que maximizaba tanto el fuego de ataque como el de defensa.

El soldado se desplazaba entre las arañas, aprovechando la maniobrabilidad de la motojet para confundirlas. Sus octópodos adversarias eran más rápidas en el suelo, pero parecían desconcertadas por esa táctica voladora. El general Fisto lanzó un silbido tan agudo y estridente que a Nate le pitaron los oídos a veinte metros de distancia. Los demás soldados corrieron a sus vehículos y, un momento después, la caverna se llenó de motojets, estruendosas y destructoras.

Nate rió en voz alta, disfrutando del momento. Era como volver a luchar con el selenoma: *No sabías a lo que te enfrentabas, ¿verdad?*

Su risa se apagó al ver que otro grupo de arácnidos emergía de la caverna



superior. *¿Pero qué diantres...?* Debían de haber dado con el criadero más grande de todas las montañas. Aquello era lo peor, lo que los soldados llamaban un "diez por ciento", pero ya era demasiado tarde para maldecir al destino. Poco podían hacer ya sino luchar.

Al menos seis arañas grandes y docenas de las pequeñas perecieron por los disparos, los mandobles de sable láser y los desprendimientos de roca, antes de retirarse chillando a las cavernas. La más grande, la enorme hembra de pelo rojo, protegía a las demás mientras huían.

Los soldados iniciaron la persecución, pero el general levantó una mano.

— ¡No! —exclamó—. Hemos vencido. Dejad que se vayan las crías.

La hembra miró fijamente al general. Para asombro de todos, bajó la cabeza como en señal de obediencia, retrocedió hacia las tinieblas y desapareció.

Los soldados aterrizaron las motojets, escudriñando la oscuridad para asegurarse de que se equivocaban antes de enfundar los láseres.

—Activad de inmediato los sensores de perímetro —dijo el general Fisto.

— ¿Nos quedamos, señor? —preguntó Nate.

La sonrisa de respuesta del general Fisto no era precisamente alentadora.

—Es de suponer que todas las cuevas estarán infestadas. Al menos sabemos que ésta ha sido despejada.

—Además —susurró Einta a Nate cuando el general Fisto se alejó—. Hemos luchado por ella. Es nuestra.

Mientras los demás se instalaban en la cueva, Kit Fisto se llevó la unidad de comunicación a un kilómetro de distancia, a una zona completamente deshabitada desde la que no se veía su nuevo campamento. Una vez allí, encendió el emisor y se sentó a esperar.

Lo apagó al cabo de cinco segundos. Esperó otros cinco minutos y luego emitió otros cinco segundos. Después utilizó el monitor automático para que continuara la secuencia: cinco minutos apagado, cinco segundos emitiendo.

Al cabo de una hora escuchó un sonido de respuesta en la serie codificada acordada. Apagó el monitor y esperó.

El sol se acercaba al horizonte occidental cuando una desvencijada nave de carga apareció por el Sur. Se acercó trazando un círculo lento antes de descender a tierra, quemando los matorrales del suelo al hacerlo. Aquella ineficacia termal delataba a un modelo antiguo, con las reparaciones justas.

La puerta de acceso se abrió, y una rampa descendió de ella. Kit escuchó un silbido, y entonces apareció una hembra humana.

Kit tenía poca información para evaluar la belleza humana, pero, a juzgar por sus movimientos y sus gestos, aquella hembra estaba en excelente condición física, su impecable piel negra y su lustrada melena sugerían un sistema inmunológico

saludable, y parecía bastante concentrada y alerta. Bien. Necesitarían esas cualidades para realizar con éxito sus planes.

La mujer contempló a Kit con gesto exasperado.

Un nautolano. El océano le queda un poco lejos, ¿no?

El Jedi no le vio la gracia. Estoy esperando —dijo él.

Ella puso los ojos en blanco.

—Y encima sin sentido del humor. Vale: "Alderaan tiene tres lunas."

—"Demos Cuatro menos dos" —respondió Kit sin dudar.

Ella asintió como si hubiera confirmado algo más que su identidad.

—Me llamo Sheeka Tull. Me dijeron que vendrías.

— ¿Qué te dijeron exactamente?

Ella removió el pie, trazando una línea en el suelo y levantando una pequeñísima nubécula de polvo fino.

—Me dijeron que si os ayudaba se olvidarían ciertas cosas de mi pasado. ¿Es eso cierto? —lo miró con ojos retadores. Él asintió y ella pareció aliviada—. Bueno. ¿Qué necesitáis?

—Un contacto fiable. Había arañas de las cavernas.

Ella negó con la cabeza.

—Hay arañas por toda la zona, pero no vi ninguna cuando visité la cueva. Lo siento.

Kit cruzó su mirada con la de ella, en un duelo de voluntades. ¿Decía la verdad? Ella era su contacto, cedido por los estrategas de mayor confianza del Canciller. La confianza era su única opción.

—Muy bien. Tengo que hablar con los anarquistas conocidos como Viento del Desierto—dijo él.

—Les dieron una paliza el año pasado —dijo Sheeka Tull—. ¿Qué quieres de ellos?

—No tienes por qué saberlo —respondió él.

—No —sus ojos se estrecharon—. Es justo lo que necesito saber. No podré ayudarte si no me lo dices. No me atrevería.

Kit la miró. De haberla conocido de antes, habría podido saber si le decía la verdad o si era un farol. Era una habilidad útil, pero, una vez más, la precisión lo era todo. Debía tomar una decisión de combate y, lo mirase como lo mirase, era una decisión difícil.

—Necesitamos crear una fuerza funcional capaz de realizar operaciones de sabotaje y espionaje, en caso de que se deba derrocar al Gobierno.

Él sabía que sus palabras la dejarían de piedra, pero ella supo ocultarlo bien.

—Bueno. Gracias por ser sincero.

— ¿Puedes llevarnos hasta Viento del Desierto?

—No, pero sí hasta la gente que los conoce.

—Por mí, vale.

—Y una vez acabes aquí no habrás oído hablar nunca de mí —repuso, levantándose y con los puñitos en jarras.

—Me parece bien.

Ella asintió y dibujó con el pie un pequeño círculo en el suelo. —De acuerdo, entonces —dijo ella—. Es hora de que te presente al *Spindragon*.

El nombre del insecto cestiano era Fizzik, y se hallaba en su momento más agresivamente ambicioso, en el clímax del ciclo de tres años que atravesaba su especie entre los géneros masculino y femenino. En el estado en que se hallaba, el flujo de hormonas masculinas era un intoxicante nervioso que lo predisponía a correr cualquier riesgo con tal de obtener el medicamento que equilibraba sus hormonas con más suavidad. La planta capaz de atenuar, o incluso acelerar, la transición se llamaba viptiel, y procedía de un planeta llamado Nal Hutta. Pero era demasiado cara para un botones de hotel.

Por eso, Fizzik decidió vender su alma a su hermano lejano, Trillot. Arrastró su brillante óvalo dorado entre la multitud hasta llegar a un callejón concreto, camuflado como un túnel de lava secundario. Todas las paredes estaban repletas de anuncios de exposiciones y espectáculos, y tanto los planos como los holográficos tenían por único objetivo sacar créditos a bolsillos desprevenidos.

Hacía año y medio que Fizzik no venía. Los pocos que hubieran podido reconocerlo habrían sido incapaces de hacerlo por el simple hecho de que la última vez que acudió era hembra.

Hubo un momento, cientos de años estándar en el pasado, en que el planeta perteneció a los x'ting, que habían expulsado a las lejanas montañas a sus únicos rivales, los clanes de arañas. Pero la aparición de la República lo cambió todo. Ensalzado en principio como un triunfo para la colmena, los forasteros no tardaron en hacerse con el control de todo. Al margen de lo que pudiera decirse, las plagas del último siglo no habían sido ni más ni menos que un intento de genocidio: las colmenas cayeron, y Cestus Cibernética se convirtió en el gobernador de facto del planeta. Casi todos los x'ting supervivientes fueron relegados a vivir en agujeros como ese tugurio insoportable. Algunos traidores (como esa zángana sinvergüenza de Durism o Quill, el actual líder del Consejo de la Colmena) habían vendido a su pueblo a cambio de poder, convirtiéndose en mascotas de las Cinco Familias.

En su identidad femenina, Fizzik solía dedicarse al trabajo doméstico para las clases altas de los extranjeros. Cuando el ciclo volvía a convertirlo en macho, la mayoría de sus jefes consideraban sus potentes feromonas motivo suficiente para prescindir de sus servicios. Por eso se encontraba allí, volviendo al inframundo, luchando por sobrevivir y a la espera de que su identidad femenina le facilitara una ocupación mejor. Moverse entre tantos estratos sociales a lo largo de los años le había proporcionado una amplia red de contactos, tan extensa que le había permitido obtener una información muy valiosa: los recién llegados del Grand ChikatLik eran personajes de gran importancia procedentes de Coruscant. Tenía muchas

posibilidades de vender ese dato a uno de los x'ting más poderosos de la capital, el que controlaba los lazos que unían a los criminales del planeta con los organizadores laborales y los verdaderos amos del Viejo Cestus. Y ése era su hermano, Trillot.

Al cabo de unos minutos llegó a una puerta pesada y metálica de forma ovalada, situada en un pasillo oculto entre sombras que nacía del bullicioso Bulevar Mineral. Por un lado, era importante conocer las palabras clave. Por otro, todo el que llegase a esa puerta y quisiera entrar sin fondos que gastar o algo que vender se encontraría en el extremo peligroso de un llamacuchillo.

Los guardias, un humanoide wrooniano de piel azulada y un peludo y gigantesco wookiee, miraron a Fizzik sin cambiar el gesto.

—Tengo que ver a mi hermano —dijo Fizzik, y añadió una palabra en clave que sólo conocían los hermanos de colmena.

Los guardias asintieron indolentes y abrieron la puerta. Uno entró delante de él y miró a su alrededor mientras avanzaban por el oscuro pasillo.

A lo largo del corredor había pequeñas habitaciones en las que se recostaban en penumbra varias formas de vida galácticas, solas o acompañadas, mirándole con grandes ojos vidriosos antes de volver a sumirse en los pensamientos o sueños en que estaban inmersas.

— ¿Para qué quieres ver a Trillot? —preguntó el wrooniano.

—Tengo información. Sólo para él.

El guardia gruñó.

— ¿Qué dices? ¿Que quieres comer diamantes?

Fizzik se desesperó. Uno diría que alguien con la riqueza y el poder de Trillot sólo contrataría al mejor personal posible, pero no solía ser el caso.

—Tú llévame con él.

— ¿Que su madre qué? —dijo el guardia, girándose. Su rostro ya no era tan inexpresivo y, la verdad, resultaba un tanto inquietante.

Fizzik se dio cuenta de la trampa en la que se había metido. Los cuartos ante los que pasaba rebosaban ojos curiosos. Aquello no era más que un chantaje. Se metió la mano en los bolsillos y sacó un puñado de créditos. Los últimos. Bueno, la vida era un juego. Y si éste le salía bien, dentro de pocos minutos estaría ganando. Y, si no..., bueno, los muertos no necesitan dinero.

En cuanto los créditos rozaron la mano del matón, el wrooniano sonrió de oreja a oreja.

— ¡Ah! —dijo..... ¡Ya! Quieres ver a Trillot!. —Se guardó los créditos y apartó una cortina.

Al principio, Fizzik sólo vio un amplio sillón, pero fue distinguiendo a su hermano a medida que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad.

Trillot era tres generaciones mayor que Fizzik. Al igual que éste, era hijo de una

noble matriarca venida a menos que les había dejado como única herencia la nostalgia por la riqueza y el poder de los viejos tiempos. Pero, al contrario que Fizzik, Trillot tenía talento y estaba dispuesto a correr riesgos. Tras un inicio en falso trabajando en comunicaciones para Cestus Cibernética, encontró su vocación en las relaciones laborales. Los periodos de tres años que Trillot pasaba entre los géneros masculino y femenino solían hacer bajar la guardia a sus rivales inmigrantes. Fizzik sabía que Trillot, al igual que otros pocos x'ting, empleaba un cóctel de viptiel y otras hierbas exóticas para comprimir el período mensual que ocurría al final de cada ciclo de género, y reducirlo a apenas unas horas de aturdida transformación. Así no quedaba incapacitado, ni era fértil. Alguien tan ambicioso como Trillot no quería tener que ocuparse de larvitas chillonas.

Cinco años después, Trillot demostró su valía a un sindicato local, y dos años más tarde dimitió de Cestus Cibernética para trabajar directamente para el jefe supremo.

Una misteriosa cadena de trágicos accidentes despejó el ascenso a Trillot. Bueno, accidentes que quedarían sin explicación siempre que él siguiera sin hablar.

Todo lo que vino después estaba casi predeterminado. Al ver lo despiadado que era Trillot, y quizá percibiendo lo inevitable de su ascenso, el jefe supremo huyó de Cestus, dejando el poder en las capaces manos de Trillot.

Fue demasiado poco, demasiado tarde. El jefe supremo sufrió un accidente, casi como si alguien hubiera deseado que nunca regresara para reclamar lo que una vez fue suyo.

El poder de Trillot en ChikatLik había permanecido inamovible. De no haber sido precavido, podría haberlo sido en el mes letárgico de transición entre géneros que sufría la mayoría de los miembros de su especie. Fue otro motivo para emplear el cóctel ilegal de viptiel que le permitía realizar su transformación en una única y dolorosa noche. Trillot era agresivo para todo.

En la zona intermedia entre el trabajo y la gestión, entre el mercado blanco y el negro, entre las clases altas y bajas, entre los forasteros y el Consejo de la Colmena x'ting, no había nadie mejor que Trillot para ejercer de mediador, y todos lo sabían.

Como casi todos los machos x'ting, mostraba una engañosa apariencia de fragilidad. Cada uno de sus movimientos estaba tan cuidadosamente calculado y meditado como una partida de dejarik entre maestros. Una frente alta y cristalina sobre ojos facetados, y un cuerpo ovalado y alargado le daban un aspecto de gran inteligencia y profunda amabilidad. Fizzik sabía que la única impresión correcta era la primera.

Pero el tórax de Trillot era rojo y protuberante, clara señal de feminidad. Un cambio tan rápido debía de ser agónico, y Fizzik se preguntó qué hierbas y drogas emplearía Trillot para controlar el dolor. Y las que usaría para despejar la mente del efecto de las anteriores. Y las que tomaría luego para protegerse de los efectos

tóxicos de tantas dosis. Y las que usaría para...

Fizzik se mareaba con sólo pensarlo.

Trillot habló con el guardia en un idioma de chasquidos y ruidos varios que sonaba raro viniendo de su correcta boca. El guardia respondió en la misma lengua indescifrable, luego, Trillot volvió la cabeza y se giró para mirar a su huésped.

—Ah, Fizzik —dijo. Hasta un androide de ejecución habría puesto más cariño al darle la bienvenida—. Parece ser que me traes información. Ven por aquí. No, no. Por supuesto, si la información es veraz, tendrás tu recompensa.

—Lo único que deseo es ser útil a mi hermano mayor —repuso Fizzik, bajando la mirada en señal de respeto.

—Ya.

El cuerpo de Trillot parecía mover sólo un segmento cada vez, por lo que siempre había una parte inmóvil mientras otras se movían. Era un tanto enervante. Fizzik nunca había tenido esa plasticidad, pese a pertenecer a su misma especie. Trillot caminaba con cierta torpeza, con la bamboleante bolsa de huevos alterándole el equilibrio. Recorrieron un oscuro pasillo, forrado de habitaciones desde las que miraban los ojos de media docena de especies. Trillot parecía haber atraído a lo peor de Cestus. Fizzik sabía que la mayoría de forasteros se había impuesto a los demás, de modo que apenas quedaba un tres por ciento de población nativa del planeta.

El paseo estuvo puntuado por las pronunciadas reverencias hacía Trillot que le profesaba su camarilla de horribles guardaespaldas. De pronto, Trillot se detuvo y olisqueó el aire. Por primera vez, Fizzik vio algo cercano a la expresividad en ese rostro dorado. De haber tenido que adivinar qué era, habría dicho que su hermano no estaba contento. Lo cual no era bueno.

—Huelo a xyatón —dijo Trillot. Miró al guardaespaldas—. ¿Tú lo hueles?

—No, señor —respondió el guardia en un dialecto bothano que Fizzik comprendió. Se rumoreaba que Trillot hablaba más de cien idiomas, y Fizzik lo creía muy posible.

—Yo sí —se acercó a uno de los cuartitos. Un fino hilo de humo se habría pasado desde el interior, y Fizzik apartó la cortina.

Dos chadrafan se acurrucaban en la oscuridad, inhalando el vapor que salía de un humeante recipiente. Trillot volvió a inhalar, profundamente. Habló con ellos en su idioma y se dio la vuelta.

— ¡Guntar! —exclamó.

Los guardias se pusieron en marcha, y a Fizzik le dio la impresión de que Trillot se había olvidado completamente de él. Regresaron al momento, arrastrando tras ellos una pequeña bola grasienta de pelo gris, un zeetsa. Trillot miró con desprecio a la esfera que se postró ante él.

— ¿Le has vendido tú las setas a mis huéspedes?

En la superficie de la pelota aparecieron unos labios.

—Sí —farfulló Guntar—. Por supuesto. Sólo lo mejorcito...

— ¿Y por qué se ha cortado con xyatón?

El pequeño zeetsa era la viva imagen de la inocencia indignada.

— ¿Cómo? No sabía eso, lo juro...

— ¿De verdad? Entonces quizá tus sentidos no sean lo bastante agudos. Tendrías que haberlo olido. Haberlo saboreado al mezclarlo. ¿Me estás diciendo que tus insignificantes nariz y lengua no están a altura de esa tarea?

Hubo un silencio, y Fizzik se puso tenso. Aquello no podía tener un final feliz.

—Su... supongo.

—Ya sabes cuánto odio la incompetencia —se volvió a los guardias—. Encargaos de que le extirpen los órganos ofensivos.

La bola chilló cuando los guardias se lo llevaron a rastras. Trillot volvió a centrarse en los chadrafan. Les habló en su cantarína lengua. Ellos le respondieron y él cerró las cortinas. Se dirigió a sus guardias.

—Que les den de lo mejor. De mi dispensario personal.

—Sí, señor.

Trillot estiró las comisuras de los labios en lo que podría considerarse una sonrisa.

—Ven conmigo, Fizzik. Aún nos llevará unos minutos llegar a mi refugio. Sugiero que los utilices para componer tu discurso. Porque... —en algún lugar de la oscuridad se oyó un grito que helaba la sangre en las venas— ya sabes cómo odio la incompetencia.



Los soldados clon trabajaron durante horas al frescor de las sombras de las montañas Dashta. Pegaron, encajaron y acoplaron, uniendo cientos de piezas prefabricadas de duracero, y combinándolas con materiales del lugar para crear el núcleo de un buen centro de mando.

— ¿Cuál será nuestro primer movimiento? — preguntó Cuátor a Nate mientras trabajaban.

El se encogió de hombros.

—Pon una junta aquí —el androide astromecánico sacó una herramienta de soldar—. En primer lugar —dijo, protegiéndose los ojos de la brillante lluvia de chispas—, es muy probable que no nos dé tiempo ni a asentarnos. Se supone que el general Kenobi está aquí para proteger a las fuerzas políticas y económicas.

—Ya —dijo Einta.

—Pero ¿y si al final sí actuamos?

Nate gruñó.

—Entonces supongo que atacaremos Cestus Cibernética.

—Eso sí que parece un plan.

El intercomunicador lanzó un pitido. El tono indicaba que tendrían visitas amistosas en menos de un minuto, y que no deberían reaccionar con violencia. El sonido se oyó mucho antes que el lejano pero discernible silbido de aire. Segundos después aparecía la motojet del general Fisto.

Nate se acercó a la pista de aterrizaje, sintiéndose ligero, peligroso y satisfecho. En cuestión de horas habían convertido ese agujero en un cuartel aceptable.

Contempló cómo se desplazaba el deslizador del nautolano sobre las superficies lisas y rocosas, en dirección norte. Nate le siguió a pie y llegó a tiempo para ver descender una nave de carga en el espacio abierto que habían elegido como zona secundaria de aterrizaje.

La puerta se abrió y la pasarela se extendió. De ella salió una humana de piel oscura que siguió a Kit hasta la cueva. Nate se cuadró mientras pasaba Kit. La mujer le miró con escasa curiosidad cuando entró con él en la caverna. El Jedi recibió el saludo de los demás clones. Evaluó brevemente el trabajo que se había realizado y condujo a la mujer hasta un escáner para enseñarle algo. Conversaron un momento y Kit dijo:

—Capitán, Cuátor, hagan el favor de acompañarnos.

—Sí, señor —dijeron ellos simultáneamente.

El *Spindragon* era un carguero suborbital modelo YT-1200 de capacidad mediana. Estaba viejo, reparado con piezas de otros modelos similares, y tenía un casco

redondeado y una cabina alargada y tubular. Nate pasó unos minutos examinando las juntas. Aunque era obvio que se habían empleado una docena de mezclas de junta diferentes, además de epoxy corelliano, parecían lo bastante resistentes como para soportar giros a alta gravedad, y le dio su aprobación.

El interior era poco más que funcional: pequeños elementos decorativos sugerían un intento de crear cierta estética, pero nada lo bastante exagerado como para restarle utilidad.

La mujer ladeó la cabeza hacia el soldado CAR, intentando ver a través del casco.

—No me he enterado de tu nombre —le dijo.

—Soldado clon A-Noventa-y-Ocho.

Ella soltó una risilla.

— ¿No hay una versión abreviada?

—Puede llamarme Nate —dijo él.

La curiosidad se dibujó en los ojos de la humana, que frunció los labios como si fuera a hacer una pregunta. No cedió a la tentación, pero él se dio cuenta de que ella no lo había ubicado inmediatamente en la categoría de "inexistente" a la que la mayoría de los ciudadanos solía relegar a los clones.

Al cabo de unos minutos, todos se habían ajustado los cinturones y estaban listos para partir. La nave se elevó de la pista de aterrizaje, alzándose hacia el cielo en espiral, y voló rumbo al Sudeste durante quince minutos, luego se desvió al Norte durante otros diez.

Ante ellos había un pequeño complejo de fábricas. Nate realizó una rápida evaluación táctica: varias chozas con ascensores a los túneles mineros, barracones, una pequeña refinería, unos muelles de carga, pistas de aterrizaje, depuradoras de agua y torres de comunicación. Junto a unas bobinas de condensación había una burbuja azul, y supuso que se trataba de un invernadero polarizador que empleaba plásticos a modo de escudo para alterar la fuerza del espectro solar, permitiendo así el cultivo de mayor variedad de plantas. El típico asentamiento. Frágil. Fácil de destruir.

Pero no dijo nada. Gran parte de su deber consistía en limitarse a ser visualmente imponente. La mayoría de los ciudadanos no había visto nunca un soldado clon, aunque seguro que habían oído historias sobre ellos.

Cuátor y él descendieron primero por la rampa, seguidos por Sheeka Tull y el jedi.

La comunidad parecía haber acudido al pleno, pero notó que apenas había x'ting entre ellos. Casi todos eran humanos, además de algunos wookiees y el ocasional representante de otras especies. Muchos de ellos debían de descender de los primeros presos.

Los granjeros y mineros se relajaron considerablemente cuando apareció Sheeka y les saludó. La conocían. Eso era bueno y simplificaría muchísimo las cosas, tanto si

debían ganarse su confianza como dominarlos por la fuerza.

—Saludos a todos —les dijo la mujer—. Me alegro de que hayáis venido, aunque no puedo decir que esté muy segura de lo que va todo esto. Éstas son las personas que os dije que vendrían. Yo no me responsabilizo de ellos. Mantened ojos y oídos abiertos y sacad vuestras conclusiones.

Ellos asintieron, y Nate no pudo evitar sentir respeto por aquel discurso. Tull les había llevado hasta allí, pero por mucha presión que pudiera ejercer la República sobre ella, seguía sin vender su honor fingiendo una amistad que no existía. Eso era bueno. Cada vez le caía mejor.

El general Fisto se quedó al final de la rampa y alzó las manos. Sus tentáculos se enroscaron y desenroscaron hipnóticamente.

— ¡Mineros! —exclamó—. Vosotros arrancáis el mineral del suelo. Transportáis, refináis y manufacturáis. Sois el corazón de este planeta.

Los rostros parecían inseguros, pero intrigados. Nate se dio cuenta de que los más jóvenes lo miraban a él, estudiándolo como si desearan que su casco fuera transparente.

—Controláis las mareas del comercio —prosiguió el general—. Vuestras manos son las que tienen los materiales, el talento, el equipo y el material en bruto con que construyen sus lujos.

Al ver que algunos de ellos asentían, supo que el general Fisto hablaba su lenguaje. La cuestión era si de verdad querían oír lo que tenía que decir.

—Y, a pesar de eso, ¿cuántas veces os han incluido en sus decisiones?

—Nunca —murmuró alguien.

— ¿Cuántas veces habéis compartido lo que ellos cosechan? ¿Sois conscientes de que sus androides se cuentan entre las posesiones más preciadas de la galaxia? Hacerse rico no tiene nada de malo, pero la riqueza debe compartirse con quienes hacen el trabajo más sucio y peligroso. —La emoción en su voz aumentaba a medida que hablaba—. Vuestros antepasados llegaron aquí encadenados. Pero en vista del poder que tenéis ahora, parece como si vosotros siguierais estándolo.

Ahora sí que había conseguido atraer su atención, pero necesitaría mucho más para que le saliera bien la jugada.

—Mientras hablamos, vuestros amos declaran la guerra a la República.

Esto dio pie a una serie de aspavientos y murmullos de enfado. Algunos de ellos no sentían ningún afecto por la República, y eran de los que se pondrían del lado de Cestus contra la potencia de una flota de mil naves. Otros no pensaban así y se apoyaban en un pie y luego en otro, como si estuvieran parados sobre un cepo para banthas de letales mandíbulas.

— ¿Y por qué hacen eso? —preguntó una mujer mayor. El viento agitaba las puntas de su pelo canoso.

—Venden androides letales a la Confederación. Androides que serán modificados y utilizados contra la República.

Al oír aquello, Nate se enderezó un milímetro más, notando que también lo hacía su hermano Cuátor. Las miradas se centraron en ellos. ¿Qué les estaría pasando por la cabeza? ¿Considerarían a los soldados enemigos potenciales? ¿Los imaginarían muriendo? ¿O matando? ¿Estudiando su potencial como aliados? ¿Preguntándose como sena luchar codo con codo con un soldado CAR? Seguro que había más de uno con la sangre lo bastante caliente como para desear esa aventura, esa prueba.

—De hecho, nuestra información sugiere que planean vender en masa esos androides fuera del planeta, una vez se asegure el secreto.

— ¿Qué? Eso no puede ser. Los Guías... —empezó a decir una minera, pero el granjero situado a la derecha de Nate le dio un codazo en las costillas, y ella se calló.

Interesante.

—Sí —continuó Kit, como si hubiera leído la mente de Nate y la de la mujer que acababa de hablar—. Os han dicho que es imposible producir más de un centenar de ellos debido a las anguilas dashta.

El grupo estaba cada vez más inquieto, pero Nate se dio cuenta de que la situación tenía muchas facetas. Algunos tenían miedo, otros rabia, y uno... Vio en dos pares de ojos tanto escepticismo que no tuvo ninguna duda: *éstos saben algo*.

—Pero están dispuestos a poner en peligro vuestra supervivencia con tal de amasar sus fortunas.

— ¿Cómo lo sabes? —preguntó un joven de cabello rubio—. Las Cinco Familias viven aquí. No se puede hundir sólo la mitad de una vagoneta, nautolano.

—Sí, viven aquí, pero no están atrapadas aquí. La riqueza posibilita muchas cosas. Aquí quien engordará será quien posea los diseños. Lo que tenéis que preguntaros vosotros es: ¿dudarían quienes ahora os fuerzan a llevar una existencia limitada a condenaros a la pobreza? —un murmullo de indignación se abrió paso entre la multitud—. Decídmelo vosotros. ¿Os han tratado en estos años, estas décadas, como si vuestras vidas, vuestras familias, vuestras necesidades y vuestros deseos les importaran lo más mínimo?

Ahora la mayoría asentía, mostrándose de acuerdo.

Una hembra x'ting con un penacho de intenso pelo rojo entre el tórax y la barbilla y con el cuerpo hinchado por la bolsa de huevos interna dio un paso adelante. Aquello era inusual. Aunque en el pasado las colmenas habían albergado a millones de x'ting, lo cierto es que apenas quedaban más de cincuenta mil en todo el planeta. La hembra era de mayor tamaño que la mayoría de los varones humanos, que se apartaron de ella.

— ¿Qué tú quieres que hagamos? —su hablar torpe la marcaba como de clase baja. Su rostro oscuro enrojeció de emoción, y sus brazos secundarios se agitaron—.

Dejemos de palabras bonitas. Estamos hartos de eso. ¿Qué tú ofreces y qué tú quieres que hagamos?

—Yo no ofrezco nada que no se haya prometido a todos los planetas de la República: una representación justa en el Senado, acceso a los *RECURSOS* de mil sistemas estelares y nuestro apoyo u la hora de obligar a vuestro Gobierno a compartir la riqueza con quienes la producen. Lo que yo pido a cambio es que, si os demuestro que digo la verdad, si podemos probar que vuestros líderes están dispuestos a vender lo que os pertenece por nacimiento, a traicionar a la República, a dejar que os ahoguéis en las cenizas de un planeta arrasado por la guerra mientras huyen a las estrellas con la herencia de vuestros hijos..., si consigo demostraros esto...

Los ojos sin párpados del general Fisto se posaron sobre varios hombres del grupo, además de en unas cuantas mujeres. Nate comprobó encantado que la gente se erguía al sentir su mirada. Se balanceaban de un lado a otro, mirándose entre sí, como tentados a entrar ya mismo en acción.

Ante esto, Nate y Cuátor se quitaron los cascos y se pusieron firmes. Sus rostros idénticos siempre causaban agitación. Algunos los consideraron gemelos, otros ya habían oído hablar del ejército clon, y sólo necesitaban poner cara a una imagen mental.

Los ojos de Sheeka Tull se abrieron de par en par. Retrocedió un paso, como si le hubieran dado una bofetada. Miró a Nate y a Cuátor y los volvió a mirar tres veces más, retrocediendo luego hasta que él dejó de verla.

—...os pido que permitáis que los mejores de entre vosotros se unan a nosotros si así lo quieren —concluyó el general.

— ¿Y nada más? —preguntó la x'ting.

—Eso bastará. No toméis mis palabras a la ligera. Necesitamos saber cuánto apoyo encontraremos. No queremos nada que no queráis darnos.

La gente empezó a conversar entre sí, aventurando nuevas preguntas. Nate supuso que lo que más les preocupaba era si de verdad tenían alguna posibilidad de elección en el asunto. Y felicitó para sus adentros al general por haber elegido, a propósito o por instinto, la mejor táctica para apelar a aquellos desposeídos. Y vio que quienes escuchaban con más atención eran los jóvenes, midiendo las palabras del general Fisto como si fueran puñados de grava en los que podía encontrarse alguna piedra preciosa.

El general prometió mantener a los granjeros informados de sus progresos y se dirigió hacia el siguiente grupo. Cuando regresaban a la nave, Sheeka Tull llevó aparte al Jedi y le habló muy agitada, señalando a los dos soldados clon. Nate no pudo oír la conversación, pero cuando terminó, ella parecía un tanto aturdida. Pasó por delante de Nate y de Cuátor sin mirarlos y se acomodó en el asiento del piloto sin decir palabra.

Siguieron la misma rutina el resto del día. La mujer de piel oscura los presentaba, y el general Fisto soltaba su perorata mientras Nate y Cuátor se mantenían firmes. El general no hacía referencia directa a los soldados clon, pero sabía que todos se preguntaban si ellos eran los clones de los que tanto habían oído hablar, y si tenían un papel en las milicias planetarias que en esos momentos se organizaban en cada rincón de la galaxia.

Nate conocía la respuesta a esa pregunta, la misma respuesta que generales y conquistadores habían conocido desde el principio de la civilización: siempre hay sitio para un guerrero más.

Tras la tercera charla, el nautolano se vio abordado por un grupo de mineros que parecían haber quedado hipnotizados con aquel exótico visitante del centro de la galaxia. El general intercambió unas palabras con ellos en privado, con el resultado de que los cuatro fueron invitados a cenar con los anfitriones y sus familias. A Nate le sonaron las tripas, y recordó que había pospuesto demasiado sus necesidades físicas. Nate y Cuátor comían aparte del resto, un poco por hábito y otro poco por mantener el misterio. Unos cuantos niños, hijos de los mineros, les señalaron y se rieron.

Para su sorpresa, Sheeka Tull se sentó junto a él. Nate comió en silencio durante unos minutos hasta que se dio cuenta de que estaba estudiando el contraste entre la piel oscura de la mujer y las rayas rojas y blancas de su chaqueta de piloto, y se sintió intrigado.

Intentó probar una estrategia conversacional.

—Buena carne —dijo—. ¿Qué es?

—No es carne —dijo ella—. Es un hongo cultivado por los x'ting, adaptado para los estómagos humanos. Pueden hacer que sepa a lo que quieran.

Él contempló su bocadillo. El hongo tenía las mismas estrías que la carne. Sabía a carne. Seguro que incluso tenía un buen perfil aminoácido. Dio otro mordisco de prueba, se relajó y disfrutó.

— ¿Por qué estás aquí? —preguntó él.

— ¿A qué te refieres?

—No naciste aquí —dijo el soldado clon.

— ¿Cómo lo sabes? —ella parecía realmente interesada.

—Tu pronunciación es distinta. El Básico no es tu lengua materna.

Ella se rió, pero fue una carcajada larga y grave, sin atisbo de burla. *Una bonita risa*, pensó él.

— ¿Dónde aprendiste a pensar así?

—Entrenamiento de inteligencia. Los soldados hacemos algo más que apretar gatillos.

—Venga, no te lo tomes mal —dijo ella sonriendo.

Él dio un buen mordisco a su bocadillo. Aquel hongo estaba sabroso y caliente,

jugoso como un filete de fanteel kaminoano. El rancho de los CAR solía ser un engrudo insípido, como si la falta de diversidad genética justificara una ausencia de variación de sabores en las raciones del comedor.

—Entonces... ¿qué hay de mi pregunta? ¿Como acabaste; aquí?

Ella apoyó la cabeza contra el árbol. Tenía una espesa melena que no le llegaba a los hombros. La llevaba recogida en una coletita que sobresalía de su cuero cabelludo como un pequeño matorral.

Algunas veces tengo la impresión de que he estado en todas partes y lo he hecho todo —dijo ella.

Hubo un silencio durante un minuto, y Cuátor fue a llenar su taza por segunda vez. Nate pilló a Sheeka mirándole con lo que él supuso era aprobación, pero ocultando todavía algún secreto. Ella estudiaba su rostro casi como si...

Como si...

Se las arregló para centrar sus pensamientos.

— ¿Dónde está tu familia?

¿Por qué había preguntado eso? No era asunto suyo, y, lo que era peor, dejaba la puerta abierta a preguntas personales potencialmente embarazosas.

— ¿Mis padres biológicos?

—Tú no eres un clon, ¿no? —intentó bromear él.

Los rasgos de Sheeka se endurecieron.

—Tuve padres.

—Los perdiste.

No era una pregunta. Miró hacia la falda de la colina, donde los ancianos se hallaban reunidos alrededor del general Fisto, cuyos gestos eran a la vez comedidos y grandiosos.

Ella guardó silencio durante un minuto, y él esperó que sus palabras no le hubieran molestado. Por fin, comenzó a hablar, en voz tan baja que al principio él confundió sus palabras con el susurro del viento.

—Fue en una guerra en Atrivis-Siete —dijo ella—. Fue una mala época.

Se quedó mirando el barro. Él no podía imaginarse lo que significaba saber que la guerra estaba próxima, sentir el fragor de la batalla y no tener la capacidad de alzarse en armas y unirse a la lucha. Esperaba no saberlo nunca.

Ella continuó hablando.

—Quizás Ord Cestus me atrajera por estar tan... aislado. Tan lejos del jaleo. Pero supongo que no lo suficiente. Conocí a alguien.

Hubo algo en la voz de la chica que le llamó la atención, y la miró con cuidado.

— ¿Un hombre?

Ella se encogió de hombros.

—Esas cosas pasan —dijo ella—. Un minero llamado Yander.

— ¿Os enamorasteis? —preguntó él.

El rostro de Sheeka se iluminó.

—Así lo llaman. ¿Sabes lo que es el amor?

El frunció el ceño. ¿Que clase de pregunta era esa?

—Por supuesto —dijo él, y luego lo volvió a pensar. También existía la posibilidad de que ella estuviera hablando de algo que él no incluyera en sus propias definiciones.

—No fue sólo por él —prosiguió ella, inmersa en sus recuerdos—. También fue por sus tres hijos. Tari, Totoné y Mithail. Por toda su comunidad —ella apartó la mirada de él un segundo y luego le volvió a mirar—. Me enamoré de todo aquello. Nos casamos. Yander y yo pasamos juntos cuatro maravillosos años. Más de lo que consigue mucha gente.

La voz de Sheeka se quebró levemente, y él se maldijo a sí mismo por haber invadido su intimidad. Después se preguntó por qué se había dejado ella interrogar sobre un tema que obviamente le resultaba tan doloroso. Finalmente, él consiguió pronunciar las simples palabras:

—Lo siento.

—Yo también —suspiró Sheeka Tull—. De todas formas, soy yo quien está criando a sus hijos. Nunca tuve mucha familia..., quiero sacar ésta adelante. Por eso voy a correr el riesgo de ayudaros. Para limpiar mí expediente.

— ¿Con qué te presionan?

Ella negó con la cabeza.

—Quizá cuando nos conozcamos mejor.

¿Ha dicho "cuando"? ¿No ha dicho "si"? Interesante.

— ¿Tu nueva familia vive por aquí?

Ella volvió a mostrarse inquieta y evasiva, y él se dio cuenta de que había abordado un tema complicado.

—No. No vive por aquí. Están con sus tíos. En una granja de hongos. Son migajas, pero a nosotros nos gusta.

— ¿Migajas?

—Que apenas alcanzan para comer y para el mercado del trueque, pero no para vender.

Vaya. Trabajaba para cuidar de su familia adoptiva, que vivía con el hermano y la hermana del minero. Y se mostraba reticente a hablar de... ¿los niños?, ¿del lugar? Era difícil decirlo. Interesante.

Cuando dejó esos pensamientos a un lado, volvió a tener la sensación de que ella lo contemplaba, pero esta vez se sintió incómodo.

— ¿Por qué me miras así?

Ella negó con la cabeza. Entonces, como si se sintiera la mujer más tonta de la



galaxia, se estremeció con carcajadas de risa cristalina.

—Porque supongo que sigo esperando que me recuerdes. Pero es una locura, claro —volvió a reírse, y Nate se sintió todavía más confundido—. Tienes que perdonarme.

—No comprendo.

—Supongo que tendría que habértelo contado antes. Yo conocí a Jango Fett.

El no acababa de creer lo que acababa de oír. Y, lo que era peor, no estaba seguro de cómo reaccionar.

— ¿En serio?

Ella asintió.

—Sí, hace veinte años, era una época totalmente distinta. Y verte ha sido impactante para mí. Cuando os quitasteis los cascos... ¡uf! —su risa era profunda y vibrante—. Pensé: "Es él, no hay duda, y tiene la misma edad que cuando nos conocimos".

Nate giró la cabeza.

—Debería haberlo supuesto. Lo cierto es que algunos de mis hermanos también se han encontrado con gente que le conoció..., pero yo nunca había hablado con nadie.

— ¡Vaya! —ella hurgó en la arena con el pie, dibujando otro simbolito y volviéndolo a borrar—. Bueno, la vida te da sorpresas. ¿Cómo ha podido pasar? Y todos los otros soldados... ¿Son también pequeños Jangos? —él se puso rígido y ella le puso una mano en el brazo—. Es solo una broma. Ya sabes, una broma.

Él acabó asintiendo, percibiendo que ella no pretendía burlarse de él.

—La República necesitaba un ejército clon —dijo él, recitando las palabras que había escuchado y pronunciado mil veces antes—. Necesitaban el modelo perfecto de guerrero. Sólo había uno en toda la galaxia, y ése era Jango Fett.

—Bueno, tampoco era perfecto, pero era un tío impresionante —su sonrisa se tornó maliciosa—. Y ahora es el padre de todo un ejército de llamantes clonecitos. ¿Qué opina él de eso?

—Murió.

El silencio que se hizo podría haberse tragado un crucero estelar de buen tamaño.

— ¿Cómo ocurrió? —susurró ella—. Supongo que siempre supe que Jango era demasiado intenso para durar eternamente. Pero, aun así... —su voz se deshizo en un hilo.

— ¿Aun así qué? —preguntó Nate.

—Siempre pareció invulnerable, como si nada pudiera con él —Sheeka negó con la cabeza—. Soy estúpida. Mi corazón no quería creer lo que mi cabeza sabía perfectamente.

Les llegó la alegre melodía de los niños que cantaban y jugaban.

*Uno y dos, chitliks jugando en el sol.*

*Tres y cuatro, kista chitlik en el guisado.*

*Cinco y seis, quiero que un poco me guardéis...*

Era una canción rara. Obviamente, los jóvenes clones también cantaban en Kamino. Cantaban canciones mnemotécnicas para grabarse en el subconsciente recetas de explosivos, manuales de armas, ecuaciones para calcular distancia y rozamientos, y los puños débiles de la anatomía de las cien especies principales. Obviamente eran solo cancioncillas, juegos. Pero aquellas cantinelas parecían preocuparse simplemente por el día, y el sol y el mundo que les rodeaba, sin instrucciones específicas sobre el arte de sobrevivir y morir. Nunca había oído una cancioncilla así, y sintió curiosidad.

— ¿Cuánto sabes de él? —le preguntó Sheeka.

Él se enderezó un poco y volvió a pronunciar palabras que habían pasado por su boca cien veces.

—Era el mejor cazarrecompensas de la galaxia, un gran guerrero y un hombre de honor. Aceptó un contrato y lo cumplió hasta el final.

— ¿Pero cómo murió exactamente?

Nate se aclaró la garganta, sorprendido de encontrarlo más difícil de lo que pensaba.

—Uno de sus clientes era un traidor. Jango Fett no lo sabía cuando aceptó el encargo, y una vez dio su palabra, no hubo marcha atrás. Hicieron falta seis Jedi para matarle.

Al menos, eso era lo que Nate siempre había oído. Sintió el orgullo fluyendo por sus venas. Lo que había hecho Jango no tenía nada de vergonzoso. De hecho, estaba orgulloso de ser el retoño de un luchador tan letal y que había sido honrado en un mundo en decadencia, donde la mayoría de las promesas no valían ni el escupitajo de un bantha.

Él la miró fijamente, esperando que cuestionara sus palabras.

—Así que a Jango lo mataron los Jedi —señaló con el pulgar a Kit Fisto—. Y ahí están. ¿No te molesta eso?

Él negó lentamente con la cabeza.

—No —dijo—. No. Nosotros también estamos bajo un contrato, un contrato firmado con nuestra sangre. Nacimos para servir, y en ese servicio encontramos el mayor regalo de la vida: una existencia con un objetivo.

Ella negó con la cabeza, pero sin expresión burlona.

—Él aullaría de frustración —dijo—, Jango no era precisamente un filósofo.

Él se sintió abrumado por la curiosidad. Ciertamente había conocido a Jango, había padecido lesiones en sus educativas manos, pero ningún soldado sabía exactamente cómo era..., bueno, cómo era como "hombre". ¿Ese conocimiento no

haría de Nate un soldado mejor?

—Cuéntame más —dijo él.

Sheeka Tull ladeó la cabeza, examinándolo con expresión traviesa en la mirada.

—Quizá más tarde —dijo ella—. Si te portas bien.

—Soy el mejor de los mejores —respondió él.

—Eso —dijo ella con una sombría expresión especulativa— está por ver.

En su siguiente parada en las llanuras, al oeste de las montañas Dashta, los miembros de dos comunidades granjeras se reunieron para escuchar al Jedi. No había un lugar lo bastante grande como para albergarlos a todos, y el general Fisto se llevó a Nate aparte.

— ¿Has recibido formación de reclutamiento?

—Sí —confirmó Nate—. Reclutamiento y entrenamiento de tropas indígenas.

—Bien. Quiero que te ocupes del grupo pequeño. Infórmame de cómo van yendo las cosas.

El Jedi le tendió la mano. Nate se la estrechó con fuerza.

—Sí, señor.

El grupo de Nate se reunió en una choza prefabricada que se usaba para albergar naves de carga con las que viajaban a las granjas de hongos. Unos 1.500 hombres y mujeres de doce especies distintas se agolparon bajo el techo metálico. Todos habían acudido para ver a los representantes del Núcleo de la galaxia.

El capitán de los CAR avanzó hasta el podio improvisado, percibiendo la cantidad de humanos jóvenes aceptables cuyos anchos hombros y gruesos brazos podrían haber rellenado fácilmente el uniforme de los soldados clon. No le resultaba tan fácil evaluar a las hembras y los no humanoides. ¿Cuáles eran los estándares físicos aceptables de un juzziano? Parecían ser poco más que conos con dientes, al margen de que fueran sedentarios o de una variedad hiperactiva de saltamontes.

El ejército clon era muy valorado, pero él se dio cuenta de que aquellos seres estaban profundamente unidos a sus granjas. Con la motivación adecuada, lucharían como demonios para proteger sus tierras y sus familias.

— ¡Ciudadanos de la República! —habló con toda la claridad que pudo, proyectando la voz como si intentara hacerse oír por encima del fragor de la batalla. Miró a la izquierda. Allí estaba Sheeka, contemplándolo. ¿Para informar al general Fisto o...?

—Me presento hoy ante vosotros sin frases vacías ni promesas. No vengo con palabras suaves que os tranquilicen —la multitud se agitó intranquila. Bien, era importante atraer su atención.

—Es hora de que elijáis un bando —continuó—. La ambición de vuestros líderes os llevará a la ruina, pero una acción valiente podría salvaros. Habrá recompensas para quienes se pongan del lado de la República, así como la posibilidad de que los más aptos puedan tener una carrera militar.

El último comentario era cierto, pero carente de matices o de profundidad. El Gran Ejército de la República era cien por cien clon, pero solían reclutarse milicias

locales para completarlo.

Sus comentarios provocaron un revuelo en la multitud. Nate quiso aprovecharlo y continuó hablando tras hacer una breve pausa de efecto.

— ¡Pueblo de Cestus! El trabajo honrado es muy digno, pero también se puede alcanzar la gloria arriesgando la vida y poniéndose en peligro por los principios que uno considera correctos. Dejad que vuestros actos digan lo que soñáis llegar a ser algún día, y no lo que habéis sido hasta ahora.

Se dio cuenta de que los jóvenes se miraban entre sí y que los vastos espacios desolados de Cestus no eran una tierra de cobardes. Un modo de vida difícil generaba hombres valientes. Y también mujeres, según pudo ver. Había muchos jóvenes en plena forma física. Estaba claro que no ambicionaban una vida anónima en las tierras lejanas de la República. Pero debía andarse con cuidado para no ofender a los ancianos, y sus siguientes palabras tenían justamente esa función.

—No he venido a llevarme a vuestros hijos, que deben quedarse para aprender el legado de sus ancestros. Pero ofrezco otro camino a los mayores de edad que ansían una vida diferente y quizás estén en manos de una corporación ambiciosa que les chupará la vida y la juventud a cambio de promesas vacías.

Un robusto y joven granjero miró a ambos lados, con la melena rubia que le llegaba por los hombros ondeando a cada movimiento. El hombre que tenía a su lado tenía el mismo rostro chato y el pelo rubio, pero era al menos veinte años mayor que él. El intenso trabajo le había cargado los hombros, obligándolo a mirar hacia abajo. El padre. Puede que él estuviera derrotado, pero su hijo no estaba ni encorvado ni vencido.

—A mí todo eso me suena muy bien —dijo el chico, y escupió en el polvo—. Me llamo OnSon. Skot OnSon. Perdimos la granja cuando los ejecutivos de las Cinco Familias nos cortaron el suministro de agua con arenas de Kibo.

El último comentario provocó algunos gruñidos, pero la mayoría coincidía con él. Estaba claro que el caso de OnSon no era aislado.

—Yo ni siquiera necesito ese tipo de motivaciones —dijo otro—. Mis padres fallecieron el año pasado por la fiebre de las sombras. Estoy llevando solo la granja... Besaría a una araña de las cavernas con tal de salir de este agujero.

Nate alzó la mano mientras crecía el acuerdo.

— ¡Ciudadanos! —exclamó—. Concertaremos un día para encontrarnos y determinar quiénes están capacitados para ayudar a vuestra República en esta hora de necesidad.

Se bajó del podio y les escuchó discutir. La discusión podría prolongarse durante horas, apasionada y dividida. Lo había conseguido: había prendido la llama. Ahora les tocaba a otros avivar el fuego.

Hasta el último centímetro de la suite de Obi-Wan estaba diseñada con el máximo lujo, desde la moqueta hasta el techo translúcido. Teniendo en cuenta las semanas pasadas en la selva de Forscan VI, al Jedi le pareció al principio algo maravilloso, pero, a medida que pasaban las horas, y mientras Coracal se conectaba a los principales ordenadores de Cestus y pasaba horas y horas asimilando ingentes cantidades de datos legales, Obi-Wan empezó a agobiarse. Coracal seguía investigando cuando el Jedi se rindió finalmente al sueño, y aún seguía en ello cuando despertó a la mañana siguiente.

Obi-Wan era consciente de que cada uno de sus movimientos era vigilado por fuerzas leales al Gobierno, y quizá por espías de las Cinco Familias, el grupo de poder que estaba detrás de lo que ahora consideraba una Regencia tapadera. Los gobiernos iban y venían, pero las viejas fortunas mantenían su influencia administración tras administración, aguantando en su sitio tal y como las montañas soportaban los cambios de estación.

Y quizá también hubiera otros ojos posados en él, algunos de ellos no amistosos y extraoficiales. Cestus tenía un estrato criminal muy desarrollado, y muchos de sus líderes descendían de la colmena que en tiempos controló el planeta entero. Debían de tener tentáculos en todas partes.

Los zarcillos oculares de Coracal se agitaron: Parecía luchar contra el pánico.

—Jamás había visto una red tan confusa, Maestro Obi-Wan —dijo—. Quizá tarde meses sólo en comprender la actual estructura del poder. Todo es propiedad de entidades legales ficticias, y los tratados están firmados no por individuos, sino por consejos o corporaciones sin identidad física. ¡Me duele la cabeza!

— ¿Y la Regente? ¿Crees que tiene poder real?

—Sí y no —dijo Coracal—. G'Mai Duris representa unas migajas arrojadas a lo que queda de la colmena. Después de todo, los contratos originales se firmaron con los x'ting, así que deben de seguir honrando a los supervivientes. Yo creo que tiene poder público, pero que acepta órdenes en privado.

— ¿De quién?

La cabeza del vippit se ladeó de un lado al otro.

—Quizá de las Cinco Familias.

Entonces, el aire floreció ante ellos. Una zeetsa azul de largas pestañas realizó una reverencia, cortés.

—La Regente solicita el honor de su compañía —dijo—. ¿Podrán acudir a verla?

—Será un placer —respondió Obi-Wan, y dejó de andar de un lado a otro.

—Un aerotaxi acudirá a recogerlos —dijo la zeetsa, y desapareció.

— ¡Bien! —dijo Obi-Wan, resplandeciente—. Por fin podemos trabajar de verdad.

Obi-Wan ayudó a Coracal a pulirse la concha —actividad común entre los vippits—, y pronto el abogado estuvo listo para salir. Bajaron al vestíbulo justo cuando llegaba el aerotaxi, y no tardaron en recorrer la periferia de la ciudad, hasta llegar al salón del trono en pocos minutos.

El salón del trono estaba en una caverna lo bastante grande como para albergar sin problemas el crucero interestelar que les había llevado a Cestus, y estaba decorado de forma bastante modesta y menos ostentosa que la residencia del Canciller Supremo. Después de todo, Cestus estaba horadado por cuevas, tanto naturales como creadas para la colmena. Y tanto si éstas habían surgido de forma natural o mediante alguna actividad minera o colmenar, en cierto sentido era una expresión de la belleza natural del planeta.

En esa sala recubierta de mármol se reunía el Consejo de la Colmena, y en ella se celebraban las reuniones de grupo con los representantes de los gremios y los diversos clanes. Dado el reducido tamaño de las audiencias de aquel día, la sala parecía todavía más inmensa que antes. Una x'ting alta y robusta con una concha de tono dorado pálido se sentaba en la plataforma. Obi-Wan la reconoció inmediatamente; era la regente Duris. Se decía que había ascendido al puesto tras muchos años de servicio y gracias a su talento para la política. Tenía reputación de ser fuerte y honrada, y su rostro, aunque carente de arrugas, lucía las líneas de sonrisa suaves y profundas que sugerían una disposición grave y firme. Irradiaba poder incluso sentada en el trono, y su expresión era amable pero inmutable. Por tanto, sería un encuentro formal.

G'Mai Duris contaba entre sus ancestros a la primera reina de la colmena, pero sólo de manera indirecta, al haberse extinguido el linaje directo durante las plagas. Aun así, y dada la actual situación de Cestus, eso la capacitaba de sobra.

Se levantó, cogiendo su voluminosa túnica con los brazos primarios y secundarios, y tirando de ella sobre sus anchas caderas y su tórax como si fueran las sombras de un valle protector. Aquel ser se movía con el orgullo y la confianza real que sólo podía nacer de una esmerada crianza a lo largo de generaciones.

Saludos, Maestro Kenobi. Disculpe el retraso. Permita que le dé la bienvenida a nuestro planeta. Soy G'Mai Duris, regente de Cestus.

Obi-Wan se inclinó.

El Canciller Supremo Palpatine le envía sus saludos —dijo él.

—Es gratificante oírlo —respondió ella. Lo estudiaba cuidadosamente, con sus ojos de insecto de color verde intenso—. No estaba segura de contar con alguna figura amiga en el Senado. Llevamos tanto tiempo sin recibir algún indicio de que se comprendieran nuestros problemas o nuestro pueblo.

¿Había algún significado oculto en sus palabras? Obi-Wan percibió que la presión que soportaba Duris superaba lo normal.

—Cuando lo conozca —dijo él lentamente—, y estoy seguro de que algún día lo hará, verá que el Canciller es una persona sumamente comprensiva. Simpatiza con su situación y espera tanto como usted que podamos encontrar una solución pacífica.

Ahí estaba. Él también podía hablar en múltiples niveles. La cuestión era si había interpretado bien a Duris, y si ella le respondería.

—Es mi único deseo —dijo ella—. Pero no nos llevemos a error, Maestro Jedi. Mi mayor prioridad es el bienestar de mi pueblo. Más que un cargo. Más que la paz. Más que mi propia vida.

Obi-Wan asintió, sintiendo simpatía por ella. Aunque aquella reunión llevaba días preparándose, se sintió satisfecho por haber conectado con ella. Era un ser astuto.

—Ya comprendo cómo pudo acceder al poder. Su comprensión de las responsabilidades de su cargo es admirable.

G'Mai Duris asintió al oír aquello.

—Que éste sea el comienzo de una relación más satisfactoria y profunda entre Ord Cestus y los gobernantes de la República.

Obi-Wan alzó un dedo, como reprendiendo a su interlocutora.

—La República no tiene gobernantes. Sólo custodios.

—Por supuesto —dijo Duris, inclinando la cabeza.

Coracal tomó la palabra por primera vez.

—Soy el letrado Doolb Coracal, representante del Colegio de Abogados de Coruscant. Intentaré exponer mi caso de la forma más clara posible —dijo con su voz suave y aguda—. Tanto por tratado como por tradición, Cestus está sujeto a sus acuerdos con Coruscant. Aunque, técnicamente, Cestus Cibernética no vende nada ilegal, tenemos motivos para pensar que los androides MJ serán modificados y utilizados para atacar a las tropas de la República.

—Eso creen ustedes —respondió Duris.

Coracal prosiguió sin inmutarse.

Por tanto, y con todos mis respetos, le solicito que interrumpa la producción y/o importación de este tipo de androides tal y como especifica el capítulo dos, párrafo seis del docuarchivo primero.

Una esfera azul que apenas les llegaba por la rodilla entró rodando en escena. ¿El zeetsa que se había comunicado por holograma? Duris se agachó para que la criatura pudiera decirle algo al oído. Ella escuchó atentamente y estudió las proyecciones de varios documentos que flotaban ante ellos.

Coracal siguió hablando durante casi una hora, citando tratados de la República y lo que había llegado a comprender del actual estado legal de Cestus Cibernética, de las Cinco Familias, de la producción de androides de seguridad y de todas sus



posibles repercusiones. Duris respondió con una claridad admirable; era una enciclopedia de legalismos, siempre firme, siempre amable, inteligente y fuerte.

Pero Obi-Wan sabía que gran parte de esto era artificio. Probablemente estaba aterrorizada. Una x'ting en su posición comprendía mejor que nadie el concepto de exterminio. La historia le decía más de lo que quería saber sobre lo que podría pasar de concluirse las negociaciones políticas y empezar la devastación.

Esperaba no tener que llegar a eso, y que esta vez ocurriera el más raro de los milagros: que la gente de buena voluntad resolviera el conflicto sin violencia.

En cualquier operación de reclutamiento la pregunta que había que hacerse era: ¿cuántos iban a responder? Porque una cosa era que los jóvenes aspirantes a soldado lanzaran vítores en el calor de una arenga, y otra muy distinta que se levantaran al día siguiente, tras una noche plagada de pesadillas, se vistieran y recorrieran una larga distancia para llegar a un lugar donde les entrenarían para dar la vida por la República.

Los primeros candidatos llegaron antes de que saliera el sol del día siguiente, cuando Nate y los comandos terminaban de desayunar ante el fuego. El primero fue un hombre alto, de rostro ancho, con el pelo rubio y de nombre OnSon. Unos metros tras él iba otro chico, de menor estatura, pero de espaldas todavía más anchas. Les habían dicho que llevaran comida para ellos y para compartir, y llevaban las mochilas llenas de carne curada y verduras en conserva. Nate pensó inmediatamente en una docena de recetas de campo que transformarían los nuevos suministros en deliciosas comidas.

Los recién llegados fueron invitados a descansar junto al fuego y a compartir la bebida. Apenas habían comenzado a hablar cuando escucharon un rugido y vieron llegar un deslizador. Una x'ting con aspecto agresivo se quitó el casco y se atusó con las manos primarias el vello rojo del tórax. Luego desmontó del deslizador y caminó hacia ellos, tirando un petate al suelo. Cuando habló, la rudeza de sus palabras confirmó su imagen barriobajera.

—Yo Resta —dijo ella—. Tenía granja a unos cien clicks al sur de ChikatLik. Yo en mismo suministro eléctrico, pero subieron precio energía tanto que marido debió trabajar en las minas —no había ni rastro de autocompasión en sus llameantes ojos verdes—. Marido murió en las minas. Ahora Resta perder granja para que toda la energía pueda ir a algún parque de atracciones de las Cinco Familias. Resta harta de ceder. Resta no dará ni un solo paso atrás más. ¿Algún problema? —añadió, mirando a los mineros y granjeros que la rodeaban. Rezumaba desafío como ondas de calor danzando en un espejismo en el desierto.

Nate se esforzó por interpretar sus palabras. Al parecer la apertura de un recinto vacacional de las Cinco Familias había disparado el precio de la energía, dejando a Resta en la pobreza.

—Ella no es de los nuestros —gruñó uno de los mineros, iniciando una serie de murmullos.

Nate se acercó a ella y le cogió las manos rojas, examinando cada una de las cuatro palmas. La áspera superficie estaba llena de callos. Tenía las uñas rotas. Aquella hembra había luchado durante décadas contra el pobre suelo de Cestus. La

mayoría de los supervivientes de su pueblo habían caído en la desesperación, pero ella no. Era valiente, y era buena, siempre que pudiera pasar las pruebas.

Aquella hembra despreciaría la palabrería.

—Tú vales —se limitó a decir.

Él se giró hacia el minero que se había quejado.

—Una sola palabra más y podrás hacer las maletas e irte. Esta lucha es para cistianos de corazón. Si le cierras el tuyo a ella, estás fuera. Este planeta es más de ella que tuyo.

El hombre intentó mirar a Nate con desprecio, sin darse cuenta de que eso era imposible. Al cabo de unos momentos bajó la mirada, murmurando una disculpa.

La constante llegada de reclutas les animó la mañana. Hubo hasta doscientos candidatos. Bien. Nate sabía que el general Fisto seguía por ahí, dando discursos de reclutamiento. La tarea de convertir a esos granjeros y mineros en luchadores recaía en los soldados clon, a no ser que desearan dejar por todas partes incriminador protoplasma de clon.

Los soldados habían estado trabajando los últimos días en la construcción de una pista de obstáculos. A medida que las sombras de la mañana se acortaban, hicieron correr a los reclutas por los caminos, les hicieron formar en fila según su altura y les dividieron en cuatro grupos para que pudieran competir entre sí. Los reclutas sufrieron el entrenamiento de campo estándar de un soldado clon, corriendo por estrechas sendas, colgándose de barras y arrastrando piedras de un lado a otro hasta vomitar del cansancio.

Cuando el sol empezó su descenso, Cuátor añadió calistenia y más carreras, saltos y portes. A Nate le encantó comprobar que todos los nuevos candidatos tenían buena disposición.

Por alguna razón, se sintió especialmente contento al ver que Resta estaba al nivel del resto de los colonos. Quizá fuera un poco más lenta, pero tenía la fuerza de un noghri y parecía poseer una inquebrantable resistencia al dolor.

Cuando pararon a descansar y comer, sólo habían abandonado diez de ellos, marchándose a casa con el rabo entre las piernas. Uno de ellos, comprobó Nate, encantado, era el minero que se había quejado por Resta.

Bien. La agotadora agenda del primer día estaba diseñada para conseguir que al menos la mitad del grupo se rindiera. Los que se quedaran después de eso podían considerarse valientes, auténticos supervivientes. Ésas eran las cosas que generaban camaradería, el factor más importante en una unidad de combate.

Tras la pausa para el almuerzo, sus hermanos dividieron a los reclutas en unidades más pequeñas, sometiéndolos a una prueba detrás de otra. Ninguno había tocado un arma todavía. Aún no era el momento. El *Spindragon* llegó pasado el mediodía, trayendo al general Fisto de vuelta al campamento. El nautolano preguntó con rudeza

cuántos reclutas habían acudido y cuántos habían sobrevivido al entrenamiento inicial. Luego se retiró a la caverna para las misteriosas preparaciones o planes a que solían dedicarse los Jedi.

Sheeka observó los ejercicios de los reclutas y frunció el ceño. — ¿A qué viene todo esto? —preguntó—. Jango solía decir que se tardaban meses en conseguir que alguien estuviera realmente en forma. Él sonrió y bajó la voz en tono conspirador.

—Esto nos permite observarlos. Ver quién vale y quién no. Quién puede con el dolor físico, el miedo, el cansancio... No podemos perder el tiempo con diletantes.

Ella asintió, como si se esperase una respuesta semejante. Parecía una mujer interesante: piloto, madrastra, vagabunda galáctica y ex novia del inmortal Jango.

Sheeka le interrumpió sus pensamientos.

—Me has dicho lo que el ejército dice de Jango. Pero siempre hay más de una forma de ver las cosas, ¿no? —Sí.

—Así que habrá otras personas que dirán otra cosa. Pues claro que las habrá. Siempre las hay. Había escuchado sus sediciosos comentarios, había visto sus ojos entrecerrarse y las comisuras de mis labios curvarse al ver pasar a un soldado clon.

—Sí —dijo él. — ¿Y qué dicen ellos?

— ¿Que qué dicen? Que era un delincuente, un cazarrecompensas, un asesino, un traidor a la República —aquellas sediciosas palabras resonaron en sus oídos. Le molestaba un poco tener que recordarlas. , Acaso no tenía algún pensamiento original que ofrecer?—. Limpiar esa mancha de su recuerdo es nuestro deber y nuestro honor.

— ¿Es así como te sientes? —preguntó ella—. ¿Eso es todo? —lanzó una carcajada breve y contundente—. Siempre estaba viajando entre dos mundos, pero cuando le conocí era un hombre honorable, valiente y un gran... guerrero. Un cazarrecompensas —se encogió de hombros—. Qué más da. No fue lo bastante listo como para averiguar todo lo que pudiera sobre alguno de sus enemigos.

Nate meditó aquello unos instantes, antes de responder.

— ¿Qué podría hacer yo para parecerme más a él?

Ella le miró de arriba abajo, desde sus botas brillantadas con saliva a su rostro marcado. Y sonrió con más suavidad, de forma más contemplativa.

—No temas ser humano —dijo ella—. No tengas tanto miedo de tus sentimientos. Él apenas los mostraba, pero los tenía. No tengas tanto miedo.

Nate se puso rígido. ¿De qué diántres hablaba esa mujer?

—Yo no tengo miedo a nada.

Ella soltó una carcajada. A pesar de estar enfadado, él admiró la claridad y el timbre de aquella risa.

—Eso es excremento de bantha —dijo ella—. Os he observado a tus hermanos y a ti. Tenéis miedo de todo. De no decir lo correcto. De no sentir lo correcto. Puede que hasta de no morir en la postura correcta.

Otra vez. Menos mal que los donadores no habían imbuido de semejantes prejuicios a los soldados clon.

—Tú no sabes nada de mi vida, ni de mi muerte. Pero eso nunca ha impedido que los civiles nos juzguen, ¿verdad?

Esto último le salió casi como un gruñido.

Pero ella permaneció impasible.

— ¿Quién generaliza ahora? —preguntó.

Él la miró, iracundo, pero las palabras no acudieron a su mente.

— ¿No? —preguntó ella—. Entonces, acepta un desafío.

— ¿Un desafío? —no podía evitar sentirse intrigado. En la distancia se oían gruñidos y gritos de esfuerzo. Ya casi había llegado la hora de ir a relevar a los otros.

—Sí —dijo ella—. Tú sabes ser soldado. Eso ya lo he visto. Te reto a que intentes reaccionar ante el mundo como lo haría un ser humano. Cuando ves un atardecer, ¿piensas en algo que no sean las gafas de visión nocturna? Cuando ves un girasol, ¿se te ocurre algo más que los venenos que se podrían extraer de él? Cuando ves un bebé, ¿te lo imaginas como algo más que un rehén?

Nate se quedó rígido.

—Los Comandos Avanzados de Reconocimiento no tomamos rehenes —dijo.

El encantador rostro de Sheeka consiguió ensombrecerse todavía más.

— ¡No te lo tomes todo tan al pie de la letra! —dijo ella, frustrada—. Intento comunicarme contigo y lo único que consigo tocar es tu coraza exterior. ¿Quién eres?

Los sonidos de los niños jugando parecieron disminuir, hacerse más lejanos.

—Yo sé quién soy —hizo una pausa—. Tanto como cualquiera de nosotros —dijo levantándose—. Estos hongos son una porquería —mintió—. Voy a por algo de carne —tiró la comida en una papelera y se unió a los agotados reclutas.

Nate intentó concentrarse en los reclutas durante el resto del día. Observó cuidadosamente su rendimiento en la pista de obstáculos, distinguiendo a los que estaban en mejor forma física y psíquica, a los que tenían un mayor control emocional y a los que tenían madera de líderes.

Pero cada pocos minutos rompía la concentración y observaba minuciosamente la abrupta superficie, tal y como indicaba el protocolo. Y se dio cuenta de que siempre que lo hacía, sus ojos buscaban el rostro y la silueta de la enervante Sheeka Tull. Algunas veces la veía bajo un saliente rocoso, y otras la divisaba ayudando con la comida. En una ocasión la vio hablando con el general Fisto y señalando a su nave. Y en otro momento, al no verla, sintió una extraña decepción.

Pero eso apenas duró un momento. Nate volvió a concentrar su atención en la tarea que tenía entre manos.

A medida que pasaba el día, los reclutas fueron sometidos a una interminable serie de obstáculos tortuosos y difíciles. Invariablemente, los clones realizaban las

pruebas primero, con una agilidad y facilidad que hacía que los voluntarios cestianos mostraran incredulidad.

Era un juego de niños para alguien que se había pasado la infancia en las salas de entrenamiento de los donadores de Kamino.

Cuando el día tocó a su fin, el cuarenta por ciento de los reclutas había abandonado. Los que quedaban eran valientes y resistentes, se miraban entre sí y maldecían entre dientes a los soldados clon, pero lo hacían en grupo. Habían sobrevivido, pese a lo que les habían obligado a hacer esos sádicos de Coruscant. Estaban preparados para el siguiente nivel.

Nate organizó sus pensamientos y procedió a informar al general Fisto. Mientras se acercaba al fondo de la caverna, vio un hilo de luz de un metro de largo que resplandeció brevemente, se retorció y se enrolló en el aire para volver a apagarse. El extraño fenómeno se repitió. Arrugó la nariz al sentir el olor del metal derretido, y el brillo de la flexible línea le hizo daño en los ojos hasta el punto de tener que apartar la vista.

Cuando el general Fisto le oyó acercarse, la luz desapareció. El Jedi giró hacia él con una agilidad prodigiosa, como si fuera a volverse del revés, parecía fluir a través de sí mismo.

— ¿Sí?

—Hemos terminado con las pruebas de hoy.

— ¿Y?

—Creo que tenemos cuarenta y ocho buenos reclutas.

Algo luminoso centelleó en las profundidades de los ojos sin párpados del general.

—Eso está bien. ¿Y mañana?

—Escogeremos unos cuantos más. Puedo acompañarle en el reclutamiento o quedarme aquí y seguir entrenando.

—Sigue con los entrenamientos —dijo el general Fisto tras pensarlo un momento—. Divídelos en grupos según el día y la hora de su ingreso. Y procura que los que se alistaron primero tengan mayores privilegios.

—Sí, señor —dijo Nate. El general subestimaba a los CAR si pensaba que esa jerarquía no formaba ya parte de su estructura de mando. Por otro lado, no le correspondía educar o corregir a un Jedi.

Por alguna razón, eso le hizo volver a pensar en Sheeka Tull y en la insolente evaluación que había hecho de él. Había algo en ella que le resultaba insoportablemente irritante.

Volvió a salir de la cueva, y sus pies se dirigieron hacia la nave de Sheeka Tull sin decirles que lo hicieran. Después de todo, ya había acabado el trabajo del día. Sus tres hermanos se ocuparían de limpiar las armas o de patrullar la pista de obstáculos. Él

podía tomarse unos minutos. *Sólo quiero dar un paseo*, mintió.

Encontró a Sheeka en una mesa plegable junto a la nave, frotando el óxido de uno de los conversores de flujo del *Spindragon* corelliano y disfrutando de las estrellas. No pareció sorprenderse de verlo, pero no le saludó hasta que él estuvo cerca.

—Nate —dijo.

— ¿Cómo sabes que soy yo y no alguno de los otros?

Ella se rió.

—Tus andares son algo distintos. ¿Tienes, por casualidad, alguna lesión en la pierna?

Se detuvo un momento. Un broca, una enorme criatura reptiloide de los pantanos de un olvidado agujero negro llamado Altair-9, estuvo a punto de partirle en dos en cierta ocasión. Creía estar curado del todo. Interesante. ¡Aquella mujerera tan observadora como un soldado clon!

—Sí —dijo él, pero se guardó el resto de sus pensamientos.

Ella le sonrió y siguió limpiando.

— ¿Qué tal ha ido el día?

—Hay buenos candidatos. Les hemos presionado bastante y sólo hemos perdido el cuarenta por ciento. Hay una buena cantera en Cestus.

Sheeka volvió a sonreír, evidentemente satisfecha por la respuesta de Nate. Siguió limpiando, y él se sentó en silencio, contemplando las estrellas. Sabía que muchas de esas ardientes esferas tenían planetas propios, y se preguntó cuántos de ellos se verían sumidos en la batalla antes de que acabasen las Guerras Clon.

Al cabo de un rato, ella volvió a mirar a Nate. Él estaba a gusto simplemente por el hecho de esperar a que ella hablara. Cuando lo hizo, su pregunta le pilló por sorpresa.

— ¿Qué ves cuando me miras?

Ella eligió ese momento para bostezar y estirarse un poco, y, por primera vez, él se sintió impactado por ella como mujer y se sorprendió ante la fuerza de aquella reacción. Nada que fuera macho y humanoide podía dejar de fijarse en su impresionante combinación de fuerza y suavidad, en las largas y elegantes líneas de sus piernas, el delicado arco del cuello...

Nate se interrumpió bruscamente, recordando que ella le había hecho una pregunta. Él buscó una respuesta y encontró una que rozaba lo obsceno, así que procedió a corregirla.

—Una hembra humana cuyo color de piel es como el del general Windu —dijo al fin.

— ¿Quién?

Ella se rió con una risa profunda y plena, y él se dio cuenta de lo incorrecta que era su primera impresión de que se burlaba de él. Se dio cuenta de que admiraba su

risa; le resultaba reconfortante y le permitía reducir su control emocional durante valiosos momentos. Interesante.

Se sorprendió haciendo una pregunta antes de pararse a evaluarla.

— ¿Y tú qué ves cuando me miras?

Se arrepintió al momento de haber dicho aquello porque la sonrisa se desvaneció, y ella se volvió nostálgica y algo triste.

—La sombra del mejor... —se quedó callada, como si hubiera cambiado lo que iba a decir sobre la marcha—... del mejor luchador que he conocido nunca.

Ella le acarició la cara, luego se levantó con la agilidad de un girasol rotando ante el viento solar, y entró en su nave.



Pasados los primeros días, la corriente de novatos fue disminuyendo. Por eso, Nate se sorprendió de ver llegar a un grupo de hombres y mujeres, enjutos y sucios. Llegaron montando una gran variedad de aerodeslizadores desvencijados lo bastante polvorientos como para sugerir que habían transportado más mineral que seres vivos. El que parecía el líder era un humano alto y pelirrojo, barbudo, de espaldas anchas y panza bien alimentada, bien templado y profundamente cansado.

—Queremos hablar con vuestro jefe —dijo.

Einta le miró de arriba abajo.

— ¿Y quién hace esa petición?

—Me llamo Thak Val Zsing —dijo el recién llegado.

—Es a mí a quien buscáis —dijo Nate dando un paso adelante.

Thak Val Zsing miró a Einta y luego a Nate, y una sonrisa carente de humor se dibujó en su rostro. Tenía los dientes grandes, cariadados y pardos.

— ¿Reclutas, señor? —preguntó Einta.

La expresión de Val Zsing se agrió.

—Yo no he dicho eso.

— ¿Entonces...?

—Somos Viento del Desierto, y si nos gusta lo que vemos, nos quedaremos para luchar.

Bien. Aquellos eran los anarquistas que apenas unos meses antes habían sido brutalmente aplastados por las fuerzas de seguridad cistianas. Si conservaban tan sólo un cuarto de la fuerza que tenían antes, él era un jawa. ¿Y estaban dispuestos a luchar de nuevo? Valientes, aunque no muy listos.

—Hasta Coruscant han llegado noticias de vuestro valor.

Thak Val Zsing asintió, satisfecho por la respuesta.

—Tú ya sabes quiénes somos, pero nosotros no estamos tan seguros respecto a ti —los hombres y mujeres que estaban tras él asintieron.

Nate observó sus ropas y sus armas. Todo viejo. Mal parcheado. Tenían la piel destrozada por el cansancio y la desnutrición. Parecía que sus armas estaban en mejor forma que ellos mismos. Aun así, por muy fatigados y medio desechos que estuvieran, era gente llena de rencor.

—Estamos preparados para morir con tal de derrocar a este sistema decadente.

Bien. Tenían razones de sobra para culpar al Gobierno de sus problemas, pero no podía utilizar a Viento del Desierto en su forma actual; eran demasiado frágiles y estaban demasiado enfadados. Era una situación delicada y debía jugar bien sus cartas.

—Creo que habéis malinterpretado nuestra intención —dijo—. No estamos aquí para derrocar al Gobierno legal. Estamos aquí para asegurarnos de que el Gobierno obedece: las normas y regulaciones de la República. Como ciudadanos de la República, estáis en vuestro derecho de exigir una compensación por el desagravio. Thak Val Zsing se mesó la barba roja y escupió en el suelo.

—A las Cinco Familias no les importan nada vuestras normas y regulaciones. Mucha palabrita, pero no nos estáis ofreciendo nada.

Era una respuesta perfectamente precisa, y Nate se sintió un poco molesto.

De repente, el Jedi apareció tras él.

—Os ofrezco la oportunidad de servir a la República —dijo el general Fisto. Nate había estado tan concentrado en los miembros de Viento del Desierto que no le había oído llegar.

Las profundas lagunas de los ojos del nautolano cautivaron a los anarquistas. Thak Val Zsing fue el primero en salir del trance. Los otros le siguieron rápidamente y comenzaron a gruñir.

— ¿Servir cómo?

—Venid —dijo el general, apremiante—. Luchad con nosotros.

—En otras palabras, aceptar vuestras órdenes.

—Ser nuestros camaradas.

La sinceridad de sus palabras era impresionante, y su carisma nautolano doblemente efectivo en aquel planeta desértico. Casi todos los malogrados miembros de Viento del Desierto parecieron recibir sus palabras como un golpe en el pecho.

Casi todos. Thak Val Zsing negó con la cabeza.

—Nah. Esto no me gusta. Ya hemos oído demasiadas promesas y acatado demasiadas órdenes. Nos ganaremos nuestra propia libertad.

—Si actuáis por vuestra cuenta os convertiréis en delincuentes comunes —dijo Fisto—. Si os quedáis con nosotros seréis patriotas. Eran palabras agresivas, pero esa gente estaba al límite de sus recursos. No tenían nada que perder.

Los malogrados miembros de Viento del Desierto miraron a Thak Val Zsing, luego a Kit Fisto y de nuevo a Val Zsing. Como casi todas las criaturas vivas, preferían lo malo conocido a lo bueno por conocer. Continuarían acosando al Gobierno y acabarían encarcelados o muertos.

Ahí se acababa todo, y la verdad era que nadie podía hacer nada por evitarlo.

El general Fisto alargó la mano hacia Thak Val Zsing.

—Espera—dijo.

— ¿Qué pasa? —Val Zsing estaba cansado, pero también era orgulloso.

—Puedo ofrecer una amnistía a tu pueblo si colaboras con nosotros. Cuando hayamos terminado nuestra tarea, vuestros delitos serán olvidados y podréis volver a vuestras minas, granjas y tiendas. No permitiré que desperdiciéis vuestras vidas.

Nate sabía que Val Zsing sufría un gran conflicto interno. Era un buen hombre, pero demasiado cauto para que le quedara algo de optimismo. Le habían dicho demasiadas mentiras como para creer a un Jedi o a los soldados clon de un Jedi. Podía oír los pensamientos de aquel hombre tan claramente como si los dijera en voz alta.

— ¿Qué dicen los demás? —preguntó el general Fisto. —Dicen que confían en mí —respondió Thak Val Zsing, hinchando el pecho—. Y yo no me fío de vosotros. He venido aquí porque me lo pidieron, pero ahora que os he visto...

El general contempló los rostros de los miembros de Viento del Desierto y se giró hacia Thak Val Zsing.

—Esta es tu gente. ¿Cómo te ganaste sus corazones?

—Mediante la sangre —dijo.

Nate podía ver en la mirada de Thak Val Zsing que, pese a su fanfarronería, el hombre quería creer, pero no podía.

—Entiendo —respondió el nautolano.

—Puede que haya otro modo —dijo lentamente Thak Val Zsing. Los maltrechos guerreros se enderezaron y le contemplaron.

Se miraron entre sí como si el enfrentamiento estuviera a punto de convertirse en algo físicamente desagradable, y entonces Thak Val Zsing dejó caer los hombros.

Quizás hubo un tiempo en el que aquel hombre fue un gran luchador, pero esos días habían pasado. Aun así, los miembros del grupo le admiraban y le respetaban como a un padre. Sin duda les había sacado de más de una mala racha.

¿Cómo podía alterarse la dinámica? ¿Qué resolución podía tomarse?

Thak Val Zsing parecía entender mejor que nadie lo que había en juego. Una última jugada. Una última decisión. Podría significar la destrucción o la salvación de su malograda banda. Pero ¿qué hacer?

—Llevo treinta años al mando de este grupo —dijo Val Zsing con los ojos fijos en el general—. Podrías guiarles tú, si estuvieras dispuesto a pasar por la misma prueba.

— ¿Prueba?

Él asintió.

— ¿Hermano Destino? —dijo lentamente.

Un viejo x'ting de vello grisáceo y vestido con una túnica marrón se acercó a ellos. Iba acompañado de una hembra x'ting robusta que también llevaba una túnica marrón. Portaban una cesta de mimbre entre los dos.

La cesta era lo bastante grande como para llevar a un niño humano, y eso era lo que en un principio Nate supuso que contenía. Había oído hablar de grupos extremistas que adoraban a niños o bebés, creyéndolos la reencarnación de algún alma sagrada.

Pero al momento se dio cuenta de que estaba equivocado. Lo que había en esa

cesta no era humano. Pesaba mas que lo que podía pesar cualquier niño, quizá diez kilos, y siseaba. La cesta se estremeció ligera mente y, a juzgar por los esfuerzos que los portadores hacían por mantener el equilibrio, lo que se movía allí dentro era serpenteante.

— ¿Nos darías la misma confianza que nos pides? —preguntó la vieja x'ting.

— ¿Qué queréis que haga?

—Mete la mano en la cesta —dijo ella.

— ¿Y?

—Y entonces veremos.

El general Fisto la miró, y luego a Thak Val Zsing.

Nate aguantó la respiración. Aquélla era una prueba tanto de valor como de intuición. Confianza y sentido común. ¿Qué habría en la cesta? El contenedor de entretejidos mimbres de las arenas podía albergar miles de criaturas venenosas. Y si mordía al general, ¿qué pasaría? ¿Transformaría el general Fisto de forma mágica el veneno dentro de su cuerpo? ¿Encantaría a la bestia para que no le mordiera? ¿O todo aquello era parte de un elaborado plan de asesinato? Fuera lo que fuese, no podía dejar de sentir un poco de aprensión. ¿Qué iba a hacer el Jedi?

La expresión del general Fisto no cambió, pero asintió con la cabeza.

—Bien.

La pareja de x'ting dejó la cesta en el suelo. La tapa seguía ocultando lo que había en el interior. El general se retiró la manga de la túnica y acercó la mano hacia la cesta. Nate se dio cuenta de que el ritmo de aproximación no era ni lento ni rápido, sino continuado, cargado de una cadencia invariable.

Los ojos del general Fisto no se separaron de la mujer. Su brazo se introdujo hasta el codo en la cesta. Los testigos no perdían detalle.

Pero... ¿qué se estaba perdiendo? En esa situación había algo que no tenía definición.

Finalmente, una de las otras ancianas hembras asintió, y el general, empleando el mismo ritmo lento y firme, sacó el brazo de la cesta. La cara interior de su extremidad brillaba humedecida. Se bajó la manga sin limpiarse. El rostro del nautolano permaneció impassible.

Los dos x'ting vestidos con las túnicas marrones se retiraron a una posición neutral y se sentaron con las piernas cruzadas y los brazos primarios y secundarios en posición de rezo, cada uno apoyando la frente en la del otro. Los demás formaron un muro entre los clones, el general Fisto y la cesta. Estaban agachados y parecían contemplar algo.

Luego regresaron.

—Dice la verdad —dijo la mujer. Y los otros asintieron.

Thak Val Zsing resopló con fiereza. Nate se dio cuenta de que se sentía aliviado,

pero su orgullo no le permitía decirlo.

Muy bien dijo Thak Val Zsing—. Los Unías... nunca se han equivocado. De acuerdo. Cedo el liderazgo de Viento del Desierto —hizo una pausa—. Y espero no estar cometiendo el mayor error de mi vida.

Mientras Kit Fisto regresaba a la caverna, Nate se acercó a él.

— ¿Qué había en la cesta? —le preguntó en voz baja—. ¿Algún tipo de víbora de las montañas?

—No lo sé —dijo Kit sin apenas mover los labios—. No intentó hacerme daño. Pero sentí... algo. Una presencia que ya había sentido antes.

Al ver que Kit no decía nada más, Nate asintió y se unió a sus hermanos.

Thak Val Zsing negó con la cabeza mientras caminaban hacia la caverna.

—Quién lo iba a decir —dijo. Su mirada ardía desafiante—. Yo no soy el que confía en ti, Jedi. Recuerda eso.

—Lo haré —prometió Kit.

—Bueno —dijo, rascándose la cabeza—. Lo prometido es deuda.

—Me alegra saber que eres hombre de palabra.

—Hay veces —dijo Thak Val Zsing, dejando caer los hombros— en que lo único que le queda a un hombre es su palabra.

—Tú ofreces más que eso —respondió Kit—. ¿Coméis con nosotros?

Thak Val Zsing y los suyos cogieron sitio a empujones en su mesa. Cuando vieron los humeantes platos llenos de carne fresca, hongos y pan recién hecho que les ponían delante, se giró de nuevo hacia Kit.

—Llevamos una semana sin comer como es debido. ¿Le importa...?

—Comed todo lo que queráis —dijo Kit.

Thak Val Zsing y los suyos atacaron sus platos con ferocidad, engullendo la comida como hutts muertos de hambre. Al final bajaron el ritmo, eructando y riendo, y por fin fue posible hablar con ellos.

—He leído los archivos —dijo Kit—, pero me gustaría saber vuestro punto de vista. ¿Qué ocurrió en Cestus?

—Es una vieja historia —dijo Thak Val Zsing—. Probablemente yo parezca un minero, pero lo cierto es que fui catedrático de historia. Perdí el empleo cuando el Gobierno recortó los programas sociales y las facilidades a las zonas más alejadas.

— ¿El Gobierno electo? ¿La regente G'Mai Duris?

Él soltó una risilla.

—Ella no es la que ostenta el poder, chico de las estrellas. Más te vale ponerte al día. Bueno, la cosa es que yo entré a trabajar en las minas. El resto, como ya he dicho, es historia —sonrió—. Mira. Es lo mismo de siempre. Tienes opresores y oprimidos. Algo que es cierto desde antes de que la República encontrara a esa gente, de que los x'ting arrinconaran a las arañas a las montañas, y probablemente

exterminaran a algún que otro pueblo antes de que llegáramos nosotros. Nosotros vinimos, les compramos la tierra por unas cuantas cajas de sintopiedras carentes de valor, y un par de siglos después unas misteriosas "plagas" redujeron su población al diez por ciento. Qué oportuno, ¿no?

—Desde luego. ¿Crees que las plagas no fueron accidentales?

Val Zsing soltó una risilla.

—No hay pruebas con las que molestar a su precioso Canciller. Cualquier prisión en la que se amontonen ejemplares de distintas especies de la galaxia puede ser caldo de cultivo para las más exóticas enfermedades. Digamos sólo que las Cinco Familias no lo lamentaron demasiado.

Thak Val Zsing le pegó un bocada a un ave asada y masticó mientras la salsa le corría por la barba y la camisa.

—Puede que a mi bisabuelo le hiciera gracia, pero ya no la tiene. Las Cinco Familias son dueñas de todo. Los que estamos en la base apenas tenemos pan. Nuestros hijos lloran toda la noche.

—Yo pensé que Cestus Cibernética estaba en buena situación económica —dijo Kit.

—Sí, pero muy pocos de esos créditos llegan hasta nosotros.

—Eso vamos a cambiarlo —dijo Skot OnSon—. Derrocar al Gobierno, recuperar nuestro planeta.

*Nuestro planeta*, pensó Kit. ¿Pero de quién era aquel planeta? ¿De las Cinco Familias? ¿De los inmigrantes? ¿De la colmena de x'ting? ¿Y qué pasaba con esas desdichadas arañas que los soldados habían repelido hasta la oscuridad? Ahora le daba pena haber tomado su cueva, pero se alegró de haber impedido a los soldados que las persiguieran.

Obi-Wan y el letrado Coracal no habían salido del apartamento desde que volvieron de la sala del trono. Los empleados del hotel parecían revolotear alrededor de ellos, esperando una propina, trayéndoles comida e intentando espiar sus conversaciones con bastante torpeza. Al final, Obi-Wan tuvo que pedir a la dirección del hotel que solucionara el problema.

Coracal tenía un apetito insaciable por el trabajo. El vippit apenas comía y nunca dormía. Repasaba documentos, consultaba con hombres de leyes cestianos y enviaba mensajes desde el crucero a Coruscant, solicitando segundas y terceras opiniones.

Y Obi-Wan no percibió desesperación alguna en él, sino una especie de alegría por la oportunidad de deshacerse de su vieja deuda mediante una excelente actuación. Si conseguía encontrar la salida de aquel laberinto legal, comprender el camino que podía llevar a una resolución pacífica, quizá pudieran irse felices de Cestus.

Obi Wan ayudaba en todo lo que podía: ofrecía consejo e intentaba llevar parte de la carga que se había posado sobre la concha de Coracal, pero casi siempre acababa sintiéndose inútil. Su siguiente encuentro con G'Mai Duris era apenas dieciocho horas después, y aún no disponían de munición suficiente para alterar las cosas.

Pero pronto pasaría algo. Siempre pasaba.

Trescientos kilómetros al noreste del campamento base estaban las quebradas cumbres de la cordillera de Tolmea. El pico más alto, el Tolmeatek, se elevaba treinta y dos mil metros sobre el suelo del valle. Su cumbre nevada era como un reluciente faro para los aventureros. Solo hacía cien años que el primer no nativo consiguió llegar a la cima sin aparatos respiratorios. La palabra "tolmeatek" significaba "impracticable" en x'ting. El acceso a las montañas de menor tamaño también era escabroso, con escarpadas pendientes y tormentas que convertían toda la región en una zona demasiado peligrosa como para adentrarse en ella de forma despreocupada.

Pero era idónea para actividades clandestinas. A la sombra del poderoso Tolmeatek había otra pista de aterrizaje, también oculta a simple vista.

Una delegación compuesta por tres x'ting alzó la mirada hacia las estrellas hasta que una de ellas empezó a cambiar de posición. Aquel pequeño punto de luz pareció expandirse de repente a una velocidad imposible.

El comité de bienvenida permaneció inmóvil en su puesto. Dos de ellos llevaban unos hábitos pardos, y el otro un traje adquirido hacía poco tiempo, cortado al estilo colono para ajustarse a las formas x'ting. Una estrecha rampa de descenso surgió de la reluciente nave. Una humanoide apareció en la puerta. Llevaba una túnica que llegaba hasta el suelo, y su silueta era lo único claramente apreciable, pero lo que pudieron ver les dejó sin aliento.

La cabina tras ella estaba a oscuras. La humanoide mostraba un perfil bien definido y llevaba el cráneo rapado, tan simétrico y grande que sugería un intelecto formidable. Su pálida piel era tan luminosa e inmaculada que casi parecía translúcida. Tenía seis dagas tatuadas en cada lado de la cabeza, apuntando a las orejas. Parecía brillar un poco, como si tuviera un resplandor interior. Sin duda era una ilusión óptica.

Mientras bajaba de la nave, pudieron ver que sus ojos eran de un azul sin matices, carentes de expresión. Examinó brevemente a Fizzik sin formular comentario o juicio alguno, estaba tan por debajo de su interés que apenas llegó a clasificarlo, ni como amenaza ni como aliado. Ella se mostró tan inexpresiva que él podría haber sido un androide astromecánico.

Fizzik tenía miedo de aquella mujer, y encontró el sentimiento extrañamente placentero.

Dio un paso adelante, preparado para manifestar su ensayada bienvenida.

—Señora...

La mujer ladeó un poco la cabeza, mirándole como si se tratara de una extraña forma de vida inferior. Esa extraña sensación en su interior, el miedo, se acrecentó.



Fizzik se calló.

Ella avanzó dos pasos más y se tocó el cinturón. La arena se revolvió alrededor de la nave, en un círculo gigante de un radio de veinte metros. Fizzik había visto antes una hilera de pequeñas avispa de las arenas arrastrándose por las dunas, transportando con tozudez sus cargas hacia el nido. Las criaturas que cruzaron el borde del círculo comenzaron a arder. Las que quedaron ambos lados de él, no sufrieron daño alguno.

Ella habló por primera vez.

—Si tu gente se acerca a mi nave, necesitarás reemplazarla.

—Sí, señora.

—Muy bien —dijo ella en tono burlón—. Llévame ante Trillot.

Fizzik abrió la parte de atrás de un pequeño recorretúneles de morro chato para que ella entrara, cosa que hizo sin articular palabra. Sus movimientos eran fluidos, como si fuera más felina que humana. Una depredadora salvajemente bella.

El recorretúneles flotó y luego giró, dirigiéndose hacia una de las entradas cercanas. El pequeño transporte estaba pensado para maniobrar con rapidez en el laberinto de túneles bajo la superficie de Cestus.

Hacía eones que aquellos túneles fueron construidos por los técnicos de las colmenas, pero los mapas electrónicos no se habían trazado hasta hacía relativamente poco tiempo, quizás unas pocas décadas estándar. El transporte iba equipado con lo último en sistemas de escaneado y saltaba de un túnel a otro como un thrinx en una plancha.

Fizzik se sentó en el asiento delantero, junto al piloto, pero se permitió el lujo de mirar a la parte de atrás para ver si su invitada se sentía incómoda ante las numerosas ocasiones en que estuvieron a punto de chocar, zigzagueando por el laberinto.

Ella parecía imperturbable, su penetrante mirada azul era divertida, y cuando estuvieron a punto de estamparse contra una pared, las comisuras de sus labios pálidos se curvaron. Ella observaba cuidadosamente las paredes de las cavernas, fijándose en todo. La pasajera se giró y le miró, y la curiosidad iluminó al fin su rostro.

Así que las Cinco Familias temen reunirse conmigo abiertamente. Se considera arriesgado. Pero pronto estará con ellos. Ella se rió con desprecio.

¿Qué es todo esto? —preguntó, señalando a las paredes. El pensó que aquella voz tenía algo musical y metálico. —El planeta está repleto de túneles y minas. Son la mejor forma de viajar sin ser detectado.

Ella se rió, aunque a él se le escapó el motivo de su diversión. Ella se giró para mirarlo. — ¿Tú quién eres?

Fizzik, hermano de Trillot, que espera tu llegada. Al ver que ella no se presentaba a su vez, él se encogió un poco. La miró, y los ojos de ella se tornaron más profundos

y oscuros.

—Quizá debería dejarla descansar —repuso él—, porque habrá tenido mi viaje largo y pesado —la pasajera cerró los ojos y, por muy abruptos que fueran los giros, las curvas y los saltos del transporte para evitar una colisión, no volvió a abrirlos hasta llegar a su destino.

Ella abrió los ojos de golpe, en cuanto el vehículo se detuvo con un ruido sordo, y Asajj Ventress se mostró tan alerta como un gotal en plena cacería. Esa cabezada le había refrescado, dejándola como nueva. Si es que una criatura así necesitaba refrescarse y renovarse.

Habían llegado a una cueva bajo el corazón de la ciudad. Les esperaban cinco de los hombres de mayor confianza de Trillot. Si al salir de su nave había adoptado una actitud de reina o princesa oscura, aquí optó por abrirse la túnica y adoptar un aire que a Fizzik le pareció de líder militar. Su cuerpo bajo el ceñido traje negro era terso como el de una serpiente, y los pechos y las caderas eran lo único femenino de un físico musculado y andrógino.

Por supuesto, Trillot había informado previamente a Fizzik sobre la comandante Ventress. Había oído rumores, pero ni siquiera su hermano estaba seguro de cuáles creer. Algunos decían que era una Jedi que había abandonado la vieja Orden, llevándose sus armas consigo; otros que era acolita de algún oscuro grupo, superior incluso a los temidos Caballeros Jedi.

El círculo del comité de bienvenida se abrió, y subieron a una plataforma turbopropulsada con capacidad para cuatro personas. Fizzik se fijó en que los ayudantes no se dignaron subir a bordo, como si quisieran mantenerse a distancia segura. Los dos viajaban juntos.

Ella olía a fruta ácida.

La oscuridad los envolvió y los liberó de nuevo cuando llegaron al piso superior.

Al entrar en el cuartel general de Trillot, las criaturas valientes y frías que les esperaban parecieron apartarse como aguas poco profundas. Nadie se atrevía a tocarla, nadie quería acercarse a ella. Una especie de silencio descendió sobre todo el piso mientras él la escoltaba hasta la reunión.

Trillot se sentaba ante su escritorio cuando ella entró en el despacho. Estaba hinchado porque sus hormonas de transformación estaban en pleno rendimiento, aceleradas por las hierbas alienígenas. No paraba de retorcerse, no podía quedarse quieto, como si no acabara de encontrar una postura cómoda.

Curiosamente, Ventress se mostró ciertamente respetuosa. Extrajo diversos objetos de un paquete tan bien oculto en su cuerpo que se les había pasado a todos por alto, y los colocó cuidadosamente sobre la mesa ante Trillot.

Los facetados ojos rojos del gánster fueron de un objeto a otro. Luego esperó. Hubo una ligera corriente de aire, y Fizzik percibió un ligero aroma almizclado. Sabía

que Trillot exudaba esta sustancia por las glándulas del cuello cuando pasaba por el cambio, pero ese olor se intensificaba cuando estaba nervioso. En todos los años que hacía que conocía a su hermano, Fizzik sólo lo había percibido en dos ocasiones anteriores.

La mujer asintió gravemente. La bolsa se estremeció. Algo negro y rojo asomó la cabeza por la abertura, exhibiendo la lengua bífida como si probase el aire alienígena.

—Regalos —dijo Ventress. ¿Acaso pudo percibir un ligero tono burlón en su voz?—. De sal, agua y carne.

Trillot se quedó mirando sin saber muy bien qué hacer. Las comidas rituales eran frecuentes, un arte muy desarrollado en la política de colmena de los x'ting. Pero Trillot no pertenecía a la realeza, ni siquiera era un noble. ¿Cómo podía saber de qué iba aquello? Fuera o no una burla, no se atrevió a responder de forma descortés. Su mirada volvió a centrarse en Ventress antes de clavarse otra vez en la mesa. La cabeza roja y negra era la cabeza de una serpiente a rayas que empezó a salir lentamente de la bolsa. No... No era una serpiente. Sus pequeñas patitas rechonchas luchaban por escapar de su cautiverio. Se movía a rastras, como si estuviera drogada.

Trillot miró a su androide de protocolo, y luego a la rastrera criatura...no, criaturas, porque acababa de aparecer otra.

El androide de protocolo se inclinó y le dijo en voz baja:

—Creo que se supone que tiene que ingerir las serpientes del viento. Y condimentadas, señor.

Sí, definitivamente había una pequeña sonrisa en el rostro de Ventress, pero no supo adivinar si era auténtica o artificial.

Trillot la miró un momento, y Fizzik se preguntó qué haría su jefe.

De nuevo, una inesperada muestra de sentimientos. Aquella mujer resultaba más intrigante cada minuto que pasaba.

Con un gesto lo suficientemente rápido como para engañar a la vista, la mano de Trillot avanzó, cogió una de las serpientes del viento por la nuca y golpeó el cuerpo de la criatura contra la mesa. Lo volvió a hacer, todavía más rápidamente, repitiendo la maniobra con la segunda.

—Di a Janu que venga —dijo él. Un androide se escabulló de la habitación, y, un momento después, una enorme criatura marrón, con la barbilla hinchada y una cresta ósea dividiéndole el cráneo, entró bamboleándose, arrastrando por el suelo sus enormes pliegues dérmicos.

— ¿Sí, señor?

—Agua, sal y dos suculentas serpientes del viento. ¿Qué receta puedes preparar?

Janu ladeó la cabeza pensativo, como calculando. Cogió los cuerpos inertes y los olió, acercándolos a su nariz chata y húmeda. Entonces, de repente, sus labios se curvaron en una sonrisa.

— ¡Lo tengo! Pastel de Glymph. Las serpientes de viento proceden de Ploo Dos, y los glínfidos son famosos por sus guisos. Voy a necesitar hongos fantazi...

—No —dijo Trillot con la voz algo quebrada. Fizzik entrecerró los ojos. El cambio de voz era síntoma inequívoco, delator de que su hermano estaba encaminado hacia su estado femenino. Muy pronto, sus ojos pasarían de ser rojo cobrizo a verde esmeralda—. Necesito estar en plenas facultades esta noche.

Al decirlo, miró a Ventress, que estaba inmóvil, sentada en cuclillas y con la espalda totalmente recta, como petrificada. Fizzik volvió a sorprenderse al ver a su hermano hablando de sus hábitos o prácticas privadas con un extraño. Es más, nunca le había oído hablar de sus costumbres. Sintió que una fascinación casi perversa bullía en su interior.

—Vale —dijo Janu—. Entonces usaré alga bantha.

—Eso bastará —señaló la bandeja, y el enorme Janu la cogió y se la llevó.

—Gracias por los regalos —dijo Trillot—. Te aseguro que los disfrutaré al máximo.

Ventress inclinó la cabeza con una modestia palpablemente falsa.

—Un pequeño obsequio del Conde Dooku —dijo ella—. Una *delicatessen*. No te preocupes, los yanthanos que extraen los sacos de veneno rara vez se equivocan —sonrió—. Y cuando lo hacen... Bueno, se dice que es una buena muerte.

Fizzik no estaba seguro de querer saber la definición que daba una criatura como Ventress a "bueno". Era difícil discernir si hablaba en serio o si sólo se divertía en grande, atormentando a su anfitrión.

En ambos casos, el resultado era fascinante.

— ¿Has tenido un buen viaje? —preguntó Trillot.

La expresión de ella no cambió.

—Eso es irrelevante. Quiero saber por que no he sido recibida por las Familias. O, al menos, por qué no se me ha llevado de inmediato a su presencia.

—Tenemos una visita inesperada —dijo Trillot, intentando aplacar sus ánimos—. Se consideró que era preferible algo de discreción adicional, mientras no estemos totalmente seguros de sus intenciones.

Ella le miró y, aunque no articuló palabra, Fizzik sintió como si pudiera leer sus pensamientos. *Miserables cobardes*.

Fizzik había estado observando a los enormes guardaespaldas de Trillot mientras éste trataba con la mujer. Aparte de ellos, había unos doce jóvenes machos x'ting en plena forma alrededor del nido de Trillot; matones intentando enriquecerse fácilmente, pegándose a alguien fuerte a quien seguir. No eran necesariamente malvados, pero estaban perdidos en sueños de glorias pasadas. No había forma de adivinar cómo reaccionarían. Quizás exhibieran el típico comportamiento de colmena e hicieran lo que todo el mundo. Los más desleales podrían ver una oportunidad de

prosperar y congraciarse con un nivel jerárquico superior. Pero también había otra reacción, y Fizzik pudo verla en los ojos velados de uno de los guardaespaldas de menor tamaño, un miembro del clan asesino de los x'ting. Se llamaba Remlout.

—Disculpe —dijo Remlout, hablando muy alto y con la voz aflautada que ponía cuando hablaba Básico—. He oído decir algo sobre usted.

Ella se levantó y le miró. Las comisuras de sus labios volvieron a curvarse, como si ya supiera lo que iba a decir y lo estuviera esperando.

—Con todos mis respetos —dijo él en tono burlón—, tengo entendido que jamás ha rechazado un reto. ¿Es eso cierto?

Ella le miró a los hombros, las manos y los ojos.

—Has estado en Xagobah —dijo ella—. ¿Para aprender Tal-un?

—Sí —dijo Remlout, confundido. Eran pocos los x'ting que se aventuraban a salir del planeta.

Asajj Ventress sonrió.

—Tienes el cuello blanco, la quemadura de su sol azul se ha mitigado. Llevas mucho tiempo lejos de tus maestros.

Él asintió, boquiabierto por la sorpresa.

—El Conde Dooku me dijo que si quería progresar en las artes, era vital que aceptara todo los retos —ella ladeó la cabeza con gesto cansino, en dirección a Trillot.

Sonrió todavía más y se volvió hacia Trillot.

— ¿Te importa?

Trillot miró a Ventress y a Remlout consecutivamente, varias veces. Fizzik sabía lo que estaba pensando su hermano. A Trillot no le gustaba aquella mujer, pero estaba obligado a cumplir sus deseos por distintas razones. Fizzik había sido testigo de las habilidades de Remlout, pero no estaba seguro de que bastaran para derrotar a Ventress, y no quería perder a un guardaespaldas. Por otro lado...

El desafío estaba en el aire.

Trillot se apoyó en el respaldo en un esfuerzo por hacer que su saco de huevos no le incomodara tanto. El señor de los matones, a punto de ser "señora", juntó las yemas de los dedos.

Si ambos participantes lo desean, no me corresponde decir que no.

Ventress asintió y se volvió hacia Remlout, girando como si se apoyara en rodamientos. Tenía los dedos encogidos como garras.

Trillot añadió:

—Pero, por favor, comandante Ventress. Cuesta mucho encontrar buenos guardaespaldas.

—No voy a matarlo —prometió ella—. Cuando quieras —dijo a su oponente.

Remlout se inclinó. Sus atrofiadas alas batieron el aire en señal de alerta, y abrió

los brazos primarios y secundarios. Las criaturas que estaban allí para servir a Trillot se pegaron a la pared.

Ahora los dos se hallaban en un espacio despejado. Remlout empezó a caminar alrededor de Ventress.

Remlout dio una voltereta y avanzó haciendo el pino sobre las manos primarias, siguiendo con los pies a Ventress como si fueran detectores. Sus manos primarias eran tan anchas y fuertes como unos pies, y Fizzik sabía que Remlout podía aguantar así durante horas.

Fizzik ya había visto esto antes: Remlout retando formalmente a un visitante con un código similar de ética en el combate, o que aparentemente hubiera ofendido al amo Trillot. El hecho de que hubiera pronunciado su desafío tan rápido no era destacable de por sí, pero Fizzik sospechaba que había algo más detrás de aquello. Había visto oponentes intentando romper la defensa de Remlout que sólo hallaron una violencia tan brutal que los pies castigadores de Remlout podrían haber sido manos.

La mayoría se acobardaba con sólo verlo.

Pero Ventress era harina de otro costal. Avanzaba y retrocedía, y su Cuerpo ondeaba como si fuera una especie de bosque submarino. Era raro; se trataba claramente de una hembra, pero se movía como un x'ting macho.

Remlout lanzó su ataque. Izquierda, derecha, izquierda; tres patadas en una combinación asombrosa de tres golpes. Ventress no movió las piernas en ningún momento, pero consiguió esquivar la triple amenaza. Fizzik volvió a ver la escena en su mente. Ventress se había movido de forma elástica, con una flexión de columna tan extrema que apenas se desplazó un centímetro, o menos, haciéndose a un lado y apartándose de la trayectoria de cada patada como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Pero había ocurrido algo más, algo eclipsado por el rápido movimiento de brazos y piernas. Fizzik no pudo verlo, pero de repente Remlout estaba en el suelo, retorciéndose, con la cara morada, tumbado de lado y llevándose las manos a la coraza.

El asesino tuvo espasmos, y los músculos de su espalda se tensaron de nuevo. Su cara no paraba de hincharse, deformada por el dolor, y aulló como si estuviera sufriendo los espasmos musculares más monstruosos y debilitantes de la historia. Todo su cuerpo se arqueó, y los músculos contraídos de Remlout rasgaron su propia coraza con una serie de chasquidos. Se quedó inconsciente, babeando, casi sin moverse y con la cabeza describiendo torpes círculos.

Apareció un androide médico que realizó un rápido análisis y se apresuró a informar a Trillot.

Trillot fijó los ojos en Ventress, con mirada sombría. Fizzik sabía que su jefe

quería reprenderla, recordarle lo que había prometido, pero no se atrevió.

Quizá Ventress leyó la mente de Trillot.

—No está muerto —dijo ella con toda la seguridad.

—Así es —respondió Trillot—. Y te doy las gracias por ello.

Ella se inclinó graciosamente mientras varios empleados de Trillot recogían al desgraciado de Remlout y lo sacaban de allí. Prorrumpía en gritos con cada movimiento. No ponían todo el cuidado que debían, y Fizzik supuso que a Remlout le estaba pasando factura su pasado de matón.

Se dio cuenta, sin que mediaran más palabras, de que el lenguaje corporal de todas las criaturas de la sala era de repente más respetuoso y alerta. A Ventress no le hubiera ido mejor ni escribiendo ella misma el guión de aquella escena. Se sacudió el polvo imaginario de la inmaculada túnica y se colocó de nuevo frente a Trillot. Fizzik contó el pulso de la mujer, claramente visible y sereno en su garganta. Un músculo situado junto a uno de los tatuajes se estremecía a un ritmo tranquilo.

Trillot parecía haber olvidado ya lo sucedido, aparentemente deseoso de cambiar de tema lo antes posible.

—Hay una cosa más —dijo él.

— ¿Ah, sí? —Ventress se quedó inmóvil. Era como si la violenta actuación de unos minutos antes no hubiera sucedido. Pero en nombre de la galaxia, ¿qué le había hecho al pobre Remlout? ¿Y se atrevería él, Fizzik, a preguntarlo?

—Sí—dijo Trillot—. Veamos. En cuanto al Jedi que está en negociaciones con nuestra buena regente...

Eso consiguió captar la atención de la extranjera.

— ¿Cómo se llama?

—Obi-Wan Kenobi.

En ese momento, por primera vez desde su llegada, algo atraía la atención de Ventress.

—Obi-Wan, sus ojos azules llamearon. De nuevo, Fizzik tuvo la Impresión de que le costaría la vida preguntar—. A ése lo conozco. Tiene que morir.

—Por favor —le rogó Trillot—. Hay varios asuntos en marcha. Quizá no haya tiempo...

Ventress clavó una fría mirada de desprecio en su anfitrión. ¿Ha pedido alguien tu consejo? Creo que no —cerró los ojos, y en su quietud parecía estar en el ojo del huracán. Volvió a abrirlos—. No creo en las coincidencias. Obi-Wan y yo estamos aquí por lo mismo. —Se humedeció los labios con la punta de la lengua—. Creo que tendré que matarlo.

La mirada insectil de Trillot se cruzó con la suya, y Trillot se rindió, apartando los ojos.

Yo la hice venir pensando que, con los Jedi en la capital, debíamos tomar

precauciones especiales antes de la reunión...

Ventress ladeó la cabeza y su voz sonó sibilina.

—No. Obi-Wan intentará ganarse a las Familias. Quizá ya haya infiltrado un espía entre ellos. No. ¿Quién sabe que estoy aquí?

—Las Familias saben que el Conde Dooku enviará un representante dijo Trillot—. No saben ni quién ni cuándo.

—Espléndido. Que siga así. Primero mataré a Kenobi. Y luego entablaré negociaciones con vuestras preciosas Cinco Familias.

A pesar de lo animada que se había sentido en un principio, ahora estaba tranquila, casi como un espacio negativo, obteniendo calor y luz de la sala en la que se hallaba. Aquella mujer era peligrosa como una víbora de las arenas. Nunca había visto nada parecido.

—Sí, por supuesto.

¿Qué otra cosa podía decir?

Fizzik pensó que cumpliría hasta el final su contrato, pero, cuando terminara..., se preguntó si existiría la posibilidad de que la tal Ventress necesitase un ayudante.



"El protocolo", como solía decir el canciller Palpatine, "es el aceite que engrasa las ruedas de la diplomacia". Tras un intercambio de formalidades, se retiraron al despacho de Duris para mantener una conversación privada. La acompañaban tres de sus consejeros, quienes, aunque se abstenían de intervenir, Obi-Wan supo que también participaban en el proceso de negociación.

El letrado Coracal debatía un punto de poca importancia, cuando entró rodando Shar Shar, la pequeña zeetsa. Duris se agachó para que su ayudante pudiera susurrarle al oído. Ella escucho atentamente y estudió varios holodocumentos proyectados en una pantalla que tenía delante.

Alzó la vista y sonrió.

—Letrado Coracal —dijo—. ¿Está usted al tanto del caso de Gadon Tres?

Los zarcillos oculares de Coracal se recogieron en sí mismos y volvieron a desenrollarse.

—Sí —dijo con su voz chillona—, pero hay al menos cuatro casos que podrían aplicarse aquí. Sea más específica, por favor.

Duris parecía encantada con la erudición de Coracal, y alzó un dedo hacia lo que desde su ángulo parecía una silueta.

—El problema de los mineros disidentes de Kif.

—Ah, sí —él se recompuso—. Hace aproximadamente unos cincuenta años estándar, los mineros empezaron a vender en el mercado abierto un mineral de gran potencial energético. Algunas de las vetas de mineral llegaban hasta una colonia aliada con enemigos del régimen de Gadon. Los gadonianos solicitaron a la República que juzgara el caso, y se determinó que la intención de la venta inicial estaba más allá de todo reproche. Es decir, que la disposición final de las vetas no era responsabilidad de los mineros.

Obi-Wan cerró los ojos un momento. Aquella no había sido una decisión acertada. La República no penalizó a los mineros porque estaba gestándose una situación similar en un conjunto de planetas no aliados del que se esperaba proporcionase materiales brutos vitales para la República. Una decisión indulgente en aquel caso podría servirles para hacer amigos en otras partes.

Como decisión política era brillante, pero el tiro les había salido por la culata. Obi-Wan sintió nuevamente la proximidad del dolor de cabeza desaparecido hacía tiempo.

Mientras él se retiraba al interior de su mente, Duris y Coracal continuaron a lo suyo. Sabía que sólo era el movimiento de apertura, pero ya se sentía desbordado. Hablaban de oscuros tratados, de impuestos, normativas y legislaciones.

Demasiados tecnicismos. ¡Aquello tenía que terminar!

Obi-Wan esperó a que la conversación se calmara, y alzó la mano.

—Discúlpeme, regente Duris —se tranquilizó un poco. ¿Cómo podía ser ella tan obtusa?—. ¿De veras cree que la República apoyará y permitirá que Cestus fabrique esas máquinas asesinas? —se sorprendió un poco al oír el tono estridente de su propia voz—. Esto sólo tiene un final posible.

Por un momento se rompieron las formalidades y el enfoque medido y civilizado. Maldita sea. No tenía madera de político. Sólo era capaz de ver la muerte y destrucción que arrasaría el planeta si no conseguía hacerles ver más allá de sus contratos.

¿Y cuál es ése? —dijo Duris con frialdad. Ella arqueó la concha segmentada y enderezó los hombros. La ira hervía bajo su compuesta superficie. Había algo más. ¿Miedo, quizá?

Él habló con voz firme.

—Que los androides MJ no lleguen a planetas no pertenecientes a la República. Ninguno de los que se fabrican en sus talleres.

— ¿Es eso una amenaza? La República tuvo la oportunidad de comprar nuestros productos y optó por ser negligente en los pagos. Y después impuso restricciones a los cristales de gabonna. Decenas de miles de seres se quedaron sin trabajo, Maestro Jedi. Nuestra economía sufrió un intenso golpe. Hubo revueltas por comida y agua en todo el planeta —ella se echó hacia delante—. Miles de personas murieron. Y ahora nos dice que no negociemos con planetas que nos ofrecen créditos sólidos. ¿Autorizaría el Canciller Supremo un pago similar? ¿Por adelantado?

No. Palpatine jamás haría eso. Sería someterse públicamente a un chantaje.

—Yo no he venido a amenazar —dijo él—. Sólo a actuar de puente entre la República y el buen pueblo de Cestus. Sabemos que lucha por el bien de su gente...

—De todo el pueblo de Cestus —dijo ella—. No sólo de los x'ting. No solo del Consejo de la Colmena. Yo soy responsable de todas las almas de este planeta.

*Si eso es cierto, es muy noble*, pensó Obi-Wan.

—Nosotros, por nuestro lado, luchamos por el destino de toda una galaxia. Hay una cosa con la que puede contar: no permitiremos que sus máquinas destruyan a nuestros soldados. Depende de usted que eso conlleve la destrucción de su civilización.

Se hizo el silencio en la sala durante un momento. Duris y Obi-Wan se miraron fijamente, en un duelo de voluntades.

Entonces, ella asintió lentamente.

—Quizá les convenga conocer lo que van a destruir antes de hacerlo dijo ella con voz más grave, y fue entonces cuando su educación y su fuerza salieron a la superficie. Sus sentimientos no iban a restarle eficiencia, por mucho miedo que

tuviera—. Esta noche se celebra un baile en la colmena en vuestro honor. Me gustaría que asistieran. Hay cosas que se comunican mejor en un entorno más informal.

Obi-Wan respiró hondo. No era muy amigo de las celebraciones formales, pero se recordó a sí mismo la importancia del protocolo.

—Le agradezco la invitación. Espero que Su Gracia no haya interpretado lo que he dicho como una falta de respeto para con usted o para con su pueblo.

Ambos tenemos un deber que cumplir dijo ella, y el volvió a tener la sensación de que le hablaba en varios niveles a la vez—, pero eso no significa que no podamos ser cívicos. —Desde luego —dijo él, e hizo una reverencia.

La túnica de etiqueta de Obi-Wan era muy parecida a la que se ponía a diario, fluía desde sus hombros hasta el suelo en una cascada de color siena tostado, pero estaba tejida en seda de demicot. Su astromecánico le había dejado las botas relucientes, y acababan de lavarle la túnica.

La concha plana de Coracal estaba brillante, y habían sido limadas las babas de los pliegues de su piel, que relucían como las botas de Obi-Wan. Les habían enviado dos cajas planas. Al abrirlas, comprobaron que cada una contenía una máscara flexible. Los ojos saltones, las cuencas en forma de pico y las bocas anchas y planas eran una evidente caricatura de la fisonomía x'ting. Cuando Obi-Wan se la puso y se vio en el espejo, el efecto fue impactante.

— ¿Y esto qué es?

Coracal bloqueaba la puerta mientras Obi-Wan terminaba de prepararse. Una sonrisa divertida adornaba el rostro del cefalópodo.

—Maestro Jedi —dijo el vippit—. Estás resplandeciente.

—Y tú, radiante —dijo Obi-Wan—. Y ahora, letrado Coracal, es muy importante que comprendamos lo que está ocurriendo aquí.

Coracal alzó sus manos rechonchas.

—Maestro Jedi, sé que puedo parecer pesado y algo descortés, pero he estado antes en misiones de este tipo. Este baile es un movimiento estratégico, no un acontecimiento social. Me mantendré alerta.

Obi-Wan respiró aliviado. Su compañero era muy consciente del juego. Puede que incluso más que él. Por tanto, era posible que Coracal asumiera la iniciativa en esto, algo por lo que se sentía agradecido.

—Es un baile de colmena —dijo Coracal, examinando la máscara—. Puede que la colmena no tenga mucho poder real, pero parece que a los colonos les encanta aparentar que sí lo tiene.

—Bueno —dijo Obi-Wan, ayudando a Coracal con su disfraz. Le ofreció el brazo, y Coracal deslizó su pequeña y firme mano, tomándoselo. El brazo de Coracal era de una suavidad agradable, fresco y húmedo, pero no pegajoso—. ¿Nos unimos a la diversión?

La música les envolvió sedosamente incluso antes de que salieran del transbordador. Ya habían llegado varios cientos de invitados, casi todos humanoides, con una pequeña representación de otras especies entre los enjoyados asistentes. Muchos iban en pareja o en trío, aunque había al menos un grupo de clan revoloteando por los aperitivos. Los androides hospitalarios servían comida y bebida en cantidades ingentes. Obi-Wan se fijó en que sólo un puñado de los invitados era de

x'ting auténticos, aunque todos llevaban las máscaras x'ting. ¿Se trataba de una costumbre respetuosa o de una broma pesada? No estaba seguro del todo.

Los asistentes enmascarados y disfrazados se separaron al ver entrar a Obi-Wan y Coracal. Les cedieron el paso con corteses inclinaciones de cabeza y expresiones de interés, y acallaron sus susurros especulativos hasta que la extraña pareja estuvo lo bastante lejos.

Allí estaba lo mejor de la sociedad de Cestus, y ciertamente constituía un grupo esplendoroso. Una banda multiespecie tocaba varios instrumentos de viento y cuerda y al menos un teclado sintetizador, produciendo una música que se parecía mucho al himno de cópula de los clanes tejedores de Alderaan, una melodía vivaz que requería una curiosa coreografía.

Al entrar, sus ojos localizaron rápidamente a G'Mai Duris, que ejecutaba unos movimientos rítmicos x'ting, reminiscentes del Corro de Alderaan. Las parejas y tríos que realizaban la coreografía de precisión se detuvieron. La música se acalló. Todos los participantes enmascarados aplaudieron a los recién llegados.

En caso de que aquello tuviera más de un significado, ¿por qué les ofrecían una bienvenida tan elaborada? A su mente acudió una explicación: esperaban que un despliegue tan sofisticado diera a un hombre de la galaxia la idea de que allí, en el Borde Exterior, había una civilización digna de ser preservada.

Aquellas sonrisas, aquellas reverencias... eran sinceras y esperanzadas. Los cestianos querían que comprendiera la frágil y encantadora sociedad que habían construido con el paso de los años, y le animaban a acogerlos en su corazón. Si conseguía comprender mejor su naturaleza, quizá le fuera más fácil tomar una decisión crucial o concebir la táctica adecuada.

Eso esperaba él.

Así que, con esa mentalidad, cuando Duris se acercó, tapándose la cara con la máscara, él la tomó del brazo encantado.

—Maestro Jedi —dijo ella—. Es un placer que hayan encontrado tiempo para unirse a nuestra pequeña recepción.

—Uno no puede cruzar media galaxia —dijo él— y no disfrutar de la afamada hospitalidad de Cestus.

Duris estaba radiante. Su considerable carcasa rebosaba de su inmensa inteligencia y energía. Era el x'ting más vibrante y vivo que había conocido nunca.

Un pequeño comité de dignatarios se agrupó tras ella, todos enmascarados, y algunos llevando trajes que ocultaban de verdad su aspecto.

—G'Mai —dijo una mujer—. Por favor, preséntanos a nuestros invitados.

—Por supuesto —dijo Duris—. El Caballero Jedi Obi-Wan Kenobi y Doolb Coracal, de Coruscant... Los dirigentes de las Cinco Familias —un hombre de corta estatura y complexión atlética hizo una reverencia—. Debbikin, de investigación. —

La media máscara x'ting que la mujer llevaba sobre el soberbio rostro no ocultaba ni el sofisticado maquillaje ni los labios tatuados—. La señora Por"Ten, de energía. —El siguiente hombre era alto, fornido y pálido, como si nunca hubiera visto el sol—. Kefka, de fabricación. —Kefka era posiblemente humano, pero había algo de kiffar en su patrimonio genético. La piel azul del siguiente hombre denotaba su origen wrooniano—. Llitishi, de ventas y *marketing*. —El siguiente era un x'ting de buena planta, uno de los cinco o seis que había en toda la sala—. Y mi primo, Caiza Quill, de minería.

Era más alto que Duris, casi tanto como Obi-Wan. Quill extendió la mano primaria en un gesto de respeto. Tenía un cuerpo insectil, dorado y fino como un palillo, y unos ojos rojos facetados y grandes.

Cada uno hizo una reverencia antes de intercambiar unas palabras. Luego manifestaron su deseo de iniciar las negociaciones al día siguiente, y se retiraron para que el Jedi y el letrado Coracal disfrutaran de la velada.

Duris les guió hasta la pista de baile.

— ¿Conocen el corro? —preguntó ella.

—Más en teoría que en práctica —dijo él cortésmente, deseando por un momento que un grupo armado irrumpiera en la fiesta en aquel momento, dándole la excusa para rechazar la invitación.

Estaba a punto de rogar que no le arrastraran al baile cuando sintió algo. Una sensación, como un cable de alta tensión rozándole la espalda, y supo que había peligro en aquella sala. Miró a izquierda y derecha y no vio otra cosa que gente bailando. Y entonces..., un destello, una silueta en el otro extremo de la estancia. Un personaje ágil y disfrazado. ¿Masculino o femenino? No estaba seguro, y tampoco sabía por qué había saltado su mecanismo de alerta. No parecía haber una amenaza evidente, pero quería asegurarse. Duris estaba frente a él, esperando pacientemente a que respondiera a su petición implícita. Obi-Wan se obligó a sonreír.

— ¿Probamos a ver?

Ella rió con ganas, y a él le pareció que realmente le divertía aquella situación. Miró por encima del hombro. El letrado Coracal estaba rodeado de tres hembras enmascaradas, una humana, una cortheniana y una wookiee, que le ofrecían animada conversación. Bien. La torpe locomoción de Coracal era la excusa perfecta para no bailar, pero al menos estaba agradablemente distraído.

Con eso en mente, Obi Wan alargó la mano izquierda, y ella le puso los brazos primarios y secundarios en el antebrazo. El se unió a la fila, se colocó frente a G'Mai Duris y extendió los tentáculos de la Fuerza.

La banda invitó a los danzantes a disfrutar de la variante específica de Cestus. Aunque la forma original era tan universal como el corro de los tejedores de Alderaan, ellos tenían su propia interpretación. Y él sabía que los invitados estaban

esperando a ver si sabía adaptarse.

Eso les indicaría no sólo si era de su estrato social, sino lo que podían esperar de él en el futuro.

Obi-Wan tenía una obligación doble: aprender aquel baile lo más rápidamente posible, y encontrar al escurridizo personaje y saber por qué sus sentidos le gritaban que tuviera cuidado y que había peligro.

*Ahí esta.* Vestido de esmoquin blanco ¿deliberadamente asexual? Deslizándose entre dos humanos y un sirviente cestiano. ¿Humano? No. Sus movimientos son demasiado fluidos...

Entonces, Duris le apretó el brazo.

— ¡Maestro Jedi! No tenía ni idea de que fuera usted un cortesano además de guerrero y diplomático. Baila estupendamente.

Él se rió para sus adentros. Hacía siglos que la danza se practicaba en el Templo Jedi para mejorar el ritmo y la precisión. En cualquier planeta de la galaxia, cuando uno encontraba machos o hembras dominantes bailando, solía tratarse de un ritual bélico camuflado. Obi-Wan conocía los movimientos de una docena de bellas y orgullosas tradiciones.

—Me limito a seguirla a usted, señora —dijo él, sonriendo mientras miraba por encima del hombro de ella, buscando al escurridizo personaje.

*¡No está!*

La habitación daba vueltas, y Obi-Wan se deslizaba con ella. Sus reflejos y coordinación Jedi atraían miradas de admiración.

Recordó su infancia en el Templo. El Maestro Yoda diseñó ingeniosas formas de enseñar lecciones vitales. Recordó al gran Jedi realizando complejos pasos de baile, reprendiendo a sus jóvenes alumnos para que se convirtieran en artistas "completos" del movimiento. "¿Un guerrero que no sabe bailar? Torpe tanto en la guerra como en la paz es."

Al menos, un embajador que no supiera manejarse en un Corro de Alderaan era un mal embajador, eso desde luego.

No había nada sospechoso a la vista, y lo cierto es que la sensación de peligro se había desvanecido casi como si nunca hubiera existido nada que la justificara.

—Estamos todos observando, ¿sabes? —susurró Duris, acercándose un poco—. Casi ninguno habíamos visto antes un Jedi.

Obi-Wan se rió para sus adentros y se separó de ella cuando la música cambió. Dio una vuelta y se puso con la siguiente dama de la fila, y el baile comenzó de nuevo.

A la primera oportunidad, se retiró de la línea, y con el pretexto de tener que ir al aseo, recorrió la estancia entera, de estalactitas a estalagmitas.

Nada.

Como si nunca hubiera habido nada.

Asajj Ventress huyó a toda prisa por el túnel, hacia el aerodeslizador que la esperaba, tirando la máscara x'ting por el camino. Fizzik aguardaba en uniforme de chófer, y ninguno de los invitados que salían del baile les prestó atención.

— ¿Lo ha visto? —preguntó Fizzik.

Ella se rió sin alegría.

—Por supuesto —dijo—. Estuvo a punto de percibirme —el Conde Dooku había dedicado meses a enseñarle la meditación quy'tek. Era satisfactorio ver el resultado. Su sonrisa era feroz, como la sonrisa fija e involuntaria de un kraken—. Obi-Wan Kenobi —se recostó en el asiento y cerró los ojos—. Tengo la partida ganada.

— ¿No ha sido demasiado arriesgado? —dijo Fizzik.

Ella abrió los ojos y le miró, preguntándose si no sentiría más placer matándole allí mismo, en ese momento.

—La vida es riesgo —dijo ella, volviéndose luego para ver pasar los edificios. Por un momento, su rostro adoptó una expresión inusualmente dulce, mientras se metía en sus pensamientos—. Y puede que también lo sea la muerte.

Ante eso, Fizzik guardó silencio.

Ventress cerró los ojos, haciendo planes.

Un Jedi. Había matado muchos Jedi, pero tampoco los odiaba. Lo que odiaba era que hubieran perdido el norte, que hubieran olvidado la verdadera razón de su existencia, convirtiéndose en peones de una República corrupta y decadente.

Aunque la mayoría de los Jedi eran descubiertos en su más temprana infancia para criarse en el Templo Jedi, Asajj Ventress fue descubierta por el Maestro Ky Narec en el deshabitado planeta de Rattatak. Ventress, una huérfana que se moría de hambre entre los escombros de una ciudad destruida por la guerra, se hubiera ido con cualquiera que le hubiera ofrecido algo de esperanza. En los años siguientes llegó a adorar al formidable Narec como a un padre. Él crió a la niña sensible a la Fuerza, reveló y desarrolló su potencial. En esa época, creía que algún día viajaría a Coruscant y comparecería ante el Consejo para poder formar parte de la antigua Orden.

Y entonces, su Maestro fue asesinado. El Consejo Jedi, que había abandonado a Ky Narec a su suerte, se convirtió en el objeto de su ira ciega.

Consumida por las ansias de venganza, se convirtió en una fuerza destructora que superaba cualquier cosa que hubiera soñado su Maestro Jedi.

El Conde Dooku la descubrió en el Borde Exterior. Ella le atacó y quedó vencida y desarmada, pero él, en lugar de matarla, decidió acogerla como cómplice, completó su formación y la encaminó por la vía correcta. Era a Dooku a quien debía obediencia total, a los despiadados y corruptos Jedi sólo les debía la muerte.



Sí. Se había enfrentado a los Jedi. Había matado a muchos. Se había enfrentado al Maestro Windu y había estado a punto de derrotarlo. Se enfrentó a Skywalker en batallas que ambos recordaban. Obi-Wan había escapado de ella en dos ocasiones, pero ni una más. Lo juraba por su obediencia a Dooku. Lo juraba por su Maestro difunto, Ky Narec.

Y se lo prometió a sí misma, sólo por puro placer.

Los párpados cerrados de Asajj Ventress temblaron, y su sonrosada boca se curvó en una sonrisa.

El Jedi y su compañero vippit se habían retirado a sus aposentos compartidos, pero G'Mai Duris seguía atendiendo a los invitados a su baile mientras la música se apagaba y las luces se encendían, indicando el final de la velada.

Estaba ante la puerta, despidiendo a sus invitados, cuando aparecieron Caiza Quill y su compañera Sabit. Unos meses antes, Quill era la hembra de ojos verdes y Sabit el macho, Quill resultaba intimidante incluso entonces. En sus horas más bajas intimidaba más que Duris en su mejor momento. Ahora, en su fase más agresiva, la influencia de sus feromonas resultaba casi abrumadora.

Él se inclinó sobre ella, exudando su esencia.

—No creas que no me doy cuenta de que intentas convertir al Jedi en un aliado —dijo él—. No creas ni por un momento que voy a tolerarlo. Recuerda lo que le pasó a Filian.

Ella se puso rígida. ¿Cómo iba a olvidarlo? No hacía ni cinco años que Quill y Filian, que fue compañero de G'Mai, se enzarzaron en combate formal, en lo que los x'ting llamaban "lanzarse a la arena". El letal Quill asesinó allí a su amor, ante el Consejo. No olvidaría esa escena ni aunque viviera mil años.

—No flaquees —dijo él—. No dudes. O sufrirás.

Y se marchó.

G'Mai Duris despidió al resto de sus invitados y cogió el transbordador hasta su apartamento. Había amado a Filian por completo. Cada momento y estado del ser habían sido exquisitos mientras danzaban el baile eterno de machos y hembras.

Pero había muerto antes de empezar la danza de la fertilización. Se meció en la oscuridad, sin hijos, a solas y con su saco de huevos vacío, derramando lágrimas de terror y soledad por sus facetados ojos esmeraldas.

Mientras los nuevos reclutas ensayaban las maniobras, Nate observaba, tomaba notas y hacía ajustes en esta pista de obstáculos o en ese campo de tiro. Cuátor se acercó a él a paso ligero, el tipo de ritmo que un hombre normal no podría aguantar ni diez minutos, pero que un soldado clon podía llevar durante todo el día.

— ¡Señor! —dijo el comando, saludando con precisión—. Han llegado más.

— ¿Cuántos?

Cuátor sonrió, satisfecho.

— ¡Dos docenas, señor!

Nate sintió un cálido rubor de alegría. Aquello era justo lo que esperaba.

—Quizá consigamos sacar una guerra de esto —dijo.

Nate estaba satisfecho con lo que veía, y estaba subiendo un grado la intensidad cuando Sheeka se acercó hasta él.

—Bueno —dijo ella—. ¿Qué te parece?

Él se alegró al darse cuenta de que intuía lo que ella quería decir.

—No está mal —dijo—. Jóvenes granjeros y mineros de profundidad, pero saben cumplir órdenes.

—Son gente valiente —dijo Sheeka—. Muchos de ellos creen que ya es hora de luchar.

— ¿Y tú?

—Yo sólo piloto.

—Lo harías bien. Piernas y espalda resistentes, buenos reflejos. Quizá deberías pensar en alistarte.

Ella se rió.

—No tengo experiencia. Y la experiencia cuenta. —Entonces le miró—. Por otro lado, tú tampoco has sido siempre un viejo veterano lleno de cicatrices, ¿no?

Nate negó con la cabeza. Luego, medio sonriendo, añadió:

Eso es cierto, pero nuestras simulaciones son... muy estimulantes —movió un poco los hombros para liberarse de la rigidez y del recluido de Vandor-3.

—Apuesto a que sí —dijo ella.

El se fijó en los brazos del androide de entrenamiento, flexionándose en todas direcciones y dando a cada recluta la motivación que necesitaba para mejorarse.

—Ganas no les faltan..., pero no son rival para un soldado experimentado o para un androide de combate.

—Te he visto con ellos —dijo ella—. Creo que los cuatro sois el hombre perfecto para esta operación.

Por un momento, pensó que la mujer se había equivocado, pero entonces se dio

cuenta de que ella sólo conseguía mantener el semblante serio con mucho esfuerzo. Sheeka rompió a reír.

Nate también sintió que sus labios temblaban, al comprender la broma, y, aunque era a su costa, la apreció.

—Sí, lo somos —dijo.

Y con eso, él se alejó y bajó a intervenir de forma personal en el entrenamiento. Y se dio perfecta cuenta de que sacaba los hombros, se movía un poco más rápido al demostrar movimientos de combate y estaba un poco más alerta, y todo porque sabía que Sheeka lo observaba. Y aunque se sintió algo absurdo por ello, también disfrutaba siendo el centro de su atención, y esperaba que ella siguiera allí al acabar el día.

En ChikatLik, las operaciones diplomáticas transcurrían a ritmo glacial. Coracal dedicaba las mañanas y gran parte de las tardes a repasar contratos, y al final acabó enrollando los zarcillos de los ojos en señal de frustración.

— ¡Ah! He perdido al menos diez años de crecimiento de mi concha —se lamentó—. ¿Has visto esto?

— ¿El qué? —preguntó Obi-Wan, que intentaba establecer una comunicación segura con Coruscant, lo cual requería un enlace con Equisdós en la nave atracada. Por el momento, una tormenta solar parecía distorsionar el enlace.

—Estas pequeñas grietas y fisuras aquí, donde se está formando quitina nueva — Coracal retorció el largo cuello para mirarse las atractivas espirales de su concha plana. Lo cierto es que tenía razón, había grietas donde se formaban los segmentos de concha más finos y nuevos.

—Ah, sí, ya veo —dijo Obi-Wan, distraído—. ¿Qué significa?

Los zarcillos de los ojos de Coracal se encogieron por la angustia. — ¡Estrés! Estrés, te lo aseguro. —Pues no quiero aumentar tu estrés... —No, por favor...

De pronto se estableció el holoenlace, y el Canciller Supremo Palpatine apareció flotando en el aire ante él. Coracal se calló enseguida. —Saludos, Canciller —dijo Obi-Wan. —Saludos, amigo Jedi. ¿Qué noticias tiene?

—Creo que la regente tiene buena voluntad, pero teme por su vida si actúa según su conciencia.

— ¿Y qué crees que le dicta su conciencia? —Lo que es mejor para Cestus: la suspensión de la fabricación. —Entonces, ¿qué problema hay?

—Creo que el verdadero poder lo ostenta un grupo llamado las Cinco Familias, propietario de Cestus Cibernética. Y a ellos sólo les importan los beneficios.

—Entonces quizás haya que llevar el asunto a un nivel superior. Creo que se os proporcionaron contactos fiables. ¿Habéis recurrido a ellos?

—Creo que el Maestro Fisto se ha reunido ya con uno de ellos. Yo veré al otro esta noche.

—Te deseo buena suerte, Maestro Kenobi. Recuerda, queda poco tiempo, si queremos evitar el desastre.

—Sí, señor —dijo Obi-Wan, pero el Canciller desapareció antes de que pudiera añadir algo.

Suspiró, girándose hacia Coracal.

—Letrado —dijo—. Si pudieras darme una lista de... los documentos secretos que deseas..., ¿cuál sería el primero? Doolb gimió.

—Oh, ¿qué hago? ¿Qué digo? —La verdad.

Sus zarcillos oculares se enredaron el uno con el otro. —Creo que los documentos originales de incorporación y compra de tierras. Y, ah..., las hojas de pedido entre Cestus Cibernética y el Conde Dooku o sus intermediarios.

—Eso bastará —dijo una palmadita a Coracal en la concha—. Si alguien pregunta por mí, dile que estoy degustando la cocina nativa —dijo—. Cuídate.

Y salió de la suite tras decir eso.

Obi-Wan consiguió colarse en una habitación vacía que había al final del pasillo, y salir de ella por una ventana que no estaba controlada por las fuerzas de seguridad, que sin duda vigilaban a distancia todas sus actividades.

Escaló hasta el tejado, descendió a la calle por una salida de servicio y aterrizó en un callejón con las rodillas ligeramente flexionadas para amortiguar el golpe. Dio tres pasos y se mezcló con la multitud. Nadie se fijó en él.

Obi-Wan había oído hablar de planetas que empezaron siendo colonias de prisioneros, pero nunca había estado en uno. Le animó la abrumadora sensación de energía y vitalidad. Donde quiera que mirase, las calles estaban llenas a rebosar de colonos que iban de un lado a otro. Aunque sólo se veía una pequeña representación de ciudadanos x'ting, la ciudad le recordaba a una colmena. La actividad comercial no cesaba en todo el día, y todos los seres con los que se cruzaba negociaban algo. Una de cada diez tiendas estaba clausurada, pero las demás rebotaban frenética actividad, como si bailaran al borde de un precipicio. ¿Cuántos cestianos comprenderían el juego que se traían sus gobernantes? Aquellas personas parecían demasiado listas y espabiladas, incluso sin ser conscientes de serlo. Pero era nerviosismo, no vitalidad.

Llamó a uno de los aerotaxis más baratos y viejos, pensando que sería poco probable que estuviera incluido en la rejilla de vigilancia. Y, aunque fuera así, técnicamente no hacía nada ilegal o que perjudicara abiertamente a su misión. En la holotarjeta del taxista se leía: "GRITT CHILPE". Gritt era un x'ting, y el vello rojo de su tórax indicaba que procedía de uno de los clanes menores de la colmena.

— ¿Adonde va? —preguntó Gritt.

—Al Sombra Nocturna.

Gritt Chipple puso una mueca de disgusto. Era evidente que conocía el local y no le apetecía tener que ir hasta él.

—Créditos contantes —añadió Obi-Wan, y ofreció al pequeño x'ting unos chits cestianos.

Los ojos rojos del conductor se iluminaron. Los chits eran la moneda del planeta, y, por tanto, más fáciles de cambiar al margen de la red galáctica de créditos, como los chits de la República. No había forma de seguir su rastro. La avaricia superó al miedo.

—Vale —dijo, y se pusieron en marcha—. ¿Es Jedi?

Obi-Wan asintió. No iba disfrazado, pero tenía la esperanza de que nadie se diera cuenta.

—Entonces he oído hablar de usted. ¿Quiere que le espere para volver del Sombra Nocturna?

—Eso estaría bien, sí.

El taxista hizo un sonido que Obi-Wan interpretó como de agrado.

—Entonces le esperaré. Tenga cuidado. A veces los forasteros no están a salvo — otro de esos sonidos—, señor.

Hasta ese momento habían circulado por un lateral de la enorme cueva, y entonces saltaron al torbellino de ChikatLik. Aquel sitio era abrumador incluso para alguien que vivía en el Templo Jedi. El taxista flotó por el laberinto como solo podía hacerlo un nativo del planeta, y Obi Wan pensó que Anakin se hubiera quedado boquiabierto ante la habilidad del pequeño x'ting.

Al cabo de cinco minutos llegaron a una zona más siniestra y oscura, alejada de los principales barrios comerciales. Era un sitio frecuentado sólo por ciudadanos de buena reputación cuando se embarcaban en asuntos de mala reputación. Y si en otras partes de la ciudad Obi-Wan apenas había visto unos pocos x'ting de cada cien ciudadanos, aquí había seres insectoides por todas partes.

El conductor le dio un holochip triangular.

—Activa esto cuando quieras irte —dijo, y la puerta se abrió. Obi-Wan dio una buena propina a Gritt y salió. El pequeño y maltrecho taxi desapareció, y Obi-Wan se quedó solo.

Siguiendo las instrucciones que había memorizado, Obi-Wan se acercó a una puerta vigilada por dos enormes guardaespaldas x'ting. Hembras, sin duda. Los machos eran más pequeños y letales, pero las hembras resultaban mucho más intimidantes para los forasteros, que muchas veces no se daban cuenta de que el volumen extra era simplemente la bolsa de huevos.

— ¿Qué desea? —preguntó la de mayor tamaño en un tono sorprendentemente culto.

Él dijo la palabra clave y añadió:

—Tengo una cita con Trillot —no era del todo cierto, pero sabía que sus contactos habían avisado al jefe mañoso de su visita.

—Un momento —dijo la más pequeña, y entró. Salió poco después, y mantuvo la puerta abierta—. Pase.

Obi-Wan se sintió examinado por miradas que no siempre eran de respeto. Había unos pocos curiosos que se preguntaban si él era un Jedi típico, y si era tan fuerte como decían los que los admiraban o tan débil como afirmaban los separatistas.

El garito estaba oscuro, y ojos alienígenas brillaban al clavarse en él desde la oscuridad. Nadie le guió, como si esperaran que él mismo encontrara el camino.

Pero Obi-Wan podía adivinar el camino del laberinto que llevaba hasta Trillot por el lenguaje corporal de las criaturas que se encontraba, por sus posturas y expresiones. Si eso era una especie de examen, él pensaba aprobarlo con nota.

A su alrededor flotaban los olores, sonidos y colores de un entorno profundamente corrupto. Era obvio que aquellos seres eran marginados sociales, pero... para estar tan cerca del círculo de Trillot había que tener recursos, o al menos la confianza de Trillot. Por tanto, Obi-Wan podía considerar aquello como la colmena del gángster, un sitio que mantenía para su propia comodidad, algo que le recordaba a su infancia, aunque ello requiriera la destrucción de otros seres.

Aquella idea lo echo para atrás, pero se guardó sus pensamientos y sensaciones.

Al final del pasillo había otra puerta, y frente a ella otra pareja de guardaespaldas x'ting en posición de firmes. Esta vez eran machos, y auténticamente letales. Abrieron la puerta al verle acercarse.

Sus ojos tardaron unos instantes en adaptarse al interior. Trillot descansaba sobre un gran cojín, dando caladas satisfechas a una especie de pipa. Finas espirales de humo salían de las hendiduras que tenía a ambos lados del cuello. El hinchido tórax, listo para ser rellenado de huevos fertilizados, indicó a Obi-Wan que Trillot ya había terminado la transición de macho a hembra.

—Jedi —dijo Trillot con los ojos fijos en Obi-Wan—. Bienvenido a mi morada.

—Señora Trillot —dijo Obi-Wan, y realizó una leve inclinación, recitando una compleja serie de sonidos en x'ting.

Los ojos de Trillot relucieron.

—Eres muy culto para ser un humano. Por favor, ven a sentarte a mi lado.

Obi-Wan así lo hizo, mientras Trillot daba unas cuantas caladas.

—No es mi intención insultar a un Jedi —dijo ella—. Así que no te ofreceré en público el fruto de fantazi.

La implicación era obvia. Kenobi sonrió.

—Tenemos asuntos pendientes —dijo él—. El fantazi nubla la mente.

Trillot asintió.

—Pero también agudiza los sentidos.

—Los dos sabemos lo que hago aquí —dijo Obi-Wan—. La guerra está arrasando la galaxia. Cestus no es inmune a su efecto.

—Guerra..., paz —dijo Trillot dando una calada profunda y evidentemente gratificante—. ¿Qué más da? Yo haré negocios de todos modos.

*Menudo farol.*

—No si la guerra destruye la capacidad industrial de Cestus. Entonces no habrá trabajadores que explotar. Y tú también sufrirás.

Trillot asintió lentamente, como si Obi-Wan hubiera dicho algo importante de verdad.



—Me gustaría evitar el sufrimiento, si es que eso es posible.

—Yo creo que sí.

—Entonces, te escucho. ¿Qué puedo hacer por ti?

Bien. La avaricia era una palanca muy útil.

—Mis amigos de Coruscant dicen que tienen mano en todo lo que pasa aquí — dijo.

Trillot soltó una risilla.

—Qué perceptivos.

Obi-Wan bajó un poco la voz.

—Quiero conocer los tratados secretos entre las Familias y la Confederación.

Al oír aquello, Trillot pareció sorprenderse.

— ¿De veras? Esa información será muy difícil de conseguir.

—Tengo recursos.

— ¿Ah, sí? Yo también tengo recursos. Pero no me gustaría tener que ponerlos en peligro con semejante encargo.

—Me dijeron que si había alguien capaz de descubrir las debilidades del sistema industrial, eras tú.

Trillot respiró hondo. Las hendiduras de su garganta dejaron escapar una fina columna de humo.

—Y en caso de que yo compartiera esa información, ¿qué beneficios habría para mí y para los míos?

—Con el objeto de mantener la paz y alejar estos dispositivos del mercado, la República está dispuesta a ofrecer un generoso contrato de androides. Tu información será valiosa para... resolver favorablemente mis negociaciones. Y yo te ofreceré información por adelantado del tamaño y las especificaciones del pedido.

— ¿Y qué interés podría tener eso para mí?

Obi-Wan era consciente de que ambos sabían lo que había en juego.

—Eso te proporcionará tiempo para comprar y almacenar ciertos componentes, equipo, materias primas. Estoy seguro de que una mujer de negocios como tú es capaz de ver el potencial de este acuerdo.

Trillot exhaló, y su cara adoptó una disposición que Obi-Wan interpretó como una sonrisa.

—Piensas como un delincuente —dijo ella.

—Es uno de mis muchos defectos.

—Me gusta eso en un hombre —dijo Trillot, acercándose lo suficiente como para que Obi-Wan pudiera oler sus feromonas. Quizá resultara un olor seductor para un x'ting, pero al Jedi le recordó al cuerno quemado.

— ¿Entonces?

Trillot suspiró.

—Entonces. Bien, de acuerdo. Sí, es cierto. El sistema tiene un punto débil, pero sólo porque mata a quienes intentan utilizarlo.

*Interesante.*

—Explícate.

—Radiación —dijo Trillot—. Se rumorea que bajo la ciudad industrial de Clandes hay una caja de conexiones en la que se cruzan las líneas de tierra. No todas las comunicaciones son inalámbricas, sobre todo desde las revueltas populares del siglo pasado. Esas líneas de tierra acceden directamente a la terminal principal, y sólo tienen una protección mínima. Tras la reconfiguración, toda la zona fue declarada no apta para ser habitada, y los obreros trasladados. Dado que actualmente las regulaciones de seguridad ya no son tan... estrictas, ahorraron dinero en aislar la zona. Uno muere en cuestión de minutos..., a no ser que se disponga un traje antirradiaciones bastante de clase seis.

—Y supongo que tú tienes uno.

—Digamos que una dama con mis peculiares recursos sabe cómo adquirir ese tipo de cosas.

—¿Y cuál sería el precio de semejante maravilla?

—Esos trajes son escasos, ahora que las fábricas de Baktoid están cerradas —dijo Trillot suavemente—. Lo que pretendes es poco común. Y en el supuesto de que lo llevaras a cabo, si alguien se enterara de que el traje ha sido vendido, sabría que lo vendí yo y vendría a por mí.

—Dime el precio.

—No puede ser..., pero digamos que medio millón de créditos.

Medio millón. Es más de lo que pensaba pagar, pero era posible. Aun así, si cedía demasiado pronto, aquella mafiosa le perdería el respeto. Y las futuras negociaciones serían un tanto tensas.

—Eso es absurdo.

Parecía que Trillot le estaba leyendo la mente.

—Lo es, ¿verdad que sí?

Los dos siguieron con el juego dialéctico durante unos minutos, hasta que Obi-Wan suavizó su postura.

—Entonces..., a través de esa terminal, y en el supuesto de que el agente no muera envenenado por la radiación, podría detenerse... o estropearse... la cadena de producción.

—Sí, podría ocurrir —Trillot parecía encantada consigo misma.

—No estoy preparado para sabotear la fábrica de Clandes, ni en el supuesto de que dispusiera de medio millón de créditos. Exploremos otras alternativas.

—Hay una cuestión... —dijo Trillot—. Si el ordenador central se apagase, toda la economía se desinflaría como un globo. Lo cual no sería bueno para el negocio,

¿verdad?

—No —dijo Obi-Wan, pisando en suelo firme—. Los androides de lujo dejarían de fabricarse, pero los de bajo coste podrían seguir creándose bajo licencia.

—Ah. Entonces Cestus caería limpiamente en brazos de la República, y el negocio continuaría como siempre.

—Entonces —dijo Obi-Wan, extendiendo las palmas de las manos, imitando el gesto de amabilidad x'ting—, ¿tenemos un trato?

— ¿Qué hay de los detalles sobre el acuerdo comercial?

—Eso es todo por ahora. Y respecto a ese traje.

—Se hará.

Juntaron las palmas, y tras una inclinación, Obi-Wan se dio la vuelta y se marchó.

Trillot espero unos instantes, dando caladas a la pipa. El humo fluía de las hendiduras de su cuello.

Ventress apareció en la estancia como si le tocara entrar en escena. Su cráneo tatuado casi parecía brillar en la penumbra. Estaba pensativa, pero no molesta.

—Entonces —dijo ella—, Kenobi quiere información sobre las negociaciones del Conde Dooku con las Cinco Familias, así como los contratos secretos entre Cestus Cibernética y la colmena.

Trillot parpadeó.

— ¿Eso te incomoda?

—No. Me encanta —cerró los ojos y sonrió, sumida en sus especulaciones—. Obi-Wan y yo tenemos una cita.

A Trillot empezaron a sentarle mal las caladas, y tosió un poco, enfadada por haber revelado su opinión de forma tan torpe. Sus hermanos se habrían avergonzado de ella.

— ¿Y yo qué hago? Si es tan importante para ti, entonces debería negarme a ser su proveedora.

Ventress puso los ojos en blanco y se quedó mirando al vacío, como buscando algo en la distancia.

—No.

—Le daré información falsa... —volvió a intentar la x'ting.

—No —Ventress regresó a la consciencia, y esta vez parecía incluso más segura—. Quizá tenga otras fuentes. Puede que esto no sea más que una prueba. Y si le fallas, puede que no vuelva a confiar en ti —hizo una pausa, y sus ojos se movieron de un lado a otro en su búsqueda interna de la verdad y la claridad—. Y creo que será mejor que él confíe en ti hasta que acabemos con esto —lo pensó de nuevo, y una sonrisa curvó por primera vez sus pálidos y delgados labios—. Sí, creo que eso será lo mejor.

Obi-Wan Kenobi salió de la guarida de Trillot. Cada paso que daba era como si se quitara una capa tóxica de la mente.

Gritt Chipple le esperaba sin tener que activar el chip que le había dado. El conductor parecía un tanto desanimado.

—Señor Jedi —dijo—. Tengo una llamada. Me han pedido que le comunique con otro taxi.

Obi-Wan alzó las cejas.

— ¿Cómo?

—No sé quién es. ¿Le pongo?

Era interesante. ¿Quién intentaría contactar con él de ese modo?

Por supuesto.

El laxista x'ting pulso los botones del panel, y apareció un rostro sin rasgos diferenciables. No era ni hombre ni mujer..., y estaba oculto en las sombras para no delatar su género y su especie. La voz también estaba camuflada.

—Solicito respetuosamente que el distinguido visitante me honre con su presencia para charlar y compartir una taza de té-despeja en el Cabeza Partida. Encuentro que será de gran interés para él —apareció un mapa.

— ¿Adonde nos lleva esto? —preguntó Obi-Wan.

—Al distrito de los inmigrantes. No es mal barrio, pero tampoco bueno. Es raro —Chipple se encogió de hombros—. No sé qué decirle, señor.

Obi-Wan repasó sus últimos movimientos. No recordaba nada especialmente sospechoso. Por tanto, si se trataba de una trampa, ¿por qué no seguirles el juego hasta que ocurriera algo?

—Vamos —dijo.

Pero mientras el vehículo se elevaba y se alejaba, Obi-Wan se alegró de sentir el peso y la forma del sable láser en su cinturón.

Obi-Wan entró en el Cabeza Partida por una puerta que parecía un conjunto de cuatro celdillas de colmena x'ting. Al traspasar el umbral, escuchó un alarido estremecedor. La multitud de x'ting y colonos se apartaba para dejar sitio a una pelea que acababa de iniciarse.

Dos jóvenes machos x'ting se tentaban en círculo. Uno de ellos saltó, y el otro se apartó. Ambos curvaron los abdomenes, y de ellos salieron agujones de un cuarto de metro de largo. Tanto los machos como las hembras x'ting tenían agujones, pero los de los machos eran ligeramente más grandes, y su veneno más letal. El cociente de fuerza y peso se veía aumentado al liberarse de los sacos de huevos, ya que eso los hacía más rápidos.

Se apuntaban con los agujones. Al final, uno cometió un error, y su contrincante le clavó el agujón. El x'ting herido se quedó paralizado por el miedo incluso antes de que la toxina hiciera efecto. Después empezó a soltar espuma por la boca y se derrumbó entre convulsiones. Y entonces se quedó inmóvil...

Los clientes del bar volvieron a sus bebidas, como si aquello ocurriera todas las noches.

El salón de té-despeja del Cabeza Partida servía más de mil estimulantes procedentes de cientos de planetas, pensados para ayudar a los oficinistas a superar las noches de trabajo sin venirse abajo. Era legal, pero Obi-Wan estaba seguro de que el acceso a sustancias menos legales era algo fácil de conseguir en aquel lugar.

Escogió una mesa desde la que podía ver la puerta y pidió una taza de té de habas h'kak de Tatooine. Apenas le acababan de servir el extracto naranja de fragante aroma cuando una figura voluminosa envuelta en una túnica se deslizó en la silla que tenía enfrente.

—G'Mai Duris —dijo él, dando un sorbito. Las habas h'kak eran como una receta mágica para despejar las nubes de la guarida de Trillot, que todavía flotaban por su mente—. Esperaba que fuera uno de sus emisarios; no me atreví a pensar que vendría usted sola —habló en voz baja.

Ella llevaba el rostro oculto por la capucha, pero había reconocido sus ojos insectoides al primer golpe de vista. Supuso que si Duris quería pasar desapercibida entre sus súbditos, sería por una buena razón. Además, había otra pregunta que requería respuesta.

— ¿Cómo me ha encontrado?

—Tengo mis propias fuentes, mis propios espías. Y algunos me informan a mí directamente en lugar de al Consejo. Hay gente de las bajas esferas cuya confianza me gané en el pasado. Fue pura casualidad que le vieran entrando en la guarida de Trillot.

Ella ladeó la cabeza, y aunque él apenas podía verle los ojos, supo que reflejaban su actitud desafiante.

—Supongo que no fue a ver a Trillot buscando alguna sustancia tóxica. ¿Puedo preguntar qué asunto le llevó allí?

—Quizá cuando nos conozcamos un poco mejor —dijo él, intentando ganar tiempo.

—Quizás.

Ella se rió, y Obi-Wan pensó que sonaba más auténtica y menos afectada que cuando asumía su persona pública.

—Estamos en el distrito de los inmigrantes de ChikatLik. Llegaron en nuestro mejor momento, y ahora muchos de ellos están atrapados en el planeta, sin créditos para regresar a casa. Están tan ocupados buscando trabajo o transporte que no tienen

tiempo de escuchar conversaciones. No prestan atención, Maestro Kenobi. Hay veces en que el mejor sitio para ocultarse es a la vista de todos.

—Bien. Entonces el Cabeza Partida es el sitio idóneo.

—Yo esperaba verle salir a hurtadillas. Y en ese caso, me hubiera podido reunir con usted.

Obi-Wan asintió.

—Ahora que entiendo su método, quizá pueda iluminarme sobre sus intenciones.

—Por primera vez puedo hablar libremente... —Hizo una pausa—. Al menos en teoría.

Él se rió en voz baja.

—Soy todo oídos.

—A pesar de lo que usted piense, la regencia de Cestus es una farsa. Los gobiernos se suceden, pero las Cinco Familias que controlaban la primera industria de androides y armamento..., la minería, la fabricación, las ventas y la distribución, la investigación y la energía... siguen controlándolo todo. Y creo que están del lado de la Confederación.

— ¿Cree?

Ella suspiró.

—No tengo pruebas. Estoy emparentada con la Casa Real de la colmena. Mi primo Quill también forma parte de la realeza, pero como mató a mi compañero y despojó del liderazgo al Consejo de la Colmena —ella bajo la mirada—, ya no se me informa de los asuntos de las Cinco Familias o de los del Consejo. No sé si las decisiones se toman mediante votación, o si uno o dos de ellos se han hecho con el poder. Nadie sabe quién es el último eslabón de la cadena. Nadie puede atravesar el muro corporativo.

— ¿Muro corporativo? —musitó Obi-Wan—. Más bien muro familiar.

—Cierto. Nadie ajeno a esas reuniones sabe lo que sucede en ellas.

— ¿Qué hay de los otros habitantes originarios del planeta?

— ¿Los aborígenes? —se encogió de hombros—. Casi todos han muerto, se han ido o se han visto expulsados a terreno desértico. El pueblo arácnido fue fuerte en su momento, pero dudo que quede en el planeta un solo clan intacto.

El zumbido de las conversaciones se elevó y luego volvió a bajar, como una corriente que les llegaba una y otra vez, en oleadas.

—Lo siento, Maestro Jedi, pero no veo una salida fácil para esto.

— ¿Podrían sustituirla como regente?

—No —dijo ella inexpresiva—. Mi cargo es vitalicio —bajó la cabeza—. Él estaría encantado de ser el regente, si eso no provocase un fuerte conflicto de intereses. Él ya controla el Consejo de la Colmena, y a su vez es controlado por las Cinco Familias.

— ¿Y eso qué significa?

—Significa que ya no existe el equilibrio de poder que tendría que proteger a las poblaciones indígenas. Significa que los contratos originales con la colmena pueden manipularse en beneficio de las Cinco Familias.

Aquello era escalofriante.

— ¿Y usted no puede oponerse a él?

—Si voy a por Quill, él me retará, me matará y me sustituirá —se detuvo—. Como hizo con mi compañero, Filian.

— ¿Le tiene miedo?

—Es uno de los luchadores más letales de la colmena —ella tembló sólo de pensarlo.

— ¿Y por qué ha querido reunirse conmigo?

Sus ojos relucieron.

—Cuando asumí el cargo, encontré un datapad legado por mis predecesores, de hace ciento cincuenta años. Hablaba de otro Jedi, cuyo nombre creo que es Yoda.

Obi-Wan no pudo evitar sonreír. ¿Yoda? Él no recordaba haber oído nada sobre el gran Maestro Jedi en un planeta llamado Cestus.

—...se quedó aquí aislado mientras escoltaba a un prisionero, y prestó un gran servicio a la colmena. Mi predecesor confiaba en el Jedi, así que yo confío en usted. Creo que puedo hablarle con sinceridad, y recibir lo mismo a cambio.

—Haré lo que pueda, mientras no comprometa mi misión.

—No la comprometerá —le aseguró ella.

—Entonces somos dos amigos compartiendo un buen rato y un poco de h'kak.

Ella respiró hondo.

—Gracias. Usted y yo estamos atravesando un laberinto de espejos, Obi-Wan. El pedido del Conde Dooku obligará a mi pueblo a escoger entre el colapso económico y la derrota militar. Creo que quienes hicieron el pedido lo sabían..., y quizás hasta deseaban esta situación.

Razonable.

— ¿Con qué propósito?

—No lo sé. Creo que Cestus sólo es un peón más de una partida más grande, más peligrosa.

Obi-Wan se acercó a ella.

— ¿Qué clase de partida?

—No lo sé. Yo sólo digo que percibo la mano de un experto jugador, pero desconozco sus intenciones.

Él pensó en lo que ella había dicho hasta el momento y se dio cuenta de que no le había dicho nada que no hubiera podido averiguar por su cuenta. ¿Intentaba manipularle o podía confiar en su intuición Jedi? Las Guerras Clon ya llevaban un

tiempo haciendo estragos. ¿Cómo es que G'Mai no sabía más? Tenía que tener al menos una idea del conjunto de la partida.

Una partida que Obi-Wan, a pesar de toda su experiencia y poder, no tenía ninguna gana de jugar.

—Es casi como si alguien deseara un punto muerto —dijo ella—. Es lo único que se me ocurre que tenga algo de sentido.

— ¿Por qué me está contando todo esto?

Ella dejó caer los hombros.

—No lo sé. Quizá porque es una información solitaria. Compartirla me hace sentir menos aislada.

Si decía la verdad, entonces parte de las razones que tenía para hablar con él era que, al no ser del planeta, era más digno de confianza que cualquier otro individuo de la estructura de poder de Cestus. Y si ella no era capaz de ver la salida de aquel problema, entonces le estaba rogando que desliara una madeja que llevaba siglos enredándose. ¡El no estaba allí para eso! Él estaba allí por una única razón: evitar que Cestus fabricara y exportara más androides MJ.

La cantina Cabeza Partida estaba repleta de clientes que buscaban estimulantes, y a Ventress no le resultó difícil pasar desapercibida, ya que volvió a utilizar una parte de su energía en la Fuerza para ocultarse de la percepción de Obi-Wan. Él era uno de los Jedi más poderosos que había conocido nunca. Ella se creía muy fuerte, pero ahora no estaba tan segura como antes.

Pero esa fortaleza de Obi-Wan hacía que su inevitable victoria sobre él fuera todavía más dulce.

Ventress se mezcló sin problemas en el entorno multiespecie del Cabeza Partida, observando sin ser observada. Le gustaba ese juego arriesgado, ocultarse de Obi-Wan, acercándose un poco más hasta que percibía que el instinto del Jedi comenzaba a despertarse, y entonces se volvía a alejar, jugando con sus percepciones.

El momento era tan peligroso que colmaba sus sentidos; era más potente que cualquier placer de la carne o cualquier sustancia ilegal. Era peligro en estado puro. Jugar con los sentidos de un oponente Maestro Jedi ponía a prueba los límites de sus sentimientos, sentimientos que ella mantenía bajo un estricto control. Era... intoxicante. Sí, ésa era la palabra.

Ahí estaba. Ella se acercó por un momento y centró su atención un poco más en la corteza exterior del aura de Obi-Wan, que ella veía como mi campo de suaves lucecitas.

En cierto sentido, no había casi riesgo; ella podía observarlo, podía saber si él centraba su atención en el exterior, lejos de la conversación, y tenía plena confianza en poder apartarse antes de que él se diera cuenta.

Era delicioso.



—Shhh —susurró ella en voz tan baja que apenas pudo oírse a sí misma—. Tan cerca. Tan fácil. Él ni siquiera sabe que existes —cogió aire de repente—. No. No... Ha estado a punto de sentir algo, pero te has ido antes de que él se diera cuenta. Y ahora escaneará la zona. Y no verá nada. No eres nada.

Ventress se dio cuenta de que un hilo de comunicación crecía con fuerza entre Obi-Wan y Duris. Bueno, aquello realmente daba igual.

Daba igual lo que él intentara, Ventress estaba preparada para ello. Daba igual lo que planeara porque ella estaba lista para contraatacar. De hecho, fuera lo que fuese lo que esos dos tuvieran en mente, ella lo utilizaría para atraerle a su trampa. Y esta vez no habría escapatoria.

Aún tenía que reunirse con las Cinco Familias, pero podía seguir utilizándolas. Un reclamo: ése era el enfoque. Pondría dispositivos de seguimiento y escucha en sus vehículos y en sus personas. Estarían vigilados, y sus acciones y palabras quedarían grabadas.

Y en algún momento del proceso, atraparía a Kenobi. Podía sentirlo. Sería en ese planeta, había llegado el momento.

Obi Wan Kenobi sería suyo. *Delicioso.*

En dos ocasiones desde que aterrizó en el planeta, Obi-Wan había sentido... algo. No lo suficiente como para ponerle alerta, y, ciertamente, no era fácil de identificar. La comprensión de lo que era le eludía, como si intentase tocar un objeto que no alcanzaba. Aunque ninguno de sus sentidos podía percibir directamente aquel fantasma, el mero hecho de que éste se apartara dejaba ondas en el agua... o en el aire. Y en ese momento estaba sintiendo una perturbación en la Fuerza. Una no-presencia. Algo que se apartaba. Algo que no estaba.

No lo sentía de forma consciente. De hecho, cuanto más conscientemente buscaba, más se le escapaba, como si se lo hubiera imaginado todo. Se concentró en la conversación con G'Mai, dejando abierto sólo el mínimo umbral de atención, una mera partícula, para escudriñar los alrededores, buscando no una presencia, sino una... falta de presencia. Sí. Otra sensación de retirada.

Pero aquello era demasiado mínimo como para integrarse en su consciencia. Sólo más tarde, cuando estuviera en plena meditación Jedi, daría fruto esa pequeña trampa. Pero él podía esperar.

Los líderes de las Cinco Familias llevaban gobernando por privilegio divino desde hacía doce generaciones. Mientras el mineral siguiera entrando en las fundiciones, y esas fundiciones alimentaran a las fábricas que creaban androides y armaduras, canalizando créditos a las arcas de Cestus, ese poder se mantendría otras tantas generaciones.

La pompa de la realeza proporcionaba algo que no proporcionaba el momento actual: una impresionante colección de arte, las fragancias más sutiles y ornamentos que habrían dejado corto a cualquier salón de la República. Si Cestus no podía acudir a la civilización, la civilización había acudido a Cestus.

Pero, de momento, las conversaciones que se desarrollaban en la sala del trono distaban mucho de ser civilizadas. Era una discusión de horas cuyas palabras sólo eran corteses en la superficie, sin conseguir ocultar la fiereza del trasfondo.

—Todo acontecimiento puede tener múltiples significados, y las mismas consecuencias —dijo Llitishi, cuya familia procedía de la hija de un minero y el hijo de un asesino.

—Soy consciente de ello —dijo Duris.

Quill, el único x'ting que había aparte de ella, se levantó.

—La colmena está descontenta por el hecho de que el Senado de la República haya declarado que los planetas no tienen derecho a la secesión.

Los Líderes de las Cinco Familias se sentaban en semicírculo alrededor del trono de Duris. En teoría, los poderes que ostentaban no eran superiores al suyo. Pero, por supuesto, en la práctica, Duris estaba bajo su control.

—No son tontos —dijo Duris—. Si Palpatine interfiere en nuestro derecho al libre comercio, habrá más planetas que se independicen.

Quill intervino.

—Si la República ofrece violencia como medio para convencernos, la situación empeorará para ella.

Duris suspiró y se quedó callada mientras su estimado huésped tomaba la palabra. Ya había pasado una semana, y Obi-Wan presentaba su caso a un grupo más de representantes y abogados de las Cinco Familias, mientras ella empezaba a perder la esperanza de que algún día pudiera alcanzarse un verdadero consenso.

—Me presento ante ustedes con un ofrecimiento justo —dijo Obi-Wan—. Podemos levantar el bloqueo de cristales de gabonna y adelantar fondos para adquirir dos mil unidades de los androides JL y MJ.

G'Mai se detuvo un momento. Aquella oferta era nueva. Obviamente, ella estaba al tanto de que él había estado en comunicación con el Templo. De hecho, algunos de

esos mensajes habían sido interceptados y descodificados.

El x'ting también pareció quedarse perplejo.

—Quizás es... —dijo, y luego enfatizó—: quizás eso bastase para asegurar nuestra posición en el mercado.

Debbikin asintió.

—Yo estoy dispuesto a creer que este Jedi dice la verdad.

Obi-Wan realizó una inclinación.

—Y yo me doy cuenta y lo aprecio.

El sobrino de Lady Por'Ten alzó una esquelética mano, como previniendo a los otros para que no aceptaran una solución tan temprana.

—Incluso esta oferta es arriesgada. El coste de la guerra aumenta. Los impuestos se elevan. El Gobierno central ofrece pagar en bonos de crédito que se harán efectivos más adelante. Esos bonos pueden cambiarse por bienes, pero normalmente a un valor menor que el inicial...

Obi-Wan había medido su voz y sus maneras, pero aquella discusión empezaba a resultarle horrible, aburrida y exasperante. Quedaba poco tiempo, y él tenía un número limitado de ases en la manga, un límite de negociación impuesto por el Canciller Supremo.

Y si se quedaba sin espacio para maniobrar... Se estremeció al pensar en el coste. Coracal, que quizá se dio cuenta de lo que le pasaba, se agachó y le susurró:

—Nos estamos quedando sin tiempo. Esto es cada vez más problemático. Si la República gana, los planetas rebeldes se enfrentarán a un fuerte castigo por haber intentado independizarse. Pero si la República pierde, los planetas que la componen sufrirán el cargo tributario.

Obi-Wan sintió un escalofrío detrás de la oreja izquierda. Su nivel de estrés estaba alcanzando un nivel inaceptable.

—Mi cefalópodo amigo, me das dolor de cabeza. Tú y la idea de que Duris pueda estar en lo cierto.

—¿En qué aspecto? —preguntó Coracal.

Los ejecutivos de las Cinco Familias estaban tan ocupados discutiendo entre sí que, por el momento, nadie parecía fijarse en ellos.

—Quizá todo esto sólo sea una distracción —dijo—. Me temo que esta falta de claridad seguirá atormentándome.

Duris alzó las manos primarias y secundarias, solicitando silencio.

—Tenemos la obligación de llevar a cabo estas negociaciones de buena fe. Creo que mis honorables socios tienen una genuina preocupación por el bienestar económico de Cestus Cibernética, como debe ser. Yo represento al planeta de Cestus, con todos sus ciudadanos, y a la colmena y sus intereses. Cestus Cibernética podría considerar la posibilidad de trasladarse a otro planeta, pero éste es el único hogar que

conocemos. Dejemos las peleas para otro momento. Nuestra supervivencia está en juego.

Hubo un silencio de asombro, y la discusión volvió a comenzar, esta vez en un tono menos conflictivo.

Una vez quedaron atrás las horas de negociación, el Jedi y el abogado se retiraron a sus aposentos. Los demás miembros de las Cinco Familias recogieron sus docuarchivos y se marcharon, pero Quill se aproximó a Duris.

—Es la última vez que me bloqueas —dijo él, rechinando los dientes—. Llevo toda la vida preparando un acuerdo como éste y no toleraré que interfieras en él. Preséntate al Consejo esta noche. Puedes acabar con tu vida o lanzarte a la arena. Ésas son tus únicas opciones.

Él se acercó más a ella.

—Personalmente, espero que elijas el duelo. Estaría bien matarte, como maté a tu compañero. Murió suplicando. Me encantaría oírte esas mismas palabras, oler tu rendición.

Quill se detuvo.

—Y luego, claro, te mataría.

La gente de Trillot llegó en plena noche para entregar a Obi-Wan los documentos que había solicitado. Entre éstos y los archivos oficiales, Coracal tenía acceso a información suficiente como para mantener ocupado durante años a un equipo de investigación.

Pero no tenían años.

Coracal absorbió, escaneó, anotó, solicitó resúmenes y trabajó hasta bien entrada la noche. Por lo que Obi-Wan había observado, el vippit no había dormido desde que llegaron. Pero, al no conocer bien la fisiología vippit, no estaba seguro de que aquello fuera anormal. Aun así, su preocupación no dejó de aumentar hasta el momento en que un exhausto Coracal le informó de que se iba a acostar.

Coracal se arrastró hasta su dormitorio y no se le volvió a ver hasta pasadas diez horas, momento en que apareció en la puerta con una enorme sonrisa.

— ¿Doolb? —preguntó Obi-Wan.

Coracal estaba radiante.

— ¡Obi-Wan! ¡Obi-Wan! Las dos mitades de mi cerebro han hablado mientras dormía. ¡Lo encontré!

— ¿El qué? —preguntó él.

—Mira esto —dijo el nervioso vippit—. En este documento, los ejecutivos de Cestus Cibernética se jactan del hecho de que la tierra fue comprada con sintopiedras. De hecho, se mofan de los ignorantes aborígenes.

Una desvergüenza. Algo ofensivo, se mirase como se mirase.

— ¿Y?

—Técnicamente, las sintopiedras son dinero falso —los ojos de Coracal relucían—. Presta atención, Obi-Wan. Cestus Cibernética era una subsidiaria de la prisión. La prisión fue construida y funcionaba con un contrato de la República.

—Sí. ¿Y? —todavía no conseguía entender adonde llevaba todo aquello.

—Obi-Wan —dijo Coracal, exasperado—. Cestus Cibernética era en aquel momento representante de la República y estaba sujeta a los mismos estándares que cualquier embajador. Una compra realizada con dinero falso no es una compra como tal. Eso anula la venta original. ¡La tierra en la que se encuentran todas las fábricas de Cestus sigue perteneciendo a la colmena!

A Obi-Wan empezó a darle vueltas la cabeza. Si esa información salía a la luz, las Cinco Familias estarían acabadas. Coruscant tomaría el control de la situación, y la única beneficiada sería la colmena. Genial para los x'ting, pero, si la economía se hundía, la escasez de agua y alimentos acabaría con la vida de millones de seres. Era un espantoso recurso de última hora, apenas mejor que un bombardeo. Pero, desde

luego, era mejor...

Alguien llamó a la puerta. El taxista Chipple estaba en la entrada y le dio un datadisco con las manos secundarias.

—Mi cliente dice que lo vea.

Obi-Wan insertó el disco en el astromecánico y esperó un momento a que se generara el campo de imagen.

G'Mai Duris apareció ante ellos, en el aire.

—Las cosas se han agravado —dijo ella—. Mi puesto al mando del Consejo de la Colmena corre peligro. No puedo confiar en nadie más. Le pido que venga a mi residencia, donde podremos hablar de forma más segura. Es cuestión de vida o muerte.

Duris tenía un apartamento en el distrito de lujo de ChikatLik. Un sirviente hizo pasar a Obi-Wan a la lujosa morada.

El interior del apartamento era una mezcla entre tecnología y la tradicional arquitectura x'ting de durocemento masticado.

Obi-Wan siguió a Duris hasta la cocina. Allí, diversas bombillas iluminaban un bello jardincito de setas y hongos. Se quedó atónito. Aquello requería un nivel de maestro, toda una vida aprendiendo a crear un bosque de hongos en miniatura.

—Hermoso —dijo él.

—Es nuestra medicina y nuestra cocina —dijo Duris—. Cada familia tiene su bosque de setas, un equilibrio entre distintas especies que ha pasado de generación a generación durante miles de años.

G'Mai Duris cogió un poquito de aquí, un pellizco de allá, y ante la atenta mirada de Obi-Wan dio el toque final a una comida que parecía creada a partir de cien platos distintos de hongos de distintas texturas. Su bosque privado le ofrecía condimento y guarnición. Sacó de un armario especial unos trozos más grandes y carnosos de un hongo de mayor tamaño. El olor era tan delicioso que casi resultaba intoxicante.

—Me veo obligada a enfrentarme a Quill esta noche. He oído hablar de los jedi..., dicen que son los mejores luchadores de la galaxia. ¿Puedes enseñarme?

Obi-Wan inclinó la cabeza.

—Lo siento. No hay tiempo —le indicó él.

Ella siguió con los preparativos, pero le temblaban las manos primarias y secundarias.

— ¿Existe la posibilidad de que pueda usar un sustituto? —preguntó él—. ¿Alguien que lo haga en su lugar?

—No es costumbre —repuso ella con tristeza—. Tenía la esperanza de que este día no llegara nunca. Sabía que era una esperanza vana, pero tenía que intentarlo. ¿Le

importaría quedarse, por favor, y cenar conmigo? ¿Por favor?

Temblaba de tal forma que no pudo negarse.

Ella le sirvió lo que llamó su "última cena". Un último acto ritual. Sus movimientos eran perfectos, como cuando realizaba un movimiento o articulaba una palabra en un acto oficial. Sus gestos eran precisos, elegantes, controlados.

Él le preguntó cosas de la colmena, de los rituales.

Ella no dejaba de mirar el cronómetro, sabiendo que su hora se acercaba.

—No puedo enfrentarme a Quill en la arena. No puedo acabar masacrada en público. Tengo miedo de lo que podría llegar a hacer. Quizá le suplique, deshonrando así a mi linaje. Prefiero morir esta noche. En mi bosque de hongos hay plantas con las que puedo acabar con mi vida —ella sonrió tristemente—. Nosotros tenemos un dicho: "La muerte es la oscuridad. Los niños están a salvo." Significa que hay que tener valor.

Así estaban las cosas. Él se sintió abrumado por el hecho de que la conversación hubiera adoptado un tono tan mortalmente casual.

Se le ocurrió algo.

— ¿Qué ocurriría si ambos muriesen? —preguntó.

—Que el Consejo sería libre de tomar sus propias decisiones. Sin Quill, creo que serían más razonables.

—Entonces yo tengo la solución para usted —dijo Obi-Wan—. La solución está en su "última cena".

— ¿Qué?

—Escúcheme —dijo él, acercándose—. Tengo la solución, si usted tiene el valor necesario.

Ambos tomaron un turboascensor hasta las profundidades de la ciudad, bajo los distritos donde los colonos vivían, trabajaban y se creían los dueños de un mundo cautivo. Y siguieron bajando hacia los distritos más antiguos. Allí, en algo semejante a una comunidad, seguían viviendo unos miles de x'ting .

Las cuevas se habían formado por infiltración de agua, no por actividad volcánica. Las paredes tenían la textura del durocemento masticado típico de la colmena. Allí abajo seguían haciéndose las cosas al estilo tradicional.

A la mesa del Consejo de la Colmena se sentaban doce ancianos x'ting, uno por cada colmena del planeta. Qué poderosos y majestuosos debieron de ser en su momento. Ahora, con las colmenas rotas y diseminadas, se aferraban a las glorias pasadas. A pesar de las humillaciones diarias que sufrían, los doce se presentaron con dignidad ante la regente y su acompañante forastero.

Quill se quitó la túnica y reveló su poderoso tórax.

—Así que has decidido no quitarte la vida —sonrió, burlón—. Bien. Quiero que todo el Consejo perciba la peste que emanás al morir.



Duris temblaba tanto que apenas pudo quitarse la túnica, y estuvo a punto de dejarla caer cuando se la alcanzó a Obi-Wan.

—Valor —le dijo él en voz baja—. Los niños estarán bien.

—Yo no tengo niños —susurró ella. Era casi un lamento.

—Todas las almas de este planeta se hallan ahora en tus manos —dijo él—. Todos ellos son tus hijos.

G'Mai Duris asintió.

El terreno de combate era un círculo de arena batida de veinte metros de diámetro. Quill empezó a actuar como Duris pensaba que lo haría, paseándose y jactándose, irradiando desprecio. Hizo un par de fintas con el agujón, ante las que Duris respondió sin esquivar o saltar, sino cerrando los ojos y entrelazando los dedos de sus manos primarias y secundarias.

"La respuesta está en su última cena", le había dicho Obi-Wan. La colación ritual pensada para eliminar todo rastro de sentimientos. Sólo un maestro, preparado para servir la última cena desde el nacimiento, podría haberse comportado como lo hizo ella en su apartamento. G'Mai Duris mantenía una calma total, pese a enfrentarse al final de su vida.

"Esto es lo que tiene que hacer", le había dicho Obi-Wan. "Cierre los ojos. Piense que está preparando su última cena y mantenga la calma. Cuando le pique, en el momento en que sienta su agujón, píquele usted. No intente sobrevivir. Actúe como alguien que ya ha muerto."

Quill se acercó a ella, y ella se limitó a esperar.

Él iba de un lado a otro, intentando asustarla. Nada de lo que hizo funcionó.

"Hay un secreto en el arte de la guerra", le había dicho Obi-Wan. "Un secreto que no tiene nada que ver con el entrenamiento ni con movimientos vistosos. Es el deseo de intercambiar tu vida por la de tu enemigo. No luchar nunca por algo por lo que no se querría morir. Los que luchan por la gloria, la riqueza o el poder, se mueven sobre arenas movedizas y no sobre la roca del verdadero valor. Luche por su pueblo. Luche por su compañero. Para usted, morir significará la victoria. El terreno de combate no será un simple círculo de arena. Sino su corazón."

Quill saltó, se pavoneó y meneó su agujón. Siseó y describió un círculo tras otro, haciendo muecas. Mientras tanto, G'Mai Duris permanecía inmóvil.

Esperando a compartir la muerte con él.

Por último, Quill se detuvo, estupefacto. Su máscara de confianza se resquebrajaba por primera vez. Y bajo ella sólo había miedo.

G'Mai Duris se quedó ahí, con los ojos cerrados. Esperando.

La boca de Quill tembló, y bajó la mirada al suelo.

—Me..., me rindo —dijo, emanando odio.

El más anciano del Consejo se levantó y tomó la palabra.

—G'Mai Duris es la ganadora. Caiza Quill debe ceder su puesto.

G'Mai Duris se alzó en toda su estatura, entrelazando los dedos de sus manos primarias y secundarias en un gesto formal.

—Compañeros y ancianos —dijo—. Mi estimado amigo el Maestro Kenobi me ha contado algo impresionante. Durante siglos hemos sabido que a nuestros antepasados les engañaron para arrebatarles sus tierras, unas tierras que se compraron con baratijas que se consideraron moneda legal. Hemos pasado años sin obtener una compensación por ello, aparte de las migajas que le sobraban a Cestus Cibernética. Pero eso va a cambiar —sus ojos relucían—. El Maestro Kenobi ha traído consigo un abogado de Coruscant, un vippit que conoce bien sus leyes. Y, según la autoridad central, si decidimos sacar adelante este caso, podremos destruir a Cestus Cibernética. Si las tierras en las que se encuentran sus fábricas nos pertenecen, podremos cobrarles lo que queramos por el uso de la tierra, y quizás incluso quedarnos con sus instalaciones.

— ¿Qué? —dijo el más anciano del Consejo con los ojos abiertos de par en par—. ¿Es eso cierto?

Quill tartamudeó de rabia al hablar.

— ¡Lo único que conseguirás con eso es la destrucción del planeta! ¡Destruye a Cestus Cibernética y destruirás nuestra economía!

Los ancianos miraron a Quill con desprecio.

—La colmena ya existía antes de que llegara Cestus Cibernética. No es la colmena la que sufrirá si la compañía cambia de dueños... o incluso si desaparece. Los que sufrirán serán los que se vendieron a los colonos por una promesa de poder.

—Pero, señores míos —dijo Duris—. Yo tengo obligaciones para con los colonos, con la gente que vino a Cestus con su talento y su corazón, y que lo único que quería era construir aquí una vida. No podemos utilizar esto para destruir. Tenemos que emplearlo para construir y para curar.

Los ancianos asintieron, encantados con su misericordia.

Quill tembló.

— ¡No has ganado nada, Duris! Anularé lo que hagas, lo juro. Da igual lo que creas tener, lo que creas saber... Esto no se acaba aquí —y salió de allí hecho una furia, humillado y rabioso.

— ¿Puede hacerlo? —preguntó Obi-Wan.

—Quizá. Cualquier miembro de las Cinco Familias puede vetar un acuerdo específico. Si él considera que le interesa, o que quiere hacerlo simplemente por odio, lo intentará —un pensamiento alarmante le pasó por la cabeza—. Quizás intente evitar que usted comunique esta información a Palpatine. Quizá debería notificárselo de inmediato.

Obi-Wan negó con la cabeza, reacio.

—El Canciller utilizaría eso para cerrar legalmente Cestus Cibernética. Y nadie ganaría nada con eso. Creo que lo mejor será reservarnos ese dato hasta el final, como último recurso de emergencia.

Consideró aquello desde todos los ángulos posibles y no vio fallos en su argumentación.

Bueno. Parecía que nada sería fácil en esa misión.

—Pero todo esto sólo es economía y política para las Cinco Familias. Mientras eso siga así, tomarán decisiones basándose en sus libros de contabilidad. Ya es hora de que eso cambie, es hora de que convirtamos sus dilemas en algo más... personal.

Mucho más tarde, esa misma noche, Obi-Wan mantuvo una conversación secreta con Kit Fisto.

—Las cosas aguantan en un equilibrio precario —le dijo—. Quiero conocer tu opinión.

—Obi-Wan —dijo Kit—. Sé que odias tener que engañar a alguien, pero estos seres no tienen ni idea de lo peligroso que puede ser el Conde Dooku. Si un poco de... teatro puede salvar vidas, entonces adelante.

Obi-Wan suspiró. Era cierto, pero deseaba no tener la impresión de que Kit estaba impaciente porque diese comienzo el siguiente paso.

—Muy bien —dijo al fin—. Seguiremos adelante. Tendrás todos los detalles del magcar en un momento. Pero hay algo más importante: ¿has estado practicando?

—Por supuesto —respondió Kit—. Prepárate para ver una actuación de las que sólo se ven una vez en la vida.

Los hilillos de humo del fantazi avanzaban por el laberinto de catacumbas de Trillot como los tentáculos de un kraken de fuego. Había androides pequeños desplazándose de un lado a otro, sirviendo a todos. Desde que Remlout, guardaespaldas de Trillot, había quedado lesionado, un nervioso grupo de subordinados sugirió que quizá la señora prefería tener bajo su control directo el suministro de ungüentos y sustancias tóxicas.

Pero en ese momento, Trillot sentía que lo tenía todo menos el control. Luchaba por mantener la neutralidad en su voz y en su lenguaje corporal mientras hablaba con Ventress, que estaba parada ante ella, inmóvil como si la hubieran plantado allí, mirando al vacío sin apenas percibir la existencia de Trillot. Trillot no tenía ni idea de por qué extraños reinos andaría perdida su mente.

— ¿Le digo a Kenobi la verdad? —preguntó Trillot de nuevo, enredando nerviosa los dedos de las manos primarias y secundarias.

— Sólo si quieres seguir respirando —respondió Ventress—. El sabrá que le mientes o te creerá una incompetente. En ambos casos, dejarás de ser útil.

Los fríos ojos azules de Ventress se abrieron como un abismo entre dos mundos.

Las glándulas que Trillot tenía bajo los brazos empezaron a rezumar feromonas de miedo, y deseó que Ventress no percibiera su angustia. Asintió nerviosa con la cabeza.

— Sí. Sí, por supuesto. Disculpe...

— Dime.

La x'ting se aclaró la garganta.

— Si me permite el atrevimiento, tengo una pregunta que hacerle: ¿qué tiene de importante este Jedi? Creo que hay cosas más...

Otra mirada de desdén.

En ese momento, uno de sus guardaespaldas asomó la cabeza por la puerta.

— ¡Aquí llega!

Trillot se giró sólo un instante, apenas movió la cabeza, pero cuando volvió a mirar, Ventress ya se había marchado.

Obi-Wan entró en la guarida, respirando lo menos posible para limitar los efectos del nocivo ambiente. Pero... había algo en el aire que le hacía desear respirar más profundamente. No se atrevió, sabiendo que su metabolismo tenía un límite en su capacidad de procesamiento.

— Ese olor —dijo.

— ¿Olor? —pregunto Trillot.

— Sí. Es esencia de bantha y... algo más. Algunas hembras de las Cinco Familias

lo emplean como perfume o...

De pronto sintió que las piezas empezaban a encajar en su cabeza. Había muchas probabilidades de que algunas damas de la clase alta visitaran el antro de Trillot. No era de extrañar. Pero dudaba estar reaccionando ante una interacción tan casual, por corrupta que fuese. Entonces, ¿qué era?

Allí pasaba algo. Por alguna razón, se había sentido desconcertado desde que llegaron a Cestus. En la ciudad, en el baile, en los salones, allí, en la guarida de Trillot, en la cantina...

¿Había un hilo conductor en todo ello o es que sólo estaba cansado? Trillot torció la boca.

—Bueno, me has pillado —esbozó una sonrisa vil y conspiradora—. Tengo unos cuantos, esto..., amigos entre las clases altas. Espero que sepas guardarme el secreto.

Obi-Wan se guardó sus pensamientos. Las perversiones de las altas esferas de Cestus no le incumbían. Pero, aun así...

—Por supuesto. Sí, seguro que es eso. Quizá sea un olor que capté en el baile. Bien —soltó aire y se centró—. Esto es lo que quiero de ti. Información. — ¿Sobre qué?

—Sobre el sistema subterráneo de transportes. Supongo que podrás proporcionármela. —Por supuesto.

Un rayo de luz manó de la silla de Trillot. Pasó un par de veces las manos por él, y un entramado de nodos y líneas en movimiento se materializó en el aire. Obi-Wan se puso en el medio y se concentró. En ese momento, por primera vez en días, se sintió totalmente inmerso en su plan. Quizá, después de todo, esa desorientación sólo era cuestión de nervios.

—Aquí... —señaló—. Y aquí...

Horas después, el androide astromecánico de Obi-Wan empleaba un canal de comunicaciones codificado para enviar el mapa al campo de entrenamiento, donde fue estudiado por los comandos y por un pensativo Kit Fisto.

—...hasta aquí —terminó Nate.

La hoguera del campamento crujía tras ellos. El entrenamiento había ido bien. Tenían los soldados que necesitaban, adiestrados para obedecer órdenes incluso bajo una presión considerable. Había que decir que los hombres y mujeres de Cestus se habían adaptado a la disciplina militar con velocidad y eficacia admirables.

—Entonces, eso es todo dijo el general con el mapa, la hoguera y las estrellas del firmamento reflejados en sus ojos sin párpados.

Nate le miraba esperando una palabra, un gesto. No comprendía al general Fisto, y sabía que probablemente nunca llegara a hacerlo, pero esperaba que el misterioso Jedi estuviera satisfecho de su progreso. Por alguna razón, deseaba la aprobación del nautolano.

Kit Fisto asintió.

—Buen trabajo —dijo, y regresó a la nave. Los soldados asintieron, riendo y compartiendo chistes y camaradería, un ritmo en el que Nate supo mezclarse de inmediato, olvidando la ligera intranquilidad que había visto en los ojos del general. Sólo eran los nervios. Había mucho en juego. Los recursos eran muy limitados. Las opciones muy pocas.

Y no había lugar para el fracaso.

*Los planetas morían, gritando su dolor al vacío que no dejaba huella. Las estrellas explotaban en halos de fuego y las nebulosas implotaban convirtiéndose en agujeros negros. Las naves se llenaban de hombres rotos, dejando entrar al vacío despiadado.*

Tumbada boca arriba, con los ojos cerrados y el cuerpo inmóvil, Ventress soñaba mientras su alma caminaba por un universo de ira infinita.

Soñó con Ohma-D'un, la luna de Naboo en la que conoció a Obi-Wan Kenobi. La operación se había convertido en una matanza. Ella subestimó profundamente el valor y la inteligencia Jedi. Ventress seguía el camino verdadero que habían abandonado los Jedi. El Maestro Dooku se lo había dicho, se lo había enseñado. La galaxia necesitaba un orden, y los decadentes Jedi habían olvidado que su principal obligación era para con la misma Fuerza, y no para con un régimen corrupto y egoísta. Ella no había cometido ese error. Ni lo cometería nunca.

Asajj Ventress se despertó sin más preámbulos y se sentó. Había soñado lo de siempre, nada fuera de lo normal. De hecho, sólo era su mente intentando solucionar un problema de vectores y recursos. Ella había entregado su lealtad, y cuando las mujeres como Ventress daban su palabra no dejaban sitio a otras opciones. Ella se definía en términos de sus obligaciones contractuales. Carecía de identidades más profundas que le provocaran disonancias emocionales. Se limitaba a hacer lo que debía hacerse.

De alguna manera, el Maestro Kenobi era clave en el problema. Pero de momento ella no tenía ni idea de lo que hacer...

Al otro lado de la puerta, Trillot se alejaba con un fuerte dolor de cabeza. Había ofrecido a la terrorífica Ventress una habitación en sus catacumbas, y la criatura la había aceptado. La x'ting había intentado espiar a la misteriosa mensajera del Conde Dooku, pero sus esfuerzos habían tenido un desagradable resultado. Trillot se sintió... infectada cuando su visitante comenzó a soñar. Cerró los ojos y vio imágenes de muerte y destrucción a una escala horrible.

El miedo crecía en su interior como una criatura royéndole las entrañas. ¿Acaso no había hecho todo lo posible por contentar a Ventress? ¿No le había dado toda la información? ¿No le había proporcionado alojamiento? ¿No había colocado dispositivos de seguimiento en Quill y Lady Por'Ten? Había hecho todo eso y más...

¿Por qué, entonces, seguía teniendo tanto miedo?

La tormentosa nube negra y roja que tenía detrás de los ojos latía implacable mientras Trillot se alejaba de allí. Esa noche, cuando se metió en su dormitorio y buscó desesperadamente el alivio del sueño, ese dolor de cabeza creció hasta convertirse en una mascarada de pesadillas cuya intensidad se multiplicó hasta la

llegada del amanecer, momento en que se levantó para enfrentarse a un nuevo día.



El sol de Cestus se elevaba en el horizonte oriental, alargando las sombras de las montañas hasta que parecieron una boca llena de dientes rotos. Allá donde no llegaban las sombras, la cegadora luz azotaba el suelo con una intensidad y claridad que encogía a las plantas para que no volvieran a salir hasta el siguiente atardecer.

Nate se levantó y vistió antes del amanecer, como de costumbre. Realizó una serie de maniobras CAR, flexiones, estiramientos y volteretas, descubriendo que no tenía lesiones ni heridas que impidieran la fluidez de sus movimientos. La energía le sentaba bien. Se sentía fuerte, valiente, peligroso y letal. Lo suficientemente preparado.

Encontró al general Fisto en la cueva principal, sentado de rodillas frente al mapa luminoso. Nate había visto al nautolano sentarse así durante horas, y puso una mueca de dolor, sabiendo que sus piernas se habrían entumecido al cabo de pocos minutos en esa postura.

— ¿Está listo, señor?

El general se levantó. En la mano tenía un mango con una especie de cordón flexible.

—Es la hora —dijo el Jedi.

No había más que hablar.

La pauta había quedado establecida desde el principio: los representantes de las Cinco Familias viajaban al palacio central para la ronda diaria de negociaciones, conversaciones y discusiones. Algunos iban en su aerocoche o aerovagón privado. Casi un tercio de ellos viajaba en un transbordador privado y seguro del sistema macear, que empleaba la red subterránea que discurría bajo ChikatLik. Era el medio de transporte más seguro de la ciudad y nunca había sido interrumpido, ni siquiera durante las revueltas que dieron origen a la creación de Viento del Desierto.

Aquel día, el señor y la señora Por'Ten, Debbikin *El joven* y Quill cogieron el macear subterráneo, y aprovecharon la oportunidad para hablar mientras avanzaban por las profundidades.

— ¿Tú crees que el Jedi ha llegado al límite de sus concesiones?

Debbikin *El joven* ladeó la cabeza, imitando la postura pensativa que solía emplear su padre.

—Es difícil decirlo. El espía de mi padre en Coruscant dice que los ánimos allí no son favorables a la negociación. Palpatine es voluntad pura. Estaría dispuesto a declarar la guerra a un planeta desleal —se acercó al resto, como si temiera que alguien escuchara la conversación, aunque el vehículo debía de ser uno de los lugares más seguros de todo el planeta—. Pero yo creo que esta situación, que atrae todas las miradas hacia Cestus, nos proporciona varias ventajas interesantes. En primer lugar, en la negociación directa podemos alegar sin problemas que tenemos derecho legal a fabricar androides. También podemos alegar que la guerra ha interrumpido nuestras líneas de suministro, amenazando nuestra supervivencia. Por tanto, no estamos luchando por nuestra supervivencia económica, sino por el derecho a alimentar a nuestra gente.

La triple barbilla de Por'Ten se estremeció como si supiera lo que es no poder hacer una comida.

—Los niños hambrientos —dijo tristemente.

—Verán... —continuó Debbikin *El joven*—, eso significa que el Canciller tendrá motivos para ser generoso, pero sólo si tenemos el valor de llegar hasta el final con esto.

Los líderes de las Cinco Familias asintieron y sonrieron, de acuerdo con el peso de la lógica.

— ¿Pero has dicho que había otra motivación...?

—Sí, así es —Debbikin *El joven* bajó la voz—. La guerra no durará siempre. Cuando acabe, si la República gana, estaremos en una posición excelente. El valor de nuestras empresas habrá aumentado enormemente.

—Sí —dijo Quill. Había hablado poco desde que iniciaran el viaje, y se asemejaba a una densa nube de tormenta con el rayo asomando en sus ojos—. Ocurra lo que ocurra, nosotros ganamos.

—Incluso en caso de marcharnos de Cestus, seguiríamos controlando las acciones de Cestus Cibernética, lo cual bastaría para ejercer un veto, al tiempo que nos establecemos en el planeta que más nos guste. Las Cinco Familias pasarán a tener una preeminencia galáctica.

—Sí —dijo Quill—. Y existe otra posibilidad, ¿no lo ven? Tanto si tratamos con Palpatine como con el Conde Dooku, necesitamos un mayor control en el futuro. Hay que eliminar a Duris.

Todos le miraron con frialdad.

—Se suponía que tú ibas a encargarte de ese problema —dijo Debbikin—. Se te admitió en las Familias con esa promesa. De hecho, he oído que te han expulsado del Consejo de la Colmena. ¿De qué nos sirves ahora?

—Yo me encargaré de todo —dijo Quill entre dientes—. Tenemos acuerdos que no os atreveríais a romper. Yo controlo las minas, Debbikin. El Consejo de la Colmena podrá quitarme mi puesto, pero yo no soy tan fácil de reemplazar —su mirada podría haber derretido el duracero—. Derrocaré a Duris y encontraré una... marioneta más manejable para el trono, creedme.

*Tump.*

Su expresión confiada se trocó de pronto en confusión.

— ¿Qué ha sido eso?

Sintieron el sonido casi antes de oírlo, un impacto sordo en el techo del macear, una vibración al dar una curva.

Veían pasar las paredes del túnel por la ventanilla como algo borroso, pero era lo mismo que veían desde hacía años, los mismos estratos de roca que había entre sus residencias privadas y el palacio real. Pero ahora, aunque seguían viéndose borrosas, había una sutil diferencia, lo justo para incomodarles. Y habían cambiado de dirección.

— ¿Qué significa esto? —el señor Por'Ten alzó la voz—. ¿Conductor?

El androide que llevaba el vehículo se giró hacia él con su inexpresivo rostro metálico.

—Lo lamento, pero mis controles están en poder de una fuente desconocida.

Los representantes se miraron entre sí con el desconcierto dibujado en sus caras.

— ¿Ha contactado con las fuerzas de seguridad?

—Lo lamento —dijo el androide con la misma paciencia antinatural propia de los seres inertes—. He de informarle de que todo el vehículo está rodeado por una especie de campo interferidor.

— ¡Pues yo no pienso dejar...! dijo la señora Por'Ten, y saco su intercomunicador

personal. Tras manipularlo un instante, alzó la mirada. Su fino rostro se había quedado sin color, y su altanería había desaparecido—. Tiene razón.

— ¿Adonde nos llevan? —preguntó Debbikin.

El androide hizo una pausa antes de contestar.

—Hemos cogido uno de los sistemas obsoletos de túneles, y ahora mismo vamos hacia una vía minera. Calculo que nuestro destino más probable, en función de la información disponible sobre otras situaciones de secuestro/asesinato...

— ¿Asesinato? —gritó ella.

Ignorando su angustia, el androide prosiguió:

—Siento tener que informarles de que hay aproximadamente un trece por ciento de probabilidades de que el objetivo de esta acción sea la muerte de todas las personas que ahora se encuentran en el vehículo.

Los ejecutivos de las Cinco Familias se miraron con labios temblorosos.

El coche avanzó un poco más y describió un brusco giro a la derecha. Se detuvo y luego sintieron cómo se hundía, lenta e inexorablemente.

—Como ya les dije, nos encontramos en una vía minera. No es buena cosa porque este camino no forma parte del sistema central y, por tanto, quizá no aparezca en los mapas. Si se ha deshabilitado el localizador, cosa probable, calculo que nuestras probabilidades de ser rescatados son de una entre doce.

— ¿Una entre... doce?

—Sí. A menos que prefiera la probabilidad de que nos rescaten o se nos encuentre a todos con vida, en cuyo caso la probabilidad se acerca más a una entre seiscientos cincuenta, según las estadísticas de secuestro y homicidio...

— ¡Cállate! —gritó el señor Por"Ten, y se levantó.

El vehículo por fin se había detenido. Empezaron a oírse pasos en el techo, y sus ojos los siguieron. Se dirigieron a la parte de atrás y se detuvieron.

Se miraron entre sí. Cuando Quill abrió la boca para hablar, una figura a la que le sobresalían gruesos tentáculos de la cabeza se abrió paso por la partición de plastina del techo. Las astillas cayeron por todas partes mientras el hombre aterrizaba silenciosamente, en marcado contraste con las fuertes pisadas que se oyeron en el techo. ¡Un nautolano! ¿Pero qué quería?

Tenía los ojos enormes y negros, al parecer carentes de iris, pero con una película protectora que cambiaba de opacidad a cada momento, según el ángulo de la luz. No tenía nada en las manos, pero llevaba un mango metido en el cinturón, y Debbikin supo enseguida que aquello suponía algún tipo de amenaza.

— ¿Quién eres? —tartamudeó Quill.

—Mi nombre es Nemonus. Saludos del Conde Dooku —dijo el nautolano.

— ¿Y q... qué quieres?

—Queréis comerciar con una ganga —dijo el intruso.

— ¿Qué? ¿De qué hablas?

El intruso se giró, tan despacio que parecía una máquina en marcha lenta, un contraste perturbador con la velocidad con la que había entrado por el techo.

—Tenéis que saber que no podréis ocultaros en ningún sitio. Se firmó un acuerdo. Los que quieran renegociar el precio podrían encontrar que también han cambiado otras cosas.

Aunque normalmente era un hombre de lo más imperativo, Por'Ten se vino abajo ante la líquida mirada del intruso.

— ¿De..., de qué está hablando?

El intruso se acercó más a él y apretó los labios. Al hablar, los tentáculos de su cabeza se curvaban lentamente, de forma insinuante, moviéndose como si tuvieran energía propia. Él susurró; aunque, de alguna extraña manera, el susurro era más estruendoso que un grito.

—Mi Maestro prometió manteneros al margen de la guerra. Que no os veríais implicados. Eso puede cambiar, amigos míos. Todo eso podría cambiar.

Debbikin *El joven* miró a los demás, al borde del pánico.

— ¡No! Nosotros hemos mantenido nuestros juramentos. Todos.

El intruso se rió.

—Entonces, ¿por qué habéis subido los precios, amenazando con retener la mercancía si no había más créditos por adelantado?

Hubo un momento de alivio en el que todos se miraron entre sí. ¡Por un momento habían temido que estuviera al tanto de las negociaciones con el Jedi Kenobi! No, aquello era algo totalmente distinto, era porque Cestus Cibernética exigía un diez por ciento más. Llitishi, de ventas y *marketing*, había jurado que el Conde Dooku accedería si se mantenían firmes.

— ¡Es por la guerra, por la guerra! —Debbikin se acercó, intentando establecer una relación más cordial—. Las líneas de suministro están cortadas...

El intruso no se inmutó.

—Pero hemos arreglado otras cosas para vosotros.

—Sí, pero ya no hay tiempo y tenemos que comprar productos adicionales para que todo el equipo encaje. Estamos en ello, pero todo tardará un poco más, y, por tanto, será más costoso...

El intruso alzó la mano. Aunque no les había tocado un pelo, la fuerza de su personalidad bastaba para que se encogieran en sus asientos.

—No se puede confiar en vosotros.

Quill empleaba las manos secundarias para coger un pequeño láser que siempre llevaba en la cartera. Kilos sabían que descendía de un clan de asesinos, y que esas habilidades habían pasado de generación en generación durante medio milenio. Si el secuestrador cometía un solo error, el láser estaría desenfundado, el nautolano muerto

y podrían recuperar el control del vehículo. Y, de paso, Quill se vería redimido.

— ¿Cómo puedes decir eso? Nuestros acuerdos con vosotros han puesto en peligro la relación de Cestus con la República. No vamos a traicionarnos. ¡No nos quedaría nadie si lo hiciéramos!

El intruso daba la espalda a Quill. Ya casi tenía el láser en la mano...

La tensión chasqueaba en el aire. Debbikin tenía los ojos fijos en el intruso, luchando por no revelar con su mirada o con un temblor en la voz que a sus espaldas ocurría algo.

El intruso pareció cambiar de expresión por primera vez. La película protectora de sus ojos se enturbió.

—Vuestras Familias deben aprender una lección. Y la mejor manera que se me ocurre de aprenderla es escribirla con sangre...

Quill ya había sacado el láser y lo estaba alzando. El pequeño cañón se hizo visible detrás del intruso. Pero la mano del nautolano hizo un rápido movimiento sin volverse. El mango reluciente que tenía en el cinto voló. Algo que parecía un cable reluciente se dobló de repente, dirigiéndose hacia el láser de Quill. Tenía tres metros de largo y era fino como un hilo. Se enredó alrededor del cañón. Con un leve giro de muñeca por parte del nautolano, el láser quedó partido en dos, dejando incandescente la culata. Quill lo tiró al suelo, aullando por el dolor de los dedos quemados, que se llevó a la boca y empezó a chupar y acariciar.

—Bueno —Kit Fisto sonrió, amenazador—. ¿Negociamos?

Los salones de palacio eran una escandalera cuando llegó Obi-Wan. Le llevaron a presencia de G'Mai Duris y vio a la x'ting real encorvada en su asiento, escuchando con aire de preocupación a una pequeña zeetsa.

—...regente Duris —la criatura azul terminó de hablar. Sus regordetes brazos señalaban el mapa que flotaba en el aire. Sus ojos seguían el mapa con inquietud.

—Disculpe, Shar Shar —dijo Obi-Wan con toda la amabilidad de la que fue capaz—. Si hay algún problema en las vías de transporte que requieran posponer las negociaciones del día, quizá deba volver en otro...

Duris alzó la mirada, y su expresión de sorpresa se convirtió en lágrimas de gratitud que anegaron sus ojos.

— ¡Maestro Jedi! —dijo ella. Obi Wan. Me temo que tenemos un problema urgente. Menos mal que está usted aquí.

— ¿De veras? —preguntó él—. ¿En qué puedo serle útil?

—Las Cinco Familias deberían haber llegado hace una hora. Su coche privado ha desaparecido.

— ¿Desaparecido? —Obi-Wan consiguió ocultar su satisfacción—. ¿Cómo es eso posible?

—Todo el interior del planeta está agujereado con túneles, y muchos de ellos no constan en los mapas. Sólo podemos suponer que alguien, por algún motivo, ha desviado al vehículo de su ruta encaminándolo hacia una de esas vías secundarias.

— ¿No han recibido ningún mensaje?

—Ninguno —dijo ella.

Obi-Wan observó el mapa con expresión severa.

— ¿Me equivoco al pensar que los demás vehículos que viajan por el mapa tienen sensores para evitar la colisión?

—Mi ingeniero responderá a tu pregunta —dijo Duris.

El ingeniero era un humano, pequeño y marchito, cuyo estrés estaba a punto de arrebatarle los pocos cabellos que le quedaban.

—Sí, los sensores son excelentes.

—Dígame —preguntó Obi-Wan a Duris—. ¿Qué se sabe de la situación por el momento?

—Un grupo de ejecutivos de las Cinco Familias ha sido secuestrado.

— ¿Podría ser obra de Viento del Desierto?

—No lo sabemos —respondió ella—. Apenas hemos oído hablar de ellos en el último año, y ya no se los consideraba una amenaza. Francamente, éste tampoco es su estilo.

Obi-Wan cerró los ojos, contó hasta cinco y luego los volvió a abrir, manteniendo su expresión más seria.

— ¿Se puede holomapear el sistema entero?

El ingeniero asintió.

—Sí, claro, pero, ¿para qué?

—Para hacer algo así, para hacer desaparecer el vehículo, han tenido que sacarlo de la rejilla de transporte. Los Magcars individuales deberían reaccionar a la ausencia de un objeto en movimiento, bajando y subiendo la velocidad en compensación. El grado de alteración aumentará cuanto más nos acerquemos al punto de partida.

—Pero es obvio que han alterado nuestros ordenadores. No han dejado huella...

—No han dejado datos directos. ¿Pero puede el coche fantasma influir en los sensores de proximidad de otros vehículos?

—Bueno... —el ingeniero se quedó boquiabierto de repente, al entender lo que quería decir Obi-Wan—, No. El sistema de seguridad está fuera de la rejilla principal, es un sistema secundario que impide que el más mínimo error en el mando central provoque una catástrofe en todo el sistema.

—Bien —dijo Obi-Wan mientras todo el sistema cobraba vida en una red flotante de hilos plateados—. Ahora quiero que filtre los datos de proximidad de los propios vehículos, mostrando sus actuales posiciones y sus posiciones futuras según lo proyectado.

El ingeniero se quedó pálido.

—Pero... no estamos en Coruscant, señor. No tenemos ordenadores con la potencia necesaria para encontrar el punto original de partida...

Obi-Wan alzó la mano.

—No estoy buscando algo. Tengo que percibir algo que no está. Cuando los ordenadores fallan, es hora de usar la Fuerza. Por favor. Muéstreme las imágenes.

El ingeniero se quedó boquiabierto, mirando a Obi-Wan. Entonces, Duris asintió y le apremió con las manos primarias, y él hizo lo que se le pedía. Al cabo de un rato, todas las imágenes de la rejilla estaban duplicadas.

—Que las imágenes proyectadas sean rojas y las actuales azules —dijo Obi-Wan, bajando la voz.

Duris recordó las historias que le habían contado sobre esos guerreros místicos, y luchó por suprimir un escalofrío de asombro casi sobrenatural. Hizo un gesto de aprobación al ingeniero, y una serie de imágenes fantasmales empezó a superponerse. Todas ellas imposiblemente complejas, porque, a medida que cada vehículo aceleraba o frenaba para compensar el coche que faltaba, interferían con otros vehículos, lo cual provocaba más frenazos y acelerones en un efecto dominó que se expandía por ondas.

Obi-Wan estaba en medio de aquel vasto laberinto de ondas, con los ojos a medio cerrar y los brazos estirados, como si realmente pudiera sentir toda la red en



movimiento. Entonces, lentamente, se giró y señaló a una extensión de túnel entre una de las urbanizaciones de lujo de las afueras y el centro de la ciudad.

—Aquí —dijo— es donde se originó la imagen fantasma del coche. Por tanto, es aquí donde el coche real dejó de emitir señal.

Duris miró al ingeniero, que dejó caer los hombros. *Quizás.*

El Jedi trazó una línea por un túnel secundario.

—Y pasó por aquí —el túnel se bifurcaba de nuevo. Pasó los dedos por uno, y luego retrocedió y avanzó por el otro—. Y luego por aquí, bajó la velocidad y cambió de nivel...

La sala del trono estaba increíblemente silenciosa. La calma aumentaba el impacto de cada palabra de una forma casi insoportable.

—Y luego comenzó a moverse de nuevo, hasta que...

Ladeó la cabeza.

—Qué raro. Aquí no se ve que haya una vía. ¿Podría haberla igualmente?

El ingeniero se aclaró la garganta. De hecho, parecía un tanto asustado, contemplando al invitado con una mezcla de aprensión y admiración.

—Bueno... —consultó un holo que rotaba sobre su maletín y alzó la cabeza un segundo después, con la tensión dibujada en la boca—. Hay un pasillo de mantenimiento que se eliminó del mapa porque requería reparación urgente y no cumplía con los actuales estándares de seguridad.

Obi-Wan seguía con los ojos cerrados.

— ¿Pero...?

—Pero lo cierto es que si sigue cumpliendo las anteriores especificaciones, podrá aguantar esa carga sin problemas.

De nuevo se hizo el silencio. Obi-Wan asintió.

—Ahí encontrarán el vehículo extraviado.

—Regente Duris —dijo el ingeniero, tragando saliva—. Queda el problema de cómo llegar hasta allí. En el supuesto de que los secuestradores estén conectados a la red central, verán todo lo que hagamos para desviar un vehículo hacia allí. Eso reduce nuestras posibilidades de actuar al margen de la rejilla. Tardaremos horas en situar un escuadrón de ataque. ¿Tenemos ese tiempo?

Obi-Wan la miró. Duris se mordía el labio superior. Si se trataba de Viento del Desierto, entonces no había que temer por las vidas de las Cinco Familias. Viento del Desierto secuestraba, pero jamás había cometido un asesinato a sangre fría. No era su estilo. Pero sin duda se habían llevado a sus prisioneros a un lugar todavía más secreto... y, a partir de ahí, nadie podría predecir lo que iba a pasar.

Por supuesto, también cabía la posibilidad de que no fuera Viento del Desierto. En Cestus, la desinformación era un hecho cotidiano...

Volvió a mirar a Obi-Wan y se dio cuenta de que ni por un momento se le había

ocurrido dudar de que aquel hombre increíble pudiera hacer cosas que ni todos los ordenadores de Cestus podían conseguir, que Obi-Wan Kenobi hubiera hallado a los miembros extraviados de la Familia con el poder de su mente y esa misteriosa Fuerza. Con todo lo que había ocurrido el día anterior, se sentía más confundida de lo que había estado en toda su vida como regente, como en una especie de estado de *shock*.

—Quizá tenga razón —dijo ella—. Quizá no tengamos tiempo y no nos sirvan los medios normales. Maestro Jedi, ¿tiene usted un plan? —de alguna forma, ella sabía que sí.

—Diga a los responsables de seguridad que no abran fuego hasta identificar el objetivo —murmuró Obi-Wan.

— ¿Y usted qué va a hacer?

Obi-Wan hizo una pausa para dar un efecto dramático a sus palabras.

—Algo drástico.

Vagonetas, transbordadores de equipo, vehículos de pasajeros, máquinas de minería y androides de reparación iban de un lado a otro por el mismo laberinto de raíles y vías, adelantándose y rodeándose como si fueran cosas vivas, estructuras individuales de tejido dentro de un organismo más grande, células del cuerpo de Cestus, zánganos de una colmena tecnológica.

Y agazapado sobre uno de esos vehículos, aferrándose a la superficie con tendones y músculos templados por décadas de entrenamiento, se hallaba el Caballero Jedi Obi-Wan Kenobi. Compensaba los giros imposiblemente rápidos y bruscos, los acelerones y los frenazos con una profunda comprensión de los ritmos del universo y de sus corrientes invisibles.

Obi-Wan había estudiado los patrones del sistema de transbordadores en el curso de una larga noche de insomnio en la soledad de sus aposentos. En presencia de G'Mai, apenas había dedicado unos minutos a actualizar aquella investigación. Pero lo que estaba a punto de realizar les hubiera dejado boquiabiertos aunque le hubieran visto horas inmerso en el estudio. Gracias a la práctica y el conocimiento secreto, sus siguientes acciones podrían parecer milagrosas a sus anfitriones, dejándolos emocionalmente desconcertados, sobre todo al volátil Quill.

Pero primero tenía que hacerlo, sabiendo como sabía que los sensores de los vehículos observaban cada uno de sus movimientos.

El vehículo empezó a frenar y a girar a la izquierda. Siguiendo sus instintos, que iban más allá del nivel de pensamiento consciente, saltó antes incluso de ver el siguiente coche.

Obi-Wan se agarró por un instante a la pared del túnel, y luego sintió una fuerte ráfaga de aire, cuando el siguiente macear se precipitó hacia él. Por un instante, los paneles de transpariacero del vehículo dieron la impresión de ser los grandes y brillantes ojos de alguna criatura subterránea. Vio de refilón a los pasajeros, pendientes de sus datapad o enfrascados en conversaciones. Todos se interrumpieron de repente para mirar a aquel hombre que colgaba boca abajo del techo del túnel y que se lanzaba hacia ellos ante sus atónitos ojos. Una xexta de tez amarillenta agitó los cuatro brazos mientras gritaba que el pobre humano intentaba suicidarse de una forma un tanto extraña.

"Lo siento", le dijo Obi-Wan con los labios, y luego se agarró a la parte delantera del coche, justo cuando frenaba para dar la curva; pero, aun así, se quedó sin aliento por el impacto.

Se llenó con desesperación. Faltaban dieciocho segundos hasta el siguiente punto, y los contó para sus adentros, sonriendo a los civiles que contemplaban atónitos

aquella extraña aparición.

Desapareció antes de que alguno de ellos pudiera reaccionar y hacer algo además de sobresaltarse.

Obi-Wan se encajó entre el techo y la pared, agarrándose con manos y pies. Un túnel de carga pasaba por allí, y sólo pasaron diez segundos hasta que oyó el vehículo aullando en su dirección. Vio un único ojo que lo miraba sólo un momento, antes de tenerlo debajo, y se dejó caer a una vagoneta. Había tantas rocas apiladas allí que estuvo a punto de deslizarse hasta las vías. Luchó por encontrar un asidero, lo encontró, lo perdió y lo volvió a encontrar. El huracán artificial hacía ondear las piernas de Obi-Wan, que las recogió un segundo demasiado tarde. Se golpeó el talón derecho contra una pared, y empezó a dar bandazos de un lado a otro, a punto de desengancharse, y se soltó para volver a agarrarse unos metros después.

El viento lo azotaba sin piedad, y no se podía hacer nada por impedirlo, al menos de momento. Sabía que los ordenadores cestianos habrían efectuado el análisis de la cinética del sistema que él había hecho a su vez empleando la Fuerza, y lo habían encontrado ajustado. Para entonces puede que hasta hubieran adaptado su programación para poder seguir su paradero, calculando la presencia de un cuerpo no declarado saltando de coche en coche por todo el sistema.

Eso y los monitos superiores dejaban claro que actuaba para un público tan crítico como suspicaz.

Fue de coche en coche hasta llegar a una intersección donde por fin pudo saltar con toda libertad. Aterrizó en las vías metálicas que había en el suelo. Respiró con bocanadas cortas y profundas, negándose a rendirse al miedo que acechaba justo debajo de la superficie de su concentración.

*Precisión. Precisión.*

Obi-Wan se agachó y tocó el rail metálico sobre el que levitaba el macear a velocidad de crucero. Se acercaba. Aún faltaba un poco, pero era demasiado tarde para hacer otros planes. Sólo podía esperar. Una repentina corriente de aire lo golpeó como si fuera una ola, derribando sus bloques mentales cuidadosamente edificadas.

*Ahora.* Obi-Wan se giró y echó a correr por el túnel lo más deprisa que pudo, huyendo del coche que le perseguía a toda velocidad. Podía oír la sirena de aviso. En el último instante saltó hacia delante y, utilizando la última fuerza que le quedaba en el cuerpo para acelerar su velocidad, giró en pleno salto.

Por un momento, con el cuerpo impulsado por unos músculos en excelentes condiciones y un sistema nervioso en sintonía con las corrientes más profundas de la Fuerza, la velocidad de Obi-Wan alcanzó los cinco metros por segundo del macear. Se encogió, exhalando el aire justo en el momento del impacto, con los brazos anexionados para absorber el choque. Su cuerpo se quedó sin aliento con un gigantesco suspiro, pero la misma exhalación le proporcionó la amortiguación que le

permitió sobrevivir al impacto. De no haber igualado con precisión la velocidad del macear...

Si no hubiera girado...

Si no hubiera exhalado en el momento exacto...

Habría sido atropellado, aplastado y reducido a pedacitos. Pero ahora, Obi-Wan luchaba por subir por la superficie del coche. Logró tumbarse sobre el techo, algo dolorido y jadeante, y se puso cómodo para el resto del viaje.

En las salas del Consejo, los miembros de las Cinco Familias que habían tenido la suerte de no ser secuestrados contemplaban atónitos el espectáculo.

— ¿Qué clase de criaturas son estos Jedi? —susurró Llitishi, liberando gotas de sudor por su arrugada frente azul.

—No lo sé..., pero estoy profundamente agradecido de que estén de nuestro lado —dijo Debbikin *El viejo*, pensando en la seguridad de su hijo—. Creo que deberíamos replantearnos seriamente nuestra postura.

Se oyeron murmullos de asentimiento, seguidos de ansiosos intentos de presionar a los sensores para que proporcionaran más información.

Hacía más de una hora que se le había cortado la energía al macear, que desde entonces había estado parado sobre el suelo de la mina, y los ánimos en el interior del vehículo empeoraban por momentos. Los líderes cautivos de las Cinco Familias vieron, alarmados, cómo su solitario secuestrador recibía a tres rufianes vestidos con el atuendo típico de Viento del Desierto. Los intrusos habían intercambiado unas cuantas palabras en voz baja y habían procedido con sus planes. Era obvio que querían aislar a los cautivos de la rejilla de la ciudad lo antes posible.

— ¿Qué vais a hacer con nosotros? —susurró la señora Por'Ten.

—Espera y lo verás —respondió un soldado enmascarado de Viento del Desierto, mientras el nautolano de ojos oscuros no decía nada.

Al principio albergaron la esperanza de ser rescatados, pero al ver que sus secuestradores instalaban dispositivos electrónicos para confundir a los sensores y monitores del túnel, se dieron cuenta de que las posibilidades de ser encontrados eran mínimas.

Uno de ellos se quedó afuera, haciendo guardia, y los otros dos permanecieron junto al nautolano. Debbikin *El joven* observaba al de afuera. Iba de un lado a otro alrededor del coche..., y de repente desapareció. Hubo un momento de confusión, y la figura reapareció. Pero... ¿era la misma persona? ¿Se había equivocado o los cristales tintados del coche habían revelado una especie de pelea breve y violenta?

La esperanza era un lujo que no se atrevía a concederse. Pero, aun así...

—Y ahora... —empezó a decir el más alto de los rufianes de Viento del Desierto.

No llegó a terminar la frase. Apareció un cordel negro que se le enredó en el cuello, se tensó y lo arrastró por una trampilla de emergencia que había en el techo del vagón, dando patadas, chillando y llevándose las manos al cuello. El secuestrador nautolano se giró al momento, gruñendo.

Obi-Wan Kenobi saltó al interior del coche con la túnica ondeando a su alrededor como el plumaje de un ave de presa. El soldado de piel curtida de Viento del Desierto fue el primero en atacarle, y, por tanto, el primero en caer con solo un leve movimiento de sable láser. Retrocedió, tambaleándose y con el hombro de la chaqueta echando humo y chispas.

El nautolano miró con odio a su adversario, y por un momento nadie se acordó de los rehenes.

— ¡Jedi! —gruñó el nautolano.

Obi-Wan entrecerró los ojos, y sus modales de cortesano se convirtieron en un recuerdo lejano. En un momento había pasado de ser un embajador a ser el más letal de los guerreros.

—Nemonus —siseó, y luego añadió—: No es la primera vez que te dedicas a la diplomacia sangrienta.

—Ni la última —gruñó el nautolano—. Pero es la última vez que soporto tu intromisión.

Y sin mediar más palabras, se abalanzaron uno encima del otro, y la pelea dio comienzo.

Los hombres y mujeres presentes no olvidarían en sus vidas lo que presenciaron en los siguientes minutos. El nautolano hacía chasquear su látigo luminoso en un borrón sinuoso, con una precisión diabólica. Subía y se recogía, se doblaba y se estiraba como si estuviera vivo. Adonde quiera que fuese, hiciera lo que hiciera, el Jedi estaba antes allí.

Había muchas especulaciones sobre la razón por la que los Jedi preferían los sables láser a las pistolas láser. Todas las desventajas de un arma de contacto como ésa eran obvias. Pero en aquel momento, al ver el drama que se desarrollaba ante sus ojos, también se hizo obvio otro hecho: el sable láser de Obi-Wan se movía como si fuera una extensión de su propio cuerpo, un brazo o una pierna de luz, imbuido con el misterioso poder de la Fuerza.

Los dos adversarios estaban muy igualados. Uno hubiera pensado que la mayor longitud del látigo podía significar una ventaja, pero no era así en aquel reducido espacio. Curiosamente, mientras el nautolano blandía el látigo de un lado a otro, soltando chispas y derritiendo el metal de los paneles, además de hacer saltar pequeñas llamitas que caían sobre los agazapados prisioneros, ninguno de ellos sufrió daño alguno. El nautolano era agresividad pura. Su rostro se contrajo en una mueca violenta, y soltó maldiciones en extraños idiomas mientras movía el torso con una agilidad impropia de un vertebrado.

Evidentemente, el Jedi se iba a acobardar. Iba a huir y a ponerse a salvo. Nada podía interponerse ante semejante demostración de agresividad...

Pero el Maestro Kenobi se mantuvo firme. Se movió por aquel estrecho espacio, rechazando el látigo con el sable láser que relucía como un rayo en el desierto. La velocidad y la ferocidad del nautolano eran equiparables a la determinación fría e implacable del Jedi. Saltaron y dieron volteretas, moviéndose por aquel reducido espacio, describiendo cabriolas que prácticamente los hacían caminar por el techo mientras esquivaban y atacaban, alcanzando un nivel hipercinético sofisticado y primario a la vez.

El Maestro Kenobi fue el primero en atravesar la guardia de su contrincante, de forma que el látigo de luz apenas fue capaz de agarrar el sable a tiempo para rechazarlo. La manga del traje del nautolano ardió con una llama breve e intensa. Y se apreció un cambio brusco en el comportamiento del secuestrador. El nautolano gruñó, y el miedo se dibujó en su rostro. ¡El Jedi estaba ganando! En otra embestida

más, dos como mucho, el Maestro Kenobi podría rodear el problema del látigo y pasaría a matar.

El nautolano flageló de un lado a otro como si reuniera energías para un nuevo ataque. Luego, con un único movimiento abrumadoramente veloz, cogió en brazos al soldado del Viento del Desierto herido como si fuera un niño, saltó al techo y se fue. Oyeron sus pisadas alejándose por el túnel. Y luego... nada.

El Maestro Kenobi se giró hacia ellos, y su rostro empezó a relajarse después de la batalla. Si no hubiera dicho nada, no se habría oído una palabra en aquel coche durante una hora.

— ¿Hay algún herido? —preguntó.

Quill apenas podía balbucear.

— ¡No! Eso... ¡ha sido impresionante! He oído muchas historias de los Jedi, pero nunca... ¡Sólo quiero darte las gracias! Muchísimas gracias.

El Maestro Kenobi lo ignoró y fue de uno a otro para ver si estaban bien. Luego examinó, analizó y desconectó el dispositivo de sustitución. Al cabo de un momento, la luz regresó al vehículo. El androide empezó a rodar y girar como si acabara de despertar de una siesta. Miró a Kenobi.

— ¡Ah! ¡Maestro Jedi! Supongo que ha sido usted quien me ha devuelto el funcionamiento.

—Así es.

— ¿Cuáles son sus órdenes?

—Lleva a estas personas a la capital.

—Enseguida, señor.

El androide se puso en marcha. Los rehenes rescatados dieron un grito de júbilo, incluso Quill, cuyos ojos de insecto brillaban de admiración. Debbikin *El joven* tiró de la túnica de su salvador.

—Maestro Jedi —dijo—. ¿Cómo puedo recompensarle por esto?

El Jedi sonrió, misterioso.

—Di a tu padre que recuerde cuál es su deber —dijo.



En lo más profundo de las montañas, a cien clicks al sudeste de la capital, tenía lugar una celebración. Había baile, risas y alguna que otra exhibición de ebriedad.

Nate se apoyó contra una roca, profundamente satisfecho. La operación había ido perfectamente, y no se había perdido ni una sola vida. Le dolía un poco la garganta por el lazo del general Kenobi, pero el collarín que llevaba oculto en el cuello de la capucha le había protegido sin problemas. El acolchamiento extra que habían puesto en el hombro del uniforme de Viento del Desierto de OnSon le había protegido de la estocada cuidadosamente planeada del sable láser del general Kenobi. Se mirase como se mirase, todo, desde la obtención de datos vitales de la criminal Trillot hasta la transferencia de los mismos, desde la evaluación de la situación hasta el trazado del plan, desde la penetración en la red de seguridad de transporte al desvío del vehículo, desde la imitación de las exhaustas fuerzas de Viento del Desierto hasta la eliminación de la resistencia entre las Cinco Familias, desde el simulacro de combate con el general Kenobi hasta la huida real...

Todos los pasos habían ido como la seda.

Incluso había tenido una compensación: desde su posición sobre el techo del coche había tenido la posibilidad de ver el "duelo" entre los dos Jedi. Nate pensaba que ya había visto y aprendido todo lo posible sobre combates sin armas. Ahora sabía que, al lado de aquello, las más avanzadas ciencias marciales de Kamino sólo eran una trifulca callejera entre matones.

Nate supo que los Jedi poseían algo que ayudaría a los soldados a conservar la vida, y sólo tenía que aprender más sobre ello.

*Pero ¿cómo?* Con ese pensamiento quemándole la cabeza, se sentó y contempló las estrellas, repasando encantado cada movimiento del sable láser y del látigo.

Sheeka Tull hizo aterrizar el *Spindragon* a una distancia segura y entró en el campamento bajo la doble luna floreciente. Volvía de un fatigoso viaje entre tres de los seis principales centros urbanos de Cestus para entregar una carga volátil cuyo transporte por los túneles subterráneos era ilegal.

Una figura familiar, sin casco y vestida con ropa verde oscura, se acercaba hacia ella, saludando con la mano.

—Ah, Sheeka, me alegro de verte.

Desde su piel bronceada hasta el cuerpo firmemente musculado, todo le resultaba familiar, pero ella seguía mirándolo de reojo.

—Tú no eres Nate —dijo ella, aunque la ropa informal del soldado carecía de insignias u otras marcas identificativas.

Cuátor parpadeó y la miró inocentemente.

— ¿Quién voy a ser si no?

Ella sonrió y le señaló.

—No cuela. Él tiene una pequeña cicatriz aquí, en la mandíbula. Tú no.

Einta apareció detrás de Cuátor, riéndose ante los esfuerzos de su hermano por engañarla.

Cuátor sonrió, arrepentido.

—Vale. Tienes razón. Es sólo una broma que nos gusta gastar —señaló con el pulgar—. Nate está al otro lado del campamento.

—Buen intento.

Ella le dio una palmadita en la espalda y fue a ver a su nuevo... ¿amigo? ¿Eran amigos? Supuso que podía utilizar esa palabra para la relación que tenían. Amiga del clon de su novio muerto. Era un tanto morboso, pero también extrañamente excitante.

Lo encontró apoyado en una roca, perdido en sus pensamientos. Él sonrió, y al verla alzó una taza de aguamiel de esporas cestiano.

— ¿Qué se celebra? —preguntó ella, creyendo conocer la respuesta.

—Una pequeña operación que ha salido incluso mejor de lo que esperábamos. Y no, nadie ha muerto.

Ella lo miró interrogante.

— ¿Decepcionado?

Él la miró fijamente.

—Del todo. Esperaba tener una barbacoa humana esta noche.

Ella se apoyó en la roca junto a él.

—*Touché*. No debería culparte por disfrutar de tu trabajo. Te entrenaron para eso.

—Y lo hicieron bien asintió el. Se sintió aliviada al ver que aquellos guerreros letales salidos de una probeta tenían sentido del humor.

— ¿Y te entrenaron totalmente en todos los campos del comportamiento militar? —preguntó ella.

—Totalmente.

Ella se detuvo y lo miró más cuidadosamente.

— ¿Y los soldados bailan?

En ese momento, él dejó de sonreír y se quedó pensativo.

—Por supuesto. El baile de dagas jakeliano es una herramienta primaria para enseñar distancia, precisión y ritmo de ataque.

Ella gruñó. Ya estaba otra vez poniéndose práctico.

—No. Bailar. Ya sabes; hombre, mujer. ¿Bailar?

Él se encogió de hombros.

—Las cohortes compiten entre sí en baile. Está la categoría individual y por equipos.

Sheeka se halló luchando por suprimir una creciente exasperación.

— ¿Y nunca lo has hecho por diversión?

Él entrecerró los ojos.

—Eso es divertido.

—No puedo creerlo —dijo ella, y alzó los brazos—. Venga ya.

Él dudó un momento y se acercó a ella.

Los músicos tocaban una pieza rápida de flauta y percusión. Los pasos de la giga eran ligeros saltitos. Los otros reclutas sonreían, se reían a carcajadas, charlaban y llevaban a sus parejas de un lado a otro con el tipo de entusiasmo que sugería una seria dolencia de gases. Los soldados miraban, marcando el ritmo con los pies, y de vez en cuando uno de ellos realizaba una serie de precisos movimientos marciales al ritmo de la música, aderezados con algo de gimnasia de suelo. Los reclutas manifestaron su aprobación con aplausos y aclamaciones.

¿*Qué ha pasado hoy?*, dudó ella en preguntar. Él tenía una gran coordinación, pero ningún sentido de lo que era moverse al unísono con un compañero. Aun así, esto le gustaba. Le gustaba mucho.

—He oído algo por el escáner —dijo ella con aire inocente.

— ¿De verdad? ¿Y qué decía?

Él la sujetó con firmeza y mantuvo un ritmo mediano con la suficiente habilidad como para seguirle un par de pasos a ella. Varias de las demás parejas hicieron lo mismo, y el aire se llenó de gritos de alegría.

—Oh, algo sobre un grupo de miembros de las Cinco Familias secuestrado y luego rescatado.

— ¿Secuestrados? ¿Rescatados? —repuso él con ojos muy abiertos—. Cielos. Suena de lo más emocionante.

Así que no iba a decirle nada. Sólo a quien esté al tanto, supuso ella. Pero supo que la operación había sido importante por el número de personas que lo celebraban, e imagino que luego podría sonsacar algo a algún granjero o minero.

El debió de notar sus pensamientos por el ceño fruncido, y malinterpretó un poco su significado.

—Vaya, parece que no apruebas nuestra misión.

—No pensaba en eso.

—Pero es así. ¿Por qué nos ayudas?

—No lo hago de forma voluntaria.

— ¿Por qué, entonces? ¿De qué forma pueden obligarte a hacerlo?

La carcajada que ella soltó en respuesta le salió algo más forzada de lo que pretendía.

—En algún lugar de Coruscant hay un archivo de ordenador donde se listan todas las indiscreciones que se han cometido en la galaxia. Había una necesidad, mi nombre salió a la luz, y hacer un favor es mejor que pasar una década en un planeta

de trabajo.

— ¿Y tu nombre está en esa lista?

Ella asintió.

—Eres rápido.

—Creo que eso se llama sarcasmo.

—Ooh —chilló ella—. Te haces más humano por momentos. Después probaremos con la ironía.

Él hizo una mueca, y ella se rió.

—Entonces..., ¿qué hiciste?

—Mi hermana pequeña se unió a una secta religiosa en Devon Cuatro. Cuando se negaron a pagar los impuestos, Coruscant les impuso un embargo. Después, una plaga arrasó la colonia. Iban a morir todos. Las mujeres, los hombres y los niños. Nadie iba a hacer nada, así que...

Él asintió, comprensivo.

—Entonces les proporcionaste medicamentos. ¿Y tu hermana?

Ella sonrió.

—Criando a un escuadrón de mocosos en alguna parte del Borde Exterior. Lo volvería a hacer cuando fuera.

—Aunque fuera eso lo que te trajo aquí.

Curiosamente, ella se sentía cada vez más cómoda, y se le pasó por la cabeza la idea de que "aquí" no sólo quería decir el planeta, sino sus brazos. Mmmm.

—Aun así.

—Me he dado cuenta de que pasas más tiempo hablando conmigo que con mis hermanos —dijo él, acercando los labios al oído de ella—. ¿Por qué?

—Porque atraes mi interés.

— ¿Por?

—No lo sé —dijo ella sinceramente—. Quizá porque eres el único entrenado para el mando. Eso te hace más parecido a Jango.

Su atención se agudizo.

—Dicen que era un solitario.

—Sí —dijo ella—, pero también era un líder nato. Había veces en las que podía ser invisible, creo que hay unos cuantos que aprendieron eso por las malas.

Nate se rió estruendosamente. Sí, así era.

—Pero si él lo deseaba, podía atraer todas las miradas al entrar en un sitio —hizo una pausa—. Sobre todo la mía —bajó la voz—. Pero todo eso fue hace mucho tiempo. Yo tenía dieciocho años y Jango veinticinco.

— ¿Ya era cazarrecompensas por entonces?

Ella cerró los ojos, recuperando viejos recuerdos.

—Creo que estaba en un momento de transición. Sólo llevaba dos años en

libertad, desde que exterminaron a los mandalorianos. Yo le conocí en el sector Meridian. Había perdido su armadura no sé cómo, y la estaba buscando —sonrió pensativa—. Apenas llevábamos un año juntos cuando las cosas se volvieron peligrosas. Nos atacaron los piratas espaciales. Nuestra nave fue derribada y nos vimos obligados a escapar en naves de evacuación distintas, en medio de una batalla espacial peculiarmente cruel. Jamás volví a verlo —ella hizo una pausa—. Supe que había sobrevivido y que había recuperado su armadura. No sé si me buscó —Sheeka se encogió de hombros—. La vida, a veces, es así —terminó con un tono de voz melancólico.

Entonces, ella se rió. Él se apartó ligeramente y la miró atónito.

— ¿De qué te ríes?

—Me recuerdas a Jango. Él siempre ocultaba sus sentimientos. Pero recuerdo ocasiones en las que los dejaba volar libremente.

— ¿Por ejemplo?

Su lado más dulce y picarón estaba saliendo a la superficie, y estaba encantada de sentirse así. Temía haber perdido la facultad de experimentar esa sensación.

—Si tienes suerte, quizá te lo cuente algún día.

Ella sabía que ahora él sentía curiosidad, y se perdonó a sí misma por la pequeña exageración. Lo cierto es que Jango era un hombre de pocas palabras que se guardaba sus sentimientos para sí mismo. En su vida, en el estilo de vida que había elegido, aquel comportamiento reservado había sido vital para su supervivencia.

Sabía, por lo poco que habían hablado, que, pese a su conocimiento y su experiencia en combate, Nate apenas comprendía lo que era la vida normal de un humano. Hasta entonces, hasta el momento en que la había rodeado con sus brazos, ella sintió que la había tratado con cierto respeto y distancia, más como una hermana que como otra cosa. Probablemente, él sólo conocía dos tipos de mujeres: por un lado, civiles a las que proteger o quizás obedecer, o al menos tratar con cortesía. Por otro, las mujeres que se ofrecían a los soldados a cambio de créditos o de protección para ser utilizadas y desechadas. Podría ser emocionalmente arriesgado romper una visión tan simplista del mundo.

Pero debía admitir que tenía interés por romper aquella reserva, y se preguntaba lo que encontraría debajo.

¿Qué pasaría?, ¿cómo respondería él si dejaba que se estrechara el lazo que los unía? ¿Y si lo desviaba en una nueva dirección? Ella lo aparto del baile y de las risas y se lo llevó hacia la zona en penumbra. — ¿Y ahora qué? —preguntó ella.

—Pues estamos fuera de servicio hasta el amanecer. ¿Por qué? Ella le cogió de la mano.

—Ven —dijo ella—. Me gustaría enseñarte algo. La confusión se dibujó en el rostro de Nate. —Tengo que estar disponible...

—Has dicho que estabas fuera de servicio. ¿Tienes que quedarte en la base?

—No... —repuso, haciendo una pausa—. Si me llaman tendría que estar aquí en veinte minutos. ¿Me puedes garantizar eso? Ella calculó mentalmente las distancias y velocidades. —Sí.

Tras andar cinco minutos llegaron al *Spindragon*. Mientras él se ponía el cinturón, Sheeka repasó rápidamente la lista de comprobaciones y despegó. Condujo la nave con mano experta, recorriendo casi cien kilómetros en dirección Sudeste en unos doce minutos. Al principio volaba a ras de suelo para evitar ser detectada. Luego, cuando se alejó lo suficiente, se elevó a una vía de tránsito aéreo normal, lleno de transbordadores y naves de carga de doble longitud que transportaban mercancía entre clientes que se negaban a pagar la tarifa orbital.

Nate contempló el suelo, que pasaba a toda velocidad bajo ellos, y disfrutó de la facilidad y habilidad con la que pilotaba Sheeka. La competencia era algo que él siempre apreciaba. Aquella mujer era distinta a las otras que había conocido, y aquella diferencia lo desorientaba un poco. Pero lo curioso era que disfrutaba esa sensación. Por tanto, se relajó mientras ella lo llevaba a una cordillera de colinas y hacía aterrizar la nave con suavidad. No habían pasado ni dieciocho minutos desde que salieron.

El campamento estaba asentado en las laderas, y las diferentes entradas mineras sugerían grietas naturales y artificiales en la superficie. Mientras aterrizaba, una docena de colonos y dos x'ting salieron para darles la bienvenida. Todos sonreían, asentían o les saludaban de alguna forma.

— ¿Qué lugar es éste?

—Son mi familia —dijo ella—. No por nacimiento, sino por elección.

— ¿Vives aquí?

Ella sonrió.

—No. Aun no nos conocemos tanto. Pero... mi hogar se parece mucho a esto.

Nate empezó a distinguir más viviendas. Parecían estar camufladas, y estaban pintadas con colores quizá pensados para dificultar su localización desde el aire. Pero, desde el suelo, también se confundían con las sombras y las formaciones rocosas.

— ¿Por qué se ocultan?

Ella se rió.

—No se ocultan. Es sólo que nos gustan las montañas, y mezclarnos con ellas lo más posible.

Una vez más, el peligro de verlo todo a través de los ojos de un soldado.

Unas voces elevadas y dulces bajaron de la colina. Nate se giró y vio a unos cuantos niños y niñas jugando a algo que implicaba risas y descubrimientos. Iban de un lado a otro gritando nombres, dando chillidos y disfrutando de las sombras

alargadas.

Abajo, alrededor de las viviendas color roca, estaban los chicos más mayores. Algunos de ellos eran elegantes x'ting, ágiles y de ojos grandes, que le recordaban un poco a los kaminoanos. Adolescentes, supuso, trabajando con adultos. Construyendo herramientas, quizá reparándolas.

Les observó, pensando, sintiendo. Encontraba ese entorno un tanto confuso. O quizá fuera Sheeka lo que le perturbaba. Fuese lo que fuese, se sorprendió recordando su propia infancia acelerada, los juegos de aprendizaje a los que jugaba...

Una vez más, Sheeka Tull le leyó la mente.

— ¿Cómo eras tú de pequeño?

Qué inteligente. ¿Le habría llevado a ver niños con la esperanza de que aquello reviviera sus propios recuerdos?

Él se encogió de hombros.

—Aprendí, crecí, luché. Como todos los demás.

—He visitado muchos planetas. Casi todos los juegos infantiles sirven para ayudar a los niños a descubrir sus talentos individuales. ¿Vosotros cómo lo hacéis? ¿No se supone que sois todos iguales?

¿Le estaba tomando el pelo otra vez? Se dio cuenta encantado de que tenía la esperanza de que así fuera.

—La verdad es que no. Había unas asignaturas básicas que todos estudiábamos, pero después de eso nos especializábamos, aprendíamos cosas diferentes, nos preparábamos para funciones distintas, íbamos a distintos ejercicios de entrenamiento y luchábamos en distintas guerras. Todos hemos tenido un entorno diferente, y eso nos hace más fuertes. En conjunto, hemos vivido un millón de vidas. Toda esa experiencia crece en nuestro interior. Somos los CAR, y eso está lleno de vida.

—Cálmate un poco, ¿vale? cloqueó ella, divertida. Luego alargó la mano hacia él.

Él dudo, y tras mirar su intercomunicador para asegurarse de que podían localizarle en caso de emergencia, la siguió.

Con el viento del Sur azotándoles la espalda, Sheeka llevó a Nate hacia la entrada de uno de los túneles por la senda polvorienta de una colina. La entrada medía unos cuatro metros por seis y, una vez dentro, el soldado vio que los edificios fortificados que había visto fuera no eran residencias, como él había supuesto. Cobertizos, quizá. Dentro había una gran zona común iluminada por hongos luminosos dispuestos en las paredes, alimentados con nutrientes líquidos que manaban de un sistema de suministro. Los hongos emitían un arco iris luminiscente. Cuando acercó la mano a un manojito, sintió un cosquilleo en la piel.

—Por casi todo Cestus hay más colonos que x'ting. Los consideran primitivos aunque se les llena la boca hablando de respeto. Pero hay pocos enclaves como éste, en los que de verdad se intenta aprender de ellos. Tienen mucho que ofrecer, la verdad, pero hay que darles una oportunidad.

Un grupo de humanos y otros niños colonos correteaban de un lado para otro con sus pequeños amiguitos x'ting, quemando energía como supernovas, llenando toda la cueva con su vigor. La jornada laboral había terminado, pero algunos de los adultos seguían arreglando herramientas, riendo y bromeando con sincera camaradería.

Saludaron a Sheeka calurosamente al verla acercarse, y miraron a Nate con aceptación, pero tanteándolo. "Después de todo", parecía decir su actitud, "está con Sheeka". Olores intensos llenaban el aire. En diversos rincones se cocinaban platos con ingredientes sabrosos y exóticos. Encontraba extrañamente atractivo aquel alegre desorden.

Pero en cuanto asimiló ese pensamiento, su condicionamiento se hizo cargo.

— ¿Qué piensas? —preguntó Sheeka.

Él se esforzó por encontrar una respuesta que fuera tanto precisa como acorde con sus valores y sentimientos.

—Parece... una buena vida. Una vida sencilla. No es la vida de un soldado. No es para mí.

Nate había supuesto que ella se lo tomaría de forma literal, pero de repente Sheeka se erizó.

— ¿Crees que esto es más fácil? ¿Criar niños, querer, desear...? ¿Lo crees? se rió a carcajada limpia. Estás rodeado de cosas prescindibles. Naves, equipo, gente. Un mundo hecho de módulos. ¿Se ha roto algo? Pues se sustituye. —Sus pequeñas y fuertes manos se curvaron en un puño—. Nunca sales de casa sin que exista la posibilidad de morir. ¿Cómo crees que se siente uno cuando realmente le importa que sus hijos sobrevivan? ¿Cuándo te importa? ¿Cómo crees que es el universo para alguien a quien le importan las cosas? ¿Cuánta fortaleza debe tener alguien para



poder conservar la esperanza?

Aquel estallido dejó a Nate de piedra.

—Quizás... entiendo lo que me estás diciendo.

Ella siguió, como si llevara días preparando aquel discurso.

— ¿Y cuánta fuerza crees que hace falta para mantener la presencia de ánimo cuando lo que llevas construyendo toda una vida..., lo que tus padres y abuelos llevan construyendo toda la vida..., puede ser destruido por la decisión de alguien que está demasiado lejos para tocarle?—se detuvo un momento—. Y por hombres como tú.

Ahora le tocaba a él saltar.

—Los hombres como yo os protegemos.

—De otros hombres que son como tú.

Él podría haberse ofendido al oír aquello, pero en lugar de eso se sintió un poco triste, y se dio cuenta de que Sheeka no era tan diferente como él había pensado. Sólo era otra rebelde.

—No. Los hombres como yo no declaramos las guerras. Sólo morimos en ellas. Siempre hemos muerto en ellas, y siempre lo haremos. No esperamos ni alabanzas ni desfiles. Nadie sabe cómo nos llamamos. De hecho, según vuestros estándares, ni siquiera tenemos nombres.

Hubo algo en su rostro, en su voz, en su actitud que traspasó el enfado de ella, porque de repente se suavizó.

—Nate...

Sheeka fue a cogerle la mano, pero él se apartó.

—No. ¿Es eso lo que querías oír? Pues es cierto. No tenemos nombres. Y nadie sabrá nunca quiénes somos. Pero nosotros sí. Nosotros lo sabemos siempre —sintió que se erguía al articular aquella simple verdad. Los soldados sabían quiénes eran, siempre. Y siempre lo sabrían—. Somos el Gran Ejército de la República.

Sheeka negó con la cabeza.

—Nate, perdona. No pretendía juzgarte.

Él no cedió. Ella había bajado la guardia. No era justo atacar ahora, pero él no podía luchar contra un entrenamiento que, después de todo, era lo único que conocía.

—Yo no he tenido tus opciones. Cada paso que he dado en mi vida me han dicho lo que tenía que hacer.

—Sí —dijo ella con un hilo de voz.

Él dio un paso adelante, mirando su rostro precioso y oscuro.

Y ¿sabes algo? Los dos hemos acabado en el mismo sitio.

Él callo entonces. Ella no tenía nada que decir.

— ¿Qué diferencia han supuesto entonces todas esas decisiones?

Sheeka lo miró, y sus ojos se encontraron por un momento, hasta que fue demasiado intenso. Entonces, un niño pasó corriendo entre ellos y rompió el instante.

Ella sonrió, como lamentándose.

—Vamos —dijo, y le guió fuera de la cueva.

Los dos se sentaron en la ladera de la colina, contemplando las lunas y escuchando los alegres sonidos. Sheeka le hablaba de su vida en Cestus, de los pequeños placeres y problemas.

—Entonces —dijo ella para terminar—, algunas veces lo único que queda es esperar y mantener la esperanza. ¿No crees que eso requiere paciencia?

— ¿Y fue así?

Ella no respondió, sólo cogió un hierbajo y lo anudó, convirtiéndolo en una pelota que tiró cuesta abajo.

—Lo siento —dijo Nate—. Yo sólo vivo para defender a la República. Siento que esa defensa suponga sufrimiento para algunos, pero no me disculparé por lo que soy.

Sin decir nada, Sheeka se acercó a él. Cuando volvió a hablar, él dejó de pensar y se dio cuenta de que ya no le interesaba otra cosa que no fuera el sonido y la cadencia de la voz de Sheeka.

—Lo único que puedes perder es tu vida, y para ti eso apenas tiene valor. ¿Tan fuerte eres, Nate? ¿De veras eres tan fuerte como cualquier granjero de hongos?

Volvieron a mirarse fijamente, y él sintió el comienzo de un sentimiento que nunca había experimentado: la desesperanza. Ella jamás le entendería.

Entonces, Sheeka, llena de ira, comenzó a desinflarse un poco.

—No —dijo—. Me he equivocado. Sé que uno de los problemas es lo de los nombres. Lo siento. Estoy acostumbrada a llamar a los androides con números y letras. Las personas tienen nombres. Vosotros sólo tenéis diminutivos de vuestros números.

—Oye... —empezó a decir él, pero ella alzó la mano.

— ¿Los soldados tienen nombres de verdad? —preguntó ella.

—Pocas veces.

— ¿Te importaría que yo te diera uno?

Ella le miró fijamente, con una sinceridad tan intensa que a él casi le entra la risa. Pero no se rió. Lo cierto es que todo aquello era divertido.

— ¿Y qué nombre tienes en mente?

—Estaba pensando en "Jangotat" —dijo ella lentamente—. En mandaloriano significa "hermano de Jango".

El se rió, pero se quedó en silencio de repente. *Jangotat*.

—Vale —dijo él—. Si eso facilita las cosas. Por mí bien.

La sonrisa de respuesta de Sheeka estaba llena de alivio.

—Gracias. Gracias, Jangotat. Es un buen nombre, ¿sabes? —dijo ella, dándole un codazo suave. Les entró la risa, hasta que se fueron quedando en silencio.

*Jangotat*, pensó él.

*El hermano de jango.*

*Sonrió.*

*Eso es lo que soy.*

El transporte de carga blindado yacía destrozado, las llamas brotaban de sus malogradas entrañas y las llantas se curvaban sobre los ejes como peladuras de fruta. La mercancía había sido rapiñada o calcinada; y la carga de chits, saqueada. El dinero en metálico era útil para adquirir bienes, comprar silencio y ayudar a las viudas y huérfanos de Viento del Desierto.

El humo negro y grasiento se elevaba hacia las nubes desde las tripas rotas del transporte. Su tripulación había iniciado una marcha de veinte kilómetros de regreso a ChikatLik, con las manos atadas a la espalda. El mensaje que llevaban se oiría alto y claro: "El caos se acerca."

Como buenos amantes del confort y el orden, las Cinco Familias buscarían una fuente de seguridad. Los separatistas habían demostrado ser demasiado peligrosos y temerarios, y probablemente colaboraban con Viento del Desierto. ¿Qué opción les quedaba? Sólo una relación más estrecha con la República.

— ¿Va bien? —preguntó el recién bautizado Jangotat.

—Lo justo —dijo Kit Fisto, mirando por sus electrobinoculares—. Nosotros atacamos, ellos se agarran a las sombras y nosotros les amputamos los miembros. Las Cinco Familias pronto rezarán por el regreso del orden.

Había confianza en sus palabras, pero estaban teñidas por un leve matiz de inseguridad.

—No parece totalmente satisfecho, señor.

—No me complace este engaño, aunque he de admitir que funciona.

Jangotat ocultó su satisfacción. Sus percepciones se estaban agudizando, algo que mantenía con vida a un soldado. Quizá todo aquel asunto de "Jangotat" no estuviera tan mal. *No temas aprovechar las oportunidades. Piensa libremente. Vale. Esto va a ser algo que el jedi no se hubiera esperado en la vida.*

—Permítame— que le diga, señor, que esta estrategia bélica tan poco convencional salva vidas.

Para su sorpresa, el general Fisto torció la boca en una extraña demostración de hilaridad.

— ¿Ah, sí?

—Sí, señor.

El general apartó los electrobinoculares.

—Bueno. Si un soldado de la República puede encontrar admirable ese objetivo, ¿cómo no iba a hacerlo un Jedi?

Jangotat se dio cuenta de que aquello era una broma para el nautolano, y sonrió en respuesta. El momento de gravedad compartida dio a Jangotat valor para

preguntarle algo que le rondaba la mente hacía dos días.

— ¿Señor?

— ¿Sí?

—Lo que hizo con el Maestro Kenobi... ¿Podría aprender a hacerlo un hombre cualquiera?

El general Fisto lo miró con aquellos ojos grandes sin párpados.

—No.

— ¿Ni siquiera un poco?

Hubo una larga pausa, y el general asintió.

—Bueno, puede que sí. Un poco.

— ¿Le importaría enseñarme?

—Nate...

—Señor —Jangotat miró rápidamente de un lado para otro, comprobó que estaban solos y bajó la voz—. Por favor, no se ría...

El nautolano negó con la cabeza.

—Jamás.

—Estoy pensando en ponerme un nombre.

Los dientes del general Fisto relucieron.

—He oído que hay algunos que lo hacen. ¿Y en qué nombre estás pensando? Ten cuidado —le advirtió—. Los nombres pueden tener mucho poder.

El soldado asintió.

—Pues... una amiga me ha sugerido "Jangotat". El hermano de jango —entrecerró los ojos, como esperando un reproche—. ¿Cree que es correcto?

Kit Fisto le respetaba, y por eso se tomó unos instantes para pensarlo bien. Le respondió al cabo de casi un minuto.

—Jango era un hombre con una gran fortaleza. Un enemigo imponente. Me encantaría tener a mi lado a alguien que lleve su nombre —le dio una palmadita en el hombro—. Jangotat.

— ¿Le importaría informar al general Kenobi? Yo ya se lo he contado a mis hermanos.

El nautolano arqueó las cejas.

— ¿Y qué han dicho?

Jangotat se rió.

—Que ojalá se les hubiera ocurrido antes a ellos.

Kit Fisto le miraba ahora de forma diferente.

—Entre los míos, ponerse nombre es algo muy serio —dijo—. Una ocasión en la que se dan regalos.

—Pero yo no lo he hecho por...

El general alzó la mano.

—Me has preguntado qué sería posible enseñarte. Hay algo que quizá te... guste. Puedo enseñaros a tus hermanos y a ti algunos de los ejercicios más básicos que se enseñan en el Templo Jedi a los niños sensibles a la Fuerza.

—Pero yo jamás seré tan bueno como un Jedi, ¿no? —pronunció aquella frase sin desesperación ni resentimiento. Era sólo una pregunta.

—No —dijo el Jedi—. No tanto. Pero te conocerás a ti mismo y al universo mejor de lo que lo harías en otras circunstancias.

Ambos se sonrieron. Fue un momento de auténtica sinceridad entre esos improbables camaradas, algo realmente valioso para los dos.

—Entonces empecemos cuanto antes —dijo Jangotat.

Los cuatro soldados estaban sentados en el suelo en la puerta de la caverna, formando un círculo alrededor de Kit, mientras comenzaba la lección.

—Hay una cosa que os puedo enseñar —dijo el nautolano—. Es un juego que se enseña a los padawan más pequeños. Algo que se llama la Fluidez Jedi —se detuvo—. ¿Queréis aprender todos?

Estaban tan atentos y receptivos que Kit no pudo evitar sonreír.

—Bien —dijo. Se quedó en silencio, pensativo—. Los Jedi sienten la Fuerza como un océano de energía en el que se sumergen, flotando en sus corrientes o dirigiendo sus olas. Para una persona normal, las sensaciones sutiles de la vida no son un océano..., pero pueden ser un arroyo o un río. ¿Lo entendéis?

Asintieron lentamente.

—Vuestro cuerpo tiene recuerdos de dolor, ira, miedo... Se integran en vuestros tejidos y son respuestas condicionadas que existen para protegeros de futuros daños.

—¿Como el tejido de las cicatrices? —preguntó Cuátor.

—Exactamente igual —dijo él, asintiendo—. Tenso como la piel de un puño. Es lo que os da forma. Cuando tenéis suficientes, son como una armadura. Pero los Jedi no llevan armaduras. La armadura protege tanto como aísla. Los Jedi tienen que exponerse totalmente a las corrientes del universo. Puedo enseñaros a eliminar algunas de estas heridas.

Vedlas como grandes rocas, obstáculos en el río de energía. Aprended a Huir alrededor de vuestros miedos y angustias en lugar de chocar contra ellos. Aprended lo mejor que podáis y puede que hasta seáis capaces de dirigir el río para que mueva las rocas por vosotros, ensanchando el cauce, aumentando el flujo de energía.

—Pero ¿cómo?

Él buscó una forma sencilla de expresar sus pensamientos.

—La acción física es la unión de la respiración, el movimiento y la alineación. En otras palabras, la respiración se crea gracias al movimiento del diafragma y de la columna. El movimiento se crea gracias a la respiración y a la postura adecuada. Mantener este triángulo en mente mientras practicáis el arte del combate es adoptar

una técnica marcial o un reto físico y convertirlo en algo más —Kit sonrió con su sonrisa depredadora de nautolano—. Basta ya de teoría —dijo—. Es hora de practicar.

Durante las dos horas siguientes, Kit les enseñó ejercicios para refinar su respiración y para concentrarse sólo en las exhalaciones, permitiendo que la presión del aire llenase pasivamente sus pulmones mientras se les hinchaba la caja torácica. Se sintió satisfecho al ver lo rápido que asimilaban las lecciones, y les dio más.

El nautolano les enseñó a convertir los ejercicios calisténicos bidimensionales en gimnasia tridimensional, a mover posiciones estáticas mediante una nueva gama de movimientos, convirtiendo las poses fijas en ondas fluidas, todo ello imbuido del triunvirato de respiración, movimiento y alineación. También les mostró la forma de realizar esos ejercicios y combinar unos con otros, a entrar y salir de ellos de forma fluida, creando sus propias combinaciones para enfocarlas a necesidades específicas.

Pero siempre, siempre, conservando y prestando atención a la respiración, al movimiento y a la alineación.

Cuando terminó, estaban empapados en sudor, pero encantados, y pidieron más.

—No —dijo él—. Ha sido bastante por un día. Pero recordad: lo que realmente importa, el valor de todo esto no radica en los ejercicios, o al menos no sólo en ellos. El valor real estriba en la transición entre un ejercicio y el siguiente. La vida entera es la transición de un estado al otro, de un momento al otro. Hay que trabajar para que cada momento sea una sinfonía de estos tres aspectos. Haced que vuestro talento evolucione. Que las tareas externas sólo sirvan para probar vuestra integración y vuestra claridad. Ése es el camino a seguir para llegar a ser un guerrero excepcional.

Las negociaciones habían cobrado un nuevo matiz, más elevado, en las salas más recónditas de la ciudad de ChikatLik. Muy pocos en la capital sabían algo más que rumores: unos ejecutivos de las Cinco Familias habían sido secuestrados, se habían congelado los pagos, se habían destruido transportes y se habían saboteado estaciones de suministro energético. El ambiente general sugería un cambio, y un cambio radical. Las cosas habían estado más calmadas de lo normal en el distrito público donde se encontraba la guarida de Trillot, y una mortaja se había posado en la alegría que acostumbraba a reinar en sus aposentos privados.

Ya era tarde, y apenas se oía un sonido en todo el laberíntico nido de catacumbas.

Trillot descansaba en su sofá, chupando una de sus pipas, en un intento de automedicarse. Acelerar el cambio de macho a hembra era un proceso delicado. Tal hongo para aliviar el estrés, tales hojas para eliminar el cansancio, otro para estabilizar los cambios de ánimo. Por muy incómodo que fuera aquello, Trillot lo prefería al período mensual de fertilidad del ciclo entre macho y hembra. Se trataba de un periodo de sentimientos insoportablemente volátiles, y los x'ting solían pasarlo aislados en sus casas y, a poder ser, con un compañero.

Pero Trillot no se aislaba. Ya llevaba cuatro días despierta y, aunque su sistema acabaría por colapsarse y necesitaría treinta horas de sueño cercano al coma para recuperarse, por ahora conseguía mantener a raya ese momento. Mientras tanto, sus espías le traían información de toda la ciudad. Ella la filtraba, decidiendo qué era útil y qué podía comunicar a Ventress, que tenía sus propias fuentes misteriosas. El holovideo que ella había pedido a Trillot que le entregara a Quill, por ejemplo...

Aun así, el descubrimiento de Coracal del asunto de las sintopiedras era inquietante. Al margen de la nueva información, ese dato histórico podía ser el comodín definitivo. ¿Quién sabe lo que sería capaz de hacer el Jedi con esa información? Cuanto antes muriera Kenobi, mejor.

Aquellas meditaciones se bastaban para interrumpir su ciclo de sueño, pero había más, como su necesidad creciente de acechar junto a la puerta del dormitorio de Ventress. Una experiencia que la dejaba, invariablemente, temblorosa.

Trillot dio gracias por las corrientes narcóticas que fluían por su sangre. Lo que podría haber sido una experiencia profundamente perturbadora en un estado más sobrio, ahora apenas le producía curiosidad. Qué raro. Ventress parecía capaz de pasar desapercibida a su antojo ante uno de los Jedi más poderosos. Pero sentía tanto desprecio por Trillot que permitía que sus sueños más horribles escaparan de su mente dormida.

Trillot dio otra calada y cerro los ojos color esmeralda. En vez de oscuridad, veía



una fantasía de fuego y sangre repetida una y otra vez.

*Las naves de guerra se elevaron.*

*Las torres cayeron.*

La República podía disolverse, los separatistas podían iniciar una oleada de secesiones que arrasaría toda la galaxia. Los beneficios, por muy enormes que fueran, acabarían careciendo de importancia. Como la supervivencia misma.

—A fuego y sangre —susurró.

Las salas del Consejo llevaban muchas horas sumidas en una batalla dialéctica cuando entró Obi-Wan. Estuvo a punto de sonreír. Desde el secuestro y el "combate" subterráneos, el principal tema de conversación no era si debían o no someterse a las peticiones de la República, sino con cuánta rapidez iban a hacerlo.

Y él lo sabía aunque no hubiera estado presente. Un Jedi tenía sus recursos. Sobre todo un Jedi con un montón de créditos de la República para repartir.

—Sí, creo que me han llamado.

Coracal estaba sentado en la mesa circular frente a los ejecutivos, con media docena de holodocumentos flotando alrededor de su cabeza. Señaló a Obi-Wan.

—Hemos hecho grandes progresos. Han decidido acceder a los términos del Canciller.

Un gran alivio. Cuanto antes dejara atrás aquella desagradable situación, mejor.

—Excelente.

La enorme sala estaba llena de representantes de las Cinco Familias, y los ejecutivos no eran los únicos que ocupaban los asientos. Tres o más docenas de ejecutivos medianos de Cestus Cibernética abarrotaban la sala y examinaban sus holodocumentos, discutiendo y proponiendo. Añadían firmas y huellas dactilares a las pantallas táctiles para que se cargaran instantáneamente en ordenadores legales de todo Cestus, y de ahí pasaran a ser emitidas a Coruscant para su inmediata verificación.

El aire frente a Obi-Wan parpadeó, y un holodocumento apareció ante él. Se giró hacia Coracal.

— ¿Esto cuenta con tu aprobación?

Se fijó en las arrugas de cansancio de los brazos regordetes del vippít, y se dio cuenta de que Coracal tenía que haberlo pasado realmente mal en los últimos días de las negociaciones.

—Completamente.

Obi-Wan firmó como representante de la República, y se sintió enormemente satisfecho. Duris y él compartieron una sonrisa.

Supongo que cuando el Canciller Supremo lea el contrato, lo aprobará. Pero, descontando posibles problemas en ese sentido, creo que por fin hemos llegado a un acuerdo.

—Y justo a tiempo, Maestro Jedi —dijo ella.

Uno de los abogados de Duris colocó un datapad frente a Obi-Wan.

—Y ahora, Maestro Kenobi, necesitamos su firma en los siguientes documentos...

De repente, Quill entró en la estancia sin anunciarse formalmente, blandiendo una holotarjeta rectangular por encima de la cabeza como si guardara los secretos del universo. Sus ojos relucían.

— ¡Un momento! ¡Detengan los procedimientos! No firme ese holodocumento.

Duris miró a Quill, intrigada.

— ¿Qué significa todo esto?

—Será mejor preguntar al Jedi qué significa esto —colocó la tarjeta en un datapad, sonriendo triunfal.

Una imagen fácilmente reconocible apareció en el aire. No la habían sacado de una cámara de seguridad normal, ya que todas las de los túneles fueron desconectadas. Era una imagen tomada por alguna persona que, sin ser vista, había llegado al sitio incluso antes de que llegase Kenobi.

Obi-Wan sintió que se le revolvían amargamente las entrañas. ¿Cómo había podido ocurrir aquello? ¿Y cómo había conseguido ocultar su presencia ese observador?

No tenía respuesta a esas preguntas, pero sí sabía lo que iba a ver a continuación, y se dio cuenta del completo desastre que se avecinaba.

En el campo de proyección del aparato flotaba la imagen de un luchador de Viento del Desierto. A continuación se vio el combate entre el Jedi y el rebelde, quedando muy claro desde ese ángulo que todo era una farsa, un fraude, ya que el sable láser pasaba a casi medio metro del objetivo. El secuestrador cayó al suelo y agitó los brazos dramáticamente. Obi-Wan "atacó" a otro, y aquel enfrentamiento era todavía más obvio. El ambiente de la sala empezó a enfriarse. Nadie hacía el menor ruido.

Era un desastre increíble. La misión había quedado comprometida, quizá desde el principio. Su desconocido adversario había esperado al peor momento posible para sabotearle.

Obi-Wan no sabía qué decir.

—Ahora comprendo cómo han conseguido los Jedi labrarse esa magnífica reputación —dijo la señora Por'Ten.

G'Mai Duris se quedó inmóvil, retorciéndose las manos secundarias. Su tez dorada había empalidecido por la rabia, y su enorme forma temblaba como una inminente avalancha.

—Vayase de aquí. Inmediatamente —dijo ella.

Su mente tartamudeaba, buscando una forma de salir de aquella trampa, alguna explicación, por poco efectiva que fuera.

—G'Mai... —comenzó a decir.

Ella se irguió en toda su impresionante altura, irradiando poder.

—Llámeme regente Duris —su voz cortaba como un viento gélido—. Jedi. Lo que no podéis obtener con la diplomacia lo buscáis con el miedo. Y si eso no funciona, mediante el fraude.

Ella se ofuscó un poco al decir aquello.

Obi-Wan prescindió de todo fingimiento e intentó hablar de la forma más directa que pudo, sabiendo que todo estaba perdido.

—Si las negociaciones no alcanzan una conclusión positiva, la guerra llegará a vuestras tierras.

—Ya lo ha hecho —dijo Duris, revoloteando furiosa. Se encontraba en una posición imposible, y toda la gratitud personal que sentía por él se veía anulada por ese engaño—. Ya ha habido destrucción y traición, y ha muerto la esperanza. Si eso no es guerra, entonces no sé lo que es.

Temblaba de rabia y de algo más... miedo.

Sus siguientes palabras sonaron profundas y roncadas.

—Yo confiaba en usted. Confiaba... —Duris se recompuso—. Vayase. Mientras pueda.

Obi-Wan realizó una profunda reverencia, examinando toda la sala. Su mirada se cruzó con la de Quill, que no se molestó en ocultar su venenosa sensación de triunfo.

¿Desde qué rincón imprevisto había llegado aquel golpe? Obi-Wan dejó la sala, y un momento después le seguía Coracal. La última imagen que vio el Jedi fue la de G'Mai en el trono. Una de las cosas más terribles de esa situación no era la amenaza de guerra, ni siquiera la humillación, sino el daño personal que había hecho a alguien maravilloso, alguien que había depositado toda su confianza en él. Ella, más que nadie, sabía lo que estaba en juego, y que se encontraba en el centro de una telaraña de engaños. Y ahora él la dejaba sin nadie en quien poder confiar. Nadie en absoluto.

Trillot se puso nerviosa al ver a Ventress entrando en sus aposentos, pero se relajó al comprobar el humor de su invitada. —Entonces. ¿Ya se ha acabado? ¿El Jedi se marcha? A pesar de su fría y mordaz sonrisa, Ventress negó con la cabeza. — Intentará volver. Le conozco. —Te digo que mis espías...

Ellos ven con sus ojos dijo ella con desprecio. Las Familias moverán ficha, Quill les ha informado de que si Kenobi cuenta a Palpatine lo que sabe, Cestus Cibernética estará acabada. Creo que serán muy tajantes en su respuesta.

¿Asesinar a un Jedi? ¿Pero donde se había metido? Ya era demasiado tarde para lamentaciones..., no le quedaba más remedio que aceptarlo. Trillot maldijo el día en el que se le había ocurrido ayudar a la Confederación, el día en que traicionó a los Jedi. Era un escupitajo de bantha. Y ya puestos, ¿por qué no maldecir el día en que había salido del huevo? En el fondo, era lo más apropiado.

Ningún guardia de honor apareció en el aeropuerto para despedir a Obi-Wan y a Coracal. Teniendo en cuenta el desastre en que se habían convertido sus esfuerzos diplomáticos, el Jedi se conformaba con que le permitieran irse.

Los guardias que lo escoltaron hasta el espaciopuerto no le dirigieron la palabra hasta llegar allí. Uno de ellos se volvió como si fuera a hablar, pero guardó silencio, mirando al suelo. Se alejó, negando con la cabeza.

Obi-Wan subió por la rampa a la nave transporte de la República. Detrás de él, Coracal se deslizaba dejando a su paso un rastro mínimo de baba.

—Obi-Wan —dijo quejumbroso—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé, amigo mío —dijo mientras la puerta se cerraba a sus espaldas y él se abrochaba el cinturón.

Su mente seguía lejos de allí. Algo no iba bien, no había ido bien desde el momento en que llegó al planeta. No. No fue entonces. Pero sí poco después. ¿Cuál había sido el detonante? No lo sabía. ¡Maldición! Si tan sólo supiera quién había grabado el holograma incriminador. Se volvió hacia el letrado.

—Cuando llegues a Coruscant —dijo—, cuenta todo lo que sepas. Lo has hecho muy bien. Toda la culpa es mía... —se detuvo un instante, con la sombra de una duda acechando en lo profundo de su mente—. O quizá...

— ¿Qué?

Obi-Wan suspiró.

—No lo sé, pero he sentido algo extraño. Desde el principio ha habido factores que escapaban a mi comprensión. Me he olvidado de algo, y ese estúpido error ha acabado marcando la diferencia.

—Oh, cielos —dijo Coracal—. Jamás pensé que las cosas pudieran salir tan mal, tras tanto trabajo y planificación.

Obi-Wan negó con la cabeza, pero no dijo nada. No tenía palabras de consuelo para su apesadumbrado amigo. Se mirara como se mirara, aquello era un completo desastre.

La nave despegó en cuanto Equisdós realizó los preparativos básicos. Cuando se elevaba, Obi-Wan se giró hacia Coracal.

—He tomado una decisión —dijo—. Tú no estás a salvo en Cestus. Tienes que irte, pero yo me quedo. Mi trabajo aquí no ha terminado. Voy a unirme al Maestro Fisto.

Los zarcillos oculares de Coracal temblaron de asombro al ver que el jedi empezaba preparar una pequeña cápsula de salvamento.

— ¡Pero te ordenaron que te marcharas! Fue una orden directa, y cualquier

desobediencia significaría una violación al Código Cuatro-Nueve-Siete Coma Ocho...

—Creo que he llegado demasiado lejos para preocuparme por esas nimiedades — dijo—. Aquí hay más mynock que cortar. —Se esforzó por sonreír—. Adiós, Doolb. Eres un buen amigo. Vete a casa. Aquí ya no hay trabajo para abogados.

— ¡Pero..., señor!

Obi-Wan se volvió hacia Equisdós y le agarró el hombro.

—Llévalo a casa sano y salvo.

—Sí, señor.

Tras decir aquello, Obi-Wan pulsó una serie de botones, y la cápsula quedó sellada. Pareció hundirse en la pared que tenía detrás. Un momento después se oyó un ligero ruido de despegue, y el Jedi se fue.

La nave apenas había rozado la atmósfera superior, realizando la transición al vacío. Los escáneres terrestres y orbitales realizaban el seguimiento de cada una de las naves que salían o entraban, pero en aquel punto, en el que se solapaban los dos conjuntos de datos, era más fácil enmascarar cualquier actividad.

Una luz roja de advertencia parpadeó frente a él, indicándole que el sistema de emergencia estaba a punto de iniciar la secuencia de instrucción.

Obi-Wan lo apagó. La voz del ordenador sólo le distraería. Intentó pilotar la nave con su instinto y sus conocimientos. La cápsula de salvamento tenía conducción tanto manual como automática, y podía maniobrarse hasta llegar a tierra, pero Obi-Wan no se atrevía a encender demasiado pronto los retropropulsores, su radiación sería demasiado fácil de detectar.

Así que se dejó caer a toda velocidad, contando con el escudo de calor y la primitiva aerodinámica de la cápsula, y alteró ligeramente el ángulo mientras se dirigía hacia las montañas Dashta.

Debía calcular aquello con toda precisión, esperar a estar lo bastante bajo como para que su aparición en el escáner no se relacionara con un transporte diplomático accidentado.

Mientras Obi-Wan contaba los segundos, el calor se hacía más y más agobiante. La espuma de impacto, que hacía las veces de aislante, se había hinchado a modo de protección, hasta tocarle el hombro. La temperatura de la capa exterior alcanzó el millar de grados, y el Jedi fue consciente de que caía al vacío, que había confiado su destino a los técnicos desconocidos que habían preparado la cápsula. Odiaba esa dependencia casi tanto como volar, y prefería su propia conexión con la Fuerza, pero no había forma de evitarlo. Aquella vez no le quedaba más remedio que confiar.

Había llegado el momento. Sus dedos encontraron el botón del retropropulsor y...

*No pasó nada.*

El suelo se aproximaba a velocidad vertiginosa. Miró el altímetro y sintió un ataque de pánico. Algo iba mal. Su tumba metálica caía a tal velocidad que, en caso

de que hiciera impacto, no conseguirían juntar midiclorianos suyos ni para crear una ameba Jedi.

Obi-Wan se esforzó por alcanzar su sable láser, ya que la espuma pastosa que llenaba la cápsula convertía cada movimiento en una lucha. Cuando por fin consiguió poner las manos sobre el mango plateado, lo alejó de su cuerpo y lo encendió. La espuma empezó a quemarse. Las chispas y el humo se abrieron paso en el limitado espacio. La cápsula se estremeció, y el viento empezó a pelar las cubiertas externas a partir del punto donde el sable láser había dañado el casco. Pasaron segundos críticos mientras la nave mudaba las capas externas. Pero había conseguido el efecto deseado: los circuitos de encendido del retropropulsor pasaban por la cubierta de la nave, muy cerca de su hombro. Si no podía enviar una señal pulsando un botón, el campo de energía del sable láser alimentaría el circuito de forma más directa.

No pasó nada. Bien... quizá moviéndolo un poco a la izquierda.

Lo volvió a intentar, quemando un segundo agujero en la cápsula. Otra parte de la cubierta salió volando, pero, afortunadamente, esta vez el circuito se encendió.

Un empujón y luego otro. La parte dañada se desprendió del casco. La cápsula se partió en dos como si fuera una nuez, y Obi-Wan se encontró en una delgada cápsula, transparente y alada. El viento silbaba por los agujeros abiertos por el sable láser, pero el soporte vital interno de la cápsula, construido a base de monofilamento casi indestructible, aguantaba más que la carcasa externa.

Al cabo de unos momentos, el aire fluyó libremente. Al ver que había piezas de metal saltando a su alrededor, Obi-Wan aguantó la respiración mientras los circuitos retropropulsores automáticos desplazaban a la cápsula por una ruta de planeo suave. Al cabo de un mal rato, se encontró navegando en un arco largo, superficial y no motorizado. La velocidad de descenso empezó a disminuir. El viento aullaba contra la cubierta externa. A sus pies, el desierto era una interminable extensión moteada de marrón y verde grisáceo. Las montañas Dashta estaban a lo lejos, sólo visibles como arrugas oscuras bajo la cubierta de nubes. En unos minutos estaría lo bastante cerca del suelo como para verlo con detalle. Minutos para pensar, planear y dejar que su decepción se tornara energía. Obi-Wan observó cómo parte de la piel de la nave salía volando. Otros pedazos salieron también despedidos, alejándose de él. Tampoco era el fin del mundo si alguno de ellos causaba un pestañeo en un escáner. *Lo cual no tiene por qué ser forzosamente malo, pensó. Si hay alguien detrás de esto, y si ese alguien dañó mi cápsula de salvamento, estará vigilando los cielos. Y, si ve los restos, podría llegar a la conclusión de que su plan ha funcionado...*

*Quien quiera que sea. Busque lo que busque.*

Doolb Coracal contempló el monitor mientras la nave se elevaba, liberándose del tirón gravitacional de Cestus. Una vez lo dejó atrás, se detuvo mientras los ordenadores trazaban el salto al hiperespacio. Ya echaba de menos a su amigo Obi-

Wan, y había empezado a preparar una explicación para el Canciller. ¿Qué iba a decirle? ¿Había alguna forma de ver ese desastre con alguna luz positiva? Lo dudaba, pero...

La voz de Equisdós lo sacó de su ensimismamiento.

—Señor, puede que tengamos un problema.

En su voz había algo que Coracal captó muy bien: pánico controlado.

— ¿Problema? ¿Problema? ¡El Maestro Kenobi me prometió que no habría problemas!

—No creo que se le ocurriera que pudiera pasar algo así, señor.

— ¿El qué?

Una pequeña nave se acercaba desde un punto ubicado entre las dos lunas de Cestus, acechando como un ave de presa. Era pequeña y negra, con un diseño eminentemente práctico que indicaba que había sido creada para ser útil. Un mercenario de guerra. Un cazador asesino.

Coracal empezó a racionalizar la presencia de la nave, con la mente trabajando a una velocidad febril. *Quizá sólo esté de paso por Cestus y se haya cruzado por error en nuestro camino...*

Pero especulaciones tan optimistas demostraron ser falsas esperanzas. La nueva nave les lanzó una sonda robot. El arma inteligente avanzó en espiral, ubicó su objetivo y empezó a disparar una ráfaga letal. ¿Un saludo de las Cinco Familias?

El consumado profesional que era Equisdós consiguió mantener la voz tranquila en un momento en el que Coracal quería gritar con toda la fuerza de sus pulmones.

—He Iniciado las maniobras de evasión, pero no lo se. Señor, le sugiero que siga el ejemplo de Obi-Wan y evacúe la nave. Lo único que pudo decir Coracal fue:

— ¡Aiyiii!

La nave empezó a efectuar bucles de maniobras evasivas. Debía de haber más robots sonda acompañando al primero, porque la nave se balanceaba y se estremecía por los disparos, mientras Equisdós hacía todo lo que podía.

—Señor —repitió Equisdós—. Le sugiero que se vaya.

—No. Me voy a quedar contigo. El Maestro Kenobi me prometió que estaría a salvo.

—No puedo obligarle a marcharse, señor, pero dentro de un momento lanzaré las cápsulas de salvamento con objeto de distraer a los misiles.

Al escuchar la voz metálica de Equisdós sintió que su calma atravesaba sus mecanismos de defensa, cosa que no habían conseguido ni el sonido de los disparos. ¡Se quedaban sin cápsulas de salvamento!

— ¡No! ¡No! ¡Espera!

Forzándose a avanzar a velocidad límite, Coracal se deslizó al ritmo al que pasearía un humano y se introdujo en la cápsula de salvamento. Pulsó el botón de



secuencia automática, y sus zarcillos oculares se enredaron de angustia. La espuma antiimpacto lo envolvió, y él dejó de ver el exterior. Durante un momento no pudo respirar. Entonces, sus labios encontraron el respirador de emergencia, y el aire penetró en sus pulmones.

Y luego todo se puso negro, cuando la cápsula se hundió a través de las paredes de la nave. Sintió un movimiento brusco, un empujón... y, de repente, silencio absoluto. Y luego, la sensación de estar flotando.

Coracal no tenía ningún control, todo lo dirigía el programa automático de emergencia. Una pantalla se abrió ante sus ojos, una especie de monitor computerizado que mostraba el exterior de la nave mientras las otras seis cápsulas de salvamento salían disparadas.

Dos de ellas atrajeron a los robots sonda, alejándolos de Coracal mientras se precipitaba hacia la atmósfera, pero la pantalla mostró la nave escapando a uno... dos... tres de los androides, y él empezó a sentirse más optimista.

Entonces, la pantalla se iluminó de forma cegadora. Cuando la intensidad disminuyó, sólo quedó humo y escombros. Equisdós y la nave no existían ya. Habían sido destruidos.

Se quedó contemplando la escena, horrorizado pero casi incapaz de hablar, contemplando los proyectiles que iban a por las naves restantes.

Coracal se quedó congelado por el miedo mientras su nave descendía. Las demás cápsulas giraron enloquecidas al activarse los programas de evasión. Uno de los androides sorteó una cápsula giratoria y se dirigió en línea recta hacia él.

Contempló la destrucción de una capsula has de otra, hasta que desaparecieron del cielo, que volvía a tornarse azul mientras se seguía sumergiendo en la atmósfera. Escuchó un balbuceo de fondo y se dio cuenta con horror de que era su propia voz, delirando ante el inminente momento de dolor y fatalidad.

— ¡Me pienso querellar! ¡O se querellarán mis herederos! Por daños y perjuicios emocionales... —un androide pasó por su izquierda, pegado ala nave y persiguiendo una de las distracciones programadas en su cápsula. La explosión resultante pintó el cielo de amarillo e hizo que su cápsula se desviase bruscamente hacia la derecha, con lo que otro de los androides falló el tiro—. Vaya, ha faltado un... —se produjo otra horrible explosión, y Coracal soltó un chillido burbujeante— ¡pelo!

Se volvió para mirar hacia arriba, una vez consiguió determinar dónde estaba "arriba", y vio otro misil dirigiéndose hacia él a toda velocidad.

— ¡No, no, estaba bromeando! ¡Retiraré la querella! Firmaré una admisión total de responsabilidad o de negligencia... o ¡aaaaay!

Y justo un instante antes de que el discurso se convirtiera en algo terminalmente irrelevante, una de las otras cápsulas de salvamento volvió a su ruta, interceptando justo a tiempo el misil.

Mientras Coracal cerraba los ojos y ofrecía su alma al Sumo Cefalópodo se oyó otra explosión que empequeñeció a las anteriores tanto en su alcance como en el efecto que tuvo en Coracal, que se dio cuenta de que su concha necesitaría un buen lavado después de aquello.

Entonces, de repente, del exterior sólo le llegó silencio. Para su sorpresa, se dio cuenta de que había sobrevivido a la tormenta. Ahora sólo quedaba un pequeño detalle: el aterrizaje.

Una luz roja empezó a parpadear en el panel de control, y la cápsula solicitó una serie de operaciones manuales, advirtiéndole con una voz femenina y calmada: "El impacto de las explosiones ha dañado los sistemas automáticos. Por favor, no se preocupe. Los sistemas de respaldo manuales funcionan perfectamente. Por favor, realice las siguientes operaciones en la secuencia solicitada."

Coracal realizó todas las tareas que se le pedían una tras otra, mientras veía cómo se acerca el suelo a velocidad vertiginosa. El altímetro se acercaba a cero con una rapidez que inducía a la náusea. "Ahora desacople los escudos externos..." Interruptor, "...y ahora, por favor, al cabo de cinco segundos, desacople todos los nodos primarios y canalice toda la potencia a la cámara secundaria..." ¿Qué interruptor era? El altímetro le mareaba, pero no se atrevía a mirarlo, ni a mirar de reojo el suelo que se precipitaba hacia él como una gigantesca mano alzándose para atraparlo en el cielo.

"Y ahora, por favor, conecte el retropropulsor principal."

El desastre se cernía sobre él. Nada de lo que pudiera hacer supondría alguna diferencia. Seguro que ese momento sería el último. Seguro...

Un violento latigazo lateral estuvo a punto de hacerle vomitar. La cápsula rebotó mientras los retropropulsores se encendían y el aire del exterior se teñía de rosa. Coracal consiguió volver a respirar, y sus zarcillos oculares abandonaron su frenético y salvaje baile mientras se deslizaba hacia el suelo.

Bajo él, más hacia el Oeste, Obi-Wan Kenobi hacía rodar su cápsula hacia las sombras para ocultarla bajo una montaña de arena y rocas. El instinto le hizo alzar la mirada hacia el cielo, en el que se abrían unas flores de rojo y blanco contra las nubes. Frunció el ceño, intentando distinguir de qué se trataba, y se dio cuenta de lo que era: los pedazos de su nave entrando en la atmósfera. Su corazón se entristeció, temiendo que aquella chapucera misión hubiera costado las vidas de Equisdós y del inofensivo y brillante Coracal. ¿Cómo había podido pasar? ¿A qué fuerzas ocultas se enfrentaban...?

Entonces vio el brillo púrpura de fuego retropropulsor, y se relajó un poco. Alguien había conseguido escapar de allí. Y Coracal siempre tenía mucha suerte. Había bastantes posibilidades de que su viejo amigo siguiera con vida.

Y eso estaría bien. Si había algo seguro en Cestus, era que en las horas venideras

necesitarían todas las manos y mentes ágiles que pudieran encontrar.

Obi-Wan ocultó su señal de socorro con mensajes codificados en ráfagas breves. Menos de dos horas después, Thak Val Zsing y Einta fueron a buscarle con una docena de reclutas. Mandó a seis de ellos a por Coracal, y siguió a los demás hasta el campamento, donde se reunió con Kit Fisto y los otros soldados clon.

Una vez allí le animó ver todo lo que se había conseguido. Le dieron de comer y escucharon la versión corta de su accidentada escapatoria. Luego se sentó para conversar seriamente.

—El menor de nuestros problemas —dijo para concluir— es que hayan fracasado las negociaciones con G'Mai Duris y los gobernantes de Cestus.

—Estoy de acuerdo —dijo Kit. Sus ojos negros brillaban—. Aquí hay otras fuerzas en juego. Hemos sido manipulados desde el principio.

Es hora de poner en marcha la siguiente fase de nuestra operación.

¿Nato?

Dijo esto alzando la voz y señalando con la cabeza a los clones, que se levantaron uno a uno y le dieron su informe.

Mientras la comida era digerida por su sistema, Obi-Wan se sintió reconfortado por la cadencia militar y comedida de los soldados. Hubo un tiempo en que aquella precisión carente de emociones le resultaba irritante, pero ahora le calmaba. No podía subestimarse la valía de esa capacidad. Podía llegar a salvar la vidas de todos, así como el plan.

Tenía que admitir que para él fue una grata sorpresa recibir de los comandos unos informes tan precisos, perceptivos y admirables.

Cuando terminaron, Kit Fisto se echó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

— ¿Qué piensas? —le preguntó después de que Obi-Wan permaneciera callado durante casi un minuto.

—Es impresionante —dijo—. Todo esto hace que mi metedura de pata sea todavía más infantil en comparación.

Obi-Wan se levantó, dándose unas palmadas en los muslos.

—La situación ha cambiado —dijo—. Nuestros recursos han cambiado y la naturaleza de nuestros adversarios ha cambiado. Caballeros... —contempló a los asistentes—, una persona o personas desconocidas han destruido nuestra nave y han matado a uno de vuestros hermanos. Ha sido un acto despreciable, y debe ser considerado como tal.

Los reclutas del nuevo e improvisado "Viento del Desierto" eran ya hombres valientes. El terrible entrenamiento había tamizado a los débiles y había transformado

a los que quedaban en una banda capaz de seguir órdenes y de marchar con valor hacia el peligro. Aun así, quedaba una pregunta vital: ¿estaban de verdad dispuestos a matar o morir? Era imposible adivinar quién se acobardaría ante los disparos. Sólo el combate podía responder a las preguntas que ardían en el pecho de todo recluta novato:

*¿Lo haré? ¿Seré capaz?*

Vio esa pregunta en ellos. También vio que su cercanía a la catástrofe no lo había rebajado a sus ojos. De hecho, era como si los miembros supervivientes de Viento del Desierto le aceptaran ahora más, como si le consideraran un aliado, alguien que ahora estaría dispuesto a ir más allá de sus parámetros preestablecidos para hacer algo más peligroso.

Alguien había intentado asesinarlo. Alguien le había traicionado y manipulado. ¿Duris? ¿Las Cinco Familias? ¿Trillot?

Alguien, pero ¿quién? ¿Quién podía salir ganando con su muerte?

Él intentó concentrarse en la tarea que tenía entre manos.

—Seguiremos adelante y terminaremos lo que empezamos —dijo—. Vosotros no me conocéis, pero gracias a los maravillosos informes de mis colegas, ahora yo os conozco a vosotros. —Ya tenía sus ojos y sus mentes. Ahora debía ganarse sus corazones. En los días venideros os quedara clara la naturaleza de nuestra nueva situación, y confío en que ninguno flaqueará ante la difícil tarea que nos espera. Esto ya no es una mascarada. Puede que vuestra rabia esté justificada, pero debo pedirlos que la controléis. Os pido que sigáis el camino menos violento para el daño que vamos a tener que hacer. Que seáis piadosos en la medida de lo posible, y que tengáis valor cuando sea necesario.

Hizo una pausa y se recompuso.

—Vinimos a Cestus buscando una solución diplomática. Y parece que esa opción ya no es posible. Señoras. Caballeros —miró fijamente a cada uno de ellos—. Debemos considerarnos en peligro.

G'Mai Duris repasó durante horas los informes y las sugerencias de sus consejeros, intentando comprender mejor la posición que ocupaba en ese momento. La República había intentado influir en sus decisiones mediante el engaño. El Jedi había conseguido colocarla a la cabeza del Consejo de la Colmena. Le había dado una información que podía destruir a Cestus Cibernética, o bien ofrecer a su pueblo un nuevo comienzo.

Pero, con su fraude, Obi-Wan la había sumido en una pesadilla. No podía apoyar al Jedi ni aceptar su apoyo. La información de que disponía no podía emplearse para manipular a Cestus Cibernética. Sin el respaldo de la República, esa información sólo garantizaba que la asesinaran.

También quedaba otra pregunta, una que le costaba más trabajo responder. ¿Cómo habían conseguido pillar al Jedi? No creía ni de lejos que el intrigante de Quill pudiera sorprender a Obi-Wan de esa manera. No. Conocía demasiado a su primo como para creerlo capaz de semejante golpe. Quill había recibido una ayuda importante, pero ¿de quién?

Había otras fuerzas en juego, y quizá fueran mucho más peligrosas.

Su ayudante, Shar Shar, entró rodando en la habitación, con la piel reluciendo de forma desigual por el pavor.

— ¡Regente Duris! —gritó—. Traigo noticias terribles —Shar Shar estiró un brazo e introdujo un código en la máquina, pasando sus rechonchas manitas por la lectura hasta que cambiaron las imágenes—. Esto ha llegado hace un minuto.

Era una vista orbital de uno de los satélites que se empleaban para monitorizar y proteger todo el sistema planetario. Todo, desde las lunas hasta las minas. Vieron la nave de Obi-Wan dejando la atmósfera.

—Perdimos la imagen por un momento, al producirse el cambio de los monitores terrestres a los orbitales. Quizás esta nave...

Algo apareció desde una luna. Era negro y estaba extrañamente configurado, y Duris pensó que sus ojos la engañaban. Por un momento pensó que se trataba de una enorme ave de presa, pero entonces se dio cuenta de que en absoluto era un ser vivo, sino una nave de un diseño que no había visto nunca.

Pero ¿de verdad era desconocida? ¿No había visto algo así en una serie de naves compradas por el departamento de seguridad de Cestus Cibernética el año pasado? Salió de ninguna parte y se salió de cuadro hasta que fue captada por otro satélite. Después, ambas naves entraron en el mismo campo de visión. La nave negra escupió algo hacia la nave Jedi, que de inmediato empezó a realizar frenéticas maniobras.

— ¿Quién va en la cápsula de salvamento? —preguntó G'Mai.

—Déjeme ver —su ayudante manipuló el campo de visión—. No está muy bien blindada. Quizá podamos... ¡ah! No es humano... El abogado vippit.

—Entonces, ¿el Jedi pilota la nave?

—Quizás y...

De repente, todo el campo visual quedó inundado de luz lo suficiente como para que no quedara ni una sombra en toda la sala, dejando a todos los presentes momentáneamente aturdidos y casi ciegos.

— ¿Qué ha sido eso? —preguntó Duris, comprendiendo al instante lo absurdo de su pregunta. Sabía perfectamente lo que había sido. Y, aún más, sabía perfectamente lo que aquello significaba.

Alguna fuerza o persona desconocida había destruido la nave de la República, y con ella al Jedi elegido personalmente por el Canciller Supremo Palpatine para negociar con Cestus. Emitió un quejido. Las cosas ya estaban bastante mal. El descubrimiento del engaño de Obi-Wan y su desenmascaramiento público la había dejado atada de manos. Pero aquello era mucho peor que malo, tanto que debería buscar nuevos sinónimos, y esas nuevas palabras deberían esperar a que dejase de tener demasiadas ganas de vomitar y pudiera pensar con claridad.

Pese a la rabia que sentía, creía que Obi-Wan había actuado motivado por su deseo de que Cestus regresara a la protección que le supondría el rebaño de la República. Se había dado cuenta con un profundo respeto y alivio de que nadie había salido herido con la farsa del secuestro. Creía de corazón que aquello indicaba una verdadera preocupación por las vidas y el bienestar tanto del guardia de seguridad más insignificante como de los propios miembros de las Familias. Pero la persona o la entidad que había actuado contra el Jedi no había tenido esos escrúpulos. Era obvio que se responsabilizaría a Cestus de aquello, y que a ella no le quedaría más opción que apoyar a la Confederación.

Y aunque no podía alcanzar a entender las intenciones de todos los implicados, prefería a Obi-Wan antes que a aquellos asesinos ocultos.

— ¿Qué hacemos? —preguntó Shar Shar, rebotando del nerviosismo.

—Sólo podemos hacer una cosa —respondió ella—. Y es recuperar sanos y salvos a los supervivientes que pueda haber. Al menos Coracal estará vivo. ¡Buscad una señal de socorro!

Jangotat y el resto de la partida de rescate habían recorrido casi todo el camino hasta el lugar indicado por la señal de rescate del abogado Coracal, deslizándose casi a ras de suelo en sus motojets. Estaban a menos de tres clicks de distancia cuando recibieron las primeras señales de una nave de rescate de ChikatLik que se acercaba.

—Tenemos un problema, capitán —dijo Einta.

—De acuerdo, sargento.

La huida de Obi-Wan de la nave había sido prevista y había pasado desapercibida. Su cápsula había pasado inadvertida para los escáneres. La posterior salida de Coracal fue algo completamente diferente. La señal de rescate del vippit pudo ser recibida por cualquiera con un escáner orientado en las frecuencias de emergencia. Los soldados clon tenían sus órdenes: rescatar a Coracal. No había forma de saber la naturaleza o la inclinación de los que ahora se precipitaban a su encuentro. ¿Seguía siendo vital no exponer la presencia de fuerzas armadas de la República en Cestus? ¿Qué hacer?

Tomó la decisión entre un puñado de opciones, a cada cual peor.

—Cuátor y Viento del Desierto viajarán hacia el Norte para interceptarlos. Hacedos fuertes y que parezca que sois más de los que sois en realidad. No esperan un encuentro hostil, y en teoría se retirarán.

—Sí, señor.

— ¡Adelante!

Dos de las motojets se dirigieron hacia el Norte. Envío un mensaje en clave a los que se quedaron con él.

—Seguidme. A toda velocidad.

El drama de la nave de la República había atraído la atención de los miembros de las Cinco Familias. Quill, enfurecido, había ido a la sala del trono, y Llitishi ya estaba en camino. Quill irradiaba odio y triunfo al mismo tiempo. ¿Cuánto tardaría en encontrar la forma de asesinarla? ¿Un mes? ¿Una semana? ¿Unos días?

—Regente Duris —dijo Shar Shar, rodando angustiada de un lado a otro—. Nuestro grupo de seguridad se acerca al punto donde está la cápsula de salvamento, pero hay un problema.

— ¿De qué se trata?

La pequeña bola azul frunció el censo. Mire —en el campo de proyección, unos cuantos puntitos se aproximaban desde las montañas Dashta hacia la cápsula.

— ¿Qué es eso?



—Pues normalmente habría supuesto que se trataba de aborígenes, señora, pero lo cierto es que se mueven muy rápido.

Quill sonrió, mezquino, revoloteando por la rabia contenida.

—Sabemos que Viento del Desierto cooperaba con el Jedi. Sólo estamos viendo las armas con que compraron esa cooperación, regente.

—¿Y ahora quieren rescatar al vippit? —la cabeza le daba vueltas.

—Quizás incluso sean responsables del ataque.

—No disponen de ese armamento

Duris se mordió la lengua. Las aguas se enturbiaban por momentos, ¿Estaría implicado Viento del Desierto? Pero si tenían otros aliados que podían haberles suministrado la tecnología para cometer ese asesinato, entonces los anarquistas jugaban a dos bandas al apoyar a alguien que podía proporcionarles armas. Eso descartaba su sospecha de que Quill hubiera obtenido aquel holovideo de alguna fuente cómplice. Y, si era así, ¿quién había tendido esa trampa? ¿Y quién había caído en ella?

Duris empezaba a pensar que Obi-Wan había sido más sincero de lo que había pensado. Entonces, ¿por qué no había luchado por declararse inocente? Si era por razones de seguridad, ¿por qué no había solicitado una audiencia en privado? No, ella había visto en su cara sorpresa, asombro, consternación... y vergüenza.

— ¡Señora! —exclamó Shar Shar—. ¡El equipo de rescate está siendo tiroteado!

Duris manipuló el sensor del brazo de su sillón, incapaz de encontrar el dato.

— ¿Tenemos contacto visual?

Shar Shar intentó manipular el satélite, pero la mejor imagen que conseguía proyectar sólo mostraba unos puntitos luminosos en medio del desierto.

—No —dijo la zeetsa—, pero emplean armas similares a las que sabemos que posee Viento del Desierto.

Por supuesto. Eso no quería decir nada. O lo decía todo. Le dolía la cabeza.

—Dígales que se retiren. Deja en la zona un equipo de seguridad reducido.

Los demás puntos empezaron a marcharse. ¿Habían llegado a la cápsula y rescatado al superviviente?

— ¡Se van! —dijo Shar Shar, encantada. Los puntos de la pantalla desaparecieron—. Habrán llegado a las montañas. Nuestro satélite ya no puede verlos.

¿Habían rescatado a Coracal? ¿Lo habían secuestrado? ¿Asesinado? ¿Torturado para obtener información? ¿Le habían dado la bienvenida como amigo? No podían adivinarlo desde tan lejos, pero las diferencias entre todas esas posibilidades podían costar el puesto a G'Mai Duris.

Y, lo que era más importante, podían costar la vida a todos los habitantes de Cestus.

Con los anarquistas marchando en diversos frentes, no había tiempo para descansar en ChikatLik. Los ataques siempre se llevaban a cabo con precisión de láser, y casi siempre producían daños estructurales mínimos y ninguna pérdida vital. Aun así, en cada golpe resultaba dañado un complejo industrial, y su producción quedaba frenada o interrumpida. Las minas quedaban demasiado dañadas para que los obreros entraran, los vehículos eran sabotados y las fuerzas de seguridad sufrían humillaciones que despertaban su ira. Y detrás de todo eso, detrás de cada marca en el mapa que señalaba otro puente volado, otro aeropuerto paralizado, otra estación de procesamiento central inutilizada, Duris creía percibir la mente de Obi-Wan Kenobi: brillante, atrevida, estratégicamente diversa y respetuosa con la vida en todas sus formas.

¿Seguiría vivo el Jedi?

Si se bloqueaba la mayoría de los centros de producción, si las cadenas vitales de montaje se veían reducidas a un ritmo mínimo, ella se quedaría de manos atadas. Tendría que presentar una demanda para obtener la paz o llamar a las fuerzas de la Confederación para que protegieran sus intereses, arrojando a Cestus por el sendero de la destrucción. Porque si Cestus recurría a la Confederación, la República lo consideraría un planeta enemigo productor de armas letales. Cestus no tenía una flota capaz de resistir a ninguna de las dos fuerzas destructoras. G'Mai Duris quedaría reducida a pedacitos política, económica y personalmente, y Cestus acabaría siendo un pie de página al que nadie prestaría atención en los libros de historia que relataran los intentos fallidos de secesión.

La regente durmió poco en aquellos días. Era como si cada cinco horas aproximadamente le llegara un nuevo informe con más imágenes de refinerías en llamas, fuerzas de seguridad desertoras e historias sobre equipos paramilitares (quizá Viento del Desierto o algún otro) que atacaban desde el silencio y las sombras, para luego desaparecer. Se desvanecían como el humo.

Entonces, una noche, los gritos de Shar Shar la arrancaron de su sueño inquieto.

— ¡Tenemos atrapado a Viento del Desierto! exclamó . Venga, por favor.

G'Mai Duris se puso una bata para tapar su enorme cuerpo y se apresuró a seguir la forma esférica azul de su asistente mientras rebotaba por el pasillo hacia el observatorio.

Reconoció el lugar de los holos: la estación geotérmica de Kibo, situada al oeste de las colinas Zantay. Kibo había aparecido en la lista de alta prioridad de posibles objetivos, por lo que se le habían adjudicado equipos adicionales de seguridad. Parecía que esa preocupación estaba justificada.

— ¿Qué sucede?

—Una unidad de Viento del Desierto. No son más de diez. Estaban saboteando una de las torres cuando los localizó una sonda secundaria. Llegamos antes de que pudieran escapar. Parece ser que les cortamos la retirada.

—Bien, bien —dijo Duris—. Entonces hay posibilidades de capturarlos e interrogarlos

Puede que por fin consiguieran saber algo de la verdad. Puede.

Obi-Wan Kenobi fue acorralado en un bunker en la orilla rocosa del lago Kibo, justo a las puertas de la cúpula blanca de durocemento de la estación. En la última hora se había levantado una suave brisa. El aire estaba lleno de arena y polvo, lo cual reducía la precisión en los disparos. Sus enemigos parecían sentirse menos obstaculizados, y uno de sus reclutas estaba herido por los disparos de los francotiradores. La sorpresa y la rapidez del fuego de respuesta desanimaron al resto.

Los soldados clon seguían disfrazados de combatientes de Viento del Desierto. Aunque Obi-Wan sabía que existían imágenes incriminatorias de holovideo, a Coruscant le resultaría más fácil negar las alegaciones si no había testigos adicionales, y no había evidencia de la participación de soldados clon. El cráter volcánico de cincuenta kilómetros de diámetro que conformaba el lago Kibo era el cuarto más grande del planeta. Los respiraderos activos que quedaban en el fondo habían transformado una de las mayores concentraciones de agua del planeta en un caldo geotérmico hipermineralizado que albergaba una serie de extrañas especies acuáticas, además de una fuente de energía para muchas de las minas adyacentes.

Las estaciones geotérmicas aprovechaban esos respiraderos volcánicos para concentrar el calor y alimentar una serie de turbinas de vapor. Esa energía se vendía en diversas formas por todo el planeta.

Había hecho falta sigilo y valor para ponerse en posición para el asalto. Se habían acercado por el lago Kibo a ras de la superficie al tiempo que se arrastraron por la pared del cráter desde el desierto, en una precisa maniobra en pinza.

Las cargas explosivas que neutralizarían a los guardias sin provocar bajas habían sido cuidadosamente colocadas. Si todo hubiera ido bien, se habrían escabullido en el desierto una hora antes de que el falso amanecer provocado por la primera explosión iluminara el cielo nocturno.

Pero ya no sería así. Había sido algo accidental. Treinta horas antes del ataque, el sistema de seguridad de Kibo sufrió un fallo de funcionamiento. Toda la red de seguridad se había desconectado discretamente para ser reparada, y a Obi-Wan le resultaba imposible averiguar sus intenciones realizando un empalme. Y lo que era peor: era imposible saber cuándo volverían a conectar el sistema.

¿La oportunidad perfecta o la trampa perfecta?

Viento del Desierto se pasó media hora observando, esperando, sudando, antes de decidirse a seguir adelante con el plan. Por tanto, la mitad de ellos había entrado en la refinería mientras el resto se quedaba detrás, con la esperanza de que el sistema de alarma no revelara su presencia cuando volviera a conectarse. En caso de que la revelara, debían desarmarlo por completo.

Y el plan podría haber funcionado, de no ser porque la seguridad de la planta no estaba probando el viejo sistema. El personal estaba instalando un sistema completamente nuevo que no aparecía en ninguno de los planos proporcionados por la siempre sobornable Trillot.

Obi-Wan se había metido de cabeza en una trampa accidental.

— ¡Estamos rodeados! —susurró Thak Val Zsing.

—No —dijo Obi-Wan con calma.

Val Zsing asomó la cabeza y tuvo que retirarse rápidamente ante los precisos disparos de láser.

—Estamos acorralados —corrigió Obi-Wan—, pero no rodeados. Justo allí... — señaló a una serie de espirales de cerámica cerca de la cúpula principal—, las tuberías de extracción de calor llevan agua hirviendo a las turbinas —hablaba con toda la calma posible, pero sabía que la paciencia de sus compañeros tenía un límite—. ¿Jangotat?

Jangotat había estado contemplando tranquilamente su cuadrante desde que había comenzado la emboscada, y respondió con un tono de voz sin inflexión.

— ¿Sí, señor?

—Quiero que los distraigas por mí. Yo te cubriré —Jangotat se arrodilló mientras Obi-Wan dibujaba con el dedo la estrategia en la arena. El soldado comprendió las implicaciones al momento, pero Thak Val Zsing no estaba muy seguro.

—No lo entiendo —dijo el hombre.

Mira y aprende dijo Obi Wan . Por ahora necesitaremos fuego de cobertura.

—Mucho fuego de cobertura —añadió Jangotat—. ¿Sois los Jedi tan buenos con las pistolas láser como con los sables láser?

—Mejores —bromeó Obi-Wan—. Sólo utilizamos los sables láser para que las luchas sean más equitativas.

El CAR sonrió.

—Entonces vamos a ello.

Obi-Wan se rió para sí mismo. Tener un nombre nuevo parecía haber proporcionado también más personalidad a Jangotat.

Obi-Wan y sus hombres iniciaron una andanada de fuego cruzado que paralizó momentáneamente a los guardias apostados detrás de la cúpula. Aprovechando esa oportunidad, Jangotat salió de su escondrijo y, disparando por instinto, consiguió acertar sobre la marcha a uno de los guardias de seguridad. Una baja. Ya no se podía hacer nada. Obi-Wan sabía que aquello iba a costar vidas, pero aún tenía una pequeña esperanza...

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando Jangotat salió disparado desde un lado y zigzagueó por el muelle, soltando una ráfaga de fuego. Los disparos láser rozaban los pies del soldado clon, que se lanzó de cabeza limpiamente al foso

volcánico. Obi-Wan no quiso mirar. ¡El agua debía de estar hirviendo!

Tal y como había sospechado, los guardias que les estaban acorralando cambiaron ligeramente de posición para ver mejor la superficie humeante. En ese momento, Obi-Wan apuntó cuidadosamente e hizo un agujero en la tubería condensadora de calor.

Un vapor hiriente emanó de la tubería reventada, y los hombres de seguridad gritaron, olvidando por un momento todos sus planes e intenciones. Una buena escaldada era ideal para eso.

Miró por encima del hombro y vio que una motojet se aproximaba a toda velocidad para llevarse a Jangotat sano y salvo. Entonces, Obi-Wan lideró la carga hacia las desorganizadas fuerzas de seguridad.

Cuarenta metros los separaban de ellos. Si Obi-Wan podía conseguir unos segundos más, el ataque compensaría la diferencia de número. Uno de los hombres, ciego y escaldado, dirigió su arma a los intrusos, pero fue demasiado tarde, y ellos consiguieron cubrir la distancia.

Uno de los reclutas de Viento del Desierto cayó al suelo con el pecho transformado en una carcasa humeante. Y se produjo el choque.

El sable láser de Obi-Wan relució y los guardias cayeron. El vapor manó de la tubería dañada. Le escocieron los ojos, pero no estaba tan cerca como lo estuvieron los primeros hombres. Aquello debió de ser brutal.

El aire alrededor de Obi-Wan era un borrón de luz generado por el sable láser. Desde arriba les llegaron los zumbidos de las motojets, y Obi-Wan vio por el rabillo del ojo la de Kit Fisto pasando de largo mientras el nautolano se dejaba caer en medio de la batalla, blandiendo de izquierda a derecha el sable láser, rechazando disparos y cercenando pistolas láser por el cargador. Los guardias que tuvieron suerte consiguieron escaparse a gatas. Los menos afortunados cayeron agarrándose las heridas, y algunos de ellos jamás volverían a moverse.

Habían sido atrapados y engañados. Sólo se había evitado el desastre porque Jangotat había estado dispuesto a hacer exactamente lo que le habían ordenado, aunque esas órdenes parecieran una locura. Se había dado la vuelta al desastre, convirtiéndose en una escaramuza que podría acabar siendo una matanza si no se detenía ya. Hizo un gesto de retirada al nautolano, y las tropas empezaron a replegarse. Habían causado más daños de lo previsto en el plan original. Cuando los explosivos detonaran, todo el complejo se convertiría en un amasijo de escombros.

Aun así, por mucho que lo intentara, no se sentía nada orgulloso.

Se habían perdido vidas. Acababan de abrir la puerta al caos, y a cada momento que pasaba, era más ancha.

Desde el día en que el Jedi había sido expulsado de ChikatLik, Viento del Desierto había destruido tres refinerías, una planta eléctrica y una planta de manufacturado.

Y Duris sabía que aquello sólo era el principio.

No sabía qué hacer. Sólo podía emitir órdenes de seguridad. G'Mai no estaba segura de que sirvieran de algo, aunque se cumplieran sin falta.

Duris ya no sabía en quién confiar. Las Cinco Familias no dejaban de mentir. Estaba en su naturaleza, por haberlo mamado desde su primera comida. Cada pocas horas, aparecía otra mancha de color rojo sangre en el mapa de Cestus. Y eso significaba que se quedaban sin tiempo. Sabía que las Cinco Familias trazaban sus propios planes. La retirarían del cargo... o algo peor.

Y lo peor era que lo que más deseaba era volver a hablar con Obi-Wan. Pedirle que se explicara. Quizá si hubieran estado solos, habría sido posible. Pero ahora...

— ¿Cuáles son sus órdenes, señora? —burbujeó Shar Shar. —Sigue recopilando información, Shar Shar —dijo ella—. Y esperemos un milagro.

Los ejecutivos conocidos como las Cinco Familias se reunieron, con todo el sigilo y la discreción que les fue posible, en su residencia más privada: un bunker a setenta kilómetros al sur de ChikatLik. El bunker tenía el nombre oficial de "complejo de entretenimiento" y poseía una red de comunicaciones que podía monitorizar todo el planeta, así como suficiente comida y agua para abastecer a diez personas durante seis meses. Las instalaciones externas incluían un holoatrio, salas de ejercicio, comedores, lujosas habitaciones y zonas de descanso. Había una estancia interna todavía más segura, con paredes lo bastante gruesas como para soportar hasta el ataque de misiles glazion a lo largo de todo un día estándar.

Trillot nunca había entrado en el bunker, pese a su relación con el clan x'ting, y dudaba que volviera a tener la oportunidad de hacerlo. De momento, su anfitrión era su primo lejano, Quill, que le debía algún que otro favor. Aun así, el ambiente era visiblemente tenso. Y no mejoró cuando entró en la sala una mujer alta, de cráneo rapado y con la pálida piel de las sienes inscrita con tatuajes. Ventress llevaba un mono de cuerpo entero de cuero negro sullustano que enfatizaba aquella perturbadora cualidad etérea de sus movimientos.

Trillot realizó las presentaciones.

—Les presento a Asajj Ventress.

Los presentes se levantaron cortésmente. Luego volvieron a sentarse y esperaron a que ella hablara.

—Soy la comandante Asajj Ventress —el cráneo tatuado atrajo las miradas como si los dibujos estáticos tuvieran vida—. Represento al Conde Dooku. Nuestra nueva

empresa, los androides MJ, os proporcionará riqueza y poder sin límites. Pero no os confundáis; a mi Maestro le preocupan cosas más importantes que los beneficios. Si negociáis con limpieza, seréis recompensados —los delegados cuchichearon entre sí, asintiendo enfáticamente, y Ventress tuvo que alzar ligeramente la voz para volver a obtener su atención—. Si tratáis esto como una transacción comercial cualquiera, os arrepentiréis en la muerte.

La señora Por'Ten alzó una delgada mano de venas azules.

—No es necesario hablar así, comandante. Quizás haya habido un poco de confusión últimamente, pero puedo asegurarle que hemos vuelto al buen camino con la... "salida" de Obi-Wan Kenobi.

Ventress inclinó la cabeza.

—Bien —dijo ella con los labios curvados en una sonrisa gélida—, entonces discutamos los pormenores.

La mayoría se mostró cortésmente de acuerdo, hasta que alguien tuvo la sinceridad de decir lo que pensaba.

— ¿Y qué pide?

Ventress fijó la vista en la oradora y bajó la mirada amablemente.

—Que continúen sirviendo a sus mejores intereses.

La respuesta pareció contentarlos.

— ¿Y cuáles son esos intereses?

Ventress alzó los ojos. Ardían como brasas.

—La supervivencia. Y no estaríais vivos, ninguno de vosotros, si hubierais cedido ante el Jedi. Ahora bien, sé que sobrevivió al menos una cápsula. Como creo que tanto Kenobi como sus aliados siguen con vida. Puedo sentirlo. E intentarán desbaratar nuestras negociaciones.

La señora Por'Ten refuló al ver la fiereza de Ventress.

— ¿Q... qué tenemos que hacer?

Ventress esbozó un atisbo de sonrisa con sus finos labios.

—Obedecerme —dijo Ventress—. Y darme la información que tengáis y que se pueda proyectar en un mapa.

— ¿Por qué?

Su mirada se endureció.

—No pidáis respuestas que no podéis comprender —dijo ella—. Digamos simplemente que mi intención es demostrar a Kenobi que es inferior a mí. Sus mentiras son mi realidad.

Toda la información se recopiló e introdujo en los ordenadores. Incluía todos los avistamientos, todos los actos de sabotaje y todo lo que se sabía, incluida la desaparición de la nave de escape.

Todo.



Asajj Ventress pasó a través del campo de proyección con los ojos cerrados y las manos estiradas, como una niña ciega intentando conocer una habitación nueva.

O eso le hubiera parecido a una mente ordinaria. A otros les parecía una extraña y terrible sirena buceando por un océano de energía viva, deslizándose por líneas de intención.

Trillot pensó que Ventress era lo más bello y aterrador que había contemplado en su vida.

Finalmente, Ventress se giró y les miró. Estiró la mano, tocando con un dedo tembloroso un punto en medio de todas esas líneas luminosas.

—Aquí —dijo ella—. Están en este lugar.

— ¿Estás segura? —preguntó la señora Por'Ten—. ¿Puedes estar segura de la ubicación?

Los demás contuvieron la respiración. No querían ni pensar en el riesgo potencial que podía suponer cuestionar a esta mujer de cualquier forma, manera o modo.

Su pecho se hinchó al responder:

—Los de la Familia estáis muertos para la Fuerza. Pero Obi-Wan. Sí... él vive en ella. Él y... sí... —cerró los ojos—. Hay otro —respiró hondo, como si oliera el aire—. El nautolano. Sí. Él también es Jedi. Puedo sentirlo. Puedo sentir las perturbaciones en la Fuerza.

Ella les sonrió.

—Si ves ondas en el agua, ¿acaso no sabes dónde ha caído la piedra? Si estos mapas y la información son correctos, mi análisis será certero.

Mientras Ventress hablaba con los demás, Trillot sintió que la presión aumentaba. Si esa operación fallaba, la dama del crimen tendría que cargar con las iras de ambos bandos. Pero, si tenía suerte...

Quill se le acercó.

—Lo has hecho bien. Sigue apoyándome, prima. Si las Cinco Familias se benefician de todo esto, tendrás una recompensa mucho más grande de lo que imaginas.

—Tengo mucha imaginación —dijo Trillot, girándose para mirarles—. ¿Qué ofreces?

—Hace trescientos años que hay Cinco Familias —dijo Quill, rodeando seductoramente a Trillot—. Minería, manufacturado, ventas y distribución, e investigación y energía. Pero la minería siempre ha comprendido que la fuerza de trabajo forma parte integral de nuestro proceso.

— ¿Y qué?

—Que... cuando Duris muera, habrá sitio en el Consejo de la Colmena para Trillot.

A Trillot le relucían los ojos.

—Piénsalo. Tus larvas ya no se arrastrarán en las sombras.

— ¿Las invitarán al baile?

Quill sonrió.

—Cenarán en la mesa presidencial. Trillot, amiga mía. Hermana. Ya va siendo hora de que tu familia y tú salgáis de la oscuridad y ocupéis el puesto que os corresponde.

Quill había encontrado el punto débil de Trillot.

— ¿Qué tengo que hacer? —dijo ella.

Ventress lo observaba todo en silencio. Seguía teniendo las manos estiradas, como si se alimentara a través de las puntas de los dedos. Trillot había oído que Obi-Wan Kenobi había hecho una fantástica demostración falsa unos días antes. ¿Podría Ventress hacer algo tan increíble? Y, en caso de ser así, ¿acaso no implicaba eso que era superior al Jedi...?

—Tienes que recordar quién ha sido tu amigo y aliado en todos estos problemas. Y no hablo precisamente de Duris.

—No.

—Ni de Kenobi —dijo él lentamente, mirando para cerciorarse de que su letal aliada no podía oírles—, que utiliza nuestro planeta como peón en el tablero de la galaxia. —Sí —Trillot estaba temblando. — ¿Temes a Kenobi? Trillot asintió.

—Pues no lo hagas. Nuestra aliada, la gran Asajj Ventress lo matará. Tendrás que proporcionarle todo lo que te pida, cuando lo pida, y sin rechistar. Puede que Kenobi siga confiando en ti y que te pida ayuda. Si lo hace, actúa sin dudarle. Ese momento llegará, y quizá cuando llegue puedas salir a la luz del sol.

—Tenemos que actuar —dijo Ventress, girándose hacia ellos.

— ¿Qué tienes en mente? —preguntó la señora Por'Ten.

Ventress contempló la sala casi como si no percibiera la existencia de los otros.

—Lo que tengo en mente es una prueba para vuestros androides MJ.

Los miembros de las Cinco Familias se miraron nerviosos.

—No serán letales hasta que se les reemplace los cristales de gabonna, señora.

—Da igual. Los prisioneros pueden ser ventajosamente interrogados. Lo que si será necesario es lo siguiente: hace meses, el Conde Dooku diseñó y solicitó la fabricación de unos androides especiales de infiltración. Según vuestros informes, estos androides están terminados y listos para ser probados.

—Sí, es correcto —dijo uno de los técnicos.

—Entonces, ellos y los MJ seguirán mis órdenes —dijo Ventress, y sonrió. Y su sonrisa era tan insensible que a su lado un gesto de desprecio resultaba cálido y agradable.

No estaban vivos, pero se arrastraban por la oscuridad. No tenían mente, pero soñaban con la muerte. No tenían necesidades corporales, pero estaban ansiosamente hambrientos.

De momento, los cuatro androides que iban en cabeza eran poco más que sacos de gelatina. Unas luces amortiguadas incrustadas en sus cuerpos semisólidos dejaban entrever pedazos de formas metálicas suspendidas en su interior.

Los que iban atrás eran más sólidos, dorados, en forma de reloj de sol. Sus pequeñas piernas puntiagudas avanzaban sin problemas por el camino abierto por sus hermanos mayores. Eran MJs.

Los cuatro androides de infiltración se servían de su forma imprecisa para introducirse hasta por los pasadizos más estrechos y para encontrar apoyos en cualquier parte, adoptando la forma que mejor sirviera a sus propósitos. Los nodos láser que tenían en la superficie calcinaban la roca, derritiéndola y moliéndola para ensanchar el pasadizo.

Viajaron de ese modo durante kilómetros, haciéndose más sólidos cuando tenían que derribar un obstáculo, y más Huidos cuando tenían que explorar, abriendo camino a los MJs.

La procesión letal susurraba bajo el suelo, bajo los sensores, bajo cualquier observador potencial. Y viajaba casi en silencio. Cuando se encontraban con un obstáculo, lo eliminaban o pasaban por él atravesándolo y derritiéndolo.

Se acercaban a su presa metro a metro. Sin cansarse ni apresurarse, sin piedad ni intención vital. Avanzaban motivados únicamente por un apetito programado.

Un apetito que pronto se vería satisfecho.

Durante cientos de años, las vastas sombras de las montañas Dashta habían servido de protección a contrabandistas, fugitivos, ladrones, contestatarios políticos y amantes fugados. Nadie conocía todos los caminos que llevaban a sus cámaras subterráneas, y nadie los conocería jamás. Por tanto, se eligió la profundidad de las cavernas como mejor lugar para una celebración.

Después de todo, podía haber salido mal el plan principal, pero el secundario estaba saliendo a pedir de boca. El Jedi lamentaba la pérdida de vidas, pero los reanimados miembros de Viento del Desierto sentían que por fin habían asestado un golpe definitivo a las Cinco Familias.

Tras seis de aquellas incursiones, el talento para las comunicaciones de Einta, combinado con la fenomenalmente de Doolb Coracal para la investigación, se había introducido en la red de holovideos de ChikatLik para obtener una información vital: la producción de androides había disminuido en un treinta por ciento. Si podían mantener el ritmo actual, las Cinco Familias y el Gobierno se verían obligados a negociar, y entonces acatarían todos sus deseos.

Mientras tanto, Obi-Wan no estaba tan seguro de que su actual curso de acción les llevara realmente a la tierra prometida; había tenido mucha violencia, muchas huidas por los pelos y tres camaradas habían perdido la vida con honor. Las tensiones habían aumentado hasta un punto mortal, y un poco de fiesta les sentaría bien.

La juerga duraba ya horas, con guardias apostados en la boca de la caverna. Aunque el estado de alerta seguía siendo elevado, los apetitos de Viento del Desierto se aplacaban con comida, bebida, juegos, fanfarronadas, pavoneos y bailes.

Resta Shug Hai paso la mayor parte del tiempo sola, tomándose la hidromiel a sorbitos, una bebida que tenía los mismos efectos en humanos que en cistianos. Había sido una rebelde desde los primeros días del entrenamiento; la solitaria x'ting entre reclutas humanos. La barrera se había desarrollado por ambos lados. Tras una vida entera de luchar por su tierra y su identidad, apenas le quedaba algo de aprecio por los colonos. Se quedaba al margen incluso cuando los soldados empezaban a disfrutar de las victorias y la camaradería los unía aún más. Pero acabó dando un paso adelante, balanceándose levemente, como si la hidromiel le hubiera aflojado la lengua.

—Yo canto bien —dijo.

Doolb Coracal dio unas palmaditas con sus regordetas manos, animándola.

—Canciones x'ting como las clases de historia de Thak Val Zsing —explicó—. Cada clan tiene su propia canción. Cuenta la historia de su gente. Cuando la canción muere, la gente muere. Resta es la única que queda que sepa la canción de su clan.

Y la cantó. Obi-Wan no hablaba aquel idioma, pero no le hizo falta. Comprendió los sentimientos que había en aquellas palabras alienígenas. Y si no se equivocaba, la canción hablaba de valor, de trabajo, de amor, de esperanza y de sueños.

Lo que más chocó a Obi-Wan fue su evidente orgullo y valor. Si Resta y G'Mai Duris eran representativas de su pueblo, los x'ting eran un pueblo increíblemente fuerte. A pesar de las plagas, a pesar de haberles desposeído de sus tierras, a pesar de no aparentarlo en absoluto, seguían soñando.

Cuando terminó, las paredes de la cueva resonaron con aplausos.

Jangotat hizo la ronda de las cuevas externas, tomándose tiempo para hablar con cada uno de sus hermanos, que rechazaron su ofrecimiento de intoxicantes. Entonces fue a ver a los reclutas que ocupaban posiciones de vigilancia entre las rocas, o monitorizando los escáneres. Independientemente de lo bien ocultos que creyeran estar, era inevitable que su guarida fuera descubierta en algún momento. En ese caso, las mismas montañas los protegían de cualquier bombardeo. Las tropas enemigas tardarían horas en subir las laderas bajo los disparos, y todas las salidas traseras estaban vigiladas o selladas.

Era lo más seguro que podía encontrarse dentro del mundo de las operaciones de campo.

Al hacer la tercera ronda, una sensación de comodidad se apoderó de Jangotat. El plan inicial del general Kenobi había fracasado, pero aquella nueva operación parecía funcionar perfectamente: interrumpían redes de energía, destruían plantas potabilizadoras y robaban nóminas para su creciente fondo de guerra. Las tropas indígenas habían funcionado bien bajo presión.

Unos enemigos desconocidos habían hecho fracasar la tentativa inicial. Jangotat se había dado cuenta de que el mundo del subterfugio diplomático no era adecuado para un soldado, ni tampoco para esas extrañas y fascinantes criaturas llamadas Jedi. Era extraño. Pensaba en los Jedi no sólo con respeto, sino con un aprecio fraternal que solía reservar para los miembros del GER. En el orden de cosas no cambiantes estaban muy por encima de él, pero eran luchadores, líderes extraordinarios. La aventura más reciente demostró que la perfección se les escapaba, como a todos los demás seres. Incluso sumergirse en agua hirviendo no había sido más que un dolor momentáneo, aunque intenso. Una aplicación generosa de sintocarne de los equipos de primeros auxilios había cubierto las heridas y reducido en unas horas rojeces a irritaciones.

Y lo que era más importante, habían ganado.

Jangotat se sorprendió entrando en un estado de alegría que no solía experimentar alguien con su cargo. Estaba cumpliendo con su función primaria y disfrutando de la posibilidad de poder aprender de dos maestros excelentes. Sin olvidar otros factores también muy... interesantes.

Fue de un lado a otro con la esperanza de encontrarse con Sheeka Tull, pero no la vio. Sin duda estaría transportando otra carga de suministro. El pensamiento lo reconfortó.

En los momentos anteriores a perder su honor, el viejo Thak Val Zsing se sintió agradecido y satisfecho. Llevaba años luchando por su pueblo, y esos esfuerzos se habían cobrado un precio incluso antes de los últimos y desastrosos años, cuando la traición y las despiadadas represalias del enemigo redujeron Viento del Desierto a una sombra de lo que fue.

Pero parecía que los Jedi habían sido la respuesta a sus oraciones, pese a sus reticencias iniciales. Quizá sus nietos no tuvieran que morder el polvo durante tantos años, largos y dolorosos, como lo había hecho él.

Había contemplado la jarana, y observó con sobria aprobación que los dos Jedi se mantenían ligeramente por encima de todo aquello, siendo su presencia amable, pero no intrusa.

Aquellos Jedi eran responsables y dignos de respeto. Raros, todos ellos. Los humanos, los clones, el nautolano... y aquel vippit era el más extraño de todos. Estaba asustadísimo cuando el equipo de rescate halló su cápsula, pero en cuanto trajeron al molusco al campamento, encontró trabajo enseguida, coordinando la información. Era agudo como un bisturí láser.

En resumen, Thak Val Zsing ya no era el líder de Viento del Desierto, pero estaba ganando la guerra. No era un mal cambio. No era un mal capítulo final en la larga y extraña vida del bisnieto de un asesino, de un profesor de historia convertido en minero y líder anarquista.

Así que Thak Val Zsing se procuró una botella de brandy chandrilano y se retiró a una de las cavernas traseras para disfrutarla... Era un recuerdo de ese planeta natal que probablemente no volvería a ver jamás. Sólo había dos cosas con las que Thak Val Zsing disfrutaba. Pelear y beber.

La botella estaba vacía en sus tres cuartas partes cuando se quedó momentáneamente inconsciente, apoyándose contra la pared de la cueva para ver girar las estalactitas. Y giraban sin parar, en un feliz borrón que le hizo llorar de placer mientras se acababa la botella. Apuró los restos. Su mente ya se deslizaba por un oscuro túnel hacia un estado de feliz inconsciencia, cuando oyó un crujido. Otro. Y entonces la tierra empezó a temblar bajo sus pies.

Lo miró con curiosidad, y lo encontró divertido. El zumbido y el tintineo distantes de la música de baile resonaban en las cavernas. Aunque no podía oír las felices voces, Val Zsing supo que estaban ahí. Podía sentirlos. Tras un inicio incierto, con los Jedi intentando sacar adelante alguna especie de timo, el plan había vuelto a ponerse en marcha con el mismo programa de acoso y sabotaje que Viento del Desierto había comenzado hacía tanto tiempo. Y que ahora por fin tendría éxito.

Una roca rodó a un lado, revelando un agujero del suelo. Quizás era uno de los muchísimos microtúneles que recorrían el interior de las montañas. La mayoría eran demasiado pequeños para un humano, por lo que no había que preocuparse por la seguridad. ¿Se trataba entonces de algún tipo de actividad volcánica? ¿Quizás un chitlik excavando...?

Y entonces emergió el primero, amorfo y oculto entre las sombras.

Los cuatro plastidroides y sus acompañantes MJ habían viajado cien kilómetros a una velocidad media de menos de diez por hora y habían tardado medio día en llegar a su objetivo. Se arrastraron incansables a través de los polvorientos túneles, avanzando hacia su presa. Los androides no siempre se movían en línea recta. Cuando los túneles se bifurcaban, algunos de ellos tomaban caminos alternativos, tanto excavando como volviendo hacia atrás, para mantener cierto sentido de la dirección; cuando alcanzaban un obstáculo que no podían apartar fácilmente o atravesar excavando, daban la vuelta y lo rodeaban. Cuando los sensores de la superficie detectaron música, todos se dirigieron hacia el mismo punto, anulando todas las vías alternativas del mapa. Las máquinas no sabían respirar con alivio, pero alguien dado a la fantasía podría haber atribuido cierta ansiedad al modo en el que parecieron acelerar su paso al salir del suelo de la caverna.

El androide de infiltración plastoide se abrió camino, derritiendo y destrozando la roca a su paso. Luego salió un segundo, un tercero y un cuarto.

Tras ellos aparecieron los MJs, y todos entraron temblando como flanes en la caverna vacía... Vacía a excepción de un único humano que observaba la escena atónito, suponiendo que la bebida que atenuaba su dolor también engañaba con alucinaciones a su visión.

Los cuatro plastidroides parecían protozoos gigantes, rellenos de piezas de puzzle mecánicas y difusas, en lugar de tener núcleos u órganos. Ya en su destino, las piezas, magnéticamente codificadas y suspendidas en el interior de cada bolsa, comenzaron a abrirse paso las unas hacia las otras para ensamblarse. Lentamente, mientras los trozos de metal y plastina se unían, los recién creados miembros generaron siluetas de pesadilla bajo las pieles translúcidas, tensándolas.

Los MJs parecían observar cómo las cuatro bolsas de plastina y metal se hinchaban y se estremecían. A su vez, cada uno se vio distorsionado por las piezas metálicas que tenía dentro, hasta que hubo no cuatro figuras amorfas, sino cuatro androides de infiltración totalmente formados, monstruosidades tan altas como tres humanos uno encima del otro, con cuerpos blindados y pesados, y cuellos largos y flexibles.

Thak Val Zsing lo observó todo sin comprender lo que estaba viendo, riéndose ante aquella extraña alucinación. La intoxicación le había hecho ver cosas aún más raras en el pasado, pero no muchas. Todo le resultaba increíblemente divertido.

Siguió riéndose hasta que la primera máquina de infiltración estuvo casi formada. Su silueta, de repente horriblemente familiar, empezó a parecerse a la de un androide asesino que cinco años antes había desbaratado una huelga del sindicato minero.

Aquella silueta se abrió paso a fuego a través de la niebla química, y Thak Val Zsing se dio cuenta de que, por imposible que fuera, la muerte se había materializado a través del suelo. Empezó a retroceder hacia la pared, tambaleándose. Entonces hubo un momento en que se dio cuenta de que se estaba equivocando, de que lo que estaba viendo no era en absoluto una alucinación, sino algo real y aterrador.

Hay momentos que definen la vida de un ser, momentos en los que se emprenden acciones... o no se emprenden. Hay cosas que no se pueden cambiar una vez se hacen. Thak Val Zsing estaba borracho, y quizá por eso se le podía excusar. También era viejo, y veterano de más incursiones de Viento del Desierto de las que podía recordar. Quizá la vida da a cada uno una dosis específica de aguante, y cuando esa ración se acababa, ya no hay más.

Hasta el fin de sus días, Thak Val Zsing luchó por explicar, más a sí mismo que los demás, por qué no hizo otra cosa que arrastrarse detrás de unas rocas. Y allí se quedó, temblando y lloriqueando de miedo y desdicha.

Y no dio la voz de alarma que podía haber atraído la atención de las máquinas asesinas hacia él.

Es una decisión que nadie debería verse obligado a tomar: salvar la vida al coste de tu alma.

Mientras los MJs esperaban pacientemente, el lubricante manó de sus pieles de plastina, que seguían estiradas sobre los recién ensamblados cuerpos de los infiltradores. Una a una, las pieles comenzaron a tensarse alrededor de las estructuras metálicas, hasta que se rompieron como una placenta al abrirse, dando paso a niños de metal.

Los MJs olisquearon el aire como si estuvieran vivos, como si estuvieran ansiosos por cumplir su función.

Y a su mecánico modo, quizá lo estuvieran.



Kit Fisto se apoyó contra la irregular pared de roca, con los tentáculos agitándose al ritmo de la música. Aunque su rostro no se había alterado, le divertía verse respondiendo a aquellas primitivas melodías. Como la mayoría de los Jedi, Kit había sido criado no en su planeta, sino en los salones del Templo. Sin embargo, para divertirse, había hecho un estudio de las costumbres de Glee Anselm, tras el cual se aficionó especialmente a su música. En Glee Anselm, nadie sería tan simple como para tocar una canción que no incluyera tres ritmos diferentes, y las melodías eran muchísimo más complejas que la que estaba oyendo. Aun así, tenía cierto atractivo, y finalmente alzó la mano.

— ¡Un momento! Quiero unirme a vosotros.

Los músicos pararon, sorprendidos de que el nautolano, habitualmente taciturno, les interrumpiera, por no hablar del hecho de que quisiera participar. Nerviosos, le ofrecieron varios instrumentos. Kit los observó cuidadosamente antes de elegir uno que combinaba cuerda y viento.

—Éste bastará.

Se dio cuenta de que Obi-Wan y Doolb Coracal le observaban, y decidió esforzarse para la ocasión. Obi-Wan había demostrado ser uno de los guerreros más hábiles que había visto Kit. Y aunque algunos lo considerarían un deseo indigno, quería impresionar a su colega con su música nativa.

Así que tomó el instrumento entre las manos y empezó a soplar y tañer simultáneamente, cada acción reforzando a la otra. Tardó un momento en encontrar la forma, y a pesar de su gran destreza, había notas a las que no llegaba, acordes que no podía tocar. Daba igual. Tal y como hicieron sus antepasados, Kit había dominado el arte de hacer música bajo el agua, y pese a estar cómodo en la superficie, el sonido tenía un carácter distinto cuando se transmitía por un medio menos espeso. Había que afinar, y su mente y dedos ágiles lo hicieron en un momento. A medida que los tonos se hacían más suaves y placenteros, los demás músicos empezaron a acompañarle con sus instrumentos de cuerda y viento. Entonces, las voces entonaron una canción sin palabras precisas, de un modo que casi le hizo sentir nostalgia de su hogar. A pesar de la aridez de su mundo, esos cistianos eran buena gente.

Entonces llegó el complemento final: algunos de los asistentes más atrevidos se levantaron y comenzaron a bailar. Al principio no encontraron bien el ritmo. Con la música nautolana lo importante era escuchar las pausas entre notas más que las notas en sí, que se sostenían de forma irregular. Parecían encontrar su ritmo y estaban empezando a pasárselo bien. El cuello largo y carnoso de Coracal cogió el ritmo en el aire, y sus zarcillos oculares marcaban el contrapunto.

Entonces, Kit se puso rígido, entrecerrando los ojos antes de que su mente consciente asimilara que había peligro.

El abrupto suelo de la caverna comenzó a temblar, como si se hubieran soltado secciones de la montaña y se arrastraran hacia ellos desde la oscuridad.

Un minero barbudo de la región de Clandes llegó corriendo desde el fondo de la cueva.

— ¡Nos invaden! —fue el grito que les llegó. Entonces hubo un resplandor. El minero cayó al suelo como una bolsa de andrajos humeantes, y dejó de gritar.

— ¿Qué galaxias es eso? —gritó Skot OnSon con la melena ondeando.

—Esto no es posible —dijo Fisto, al que la sorpresa le había dejado momentáneamente clavado en el sitio.

Algo estaba apareciendo en el pasillo que llevaba a las cuevas traseras. Tenía el cuello sinuoso pero mecánico, y soportaba una cabeza que era tanto arma como sonda robot. El cuerpo al que iba unida era tan alto como dos humanos uno encima del otro, pero se componía de más piezas individuales de lo que parecía posible para algo de su tamaño, casi como si lo hubieran hecho de baratijas encontradas en el baúl de los juguetes de un niño. Rodaban sobre unas bandas. Una fina capa de plastina estaba repartida por toda la superficie de la máquina, y su mente rebuscó frenéticamente, porque en alguna parte de su ser sabía perfectamente qué era aquella cosa.

Y avanzando con estruendo había uno..., dos..., tres..., cuatro androides dorados MJ.

— ¡Corred! —gritó Skot. Esa única palabra consiguió lo que no había conseguido la aparición del horror: les hizo entrar en acción.

Los festejantes comenzaron a correr hacia la salida. El caos generalizado impedía una visión clara para apuntar, y los soldados de Viento del Desierto temían abrir fuego por el riesgo de dar a los suyos. Los androides de infiltración abrieron fuego de nuevo, acertando a otros dos combatientes de Viento del Desierto.

Cuando los soldados intentaron ayudar a sus amigos, los MJs más pequeños entraron en escena. No podían ser detenidos, no se podía razonar con ellos, no podían derribarse y no se podía huir de ellos. Tentáculos aturdidores, redes electrificadas, dardos paralizadores y disparos láser fueron de un lado a otro con variedad asombrosa.

Era imposible predecir sus movimientos o escapar de ellos. Los MJs acorralaron y redujeron a un minero tras otro, yendo a por la siguiente víctima con mecánica falta de pasión.

— ¿Qué son? —gritó Skot, huyendo hacia la entrada—. ¡No es posible!

Kit alzó el sable láser, activando la hoja de color esmeralda. Tenía los nervios a flor de piel. Obi-Wan tenía razón. Aquella operación había sido un desastre desde el principio.

— ¿No es posible? ¡Eso díselo a ellos! —gritó Einta. El sarcasmo del campo de batalla desapareció casi tan rápidamente como había aparecido—. ¿Qué hacemos, señor?

Kit miró a su alrededor, intentando espiar a Obi-Wan. Si el otro Jedi estaba en buena posición, quizá fuera posible...

No quedaba tiempo para pensar. Uno de los androides había atrapado a una familia de cuatro miembros al borde del desfiladero. Su tentáculo láser giró para apuntarles.

— ¡Cúbreme! —exclamó Kit, y salió corriendo. Sintió el cosquilleo antes de que el rayo golpeará, y saltó a un lado. Asestó estocadas salvajes, fieras, en una improvisación de la Forma I aplicada a la evasión pura. Esquivó y saltó, recorriendo a una velocidad brutal la distancia que le separaba de la familia agazapada.

Los rayos chispeantes no le alcanzaron por centímetros. Allá donde acertaban, la roca saltaba en mil pedazos, humeando. Sintió una descarga eléctrica, breve e intensa, cuando uno de los disparos le rozó la cadera, arrojándolo al suelo. El nautolano había comenzado a esquivar incluso antes de que el disparo brotara en su dirección. Kit dio las gracias a sus habilidades Jedi, y sabía que su única esperanza era estar fuera de tiro. Aquéllos eran androides personales de seguridad, y parecía que no les habían cambiado los chips tácticos. Eso limitaba su efectividad como instrumentos de agresión, pero, aun así...

Ahora ya estaba más cerca del androide de infiltración, y su sable láser surcó el aire, seccionando las plataformas de la máquina con un destello. El androide intruso se tambaleó y cayó hacia los otros. Golpeó a otro androide, pero consiguió no perder pie mientras giraba para apuntar a Kit.

Acabó apuntando a Obi Wan. El Jedi se había agazapado en las sombras y se había acercado a los androides desde atrás, firme y decidido, con dos clones guardándole la espalda. Las metralletas que llevaban no bastaban para detener a las máquinas invasoras, pero eran una excelente distracción. Obi-Wan pudo acercarse desde otro ángulo. Su sable láser relampagueó, cortando plataformas. Cuando uno de los androides cayó al suelo, Obi-Wan se acercó y le abrió sus mecánicas entrañas, de las que manaron piezas de plastina.

Un humo aceitoso inundó la caverna. Mineros, soldados clon y Jedi se vieron envueltos en aquel fino vapor maligno. Aunque no era realmente venenoso, las cuevas pronto se llenaron con el eco de toses y arcadas. Mientras tanto, los MJs capturaban a un minero tras otro. Nada los detenía. Nada los frenaba. Parecían apuntar justo donde las personas estarían al cabo de un momento. Los androides de infiltración tenían puntos débiles, pero los MJs parecían carecer de ellos.

Los sentidos de Obi-Wan percibieron un cosquilleo, y él se giró justo a tiempo de ver a uno de los androides de infiltración situándolo en su punto de mira. No había

sitio, no tenía tiempo para moverse, sólo para alzar el sable láser, esperando el destello letal.

Con una explosión cegadora, el androide fue golpeado desde el otro lado. Se tambaleó el tiempo justo para que Obi-Wan se acercara y le cortara la plataforma. El monstruo mecánico retrocedió y se cayó de lado, llevándose por delante una estalactita.

Miró al lugar del que habían brotado los disparos, y vio a Doolb Coracal saludándole, cogiendo con sus rechonchos bracitos uno de los cañones portátiles, que había apoyado en la concha.

Obi-Wan no pudo evitar sonreír a pesar de lo desesperado de la situación. Después de todo aquel tiempo, Coracal había conseguido saldar su deuda con el Jedi en varias ocasiones, aunque ello implicara desobedecer órdenes...

Entonces, un chasquido atrajo su atención hacia el techo. Cuando el androide retrocedió, una de las estalactitas se resquebrajó, se separó del techo y comenzó a caer.

— ¡Coracal! —gritó Obi-Wan, pero era demasiado tarde.

El abogado alzó la vista justo cuando la roca afilada le golpeaba la concha, atravesando la dureza exterior hacia la vulnerable carne interior.

Obi-Wan tardó un segundo en llegar a su lado. Mientras mecía la enorme y carnosa cabeza de Coracal en sus brazos, la temperatura del vippit empezó a descender por momentos, confirmando los peores temores de Obi-Wan. Su amigo se moría. Los zarcillos oculares de Coracal le miraron.

—Lo he conseguido, ¿verdad?

—Claro que sí —Obi Wan nunca se había fijado en los pequeños puntitos de color que Coracal tenía en el cuello. Eran verdes y azules, y destacaban contra la piel parda, y ahora perdían intensidad poco a poco.

—Si hay alguna pensión de combatiente, asegúrate de que mi familia la reciba en su totalidad... y... —los ojos de sus zarcillos oculares empezaron a tornarse oscuros y vidriosos—. Y acuérdate de que ha de estar libre de impuestos. El acuerdo que firmamos con la República, que negoció mi abuelo... —dijo, orgulloso. Tosió una burbuja verde y se quedó inmóvil antes de que explotara.

Obi-Wan depositó con cuidado la cabeza de Coracal en el suelo.

—Un gran abogado, de una gran familia —dijo.

Y regresó a la lucha.

Jangotat se vio atrapado entre unos mineros y la embestida de un MJ. La huida por la caverna frontal parecía no tener impedimentos, aunque el instinto le dijo que las tropas enemigas estarían apostadas allí, preparadas para derribar a los anarquistas en la huida.

¿Cómo había ocurrido ese desastre? El general Kenobi tenía razón: allí había más

de lo que parecía.

Aun así, tenía el deber de obedecer las órdenes, e inclinación a proteger a los civiles desarmados e inocentes.

Disparó con su rifle láser a los androides una y otra vez, protegido desde una gigantesca estalagmita. Los proyectiles azules chocaron contra la cubierta exterior sin provocar daño alguno. Resta y otro combatiente de Viento del Desierto también empezaron a dispararles. El MJ fue a por ellos y atrapó al hombre en un cable arrojadizo, mientras Resta saltaba a un lado con una agilidad sorprendente.

¿Era ésa la única forma de escapar de aquellas cosas demoníacas? ¿Sacrificando a un amigo?

Un terrible estruendo sacudió la caverna cuando otro de los androides de infiltración cayó, y él se sintió más animado. La entrada de la cueva se estremeció con otro destello, seguido de más gritos. Los cuerpos y los escombros salieron despedidos por la caverna, y se expandió el humo. Los gritos y los lamentos brotaban de entre el amasijo de restos.

Ya estaba. La trampa se había cerrado y la presión era aplastante.

— ¡Las cuevas laterales! —gritó alguien.

Los mineros, granjeros y soldados de Viento del Desierto se acercaban y se alejaban a la zona de acción principal. Jangotat se quedó apoyado contra la pared mientras los mineros huían hacia la caverna lateral. Toda la montaña estaba atravesada de esos túneles. No había forma de que un enemigo pudiera cubrirlos todos. Muchos de sus compatriotas podían escapar para combatir de nuevo otro día..., o al menos eso esperaba él.

Otro androide se tambaleó y cayó. ¿Era el tercer androide de infiltración derribado? ¿Cuántos quedaban? Quizá tuvieran una esperanza si las explosiones de fuera se detenían. Pero no fue así, y eso significaba que iban a morir.

La visión del fluido verde, manando burbujeante de la concha rota de Doolb Coracal, le hizo sentir una profunda sensación de arrepentimiento. El abogado era uno de sus ases en la manga. A su manera, el vippit incluso había actuado con valor.

Miró de reojo a los Jedi, magníficos y temerarios en combate, guiando a los otros de palabra y obra. Sólo podía verlos de reojo: se movían tan rápidamente de un escondrijo a otro, o de una emboscada a otra, echando a correr para asestar un golpe a una plataforma o proteger a un granjero inocente. Se animó un poco. Quizás...

Entonces, para su pesar, vio a Sheeka Tull. ¿Cuándo había entrado en la cueva? ¿Por qué no la había visto antes? Sabía que debía abandonar la caverna principal con los demás, pero Sheeka estaba acorralada. Se agazapaba detrás de una enorme roca sin saber hacia dónde ir.

— ¡ Sheeka! —le gritó.

Su voz no se oía en el tumulto. Sólo podía hacer una cosa. Salió corriendo y la

agarró, arrastrándose junto a ella tras la roca, mientras el último androide de infiltración disparaba hacia ellos. Se oyó gritar a sí mismo, y todo se volvió blanco. Todo lo que veía, oía y sentía se sumió en la oscuridad.

Sheeka Tull había debatido consigo misma la posibilidad de acudir a la celebración, no cómoda del todo con la idea de ahondar en su relación con el soldado clon que ahora llamaba Jangotat. Era bastante posible que su relación se estrechara aún más si acudía al campamento. Al final, pese a su recelo, había ido, y ahora estaba tan horrorizada como contenta con su decisión.

La inesperada intrusión de los androides la había abrumado. Seguía temblando de forma descontrolada. Los androides eran criaturas de pesadilla, y sintió que su mente intentaba desconectarse, amenazando con dejarla inconsciente para librarla del horror de una muerte horrible. Sus pies se paralizaron cuando el gigantesco androide la puso en el punto de mira. Sheeka se quedó sin aliento cuando algo colisionó con ella por la derecha, y fue arrastrada bajo una roca ni más ni menos que por Jangotat. No había duda, él había arriesgado su vida para salvar la suya, cubriéndola con su cuerpo. Cuando un disparo hizo saltar esquirlas de la roca que tenían detrás, fue Jangotat quién recibió los cortes. Su rostro se contrajo por el dolor, y se mordió el labio. Se le quemó la ropa, dejando al descubierto una espalda gravemente calcinada. El cayó encima de ella, inconsciente, con la camisa y los pantalones echando humo. ¿Muerto?

No. Lo comprobó. Sólo estaba desmayado. Incluso medio consciente Jangotat tanteaba con las manos, como buscando su rifle. Ella lo encontró y se lo alcanzó. Él lo agarró y se estremeció, como queriendo desperezarse.

Como si la guerra fuera lo único que conociera, o lo que pudiera llegar a conocer.

Los gritos y alaridos se intensificaron hasta alcanzar un volumen brutal, y luego se desvanecieron. Otra explosión hizo temblar las paredes, pero él se arriesgó a mirar.

Varios de los reclutas estaban inmersos en una heroica batalla contra un androide asesino tan alto que rozaba el techo. Sus disparos combinados le hicieron retroceder un paso. A la izquierda de Sheeka, un androide dorado con forma de reloj de arena absorbía una ráfaga similar que al parecer estaba teniendo poco efecto, blandiendo los tentáculos y derribando a un minero detrás de otro.

Las cavernas laterales seguían despejadas. Arrastró a Jangotat en esa dirección, y a medio camino se encontró con un minero alto, delgado y rubio: Skot OnSon. Ella apenas le conocía. Ayer era un niño. Ahora tenía la mirada de un anciano.

— ¿Quieres que te ayude a sacarlo de aquí? —le preguntó OnSon sin dejar de mirar la batalla. El aire estaba repleto de cegadores proyectiles energéticos.

—Vale.

La fachada serena de OnSon pareció resquebrajarse. ¿Acaso fue por ver la cara cortada de Jangotat? ¿Fue eso lo que descolocó al chico, por mucho que intentara encontrar valor? ¿O estaba utilizando esta excusa para salir de aquella matanza?

Tiraron juntos de Jangotat hacia la seguridad y la oscuridad. Los túneles que tenían detrás relampagueaban por los destellos. Los gritos resonaban en las paredes de las cuevas, mientras ellos se internaban en los giros laberínticos de los túneles laterales, abriéndose paso hacia una seguridad incierta.



Obi-Wan guió a un grupo de seis refugiados a una caverna lateral, ejerciendo de pastor por el suelo irregular, a través de la oscuridad. Detrás de ellos se oía el estruendo metálico de un androide perseguidor. Su grupo sólo tenía tres pistolas láser. Dos de los integrantes eran niños.

Con un poco de suerte, la cueva se estrecharía y los grandes androides no podrían continuar con la persecución. ¿Les habría visto algún MJ? De ser así, podían darse por muertos.

Se llevó por delante unas telarañas mientras corría. ¿Viejas? ¿Nuevas? Algunos reptiles alados del tamaño de un puño estaban suspendidos en una de ellas, y recordó algo que Kit le había contado sobre el primer día de los CAR en las cavernas. ¿Qué era?

— ¡General Kenobi! —gritó Resta, sacándole de su frenética búsqueda del recuerdo. Tardó sólo un segundo en ver el peligro: la cueva se había estrechado, desde luego, y cuatro gigantescas arañas de las cavernas les bloqueaban la salida, mirándolos con relucientes ojos rojos.

¿Cómo podía haberlo olvidado? Kit podía haber expulsado a las arañas de las cavernas principales y las había mantenido a raya con sensores y minas de proximidad, pero, al huir, esos desafortunados humanos habían saltado del fuego a las brasas.

Las arañas sisearon, y Obi-Wan encendió el sable láser. Arañas delante. Androides detrás. Estaban atrapados, y puede que sólo le quedara vender cara su vida...

Entonces se dio cuenta de que las arañas no le estaban siseando a él. No. Bifaban al androide MJ, y él sabía por qué. La máquina se comportaba tal y como él le había visto hacer en el estadio, hacía ya lo que parecía un siglo. Se dividía en segmentos que se aferraban al suelo como los miembros de una araña pequeña de patas gruesas. Quizás habían visto a algún MJ lanzando una red a algún humano huyendo, y pensaron que los androides eran alguna extraña especie de arácnido, un competidor más natural que los colonos.

La defensa arácnida de su territorio era automática y devastadora.

Y los MJs parecieron aceptar el desafío. Sacaron los tentáculos y derribaron a varias arañas, pero otras empezaron a disparar seda en cascadas mientras los colonos se retiraban hacia las sombras.

Fue uno de los espectáculos más extraños que Obi-Wan vio en su vida. Las arañas no podían detener al MJ, pero podían frenar su marcha con su seda, mandándole enjambres de arañitas. El aire estaba lleno de seda y de arañas humeantes y aturcidas,

pero ellos siguieron avanzando. Obi-Wan consiguió sacar de allí a aquellas personas, pero se giró para contemplar a las arañas manteniendo su posición.

El MJ abrió fuego, soltando metralla sobre las arañas hasta que...

*¡Se está quedando sin energía!* Obi-Wan se dio cuenta. Probablemente había vencido al equivalente de cien guerreros, pero se estaba quedando sin energía. Las arañas habían aumentado su ración de seda, y Obi-Wan gritó a su gente que dispararan a las estalactitas que estaban sobre el MJ, que quedó enterrado en roca y ramas pegajosas. Aun así, el MJ se estremeció. Exhausto, pero sin querer rendirse, seguía intentando llegar hasta sus enemigos.

Increíble, Obi-Wan se puso frente al clan de arañas de las cavernas. Una inmensa hembra roja dio lentamente un paso adelante, protegiendo a sus crías. Obi-Wan y la hembra se miraron fijamente, y él vio que sus ojos reflejaban alerta. No eran amigos, no eran aliados, pero se habían enfrentado a un enemigo común.

La matriarca flexionó las patas delanteras a modo de inclinación. Obi-Wan alzó el sable láser a modo de saludo. La matriarca se retiró a las sombras con los suyos.

— ¿Vas a dejar que se vayan? —preguntó uno de los granjeros entre jadeos.

—Nos estamos dejando ir mutuamente —le corrigió—. No es ningún favor. Es sólo respeto.

Las sombras se habían llevado al clan arácnido. Algún día, pronto, los colonos se irían, y las cuevas volverían a pertenecer a ellas. ¿Qué pasaría entonces? ¿Había alguna forma de que aquellos octópodos volvieran a caminar bajo el sol?

Quizá. Quizás hubiera un modo de propiciar ese resultado. Pero, por supuesto, antes tenía que sobrevivir.

—Vamos —dijo—. Tenemos que encontrar la salida.

Recorriendo enrevesados túneles laterales, Sheeka tardó otra fatigosa hora en encontrar el camino de regreso a la superficie. Los primeros diez minutos oyeron explosiones y gritos a lo lejos. Y luego... nada. El joven minero de pelo rubio se quedó con ella todo el tiempo, pero en cuanto vio que ella ya estaba a salvo, dijo:

—Tengo que regresar.

—No —ella le cogió del brazo—. Te matarán.

—Puede. Puede —OnSon examinó al clon herido—. Cuida de él. Ha luchado bien.

Y desapareció por el túnel.

Sheeka se limpió la cara, mugrienta por el polvo de las rocas, que parecía haber conseguido aposentarse en cada resquicio de su cuerpo. Tardó unos momentos en orientarse. Estaba en el extremo de la cordillera. Bien. Allí había escondido el *Spindragon*. Un arco de luz dividió el cielo sureño. La batalla de la cueva seguía librándose. El distante tronar de las naves de asalto retumbó en sus oídos.

En la profundidad de aquellas cavernas, el más profundo caos se había abierto paso hasta el mundo de los vivos. Por un momento se sintió dividida. ¿Había algo que ella pudiera hacer? ¿Estaban mutilando y asesinando a sus amigos, amigos que quizá sobrevivirían si ella acudía en su ayuda? Entonces, Jangotat gruñó, y todas las opciones quedaron reducidas a una: encontrar inmediatamente asistencia médica para el soldado. Conseguir ayuda para el hombre que la había protegido a costa de su propia sangre. Le arrastró por las rocas. Jangotat estaba semiconsciente. Tembló de dolor durante unos minutos, y luego se llevó la mano al cinturón, buscando algo. Casi inmediatamente, su cuerpo se relajó. Ella sintió pánico cuando él se convirtió en un peso muerto, pero, cuando vio que luchaba por ponerse en pie, pensó que igual se había suministrado algún anestésico que le dejó aturdido pero capaz de andar.

Ella le sirvió de apoyo, intentando no tocar ninguna de las zonas dañadas por el androide. Él avanzó como pudo junto a ella, las rodillas se le doblaban y los tobillos se le torcían. Entonces comenzó a soportar su propio peso por sí mismo, y ella lo agradeció.

Bajaron a duras penas por el desfiladero. Allí se hallaba el *Spindragon*, oculto entre las sombras. Aunque tenía los músculos de la espalda y las piernas pidiéndole a gritos la liberación, Sheeka los ignoró y remolcó a Jangotat hasta la nave, hacia la seguridad.

—Déjame aquí —le oyó susurrar, y se sintió alarmada al pensar que parte de ella estaba de acuerdo con él, quería rendirse. Pero Sheevis Tull, el mismo hombre que le había enseñado a volar, le había enseñado a no escuchar las débiles y traidoras voces

de su cabeza. No les prestó atención y se concentró en lo que hacía. *Respirar, tirar, descansar. Respirar, tirar, descansar...*

Perdió la cuenta de los ciclos de tirar y respirar, pero llegó un momento en el que el piloto automático del *Spindragon* percibió su proximidad y extendió la rampa, una modificación de la nave sensata, aunque costosa. Subió por ella, mientras Jangotat se agarraba a ella cada vez con menos fuerza. A cada pequeña sacudida, gruñía como si el dolor le dejara los nervios en carne viva.

Otro par de pasos tambaleantes y estuvieron dentro de la nave. Sheeka descargó a Jangotat en un asiento e inició la secuencia de calentamiento de la nave.

—No te preocupes —le dijo—. Nos vamos de aquí.

Él pareció sonreír débilmente y alzó el puño cerrado en un gesto que ella había visto hacer a otros clones. Pensó que significaba: "qué bien que nos vamos". Rechinando los dientes, Sheeka se afanó en los mandos. Tendría que cuidarlo, por supuesto, pero lo primero era salir de las montañas de una pieza.

Sus escáneres indicaron que un cuarteto de naves enemigas se acercaba desde el Norte. Era hora de irse.

Todos los sistemas se encendieron, y Sheeka puso en marcha los motores y elevó el *Spindragon* del suelo, girando en el sitio mientras la primera nave de persecución aparecía por el afilado horizonte de piedra.

Sus intenciones quedaron claras con el primer rayo que zumbó en su dirección, soltando chispas y derritiendo la roca.

Contrajo la cara en una mueca de combate: la hija de Sheevis Tull no era fácil de matar. Había hecho incursiones de baja altitud por los desfiladeros de las montañas más veces de las que quería recordar, y todos ellos endiabladamente peligrosos. En el pasado, siempre se había arriesgado a ser arrestada, encarcelada y privada de su permiso de vuelo. Aquello era distinto. Esta vez era a vida o muerte.

Sin retrasarse ni un minuto, Sheeka aceleró la nave hacia el Sur, apagando la señal de respuesta de socorro para que no enviara señales identificadoras. Y ahora lo único que debía preocuparla era no ser derribada por una ráfaga de fuego.

Por supuesto, esa única cosa era muy gorda.

¡Si al menos tuviera armas! Pero el *Spindragon* entraba y salía de las ciudades con demasiada frecuencia, y era escaneado semanalmente. Las Cinco Familias vivían bajo el temor de un nuevo levantamiento y prohibían que las naves suborbitales llevaran armas instaladas.

Las naves de persecución eran unidades de seguridad para dos pasajeros, creadas para reconocimientos a larga distancia y persecución de..., bueno, de naves suborbitales como la suya. Todo músculo y cerebro. Pero quizás hubiera un modo de superar aquel reto...

Al contrario que sus perseguidores, Sheeka Tull conocía las minas.

Ella se alzó, saltó y se lanzó en picado hacia una abertura que era poco más que un boquete en el suelo del desierto. Descendió a una velocidad angustiosa, enderezándose en el último momento, trazando una curva cerrada.

Las naves de seguridad estaban a unos segundos por detrás de ella. Sólo tenía que alejarse lo suficiente como para perder el contacto visual. Los densos depósitos minerales reducirían la eficacia de los escáneres. Teniendo en cuenta eso, tendría muchas posibilidades de perderse por los túneles, y la confusión equilibraría la balanza a su favor.

Pero antes...

Un destello deslumbrante recorrió el túnel de pared a pared. Sheeka gritó y se llevó la mano hacia la cara en un gesto reflejo que casi le cuesta el control de los mandos. Giró el *Spindragon* para colarse de lado entre dos gigantescos pilares, dobló una esquina y se posó rápidamente en el suelo de la caverna, apagando todas las luces.

Ella podía oírles, pero ellos no. Las distantes luces de búsqueda se diseminaron por el suelo de la caverna mientras las naves reducían su velocidad.

— ¿Dónde estamos? —preguntó Jangotat jadeante.

Sheeka se levanto de la silla del capitán y se acercó a él silenciosamente.

—Shhh —dijo ella—. Pueden encontrarnos por el sonido.

—Entonces tenemos un problema —dijo él.

— ¿Por qué?

—Porque creo que voy a gritar. —A pesar del dolor, se rió de sí mismo con una sonrisa amarga—. Me he quedado sin analgésicos.

Ella quería abrazarlo. En lugar de eso dijo:

—Creo que lo conseguiremos. Aguanta.

Sheeka tenía un par de ases en la manga, y uno de ellos estaba especialmente diseñado para desorientar a los escáneres. Un truco que dejaría ciego a todo el mundo, ella incluida.

La diferencia estribaba en que ella ya había estado antes allí, y ellos no.

Ella tenía esperanza.

—Voy a intentar una cosa —dijo—. Y si no funciona, entonces...

—Inténtalo —dijo él, y cerró los ojos para aguantar otro ataque de convulsiones.

—Para que me dé buena suerte —dijo ella.

Se agachó y, limpiándole la sangre de la barbilla, le dio un beso en los labios. Él abrió los ojos de par en par por la grata sorpresa, ella sonrió y regresó al asiento del capitán.

No había manera de impedir que lo que venía ahora fuera peligroso. Vio un foco en la distancia, buscándolos, reflejado entre un par de estalactitas, y se dio cuenta de que ésa podía ser su única oportunidad. Sheeka enriqueció la mezcla de combustible

hasta el absurdo, hasta que los hidrocarburos no quemados salieron por la parte de atrás del *Spindragon* en forma de humo denso y negro.

Al cabo de unos segundos, las luces se dirigieron hacia ella, y ella luchó por contener el pánico. Calmó su respiración y se elevó del suelo un metro o dos, ya que no era posible mucho más por el techo bajo de la cueva. Pero se movía. Sí, incluso sin los faros, la iluminación de rebote le revelaba una curva frente de ella. Y eso era justo lo que recordaba. Ojalá el resto también fuera como lo recordaba...

Dobló la esquina justo a tiempo. Un chispeante rayo de energía restalló contra la pared justo a su lado. El pasadizo estaba repleto de aquel humo denso y grasiento. La nave perseguidora atravesó la mugre y colisionó con la pared, generando una flor en llamas que llenó de luz aquella noche.

Justo lo que ella pensaba. Las naves eran maniobrables y rápidas, pero no estaban protegidas; no tenían escudos antichoque. Toda la caverna se iluminó por la explosión de la nave.

Era su oportunidad. Soltando más humo, Sheeka aprovechó la oportunidad para volar bajo, sabiendo que las demás naves ya estarían asimilando la destrucción.

Ya se acercaba otra, acechando como mi depredador. El *Spindragon* seguía soltando humo mientras el motor procesaba la mezcla estúpidamente rica, pero sabía que la nube era lo bastante grande como para ocultarla.

La nave que se acercaba tenía un par de faros en la parte delantera que la hacía parecer algún tipo de depredador al acecho. Un rayo de energía atravesó el humo y fue a dar contra la pared, provocando un deslizamiento de rocas que ella pudo oír, pero no ver. Se puso tensa al sentir otro disparo, pero no se movió. La nave de búsqueda estaba justo encima, pero no sabía dónde estaba ella.

Pero Sheeka sí. A duras penas, pero sí. Ella se elevó e hizo girar la nave. Sabía dónde había otra salida y, con un poco de cuidado, sería capaz de llegar a ella.

Los ventanales delanteros y traseros no le mostraron nada mientras se alejaba.

Apenas vio el fulgor de un faro, pero luego, al doblar una esquina, y luego otra y otra, dejó aquello atrás y avanzó todo lo rápido que pudo hacia la salida, intentando no pensar en los letales perseguidores que tenía detrás, ni preguntarse qué había sido del Jedi y su elaborado plan.

Obi-Wan inspeccionó el pequeño grupo de rezagados que había sobrevivido a la matanza de la cueva. Estaban agazapados en un desfiladero de roca, invisibles a las naves que planeaban sobre ellos, pero también invisibles ante otros supervivientes o aliados potenciales. Si es que quedaba alguno que no hubiera huido hacia el desierto.

Calculando por encima, Obi-Wan supuso que la mitad habrían sido asesinados o capturados, y casi todos los demás se habían desperdigado. No estaba nada impaciente por enviar su informe al Canciller Supremo.

Eso, claro, suponiendo que hubiera otro informe.

Subió a la parte más alta del risco sin exponerse al fuego enemigo, para mirar la zona donde habían dejado su nuevo transporte: una nave de carga comprada a una pequeña comunidad granjera al sudoeste de la capital.

La nave era un cráter humeante. Gran parte del equipo de comunicaciones y el androide astromecánico... habían desaparecido. Doolb Coracal... asesinado mientras salvaba heroicamente la vida de Obi-Wan. Al menos dos clones habían conseguido salvarse, y no sabía si había un tercero. Había visto a un CAR caer protegiendo a Tull, pero no sabía más.

A menos que algo hubiera cambiado drásticamente, aquella misión se estaba convirtiendo en el mayor desastre de su carrera.

Kit Fisto se puso tras él. Aunque no era propio de Kit ofrecer un gesto de consuelo, Obi-Wan conocía los corazones de su compañero. Todo lo que podía salir mal había salido mal, pero nada había sido culpa del nautolano. Quizás, y sólo quizás, tampoco fuera culpa suya. G'Mai Duris le había advertido de que había fuerzas siniestras en el juego. Que no podían vencer... ¿Sería eso cierto? Y, en ese caso, ¿qué significaba?

—No lo comprendo —dijo Kit—. Cada movimiento individual que hemos realizado ha salido perfecto.

Obi-Wan dio vueltas a esas palabras en su cabeza, intentando rebatirlas. Para su triste alivio, no pudo. Lo había hecho todo bien.

—Y, aun así, nos la han jugado a cada momento —dijo él, terminando de pensar en voz alta—. Es casi como si todo el tiempo hubiéramos estado jugando a una partida equivocada.

Todo el tiempo. Obi-Wan recordó aquel momento en la sala del trono en el que fingió localizar el coche percibiendo su influencia en el resto del sistema. Bueno, a él sólo se le había ocurrido eso a partir de ejercicios similares, menos complejos, que le había enseñado Qui-Gon Jinn hacía mucho tiempo. Sintió que esa parte de su ser se ponía en funcionamiento, como despertando de un letargo. Necesitaba ver algo.

Darse cuenta de algo. *Observa todas las piezas. ¿Cuáles han sido alteradas? Fíjate en lo que no ves, además de lo que ves. Estudia lo que no percibes, además de lo que percibes. ¿Dónde debería haber una perturbación que no está ahí? Si hay algo que ha provocado que cada uno de tus planes haya salido mal..., si alguien intentó matarte... ¿Crees que eso tiene el estilo de Duris? ¿Tienen acaso las Cinco Familias tanto poder como para provocar semejante catástrofe? Y en caso de que la respuesta sea negativa, ¿a qué posibilidades apunta eso?*

—Obi-Wan —preguntó Kit, y de repente Obi-Wan se dio cuenta de que se había quedado en trance. Kit le observaba, y la preocupación arrugaba la frente normalmente impasible del nautolano.

Él susurró su respuesta.

—Hay otro jugador. Otro participante de gran importancia en esta tragedia, y lleva en la partida desde el principio. En alguna parte.

—Pero ¿dónde?

Obi-Wan negó con la cabeza.

—No lo sé. Pero me temo que sabremos la respuesta a esa pregunta antes de que esto termine. Y desearemos no conocerla.

Uno de los clones se acercó a ellos. Se maldijo a sí mismo por compadecerse. Si él estaba confundido, cómo estarían aquellas pobres criaturas, proyectadas desde antes de nacer para operar dentro de una cadena de mando inmutable. Tenía que deshacerse de su malestar y ser digno de su confianza.

— ¿Cuáles son las órdenes, señor? —preguntó Einta.

— Reunid al equipo —dijo él—. Agrupad a los supervivientes. Nos vamos al emplazamiento secundario. No sé quién nos ha traicionado, pero esta vez cerraremos aún más el círculo.

Einta asintió con firmeza.

—Muy bien, señor.

— ¿Cuántas bajas hemos tenido?

—Dieciséis muertos o capturados, que nosotros sepamos, señor.

Obi-Wan se dio cuenta de que habían llegado unos cuantos rezagados más sin atraer la atención de sus perseguidores. Bien. Donde había disciplina, coraje y creatividad, siempre quedaría esperanza.

— ¿Bajas?

—El capitán A-Nueve-Ocho, Nate, ha desaparecido y se le da por muerto.

Aquello fue un fuerte golpe para Obi-Wan. Qué raro. Cientos de miles de clones, todos cortados con el mismo patrón. Pero oír eso de aquel soldado concreto le dolía especialmente, y no sabía muy bien por qué.



Antes de continuar, Sheeka Tull se aseguró de que sus perseguidores la habían perdido la pista. Viajó al Sur, hacia las rutas aéreas comerciales, y luego entró en ellas, cambiando de dirección varias veces para estar completamente segura de que nadie seguía al *Spindragon*.

Una vez estuvo segura, zigzagueó doscientos kilómetros hasta una extensión de montículos parduzcos situada a unos 180 clicks al este de las montañas Dashta. Un río canalizaba el agua derretida del pico nevado de Yal-Noy, hacia el Norte, por lo que las colinas eran mucho más verdes de lo habitual en la superficie de Cestus, lo cual constituía un placer para la vista incluso desde lejos. Aun así, el suministro de agua no llegaba a ser abundante, sólo bastaba para abastecer a una población que se mantenía relativamente escasa.

La mayoría las llamaban las colinas Zantay. Sheeka Tull las llamaba su hogar. Sheeka introdujo las coordenadas de aterrizaje y respiró con alivio mientras los motores se detenían.

Al principio no hubo señales de vida. Entonces, un x'ting vestido con una túnica marrón salió de una de las construcciones de metal. Mientras Sheeka Tull ayudaba a salir a Jangotat por la rampa, él la saludó con la sonrisa de bienvenida de costumbre.

—Hermano Destino —dijo ella.

—Sheeka —dijo él. Sus ojos examinaron el uniforme quemado, y su expresión de desdicha se intensificó. Traer aquí a este soldado es peligroso.

Sheeka agarró con más fuerza a Jangotat por la cintura.

—Ha sido herido por nuestra causa. Ayúdale, Hermano Destino. Por favor.

El viejo x'ting de vello canoso examinó la herida, frotando el tejido entre los dedos.

— ¿Láser?

— ¿Qué más da? —dijo ella, apremiándole—. ¡Ayúdale!

El Hermano Destino soltó un suspiro largo y lento. Sus facetados ojos color esmeralda estaban profundamente apenados.

—Por ti, hija mía —dijo, y alzó la voz para que le oyeran los demás. Lentamente, aparecieron unas pocas personas seguidas por bastantes más, todas saliendo de sus escondrijos, acercándose, sonriendo.

Tres niños se acercaron corriendo a ella, gritando: "¡Nana!" y abrazando sus faldones de cuero.

— ¡Tari! —exclamó ella, abrazando al niño—. Tonoté —la niña—. ¿Dónde está Mithail? —el niño mantuvo cierta distancia, pero ella lo abrazó y besó su pelo rojo y rebelde—. ¿Qué tal os ha ido? —preguntó mientras distribuía besos y abrazos entre

ellos, y veía por el rabillo del ojo cómo unos x'ting vestidos con hábitos oscuros se llevaban en camilla a Jangotat.

— ¿Quién es ese hombre? —preguntó Mithail, el más pequeño.

—Un amigo —respondió ella, y luego les revolvió el pelo—. Un amigo. Venga. Contadme todo lo que ha pasado en la última semana.

Gruñendo de dolor, Jangotat se obligó a despertarse por completo. Le dolía absolutamente todo su interior, y eso le asustó. ¿Era así como se sentía uno al morir?

Intentó abrir los ojos. Sintió que sus párpados se abrían, pero seguía sin ver nada. El dolor general combinado con la ceguera despertó un pánico inesperado y desagradable en respuesta. Se sentó, y al hacerlo experimentó una sensación tirante en la piel de la cintura. La agonía le obligó a soltar un juramento, y tanteó con los brazos, intentando descubrir los límites de su...

¿Prisión?

—Vamos, vamos, tranquilízate —dijo una agradable voz de x'ting—. Todo va bien. Ahora es vital que descanses.

Nada en aquella voz le indicaba que había peligro, pero Jangotat no podía moderar su reacción. El peligro aguaba todo su sistema nervioso, como si cada sentido se le hubiera disparado de repente. Y, aun así...

Aun así...

Su mente consciente sabía que no estaba en peligro. La corriente de dolor y la sensación de peligro coexistían con una sensación de paz en la más curiosa de las paradojas, y aquello le dejó confundido.

— ¿Qué..., qué está haciendo? —dijo jadeante, asustado ante su propia debilidad cuando le cogieron los brazos suavemente. Con ternura, incluso. Quería sumergirse en aquellos brazos protectores y encontrar la paz y el descanso. Lo deseaba con tanta fuerza que la profundidad de su anhelo le asustó—. Deténgase. Tengo que informar...

—Tienes que curarte —dijo una voz conocida.

Era el x'ting de la túnica que había salido a darles la bienvenida en la nave. Sí. La nave. Él conocía a aquella criatura. ¿Dónde la había visto antes?

— ¿Quién eres?

—Lámame Hermano Destino —dijo él.

— ¿Dónde está Sheeka? —jadeó Jangotat.

—Con sus hijos —respondió el x'ting de la túnica. Un zumbido de otras voces empezó a oírse en la sala en que estaba.

— ¿Sus... hijos?

—Sí. Ella vive aquí, con nosotros.

— ¿Es aquí donde vivía su marido?

—Sí —el Hermano Destino hizo una pausa—. Antes de irse Sheeka esta última vez, nos pidió que cuidáramos especialmente de sus hijos. Creo que sabía que iba a correr peligro —la voz volvió a detenerse—. Supongo que estaba en lo cierto.

—Sí. Pero fue... por una buena causa.

—Sí —dijo la voz—. Todas eran buenas causas.

—Tengo que irme —dijo Jangotat—. O al menos informar de mi posición.

—Todavía no. Interrumpirías el proceso de curación. Podrías morir.

—La primera obligación de un soldado es proteger la seguridad general. Nosotros vivimos unos días, pero el GER vivirá siempre... —era como si su boca se moviera independientemente de su cerebro, y en ese estado automático, por un momento volvió a ser como antes. Entonces, su fuerza se debilitó, y él volvió a hundirse.

— ¿Siempre? —rió el Hermano Destino—. Tú no durarás ni una hora si no te quedas quieto y me dejas curarte esta herida.

Jangotat gruñó. Entonces le pusieron algo mentolado y fresco en la nariz, y el sueño se lo llevó.

En circunstancias normales, Jangotat sólo recordaba sus sueños cuando se dormía con el aprendizaje de incontables datos estratégicos.

Luego, lo que ocurriera en el mundo exterior podía recordarle a algún sueño extraño. Aparte de eso, nada.

Pero se había pasado la vida entera rodeado de soldados y herramientas de guerra. Aquel lugar era diferente. Aquello era nuevo y desconocido. La oscuridad de aquel sitio extraño estaba llena de imágenes raras: sitios en los que nunca había estado, gente que jamás había visto. Era todo tan raro que incluso dormido se dio cuenta.

Dos veces..., o quizá tres, ascendió a la superficie de su mente como un corcho flotando un mar espeso. No llegó a ver nada, pero en una ocasión sintió algo, como si un objeto pesado y rectangular reposara sobre su pecho. Cuando comenzó a moverse por debajo, el objeto se quitó de encima, y él volvió a sumergirse en la inconsciencia.

Jangotat se despertó mientras soñaba con un sol naciente, y volvió a sentir aquel peso plano y viscoso sobre el pecho, una resistencia contra la inhalación. Ya no le dolía tanto la piel. Se sentía más bien etéreo, como si tamizara todas las sensaciones con alguna especie de filtro.

Pero el peso estaba allí. Movié la mano mucho más lentamente aquella vez. Centímetro a centímetro.

Fuera lo que fuera, su pulso era más rápido, pero no se movió. Las yemas de sus dedos rozaron una masa sólida pero gelatinosa. Fresca, pero no fría. Era como una especie de fruta. Movié las manos en ambas direcciones. Medía como medio metro y...

Se quedó sin fuerzas. Dejó caer las manos, con los brazos muertos. Fue a llamar a alguien para que le quitara aquella cosa del pecho, pero su instinto le dijo que era precisamente aquella cosa lo que mantenía el dolor a raya. Así que no dijo nada y volvió a tranquilizarse. Cerró los ojos bajo los vendajes protectores y se relajó. Tampoco podía hacer mucho por el momento. Eso era cierto. Podía curarse. Y se curaría, si es que aún tenía esa capacidad.

Jangotat recordó la debacle de la caverna. Recordó ver a los reclutas desperdigándose, diezmados por los androides asesinos, capturados por los MJs o huyendo de la caverna para acabar ejecutados por los disparos láser enemigos.

Equisdós había muerto en órbita. De acuerdo. Y los hombres y mujeres que habían confiado en él habían fallecido en las cavernas. Eso significaba que tenía una deuda que saldar. Y los soldados sabían cómo compensar deudas. Sí, eso era algo que comprendían muy bien.

En la oscuridad, la boca quemada de Jangotat dibujó una sonrisa torcida y letal.

Jangotat fluyó por interminables ciclos de sueño y vigilia. Algunas veces, el animal fresco y húmedo estaba en su pecho, otras no. Algunas veces escuchaba voces y otras no.

Cuando despertaba hambriento, lo alimentaban con un jugoso puré de setas. La textura era un poco repulsiva, pero el sabor era increíble, fresco, como hecho a mano.

De vez en cuando le daban masajes, y después sentía que alguien le retiraba la piel muerta de la espalda. Las manos que le manipulaban tenían el mayor cuidado y delicadeza que había experimentado nunca. Se asustó al ver que una parte de él anhelaba sentir aquello, le encantaba y quería más.

*No. Ésta no es mi vida. No es la vida de un soldado...*

No podía estar seguro, pero cuando le retiraron el último rollo de gasa le pareció que habían pasado días. Alzó la mano y agarró la muñeca de su cuidador. Una muñeca fina, casi como un palo. Podría haberle roto el hueso con un simple gesto. Al tacto, supo que su cuidador era un x'ting. El Hermano Destino. Le oyó respirar, pero no decía nada.

— ¿Dónde esta Sheeka Tull? —preguntó él.

—Aquí mismo —respondió ella.

Él tuvo la impresión de que ella sonreía al decir aquello.

La gasa se retiró capa tras capa, y, poco a poco, la luz empezó a verterse en sus debilitados nervios ópticos.

—Hemos bajado las luces. Quizá tengas la vista sensible todavía.

Así era. Al abrir los ojos lentamente, parpadeando mucho, la luz de la habitación le afectó como un golpe físico.

Se tapó los ojos con las manos.

— ¿Estás bien?

Él parpadeó y volvió a bajar la mano.

Mientras las imágenes cobraban nitidez, vio que estaba recuperándose en otra de las incontables formaciones cavernosas de Cestus. Sábanas y mantas cubrían las paredes, y un mobiliario sencillo dividía el suelo en habitaciones. Había una gran cantidad de equipo que no le resultó familiar, pero supuso que sería alguna clase de material médico. ¿Un hospital improvisado?

— ¿Por qué me habéis traído aquí? —preguntó Jangotat.

Los de hábito marrón se miraron entre sí, divertidos.

— ¿Quiénes sois? ¿Sois médicos, auxiliares o algo así?

—No, no exactamente —dijo el Hermano Destino—. Es un poco difícil de explicar.

Aunque no prosiguió con la explicación, Jangotat sintió que no tenía nada que temer del x'ting, y consiguió relajarse.

—Es hora de que te miremos esas heridas —dijo él.

Ayudaron a Jangotat a incorporarse y le quitaron las hojas que le habían puesto...

*¿Hojas?*

No las había visto bien, sólo las sintió en su cuerpo. Lo que había supuesto que era tela era una especie de hongo fino, carnoso, ancho y pálido.

Se lo quitaron capa a capa. Eran capas muertas, eso seguro. Al quitarlas, una fina película se quedaba adherida a su piel.

Su piel...

La habitación estaba en penumbra, pero era suficiente para verse el cuerpo. Recordó el momento en que sintió el disparo del androide asesino que le sajó la piel. Temía haber sufrido daños musculares, y también óseos. Al contemplar su cuerpo, vio una pálida luminiscencia entre la rodilla y las caderas, pero nada más indicaba que hubiera existido alguna quemadura.

*Esto..., esto es mejor que la sintocarne*, pensó, comparando el hongo con el compuesto curativo que se incluía en los botiquines de los CAR. Aquel descubrimiento sería incluido en su informe. Ver semejantes resultados en una cámara de curación era una cosa, pero era impresionante conseguir el mismo resultado con unas pocas hojas. ¿Se trataba de biotecnología x'ting? Aquellas plantas tendrían mucho valor en el mercado galáctico.

Un humano y una anciana x'ting se unieron al Hermano Destino, y los tres lo inspeccionaban de arriba abajo. Sheeka se quedó quieta, mirándolos, y desvió los ojos al ver que retiraban la sábana.

Al menos, él pensó que había retirado la mirada.

Finalmente se dieron por satisfechos con el progreso general de su curación, le cambiaron la ropa de cama y se volvieron hacia Sheeka.

—Hemos hecho lo que hemos podido. Ahora depende de ti.

Y los tres médicos salieron de la sala, dejando solos a Sheeka y Jangotat.

Durante un buen rato, Sheeka se limitó a mirarle, y luego suspiró.

—He puesto en peligro a estas personas al traerte aquí.

Con un lamento, él se enderezó para poder sentarse.

—Entonces me voy.

—No es tan fácil —dijo ella—. Lo que habéis traído a este planeta no puede deshacerse.

Jangotat frunció el ceño.

—Lamento que las cosas hayan salido tan mal.

—Yo creía... —dijo ella—, de verdad creía que podría evitar todo esto. Que nunca volvería a ver morir a la gente que quiero.

Su rostro se torció en un repentino gesto de ira.

—Me odias —dijo él—. Lo siento.

Sheeka alzó una mano aplacadora.

Odio lo que representas. Odio el propósito con el que os crearon, ¿Pero a ti? — ella volvió a guardar silencio, y él lo lleno con mil comentarios hirientes. *A ti te odio más que a nadie*

Pero lo que ella dijo era algo que él nunca se hubiera esperado — le compadezco, Jangotat.

Había auténtica compasión en su voz. Él la miró sin saber qué decir, sin comprender apenas sus palabras.

Un día después, Sheeka y el insectil Hermano Destino lo sacaron de la cueva. Era una comunidad sencilla, aunque no estaba muy seguro de cual era su fuente de ingresos. ¿Medicamentos, quizá? Parecían tener un hongo para cada cosa: algunos eran tan resistentes que servían para hacer calzado Otros eran comestibles, y había gran variedad de sabores y texturas. El Hermano Destino le enseñó una docena de variedades medicinales Los hongos de las cavernas parecían el centro de la actividad de aquella comunidad. Pero ¿eso era todo lo que había allí? Él percibía algo más.

— ¿Por qué estáis aquí? —preguntó al Hermano Destino. —Todo el mundo necesita una colmena —dijo el x'ting -Pero... yo tenía entendido que los x'ting no suelen mezclarse con los colonos.

—No —dijo el Hermano Destino—. Es raro, ¿verdad? G'Mai Duris es la regente, pero los x'ting son lo más bajo

— ¿Los colonos os hicieron eso, y aun así les ayudáis?

El se encogió de hombros.

—Mis ancestros eran sanadores de la colmena. Tráenos una herida y la querremos curar. Es nuestro instinto y no hay límites a él. Quinientos años de historia no cambian un millón de años de evolución.

Jangotat no daba crédito.

— ¿Ayudáis a vuestros opresores?

El Hermano Destino sonrió.

—A mí nadie me ha oprimido nunca. Muchos han huido de Cestas Cibernética, de las ciudades, buscando algo mejor. ¿En qué se diferencian ellos de los x'ting?

Si de verdad era ésa la actitud del Hermano Destino, entonces aún había esperanza para el planeta. Sólo los medicamentos x'ting eran una mina de oro.

Allí había mucho que ver, mucho que no reflejaba del todo su punto de vista. Había muchos niños en la comunidad, así que, fuera lo que fuese aquella comunidad, no era un enclave médico estéril. No.

—Tengo que comunicarme con mis hombres —dijo a Sheeka el primer día que pudo salir a pasear al exterior. Para ser más precisos, Sheeka y el Hermano Destino



paseaban, mientras él avanzaba tambaleándose entre ellos. Los niños correteaban a su alrededor, riéndose de él, conscientes de que no era de aquel planeta, pero sin llegar a comprender plenamente el alcance de eso.

—No puedo correr el riesgo de que localicen ese mensaje —dijo ella—. Pero ya se me ocurrirá algo.

Aunque sus heridas se curaban a velocidad anormal, la impaciencia de Jangotat crecía por momentos. Él no tenía que estar allí. No en las montañas, donde el aire era limpio y claro, y el paisaje exuberante y bello.

Aquel no era su sitio, pese a que los hijastros de Sheeka —Tonoté, Tari y Mithail— le preguntaban mil cosas sobre la vida fuera de Cestus. "¿En qué otros planetas has estado? ¿Cómo es el Canciller? ¿Has visto alguna vez una carrera de vainas?" Y él se dio cuenta de que le encantaba responder.

Aquél no era su mundo, aunque a los dos días de llegar ya estuviera lo bastante bien como para que le llevaran al hogar de Sheeka, una casa redonda y limpia, con el techo de paja.

Y allí, en la casa que le había construido su difunto amado Yander, él vio la otra cara de la formidable piloto que le había salvado la vida en las cavernas. Allí vio a una mujer en delantal, cuidando una casa llena de niños felices. No paraba de sacar alegremente grandes cantidades de pan y verduras, y un hongo raro que sabía a pescado. A Jangotat le encantaban los filetes y las chuletas, pero tuvo que admitir que su estómago gruñó de satisfacción con las jugosas y succulentas setas. Preguntó sobre eso, y el pequeño Mithail dijo: —Los Guías nos dicen que...

La sonrisa de advertencia de Sheeka bastó para que el niño se callara, y Jangotat se dio cuenta de que el tema de conversación se había desviado sutil y rápidamente a otras cosas, mientras le forzaban a describir batallas y campañas en lejanos planetas. Le divertía ver cómo la imaginación infantil convertía el cansancio demoledor y el terror constante en algo romántico y divertido.

Se rió, y luego se quedó pensativo, preguntándose si él no habría respondido de la misma manera, teniendo esa vida y esos estímulos.

Y allí, en la mesa, con la boca llena de pan caliente, vio la camaradería que había entre los hermanos. No era muy distinta de su relación con los suyos. No todas las bromas, chistes, juegos y trucos de los clones estaban relacionados con el arte de la guerra. Sólo el noventa y cinco por ciento.

Allí también estaba la granja, la cosecha, las trampas y los recursos antidepredadores. Toda la comunidad estaba inmersa en el proceso de vivir. La intensidad del trabajo parecía placentera, y él lo apreció enseguida.

Y se preguntó... ¿Qué habría sido él allí?

Y el pensamiento fue tan repentino y tan intenso que por un momento dejó de masticar, fijando los ojos en la pared, mientras su mente desarrollaba pensamientos

que no había tenido nunca.

Se volvió para mirar a Sheeka y se dio cuenta de que estaba sentado donde quizá se sentó su marido, y que aquéllos podrían haber sido sus hijos. Algo muy parecido a la tristeza le recorrió el cuerpo, algo de lo que podía deshacerse fácilmente, pero real, a pesar de todo...

*Éste no es mi mundo...*

Jangotat dormía cuando Sheeka Tull entró en la enfermería de la caverna, y ella se sintió aliviada al verlo. Incluso con los hongos curativos, el cuerpo del soldado había sufrido terribles daños y necesitaba cuidados constantes para que no cojera ninguna infección.

Conversó en voz baja con el Hermano Destino, que le garantizó que todo iría bien.

Salió del pequeño cubículo del Hermano Destino y volvió a la zona de dormitorios, mirando a Jangotat. Dormía boca arriba, igual que Jango. Su fornido pecho se alzaba y bajaba lentamente, y hacía los mismos ruiditos que Jango había hecho entonces. Era algo a lo que se había acostumbrado. Hubo un tiempo en el que se permitió la estúpida esperanza de creer que aquellos sonidos acompañarían sus sueños hasta el fin de sus días.

Cerró los ojos, intentando bloquear el paso a los pensamientos que se atropellaban en su mente. *Otra oportunidad*, pensó. *Ya sabes cómo era Jango. Ya sabes cómo era estar con él. Siempre pensaste que nunca volverías a sentir un amor así.*

El animal más devastador que había conocido en su vida. ¿Era aquello un insulto a la memoria de su marido muerto? Yander había sido bueno con ella, y...

Y no había sido Jango Fett. Y ahora, allí estaba Jangotat...

Era otra oportunidad.

—No —susurró ella.

Eso estaría mal. Sería egoísta.

Sería humano.

Al día siguiente, Jangotat se sintió lo bastante bien como para dar un paseo por las colinas, y acompañó al pequeño Tari y a la pelirroja Tonoté a comprobar las trampas para chitliks de las cavernas que habían puesto en las plantaciones de hongos. Las glándulas mamarias de aquellos marsupiales de rayas anaranjadas exudaban una sustancia láctea llamada kista que ayudaba a los colonos a lidiar con las toxinas y los microorganismos del suelo de Cestus.

Le cantaron una canción que él no había oído nunca:

*Uno y dos, chitliks jugando al sol. Tres y cuatro, kista chitlik en el guisado. Cinco y seis, quiero que un poco me guardéis... Siete y ocho, lo tomaré con un bizcocho. Nueve y diez, porque vivo lo atraparé. Once y doce...*

Así, los niños podían ayudar a la comunidad capturando y "ordeñando" a las

criaturas del kista, y liberándolas más tarde..., normalmente sin hacerles daño.

*Porque vivo lo atraparé...*

Apenas había visto animales muertos desde su llegada. Ni pieles, ni carne curada. Lo único que había comido eran los deliciosos hongos. Aquel pueblo cazaba sin causar daños.

¿Quiénes eran y qué les había hecho ser así?

Jangotat observó a los niños comprobando las jaulas. Los chitliks les bufaban desde detrás de los barrotes, pero se resistían a ser ordeñados menos de lo que él pensaba, casi como si estuvieran jugando con sus captores. Las criaturas parecían saber que los humanos no iban a hacerles daño. Más tarde se encontró ayudando a los niños a diseñar trampas y cepos basándose en su propio entrenamiento de supervivencia; aunque, obviamente, tuvo que modificarlas para que los chitliks fueran capturados con vida.

Se tumbó de espaldas en la hierba, contemplando el sol y disfrutando de la sencillez de su presente vida. Muy pronto tendría que regresar a la lucha, pero, de momento, lo más importante era la captura de unas pequeñas criaturas peludas que proporcionarían antitoxinas vitales para la comida del pueblo, dejando lo suficiente como para servir de comercio alternativo a los hongos.

Los niños estaban fascinados con sus hábiles manos, y él les divertía con trucos sencillos que había aprendido de pequeño: lanzamiento de cuchillos, trepar por la cuerda, acecho silencioso, lectura de símbolos y una docena más que aprendió como un niño corriente aprende juegos de conteo o a saltar a la comba.

Y aunque había risa en su mirada mientras bajaban juntos de las montañas, sentía una pesadumbre en su corazón. Y aquella noche, en la cena colectiva..., todo era tan parecido, y a la vez tan diferente de las comidas comunales que había disfrutado con sus hermanos en Kamino...

*Éste no es mi mundo.*

*Pero podría haberlo sido.*

Según el modo de pensar de Obi-Wan, ya se había hecho todo lo posible. Todos los errores que podían haberse previsto, se habían corregido. Esta vez, sólo una pequeña parte de los reclutas supervivientes sabía dónde estaba el cuartel general. Los cuarenta y ocho supervivientes estaban organizados en células de cinco o seis, y sólo los integrantes de cada célula sabían el nombre de los demás. Las granjas y minas adyacentes habían sufrido una oleada de detenciones. Muchos de los que se habían permitido fanfarronear en la taberna sobre sus recientes hazañas languidecían ahora en prisión, o habían sido asesinados al intentar escapar.

¿Quién sabía adonde habían llevado a los cautivos? Los prisioneros que los MJs se habían llevado de las minas apenas sabían algo, pero unidos al holovideo podían ser una prueba sólida del engaño del Jedi, lo cual podría bastar para que más planetas abandonaran la República.

En los últimos días, Obi-Wan y Kit habían montado el campamento en una mina de tricobre abandonada a la que se entraba por un porche cubierto que no podía detectarse desde el aire. Además, ninguno de los reclutas capturados la conocía. Una cueva libre de nidos de araña y con varias salidas de fácil acceso. Obi-Wan estaba decidido a que no se repitiera una masacre como la anterior. No podían permitirse otra catástrofe así.

Cuátor se acercó a él.

—Jangotat continúa en paradero desconocido —dijo.

Skot OnSon, el recluta más joven, había sido llevado a la cueva con los ojos vendados, y ahora estaba parado en lo que él consideraba posición de firmes.

—Algunos de los nuestros fueron en su busca —dijo—. Y encontramos sus cuerpos, pero no a él...

—Por tanto, no sabéis lo que ha sido de él —dijo Obi-Wan.

—No, general Kenobi.

Obi-Wan se inclinó, apoyándose en las manos, intentando sacar algo de lógica a toda la información.

—Quizá nos hayan traicionado —dijo en voz baja.

Un silencio sepulcral se impuso en la caverna. Entonces, Einta tomó la palabra.

— ¿Está sugiriendo que Jangotat ha roto el Código? —dijo con el tono de voz de alguien al que acaban de informarle de que ya no existía la fuerza de gravedad.

Cecuatro miró a Obi-Wan con algo parecido a la ira.

—Eso no ha ocurrido nunca.

Obi-Wan estaba enfadado consigo mismo por permitir que semejante especulación se le pasara por la cabeza. Esos soldados no podían ser más leales.

Cecuatro había encontrado aquello ofensivo, y con razón.

—No es mi intención insultaros. Sólo afirmo algo que es cierto: Jangotat se comportaba de un modo extraño antes del ataque.

Kit Fisto escogió ese momento para hablar.

—Yo creo que lo han matado. Un disparo podría haber derretido su intercomunicador. Y se vinieron abajo toneladas de roca. Quizás esté enterrado.

Hubo otra pausa. Los soldados clon no querían ni pensar en aquello, pero lo preferían a la otra alternativa.

—Hay otra posibilidad. No hemos podido contactar con Sheeka Tull. Es posible que esté con ella... les vieron juntos.

Kit dio unas palmadas.

—A partir de ahora, la seguridad es prioritaria. No se enviarán mensajes fuera del campamento. Esto no puede volver a ocurrir.

—Totalmente de acuerdo, señor.

—Entonces pasemos a la fase tres —dijo Obi-Wan con rudeza—. Sabotaje intensificado. ¿Kit?

Kit examinó el holograma flotante y habló.

—Quizá sea posible localizar las partes críticas del sistema de fabricación y distribución, y detener o frenar la producción sin dañar a la fábrica en sí.

— ¿Y por qué hay que ser tan selectivos?

—Cestus no puede sobrevivir sin ingresos. Si se interrumpen de una forma que sea algo menos que temporal, morirían miles de personas.

— ¿Entonces?

—Tengo un plan...

Hablando con propiedad, la extensión de mil kilómetros cuadrados del Complejo Industrial de Clandes no era para nada una ciudad. Sería más preciso considerarla una serie de instalaciones de manufacturado dispuestas en una planta de estrella, ubicada a trescientos kilómetros al sur de ChikatLik, y setenta y cinco al sudeste de las montañas Dashta.

Los veinticuatro pisos subterráneos de Chindes bullían de actividad con los barracones de los trabajadores y las infraestructuras de apoyo para los comerciantes, las cantinas, los cuerpos de servicio personal y los agentes de transporte que los servían. Gran parte del complejo estaba construido como la colmena que antaño ocupó aquel lugar. Antes de las plagas.

Cuando los x'ting supervivientes se marcharon, colonos de una docena de especies se mudaron al lugar. Con el tiempo empezaron a levantar barracones, y después sistemas de apoyo para esos barracones, transportes y todos los demás empleos que los acompañaban. Lo que acabó creciendo allí empequeñeció a cualquier otro asentamiento granjero y minero de los alrededores, y adquirió entidad propia.

Pero el corazón del lugar era el complejo de fabricación, que seguía ocupándose del sesenta por ciento de la economía de Cestus. Y en ese caso muy concreto, también era responsable de otra cosa:

Los androides MJ.

Obi-Wan y sus anarquistas se habían pasado toda una larga y estresante noche analizando las distintas rutas de entrada y salida de Clandes, todo el comercio que entraba y salía y todos los recursos que controlaba... Y que lo controlaban a su vez. Les llevó horas encontrar la conexión que parecía más importante.

Millones de litros de agua se empleaban cada día en la agricultura y en la maquinaria, para beber y para el ocio. El agua de Cestus era perfecta para sus formas de vida nativas, pero sus microorganismos eran letales para los colonos y requerían un purificado sofisticado incluso antes de su uso industrial, por no hablar de su consumo. Casi todo el agua de ChikatLik procedía de glaciares del Norte, pero el agua de Clandes se originaba en dos fuentes: la nieve de las montañas Dashta y el acuífero de Clandes, una formación geológica que albergaba agua en las profundidades de capas de roca y arena, con la suficiente presión como para que el agua pudiera subir a la superficie sin mucho esfuerzo.

El centro neurálgico era la planta de procesamiento principal, que procesaba el agua para el consumo de la ciudad. Si podía destruirse, tendría que ser reparada, o los habitantes de Clandes acabarían teniendo que beberse su propio sudor al cabo de unos

días. Ese cierre provocaría un cambio en las prioridades mientras se reparaba la planta, obligando a las Cinco Familias a sentarse nuevamente a la mesa de negociaciones.

Obi-Wan consideró la cuestión desde todos los ángulos. De la docena aproximada de posibilidades que tenían, ésta era probablemente la mejor. Y había una ventaja adicional: quien planeó el contraataque contra Viento del Desierto había autorizado claramente el uso de la fuerza letal. ¿Habría sido la regente Duris? Debía suponerlo así, y suponer a su vez que ella esperaría una represalia del mismo nivel letal. Por otro lado, atacar la estación acuífera era algo más indirecto y respetuoso por la vida. Una clase de ataque que no se espera de un enemigo desesperado y con recursos limitados. Por tanto, era menos fácil de prever.

Obi-Wan también tenía otras preocupaciones. Habían pasado cuatro días desde que su nave cayó derribada del cielo, y con ella había desaparecido el único equipo de comunicación a larga distancia con el que contaban. Cuatro días desde que envió un mensaje al Canciller Supremo y al Consejo Jedi. Coruscant no tardaría en considerar fracasada la misión. Y eso implicaba un bombardeo. Y el bombardeo sería el desastre.

Clandes atraía a comerciantes de todo tipo, desde naves de carga interestelares a caravanas aborígenes que cruzaban el desierto de noche, en pos de las puertas y rampas de aterrizaje de Clandes.

Aquel día, los guardias de las puertas estaban más atentos que de costumbre. Aunque se esperaban nuevos ataques, poco podían prepararse los guardias para uno.

El ataque debía efectuarse en dos sitios diferentes y con dos objetivos distintos. Los sitios: la estación de bombeo en la falda de las montañas Dashta y la planta depuradora de la ciudad. Si inutilizaban las dos a la vez, conseguirían confundir a las fuerzas de seguridad, dando tiempo a su gente para que pudiera marcharse. Si el intento de sabotaje de las estaciones fracasaba, las fuerzas de Viento del Desierto instalarían balizas para guiar al inevitable bombardeo. Con esa señalización tan precisa, las víctimas pasarían de centenares a sólo unas docenas, incluso mediando un desastre.

Así que, mientras Obi-Wan Kenobi y la mitad de las fuerzas entraban en la ciudad bajo distintos disfraces, Kit y sus hombres se acercaron a la estación acuífera desde las montañas, aterrizando a cinco kilómetros de distancia y luego moviéndose por el abrupto terreno entre las sombras.

— ¿Alarmas? —preguntó Cecuatro con parquedad.

Kit examinó la pantalla del tamaño de la palma de su mano. Mostraba el trazado de la planta física, además de unas imágenes flotantes que representaban los campos de seguridad que la rodeaban.

—Ahí están, igual que hace una semana.

—Me sorprendería que no las hubieran reforzado —dijo Cecuatro.

—Por eso habrá que esperar.

Pero no por mucho tiempo. Allí se sentía expuesto. Desde que las cosas habían empezado a salir mal, tenía la sensación de que todos sus movimientos estaban previstos. Kit odiaba admitirlo, pero Obi-Wan y él se estaban quedando sin opciones. En cuanto se repitieran, estarían todos tan muertos como la esperanza de una solución diplomática.

La precisión lo era todo. Obi Wan caminaba con la caravana que le había preparado Thak Val Zsing, llevando una serie de artículos de lujo hacia el mercadillo al aire libre de la ciudad de superficie situada encima de Clandes.

Llevaban una docena de variedades de setas secas y molidas, perfumes y juguetes, especias singulares de las cuevas del desierto, aceites perfumados para el baño o el dormitorio, y tallas en huesos petrificados de criaturas, muertas tiempo atrás, que poblaron los desiertos de Cestus cuando éstos eran fértiles y húmedos.

El guardia humano, pálido y barbudo, examinó los artículos y se rió.

—Estas tonterías no tienen mucha demanda últimamente. Todo el mundo está alerta. Quizá te convenga dar la vuelta y volver más adelante.

Una idea ridícula. Los guardias sabían bien que la caravana había atravesado cientos de kilómetros para llegar a la carpa de la entrada de la ciudad. No tendrían ni agua ni comida, y necesitarían descansar bajo un techo protector. Se preguntó si el guardia sería débil de mente además de corrupto. Valía la pena averiguarlo...

Pero Resta dio un paso adelante antes de poder poner en marcha el número de control mental que tenía planeado.

—Oye, tío —dijo—. Antes de irnos a vender las cosas a otra parte queremos que tú seas el primero en echarles un ojo. Tú y yo hemos hecho negocios antes —en ese momento, Resta alzó las manos secundarias para mostrar una serie de pulseras de cobre que llevaba en el cinturón, la prueba de todas las veces que había estado en Clandes. Tenía el cinturón lleno—. Nosotros hacemos créditos, tú haces créditos. Los negocios hay que hacerlos con colegas. ¿Qué dices?

El guardia miró a ambos. Una de sus cejas pálidas y despeinadas se alzó mientras extendía la mano: Resta le alcanzó una bolsita, y el guardia miró dentro. Una sonrisa se dibujó en la carnosa boca que tenía bajo la indómita barba rubia, y se hizo a un lado.

La caravana pasó, y Obi-Wan se alegró de llevar camuflados cara y cuerpo, una sonda robot voló sobre ellos, tomando imágenes del grupo y sin duda enviándolas a una base de datos de seguridad computerizada. Ésa era la entrada de superficie al mercadillo, y toda la zona estaba llena de puestos donde se vendían miles de cosas a los residentes de Clandes que se aventuraban a la tormentosa superficie en busca de gangas y objetos exóticos.



Tras media hora ayudando a sus compañeros a levantar el puesto, Obi-Wan fingió seleccionar las tallas, hasta que Resta le hizo una señal y se vio obligado a prestar más atención al siguiente cliente, un glímfido amarillento cuya cabeza alargada hacía juego con su cuerpo delgado.

— ¿Tenéis bantha tallado? —dijo el glímfido—. Echo de menos mi hogar.

Aquellas eran las palabras acordadas, y Obi Wan le vendió un bastón tallado tras un regateo rápido.

—Está muy bien —dijo la criatura de Ploo II—. Quizá quiera algunos más. De encargo. ¿Te interesa?

Obi-Wan asintió.

El glímfido se giró y guió a Obi-Wan y Resta hacia la cúpula de duro-cemento que delimitaba la entrada a la ciudad. El guardia apenas les prestó atención, y descendieron por un turboascensor hacia el corazón de Clandes.

Obi-Wan esperaba que Clandes se pareciera a la capital, pero se equivocaba en parte. En ChikatLik, la colmena se había construido alrededor de una caverna creada por la erosión natural del agua. Aquí, las paredes relucían, fusionadas con cristal, y se dio cuenta de que toda la caverna había sido formada por algún tipo de actividad volcánica subterránea. Probablemente se instalaron allí un millón de años después de que la burbuja derretida se enfriara. Sus nuevos dueños de otros mundos habían edificado sobre la arquitectura x'ting.

Resta no había hablado desde que entraron, pero ahora lo hizo en voz baja.

— ¿Ves ese garito de piedra detrás de la torre?

Obi-Wan asintió.

—Es la estación de energía. Fue la que dejó a mi granja sin suministro para vendérselo todo a las Cinco Familias. ¿Ves el edificio contiguo?

Señaló un rectángulo parduzco de tres pisos. La planta depuradora.

—Ahí es donde vais. Resta no pasa de aquí. ¿Entendido?

Obi-Wan asintió de nuevo.

—Gracias por todo.

Resta resopló, con el rostro enrojecido por la ira y erizando las aberturas a los lados del cuello. Señaló a los viandantes.

— ¿Crees que Resta arriesgará su vida por vosotros? —escupió en el suelo—. A Resta no le importa su vida. No queda casi nadie de su pueblo.

Y, sin darle la mano ni hacer otro gesto, la hembra de caparazón dorado dio media vuelta y se marchó.

La ciudad bullía como un nido de gazmoños marinos. Al menos un tercio de los ciudadanos llevaba ropas naranja y dorado. Obi-Wan sabía que eran los colores corporativos de la compañía, y se sintió alarmado por el alcance del daño que estaba a punto de provocar.

Las calles se habían trazado a lo largo de la estructura original de la colmena con la precisión matemática de un laberinto generado por ordenador. Por tanto, a Obi-Wan no le resultó difícil abrirse camino por el entramado codificado cromáticamente hasta llegar tres más abajo, ante el edificio marrón de tres pisos.

Se metió por un callejón, examinando el edificio desde, el lateral. Había visto los planos, pero prefería confiar en sus propios ojos si tenía la oportunidad. Tres pisos. Según la información, el tercer piso albergaba los controles más vitales, así que era allí adonde debía ir.

Obi-Wan flotó en las sombras de la pared y escaló utilizando hasta el mínimo de los salientes, empleando su sensibilidad para equilibrarse sobre unos asideros de los que se habría caído hasta un lagarto. Cuando llegó a la ventana, miró a la calle. El callejón era estrecho, por lo que no era fácil verle, pero, si a alguien se le ocurría mirar directamente hacia arriba, tendría un problema que prefería no tener que solucionar. Pero de momento iba bien. El cierre no era tan sencillo. Era complicado y sobrepasaba su habilidad. ¿Alarmas de seguridad? Palpó el alféizar, intentando percibir la presencia de algún campo energético de protección. Sí. Pudo sentir los conductos, pero la energía no mostraba ninguna intensidad. Por tanto, el circuito de alarma existía, pero no estaba activado durante el día, cuando la planta depuradora debía de estar abarrotada de guardias.

Obi-Wan encendió el sable láser y abrió un agujero en el cierre y la ventana. Cuando las chispas dejaron de saltar y la ventana se enfrió, alargó la mano y la abrió.

Se deslizó al interior y se encontró en una habitación vacía, pero no por mucho tiempo. La puerta se abrió de repente.

Se movió a toda velocidad, consiguiendo esconderse antes de que se abriera del todo. Un hombre entró, y Obi-Wan lo dejó inconsciente antes de que pudiera darse cuenta de que había peligro. Su víctima llevaba un uniforme sin capucha que dejaría al descubierto el rostro de Obi-Wan. Sólo le quedaba esperar que hubiera tantos empleados como para no ser detectado inmediatamente.

Así habría menos muertes, y eso era lo que él quería. Su misión original había sido un fracaso. Con un poco de suerte, las cosas volverían ahora a su cauce...

Entró en la sala de control, mirando rápidamente a un lado y a otro. Era más pequeña de lo que había pensado y tenía las paredes cubiertas por computadoras. Esa parte de la fábrica era lo bastante sencilla como para ser controlada por una o dos personas, y quizá, sólo quizá, ya se había librado de ellas.

Entonces, su optimismo murió al instante. Allí, en medio de la sala, descansaba un dorado reloj de arena engañosamente bello, un androide MJ.

Obi-Wan gruñó. Cualquier idiota hubiera imaginado que Cestus seguiría utilizando sus propios androides de seguridad. Aun así, la esperanza es una adicción difícil de superar. Pero ya no había marcha atrás. Tenía los minutos contados y era

bastante probable que sus compañeros ya estuvieran dando la vida.

Aquella silueta elegante y reluciente podría haber parecido muy inocente a ojos de alguien que nunca hubiera visto un androide en acción. Se acercó con cautela. ¿Qué podía hacer? Cuando le reconociera como intruso sólo tendría unos momentos para actuar. Con toda probabilidad, ya era demasiado tarde. El desastre se cerniría sobre él si el androide daba la alarma. Sólo un idiota podía pensar en batirse a la vez con el androide y los guardias.

¿Cuál era el perímetro de alarma del MJ? Se sorprendió de que no fuera toda la sala, pero luego se dio cuenta de que era posible que los trabajadores de mantenimiento entraran en la sala, manteniéndose siempre a cierta distancia, comportándose de una forma específica o llevando algún dispositivo de identificación electrónica. ¿Reaccionaría el MJ al sonido? ¿A la proximidad? ¿Le estaría escaneando en ese momento para buscar códigos de seguridad en alguna insignia o entre la ropa?

Había dos cosas de las que estaba seguro. Una, que no tenía ese código. Y dos, que el androide atacaría si intentaba llegar a los controles.

¿Qué podía hacer?

Se había enfrentado a los MJs en las cavernas, y no tenía muchas ganas de volver a hacerlo.

Velocidad. Necesitaba velocidad. Arriesgándolo todo, Obi-Wan desenfundó el sable láser, lo encendió y lo lanzó hacia los controles al mismo tiempo que saltaba a por el MJ.

La concentración de la máquina se dividió entre las órdenes que tenía de proteger el equipo y las de apresar al intruso. Sacó con rapidez unos tentáculos que fueron a por el sable láser, y que lo habrían atrapado de no ser por el rayo que sajó dos de sus brazos.

Cuando el sable láser golpeó el panel, el MJ siseó como si estuviera vivo. La hoja del sable cortó el panel de control. Los cables saltaron y el metal humeante soltó chispas. La desconexión automática se puso en funcionamiento. El MJ pareció darse cuenta de que lo habían engañado para desconcentrarle, y se concentró plenamente en Obi-Wan.

Obi-Wan intentó atraer el sable láser, pero vio que estaba enredado en los cables del panel. No le quedaba ni un segundo para pensar, el MJ se acercaba rápidamente. Tomando la decisión en una décima de segundo, corrió hacia el bioandroide, al tiempo que hacía chasquear el látigo láser. Ya tenía encima al bioandroide, rodeándole las piernas con los brazos.

Dolor. Los brazos mecánicos bullían de energía. Obi-Wan sintió que se le erizaba el cabello y luchó contra el aturdimiento mientras la descarga amenazaba con apagar su sistema nervioso y paralizarle el diafragma. Cuando se le acercó más para hacerle

un escáner retinal, Obi-Wan hizo chasquear el látigo, envolviendo en un instante todo un cuadrante de brazos. Las chispas saltaron del duracero rasgado. Se tapó los ojos con las manos mientras la lluvia de fuego le caía en la cara. Escuchó, pero no vio, a los brazos mecánicos caer al suelo, cercenados por el látigo. Pero ahora había perdido las dos armas.

El androide también pareció darse cuenta de que el también había sido herido, y retrocedió un paso. Obi-Wan tomó una decisión instantánea y se abalanzó a por él, pensando que estaría menos preparado para enfrentarse a un movimiento agresivo frontal. La máquina intentó responder, pero esta vez con un retraso considerable en su tiempo de reacción. Los muñones del androide temblaron cuando intentó atacarle con los miembros amputados, pero el que le quedaba le pasó rozando la cara, arrancándole algo de piel y causándole un dolor intenso..., pero para entonces ya estaba encima.

Seguía viendo borroso, pero su conexión con la Fuerza era intensa. Podía sentir el lugar donde había caído el látigo, debilitando la chispeante carcasa del MJ. Ahí. Obi-Wan cerró sus traidores ojos, respiró hondo y encontró el lugar en su interior donde no sentía ni miedos ni dudas. Moró allí. Cada músculo de su mano estaba perfectamente coordinado al caer, acelerando al golpear, en una perfecta transferencia de fuerza a la superficie de por sí dañada. Escuchó el crujido y flexionó el brazo, golpeando con el codo en el mismo sitio una y otra vez. El androide malherido cayó de espaldas, soltando chispas por todos lados.

No sabía cuántas veces lo había golpeado, sólo que, al terminar, el debilitado MJ estaba tumbado de lado. Obi-Wan se levantó, sintiéndose igual de débil. Miró al androide con respeto renovado. Había hecho falta emplear dos armas de energía y un lacerante combate brazo-tentáculo para detener a aquella cosa. El corazón le retumbaba en el pecho, pero se concentró y continuó con lo que tenía entre manos.

Obi-Wan sólo tenía que poner los explosivos y acabar ya. Si los desactivaban antes de la detonación, sólo le quedaba la esperanza de que Viento del Desierto hubiera realizado su trabajo, plantando balizas para orientar el bombardeo que, en teoría, destruiría la planta depuradora.

Obi-Wan recogió el sable láser del suelo y luego el látigo láser. Lo activó. El fino cordel luminoso llameó un momento, y luego se apagó. Se le había acabado la batería. Obi-Wan lo tiró a un lado con pesar. El dispositivo le había servido bien, pero ahora tenía otras preocupaciones. Ya no había tiempo para juguetes.

A veinticinco kilómetros de allí, Kit Fisto se agazapaba en las sombras de las paredes encaladas de la estación acuífera. Los barridos de seguridad pasaban cada veinte segundos, invisibles, indetectables para todo el que no tuviera sofisticados aparatos... o una profunda sensibilidad en la Fuerza. Condujo a sus hombres por el laberinto energético, piso a piso, hasta que estuvieron a la sombra de la pared de la estación.

—Ahora debo dejaros. Si conseguís cortar la energía, entrad.

— ¿Y tú? —preguntó Thak Val Zsing.

—Yo os veré dentro.

Kit se asomó a un canal de durocemento que corría paralelo a la pared. Saltó sin decir palabra y se dejó caer por el abrupto lateral hasta el lecho. Pudo frenar su caída, pero supo que no sería capaz de volver subiendo por esa pared. Si el plan salía mal, habría graves problemas.

Según su información, el agua de la presa de Dashta entraba por ese canal cada hora. Eso no había forma de evitarlo, y se preparó. Escuchó el rumor del agua antes de ver una gran ola acercándose hacia él, sacudiendo el durocemento y doblando la esquina en furiosa arremetida. Kit se hizo una bola para encajar el impacto y dejarse llevar por el canal hacia la boca del desagüe. Al cabo de unos momentos saltaba por la corriente como si nunca se hubiera marchado de Glee Anselm. *Bang*. La corriente arrojó a Kit contra la pared, pero él se relajó, cabalgando las olas y sintiendo las presiones e intensidades de la furiosa corriente. Más adelante había una rejilla de barras entrelazadas que dejaba agujeros del tamaño de un puño. El sable láser de Kit relució, levantando espuma con las nubes de burbujas gaseosas. Un barrido de la hoja, y las barras se separaron mientras la sección cortada golpeaba la cabeza de Kit. Se introdujo por el hueco como una anguila, dio una patada a una pared para alejarse y se halló en un canal todavía más estrecho, donde la presión del agua aumentaba la velocidad y la intensidad de la corriente.

El agua pasaba a través de un rayo calentador que la hervía unos segundos antes de conducirla a otro sistema de tuberías.

Los rayos le rozaron la piel y sus nervios se erizaron por la impresión. ¡No!

Nadó corriente arriba, atrapado entre la corriente helada y el rayo de calor hirviente. *Fuego y hielo*, pensó, dándose cuenta de repente de que el frío había restado energías a su cuerpo.

La corriente lo empujaba hacia el agua hirviendo, e intentó arrastrarse por los lados del canal para salir al exterior. Sin éxito.

El primer hilillo de pánico se abrió paso en su mente, y Kit Fisto lo extinguió

enseguida, concentrándose en cada patada, centrándose y permitiendo que la Fuerza encontrara el camino metro a metro, entre las constantes corrientes, hasta conducirlo a una escalera que se hallaba tan sólo a dos metros encima de él. Kit se concentró, se sumergió buceando hondo y emergió del agua para agarrarse al último peldaño y arrastrarse al exterior. Se estremeció. El conducto de agua de la montaña estaba tan frío como caliente estaba la caldera. Tardó un momento en acostumbrar su cuerpo a ello y reducir el temblor. Allí, en el lado más lejano de los esculleres, podía escalar la pared sin problemas y llegar a una caja de fusibles del segundo piso. Aferrado a la pared, esperó.

Y esperó.

Algo no iba bien. Val Zsing y los suyos ya deberían haber llegado. Miró su crono...

Y entonces, de repente, la corriente de agua que tenía debajo se convirtió en un simple hilillo. ¡Habían cortado la energía! Comenzó a sonar una alarma de refuerzo. Se oyeron gritos lejanos en el pasillo. Sólo pasarían unos momentos antes de que se restableciera el flujo de energía. Pero sus hombres ya habrían oído los gritos o la alarma, y cumplirían con su parte. Él tenía el trabajo de despejar el camino.

Kit se arrastró por un saliente hasta encontrar una ventana con barrotes, y empleó el sable láser para abrirla. Luego se introdujo en el interior.

Escuchó carreras al otro lado de la puerta. Una alarma secundaria sonaba insistentemente, quizás anunciando la aparición de Viento del Desierto. Esperó hasta que pasaron las pisadas, y luego emprendió el recorrido del pasillo.

La planta baja de la estación de bombeo tenía unos diez mil metros cuadrados de superficie, con un techo que se alzaba a cuatro pisos por encima de él. El lecho artificial del río lo cruzaba por la mitad, y cada gota pasaba por los rayos de calor y por y el arco chispeante de una luz de flujo, la primera línea de purificación. Aunque no filtraba el agua tan a fondo como la estación de la ciudad, era la primera línea de defensa y mataba el ochenta por ciento de los microorganismos, neutralizando muchas toxinas.

El suelo tembló cuando una explosión sacudió el complejo. La explosión se había generado cerca de una de las puertas exteriores. Kit Fisto sonrió, sombrío, al ver más guardias dirigiéndose en esa dirección.

Con la iluminación momentáneamente limitada y llevando a cabo un ataque de distracción delante, le sería más fácil llevar a cabo su misión. No sería sencillo, pero eso lo haría más fácil. Se agarró a la parte inferior de la pasarela, respirando hondo para relajar la tensión de dedos y hombros, y avanzó colgado por el perímetro de la sala para dejarse caer los quince metros que le separaban del suelo, aterrizando en silencio.

Se introdujo en la estancia, y el único guardia que había no tuvo ni tiempo de

volverse antes de que Kit se abalanzara sobre él. El guardia consiguió alzar su arma, pero Kit se la quitó de las manos. El nautolano continuó el movimiento con una patada a la cabeza, inutilizando al desgraciado cestiano antes de que pudiera articular palabra.

Se giró para examinar el panel de control y cerró el suministro de agua a Clandes. La siguiente fase era sencilla: destruir el panel para congelar las instalaciones. El sable láser de Kit relució, y al cabo de unos segundos el panel era una ruina humeante,

Examinó los daños con rapidez. Tardarían días en volver a poner en marcha aquella estación. El suelo bajo sus pies se estremeció cuando una explosión sacudió el edificio.

Bien. Más confusión, más daño. Con suerte, sin más pérdida de vidas.

Era hora de escapar.

Kit Fisto salió de la habitación y se encontró de bruces con el equipo de seguridad. Estaba a un paso de ellos y se vio obligado a defenderse con el sable láser. Intentó evitar las maniobras letales. *Sólo están haciendo su trabajo.* Pero llegó un momento en el que esa limitación no sirvió de nada, y dos de los hombres cayeron en el vertiginoso enfrentamiento. Un tercero blandió su arma, y el Jedi saltó por la barandilla, cayó una distancia de dos pisos y aterrizó de pie.

Más guardias. Su sable láser parecía moverse con vida propia, antes de que se produjeran los disparos, y bloqueó dos, tres, cuatro..., y de repente se encontró entre ellos, con los labios apretados y los ojos entrecerrados.

Los guardias murieron allí mismo, entre gritos.

*Este asunto de Cestus se pone feo por momentos,* pensó Kit Fisto con amargura. Entonces, los remordimientos y las suposiciones se diluyeron mientras una membrana de luz de sable láser llenaba el aire que lo rodeaba, y los guardias caían al suelo. Entró en un frenesí combativo, y el demonio de su mente, atrapado tras los barrotes de la disciplina, le guió mientras blandía su arma al estilo de la Forma I.

Escuchó la sirena antes de detenerse, pero sólo un poco antes, dándose cuenta de que el sonido no le había llegado de forma consciente. Sencillamente, se había concentrado tanto que dejó de percibir los estímulos externos.

A su alrededor había ocho guardias en el suelo, quejándose. La boca de Kit se torció en un juramento que al Consejo Jedi le hubiera avergonzado oír. Era precisamente el tipo de carnicería que esperaba poder evitar.

*Tengo que irme.*

Mientras se iba, un técnico enorme le amenazó con una herramienta. Enfermo por aquella situación, el Jedi entró en la agresiva espiral que el otro trazaba con el arma, y se la quitó de las manos. Empujó a su contrincante contra la pared, y el técnico puso los ojos en blanco cuando un golpe al plexo nervioso, justo debajo del brazo, le

paralizó el sistema nervioso voluntario.

—Duerme —le susurró Kit Fisto mientras caía inconsciente—. La vida es sueño.  
*O una pesadilla*, pensó. Una de la cual cada vez más cristianos no despertarían.



En los salones de las altas esferas de ChikatLik no había nada que se pareciera ni remotamente a la alegría. Las noticias que llegaban de la factoría de Clandes eran que la corriente de agua se había reducido en un setenta y cinco por ciento, y que tardarían días, si no semanas, en arreglarlo todo. Mientras tanto, si Clandes no recibía agua potable, se arriesgaba a sufrir un desastre humanitario sin precedentes.

Los tres estómagos de G'Mai Duris estaban contraídos en una sensación de pesadez y amargura. ¿Quién estaba haciendo todo aquello? ¿El Jedi? ¿Seguiría vivo Obi-Wan? Después de que su nave fuera derribada del cielo, habían detectado una única cápsula de salvamento en la que viajaba el letrado. ¿Quién era, entonces? En cierto sentido, daba igual. Para ella era obvio dónde acabaría todo aquello. Tendría lugar un bombardeo, y la guerra de la República convertiría a Cestus en una roca humeante.

Y lo peor de todo es que estaba a punto de enfrentarse a otra complicación. Oh, sí, Quill había sonreído, afirmando que la persona que estaba a punto de entrar en la sala del trono era la solución a sus problemas, pero Duris llevaba demasiado tiempo en el mundo de la política como para no saber que la mayoría de las soluciones no eran más que futuros problemas envueltos en un bonito capullo.

A pesar de ello, irguió la espalda, expandiéndose en el trono en toda su altura y anchura, e hizo a su asistente un gesto para que permitiera entrar al invitado.

Su corazón le latía con rapidez, aunque no le traicionaba nada en su rostro maquillado. Y sabía que la recién llegada podía sentir el latido de su corazón incluso a esa distancia. Tenía miedo.

La mujer que había entrado en la sala caminaba como un oficial militar, pero con la misma ligereza antinatural que había percibido en Kenobi. Denotaba un entrenamiento físico y mental bastante severo, una cualidad sinuosa a la vez envidiable y terrorífica. El Jedi había mostrado los mismos gestos suaves, la misma concentración absoluta e intimidatoria, pero también había proyectado decencia y sabiduría, y un profundo respeto por la vida y el espíritu.

Esas cualidades no se encontraban en aquella criatura. Sus ojos oscuros emergían de su cráneo pálido, rapado y tatuado para ver... ¿el qué? ¿A qué fríos y oscuros espacios interestelares podía llamar hogar ese ser?

La mujer hizo la reverencia más profunda y arrogante que Duris había visto en toda su vida.

—Comandante Asajj Ventress, a su servicio —dijo ella—. Sólo deseo que me conceda un minuto de su precioso tiempo. — ¿Nada más?

—Nada más. Yo no soy política. Sólo he venido por cuestiones de producción.

—Todos los temas de Cestus son igual de importantes —respondió ella.

Ventress pareció no escuchar aquello último. —Soy representante comercial del Conde Dooku y de sus aliados en la Confederación de Sistemas Independientes.

— ¿Aliados? —le preguntó Duris con sorpresa fingida—. Nosotros no tenemos aspiraciones políticas. Lo que sí tenemos es clientes, y procuramos tratarlos lo mejor posible.

Intentó que su voz no mostrara lo nerviosa que estaba, pero no lo consiguió del todo.

Ventress ladeó ligeramente la cabeza, curvando los pálidos labios en una sonrisa de desprecio.

—Creo que mi presencia no es del todo bienvenida. Duris obligó a sus propios labios a adquirir la expresión más formal y neutra posible, e hizo lo mismo con su voz.

—Últimamente he tenido motivos para vigilar en quien deposito mi confianza. Pero no quiero que considere que la cuento entre los indignos de confianza.

Ventress torció la boca. Duris percibió que la extraña no sólo había detectado la evasiva, sino que disfrutaba con ella. —Entiendo. Sí.

Ventress bajó la cabeza y guardó silencio. Al principio Duris pensó que Ventress iba a decir algo, pero al cabo de un minuto la regente se dio cuenta de que la mujer la esperaba a ella. Quien tomara la palabra estaría en la posición más débil, pero Duris no encontraba ninguna forma diplomática de evitarlo.

—Dígame, comandante Ventress —dijo ella con cuidado—. Me han informado de que lleva varios días en Cestus.

— ¿Ah, sí? —dijo ella sin alzar la mirada. — ¿Disfrutando de nuestra conocida hospitalidad, quizá? Ventress rodeó el trono con suaves pasos, hasta que estuvo detrás de Duris.

—Quizá.

Los demás ojos presentes en la cámara del trono se fijaron en aquella mujer que se movía con tanta autoridad entre ellos, haciendo tal alarde de desprecio ante las normas de protocolo de Cestus. Pero nadie se atrevió a darse por ofendido.

La mujer tatuada se asomó por detrás de Duris. Tenía el rostro a la altura de la hombrera aterciopelada de la regente. Duris podía oler el aliento de la mujer. Era asfixiantemente dulce, como la masa de una tarta.

—Me temo que tengo poco tiempo para diversiones. Hay muchas cosas que hacer. La galaxia está revuelta.

— ¿Qué le ha traído aquí? —preguntó Duris.

—Sólo asegurarme de que nuestro pedido progresa como es debido. Creo que la factoría Clandes cerrará por unos días.

—Le aseguro que podemos acelerar el proceso de reparación. Quizás en setenta y

dos horas...

—Sí, sí —susurró Ventress, y luego continuó describiendo el círculo—. Mi Maestro y yo lo apreciaríamos mucho. Pero hay otra cosa. Quizá crea usted tener información que podría perjudicar a Cestus Cibernética. Un pequeño problema respecto a un contrato que data de hace doscientos años, obtenido con falsas pretensiones. ¿Es posible?

Duris no se atrevió a mentir.

—Es posible.

—Sí. Es una espada de doble filo. Si lleva esa cuestión ante el Senado, el Canciller Supremo lo utilizará para cerrar las fábricas con la misma efectividad que cualquier bombardeo. La colmena sufrirá, lo prometo. Y lo que es más... La ira del Conde Dooku caerá sobre ti, personalmente.

Duris asintió en silencio.

—Estoy segura de que no hay necesidad de amenazas —continuó Ventress—, pero, señora Duris..., si hay algo que pueda hacer para ayudarla, por favor, no dude en decírmelo. El Conde Dooku y el general Grievous son hombres de grandes recursos y simpatizan en su lucha contra una República corrupta y represora. Juntos podríamos hacer muchas cosas —se detuvo—. Grandes cosas —sonrió—. Éste es mi único mensaje, por ahora. Con su permiso, me marchó.

La comandante Asajj Ventress salió de la sala tras hacer una reverencia, con los ojos semicerrados, casi como un reptil.

Cuando las puertas se cerraron tras ella, Duris exhaló un suspiro de infinito alivio, prolongado y amargo. Tenía el cuerpo al borde del colapso. Aquella mujer le daba escalofríos. Era obvio que Asajj Ventress era más letal que el Maestro Kenobi. Duris estaba segura de que el engaño no era algo natural en el Jedi. Aquella criatura no tenía esos escrúpulos. Ni vergüenza, ni miedo. Ni piedad.

De hecho, tenía tan poca piedad como la nave que había derribado a Obi-Wan del cielo.

Duris podía visualizar con dolorosa claridad, de hecho, podía ver, cinco generaciones de progreso social cestiano hundiéndose en el olvido, sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo.

Su asistente, Shar Shar, se acercó a ella.

El resto del Consejo está preparado para reunirse, señora. ¿Está...? Duris seguía inmersa en sus pensamientos. La aparición de aquella mujer no era accidental. ¿Habría llegado antes o después que Obi-Wan? ¿Y sus esfuerzos eran coordinados o mutuamente antagónicos? Obviamente, era consciente de la presencia de Obi-Wan, pero ¿sabía él que ella estaba allí...?

— ¿Señora? —preguntó Shar Shar con la piel cada vez más púrpura por la ansiedad.

— ¿Sí?

— ¿Está preparada?

Duris asintió. En el aire que la rodeaba florecieron una docena de holopantallas. El representante de *marketing* y ventas tomó la palabra.

—Regente Duris. El secuestro fraudulento es una prueba evidente de la intención de la República de interferir en las decisiones soberanas de Cestus. Es hora de entrar en acción. Tenemos que encontrar a esos rebeldes y a sus colaboradores y mostrar a la República que no damos nuestro brazo a torcer.

Duris no podía aguantar aquella actitud infantil.

— ¿Y quiénes serán entonces nuestros amigos? ¿De verdad creen que la Confederación ha enviado a sus espías sólo para ayudarnos? Estamos a la sombra de dos gigantes, y cada uno de ellos intenta atraernos con palabras melosas. Y cada uno de ellos prefiere destruirnos a vernos caer en el campo enemigo.

El representante Llitishi no parecía dispuesto a estar de acuerdo. —Eso no tiene por qué ser cierto...

—Ah —dijo G'Mai Duris—. ¿Y a cuál de nuestros hijos e hijas piensa apostarse?

Y él no encontró respuesta a esa pregunta.

El resto de la reunión no fue bien, aunque hubo noticias de rebeldes capturados y sabotajes truncados. Pero las muertes ya superaban la treintena. Las llamas de la ira suelen ser más fáciles de encender que de apagar. Las fuerzas de seguridad de Cestus perseguirían a los saboteadores, pero una aplastante sensación en su interior le decía que eso no sería ni mucho menos el final de sus problemas.

Recordaba con demasiada claridad sus experiencias con Obi-Wan Kenobi. Parecía haber pasado toda una vida desde el momento en que ella pensó por primera vez que sus problemas carecían de solución. A cada hora que pasaba, se convencía más de que estaba en lo cierto.

Mientras la corte y el gabinete de G'Mai Duris se veían alterados por los acontecimientos, tanto el contingente de la colmena como el criminal se veían sumidos en un caos semejante. Los ingresos procedentes de las drogas y el juego empezaron a escasear, ya que ChikatLik, temiendo la cercanía de la guerra, empezó a almacenar recursos. Los variados negocios de Trillot corrían peligro, y ella comenzó a sentir la presión.

Pero fue algo más que presión lo que sintió al ver que Ventress regresaba a su guarida y se presentaba ante ella. Como siempre, la forastera se movía como si su forma humanoide fuera una máscara. Era una depredadora pura de palabra y obra. Vivía para matar.

—No soy más que una mujer que no puede pretender comprender todo lo que transpira y se maquina —dijo Trillot—, pero tengo la impresión de que nadie puede adivinar lo que saldrá de todo esto. Lo digo con el debido respeto, comandante.

—Por una vez, estás en lo cierto —dijo Ventress—. Nadie puede saber cómo acabará esto... Con una excepción.

Su voz reflejaba una extraña pasión que Trillot no había escuchado nunca.

— ¿Y qué o quién es?

Ventress entrecerró los ojos, y sus mejillas pálidas enrojecieron.

—El Conde Dooku lo predijo, y yo lo he visto. Pase lo que pase, Obi-Wan Kenobi y yo volveremos a encontrarnos. En Queyta prometí a Kenobi que lo mataría. Mi Maestro lo quiere vivo. Así que saldrá de Cestus preso de pies y manos, o descansará eternamente bajo sus arenas.

En el rostro de Ventress se dibujó un rubor que Trillot reconoció. Era lujuria. Y no una simple pasión física, sino un hambre carnal e innombrable que le quemaba por dentro. Era como una lujuria interna que ardía en el interior de aquella extraña mujer como una brasa imposible de apagar.

El camino de dos forasteros extraños y poderosos estaba a punto de chocar, y ella rezaba por no verse entre ellos. Cuando esos dos gigantes se encontraran, los seres insignificantes como Trillot podrían acabar completamente destruidos.

Pero, por otra parte, era en momentos así cuando hasta los seres insignificantes como Trillot podían obtener grandes beneficios...

— ¿Adonde me llevas? —Shhh —respondió Sheeka Tull.

Llevaban casi una hora andando por el terreno desigual. Hacía rato que Jangotat estaba desorientado por todas las vueltas que habían dado. Llevaba los ojos tapados por dos gruesas capas de vendaje, sin contar el saco que le habían puesto en la cabeza. Triple protección— ¿Por qué era tan importante vendarle los ojos? Le habían prometido una sorpresa y le habían dicho que sólo podría disfrutarla si se dejaba vendar los ojos. "Es un secreto, ¿entiendes?"

Él se había dejado vendar, y Sheeka y el Hermano Destino le hicieron dar varias vueltas. Cuando se detuvo sintió la brisa en la piel, y, gracias a sus conocimientos, adivinó la dirección hacia la que miraba. Cuando empezaron a guiarle montaña arriba, tuvo que abandonar esos pensamientos y concentrarse en el andar para no dar un paso en falso y romperse un hueso.

Al cabo de quince minutos de escalada, el aire refrescó, el suelo se niveló y él se dio cuenta de que habían entrado en una cueva. Pero ni aun así le quitaron la venda de los ojos. Dieron vueltas y más vueltas por la caverna de suelo resbaladizo y ecos extraños y acuosos resonando en la distancia.

Caminaron otra hora más por aquel suelo irregular. En dos ocasiones escuchó una caída de agua cercana, y un suave rocío le humedeció el dorso de las manos. Entonces bajaron una serie de escalones excavados en la piedra.

Se pararon allí durante un rato, y él se preguntó qué querría ella que hiciera. Pero ella no dijo nada. Finalmente, sintiéndose un tanto frustrado en su solitaria oscuridad, dijo:

— ¿Qué? —avergonzándose al momento de lo absurdo del monosílabo.

Intentó zafarse de la venda.

—No —dijo Sheeka. Le cogió los dedos con sus manos frías y se los apartó.

— ¿Por qué no?

—No quiero que utilices tus sentidos normales —dijo ella—. Tus ojos o tus oídos.

La confusión luchaba con un ansia potente y desacostumbrada por contentarla. Algo que igual no era tan raro. Ella le había salvado la vida y había demostrado ser una buena camarada.

— ¿Qué quieres que haga?

—Utiliza tu corazón —dijo ella—. Cuéntame lo que sientes.

Él se detuvo y pensó. Pese a las advertencias, se concentró en el sonido ambiente y en las sensaciones. Escuchó el débil murmullo del agua y el sonido distante del eco del goleo en la oscuridad. Sintió el suelo irte guiar bajo sus pies y...

—Me da aire en la cara —dijo él.

Ella pareció algo frustrada, pero tranquila.

—No. Ve más allá. No con los sentidos. Con el corazón.

—Oigo el agua...

— ¡No! Deja de utilizar los oídos. ¿Qué sientes? Aquí —ella le puso la mano en el corazón. Él respiró hondo, sintiendo el calor de su palma como si penetrara en su interior.

De repente sintió que ella no se limitaba a jugar con él. Allí había algo, si pudiera captarlo.

—Siento... calor.

— ¿Dónde?

—Dentro —respondió.

Intentó seguir hablando, utilizar más palabras, pero éstas no acudían a él. Entonces se dio cuenta de que la total oscuridad, consecuencia de la venda, era algo más luminosa. Se formaron siluetas incipientes, como si fueran rostros observándolo, juzgándolo. No podía distinguirlos bien, pero no parecían fotos, ni siquiera fotos dimensionales. Eran más como formas que se retorcían y se abrían paso a través de una superficie plana y elástica. Caras redondas de ojos vacíos. Él tenía la sensación de que conocía aquella silueta, aquella criatura, pero no estaba seguro de dónde la había conocido o en qué circunstancias...

—Me siento como flotando en una corriente dorada —se oyó decir a sí mismo—. Estoy medio dormido, pero al mismo tiempo totalmente despierto.

—Sí.

—Yo... ¡Oh! —había comenzado a hablar de nuevo, pero de pronto sintió la garganta llena de polvo. Ahora veía gotas de luz flotando en la oscuridad. A continuación vinieron unas siluetas en penumbra que fluían juntas, y luego se separaban y volvían a unirse.

Le temblaban las piernas. ¿Una reminiscencia de sus lesiones? Se puso a cuatro patas y sintió que ella le acariciaba los hombros. Tardó un rato en recuperar el aliento. Entonces volvió a levantarse y dejó caer los brazos, flexionando y estirando los dedos, respirando con fuerza. Se llevó las manos a la venda, temblando, sintiendo que estaba a punto de explotar, y dudó.

— ¿Sheeka? —preguntó tembloroso.

—Sí —dijo ella.

No era una pregunta. Esa única palabra era tranquilizadora. Él se quitó el saco de la cabeza y se destapó los ojos.

El techo de la caverna era bajo, pero relucía con una luz anaranjada y cálida. La luminosidad procedía de las profundidades de una laguna cuya superficie temblaba con ritmo regular.

El techo estaba lleno de estalactitas, y las paredes relucían como si las hubieran pulido a mano. El suelo bajo ellos latía con una radiación suave y persistente que se reflejaba en las cascadas de piedra congelada.

Tosió, dándose cuenta de que, por un momento, había olvidado respirar.

Una docena de anguilas flotaban en la superficie, observándoles con sus ojos lechosos. Aquella extraña luz parecía proceder de su interior, y su piel parecía casi transparente por momentos. Jangotat podía ver los huesos y órganos suspendidos en su interior.

*Ciegas.*

— ¿Qué lugar es éste? —preguntó, dándose cuenta de que, en alguna parte de su propio ser, ya conocía la respuesta a esa pregunta.

—Aquí es donde acuden las anguilas a nuestro encuentro.

— ¿Las anguilas dashta? —sabía poco de ellas, lo que le habían contado los Jedi; que eran vitales para las máquinas MJ—. ¿Los componentes vivos de los bioandroides? Pensábamos que procedían de las montañas Dashta.

—No —dijo ella lentamente—. Tanto las montañas como las anguilas recibieron el nombre de Kilaphor Dashta, el primer explorador que trazó un mapa de las montañas y de las cuevas Zantay, hace cuatro siglos. Fueron sagradas para los x'ting durante miles de años, pero se retiraron a las cavernas cuando la colmena inició la conquista de Cestus.

—Parecen más grandes que las anguilas que hemos visto.

—Ésas eran jóvenes, aún no habían pasado por su diferenciación sexual.

Las ondas se dibujaban en el agua por los suaves movimientos de los animales. Una de ellas nadaba en círculos perezosos y volvía a regresar. Sus ojos ciegos lo examinaban. ¿Por qué?

Sheeka seguía hablando, aunque debió de darse cuenta de que su mente había capturado la visión antes que él.

—Cestus está repleto de túneles, ríos subterráneos y lagunas. Ni siquiera los x'ting conocen la ubicación del nido de las anguilas dashta. Por lo que sabemos, éste es el único lugar que queda donde aún interactúan con otras especies. Fue aquí donde ellas nos trajeron las primeras esporas de hongos.

— ¿La medicina?

—Sí. Y las comidas sin carne.

— ¿Y cómo pueden ser dashtas? Según mis investigaciones, son demasiado grandes. Y... estas criaturas son inteligentes...

¿Cómo sabía eso? Hasta ese momento no habían hecho más que flotar. Pero había algo en aquellos ojos ciegos. Realizaban sonidos suaves, como llamadas reconfortantes y tranquilizadoras...

—Sí —asintió Sheeka.



Él negó con la cabeza.

—He leído los informes. Las dashtas no son inteligentes.

—No es que no sean inteligentes. Llámalo una forma de sueño. Un regalo de los Guías..., una vida entera de sueños. Incluso estando inconscientes, sus sistemas nerviosos son sensibles a la Fuerza. Yo tampoco lo entiendo bien. Sólo doy gracias porque sea así.

Él hizo una pausa para digerir la información.

— ¿Qué estás diciendo?

—Las hembras de dashta ponen millones de huevos. Los machos sólo fertilizan unos miles. Los huevos no fertilizados producen crías que no llegan a madurar.

— ¿Las anguilas os dan sus crías?

Ella asintió.

—Las que habrían muerto en la competición con sus hermanos fertilizados. Así pueden continuar viviendo, dando vida a quienes se han hermanado con ellas.

— ¿Por que hacen algo así?

—Hace mucho tiempo, este planeta era mucho más fértil y había más especies inteligentes. Murieron compitiendo entre sí mientras la arena ganaba terreno al bosque. La lucha por la supervivencia no fue del agrado de las dashtas, que se retiraron a las profundidades del planeta. Somos sus primeros amigos en milenios.

—Vosotros.

—Sí. Las anguilas nos ofrecieron sus huevos no fertilizados, sabiendo que los MJs conseguirían que Cestus se integrara más en la comunidad de planetas.

—En ese mundo también hay un conflicto.

—Sí. Mientras haya depredadores y presas, siempre habrá conflicto. Pero las dashtas tienen el potencial de hacer que las criaturas inteligentes cubran sus necesidades sin matarse unas a otras. Ése es nuestro potencial, no nuestro presente.

*La necesidad rara vez provoca guerras, pensó Jangotat. El deseo es mucho más letal.* Los x'ting habían desterrado a las arañas a las cavernas. Si las plagas no habían sido un accidente, entonces Cestus Cibernética había destruido la colmena. Los separatistas y la República podrían destruir Cestus Cibernética...

Era una cadena interminable de dominación y destrucción. Y él era uno de sus eslabones más resistentes.

Jangotat se guardó sus pensamientos. Había algo más importante que el discurso filosófico. Deseaba entender todo aquello más que respirar.

—No tienen ojos. ¿Por qué brillan?

—Por nosotros —dijo ella, y se sentó en una roca para observar las anguilas más de cerca—. Por ti y por mí. Yo vengo aquí a veces. No demasiado, sólo de vez en cuando, cuando necesito renovarme.

Sus palabras eran ciertas. Podía sentirlo, hacía unos minutos que lo sentía. Era

una sensación distinta a la calidez, o al frío... Era otra cosa. Algo que estaba... vivo. Sintió que una vida entera de lecciones letales se diluía en él, como si él no fuera ninguna de esas cosas para las que le habían entrenado. Pero si no era esas cosas, ¿qué era?

—Soy un soldado —susurró él.

—No —dijo ella—. Te programaron para serlo.

Él se enderezó.

—Soy el hermano clónico de un gran guerrero.

—No —dijo Sheeka. Pero no había mofa en su tono. Había un sentimiento al que no podía dar nombre—. Ése es tu cuerpo, tu genética. Somos más que eso. Tú no eres tus hermanos, y ellos no son tú.

Jangotat empezó a ver borroso y se restregó los ojos. Observó aturdido el líquido que le quedó en los dedos. No recordaba haber derramado nunca lágrimas. Sabía lo que eran, pero nunca las había visto en sus propios ojos. Y si había una cosa que podía hacer y que nunca había hecho... quizás hubiera otras.

¿Qué era aquel lugar? Parte de él quería huir de allí lo antes posible. Y otra quería tumbarse allí mismo y bañarse en luz de anguila durante el resto de sus días.

— ¿Qué sientes?

Él cerró los ojos de nuevo. Sintió un profundo cosquilleo en su interior que lo elevó por encima de sí mismo. Se oyó a sí mismo hablando sin reconocer las palabras, y se dio cuenta de que era posible que jamás se hubiera conocido a sí mismo.

— ¿Que qué siento? —preguntó. Su voz temblaba de emoción—. ¿Qué me has hecho? Lo siento todo. Siento todo lo que no sabía que me faltaba —ella le cogió la mano. Sheeka tenía los dedos pequeños y cálidos—. Me... veo a mí mismo desde mi infancia hasta la vejez —era cierto.

*Niño.*

*Bebé flotando en una probeta, el germen de una noche eterna.*

*Su cuerpo maltrecho, machacado por la guerra, muriendo, con la luz del combate todavía reflejada en sus ojos.*

*Entonces, otra carne. Jangotats ancianos, sufriendo los estragos no de la guerra, sino del tiempo, el tiempo que nunca tendría. Un Jangotat arrugado, corto de vista, pero sonriente, rodeado de sus...*

— ¿Sí?

Por un momento vio a los niños que nunca engendraría, los nietos a los que jamás abrazaría, y la sensación repentina y aplastante de esa vida negada fue tan devastadora que se sintió implotar. Fue como si todo lo que había experimentado en Cestus hubiera despertado algún profundo e irresistible recuerdo genético en su interior. El recuerdo de lo que tenía que haber sido su vida. De lo que podría haber

sido de nacer hijo del amor y no de la guerra. Vio a esos niños, y de sus ojos sacó fuerzas para retroceder, volver a su propia infancia, a...

Jangotat se puso de rodillas. Las lágrimas que llevaba conteniendo toda una vida volvieron a manar.

—Está mal —susurró—. Está todo mal —él la miró con ojos huecos y distraídos—. Nunca escuché el corazón de mi madre. Nunca sentí lo que ella sentía mientras dormía, a salvo en su vientre.

—No —dijo Sheeka suavemente—. No lo sentiste.

Hundió el rostro entre las temblorosas palmas de las manos. El calor y la humedad le habrían avergonzado en cualquier otro momento de su vida, pero Jangotat había dejado atrás la vergüenza.

—Nadie me acunó —dijo él—. Nadie me echará de menos cuando no esté.

Se detuvo, y en esa pausa escuchó una voz que susurraba en su interior. *Por favor, Sheeka. Di que me echarás de menos cuando ya no esté. Cuando realice esa función que he practicado hasta la perfección.*

*Morir.*

*Aquí, en este planeta. O en el siguiente. O en el siguiente. Dime que te quedará algún recuerdo de mí. Que soñarás conmigo. Recuerda mi sonrisa. Alaba mi valor. Mi honor. Por favor. Algo. Lo que sea.*

Pero ella no dijo nada, y él se dio cuenta de que era mejor así, porque había llegado a un punto en su vida donde anidaban dudas básicas que nadie podía aclarar por él. Ésa era su soledad, su miseria y su inexorable destino. Y en aquel terrible momento, toda la palabrería sobre la inmortalidad del GER le sonó tan hueca como el estómago de un sarlacc.

—Jangotat?

A pesar de haberse dado cuenta de algo tan horrible, no pudo evitar formular otro torpe ruego.

—Nadie me ha dicho nunca que me quería —se giró y la miró. Y apartar la vista de la laguna le costó un esfuerzo físico—. ¿Tan grotesco soy?

—No.

No. Él no era una abominación de la naturaleza. Podía sentir todo lo que ella no le decía, sabía por qué le había llevado a aquel lugar, para experimentar el miedo y la soledad que se había ocultado a sí mismo. Era doloroso. Y necesario.

Sus siguientes palabras fueron un susurro.

—No entiendo cómo la gente puede marcharse de este sitio después de conocerlo. Y ahora, por primera vez en minutos, ella pronunció frases completas.

—No es una cosa o la otra, Jangotat. No hay que elegir entre una vida de acción y aventura o una de contemplación espiritual. Es cierto que los hermanos y hermanas vienen aquí a meditar, pero luego regresan al mundo.

— ¿Al mundo?

—Al mundo exterior. A las granjas, a las minas, a la ciudad. El mundo necesita que estemos activos, pero también que consideremos las consecuencias de nuestros actos. Obedecer órdenes es bueno, Jangotat. Todos vivimos en una sociedad con obligaciones recíprocas. Pero obedecerlas sin cuestionarlas es ser una máquina, no un ser vivo. ¿Tú estás vivo, Jangotat?

La boca de él se movió sin articular palabra.

—Yo creo que sí. Despierta antes de que sea demasiado tarde. No eres un simple número, eres un hombre, un hombre que respira y vive. Naciste soñando que eres una especie de máquina, un dispositivo programado del que se puede disponer. Y no lo eres.

— ¿Qué soy entonces? —él parpadeó, temblando—. ¿Qué es esta sensación? Jamás la había experimentado —se detuvo un instante, abriendo la boca por la sorpresa—. Soledad —dijo al fin, respondiendo a su propia pregunta—. Me siento tan solo. Nunca me había sentido tan solo. ¿Cómo iba a hacerlo? Siempre estaba rodeado por mis hermanos.

—Yo me he sentido sola en medio de una multitud —dijo Sheeka—. Sólo hay una cosa que cura la soledad.

— ¿Cuál es? —otro ruego, aunque esta vez no se sintió avergonzado.

—La sensación de que el universo sabe que estamos aquí.

La confusión se mezcló con la claridad.

— ¿Pero cómo va a verme con tantos hermanos? Somos todos iguales.

—No —dijo ella, y en su voz había un nuevo tipo de firmeza—. No lo sois. Como tú me dijiste, cada uno de vosotros ha tenido experiencias diferentes. Así que no puede haber dos iguales.

—Mentí —dijo él con tono angustiado—. No existe un yo. Siempre es nosotros. El GER. Mis hermanos. El Código. ¿Pero dónde estoy? ¿Quién soy?

—Escucha a tu corazón.

Ella le puso la mano en el pecho. Él sintió aquella calidez de forma tan profunda que por un momento tuvo miedo de que cesara, temió convertirse en un hombre de hielo si ella apartaba la mano.

Otra vez.

—El latido de tu corazón lo dice todo. Dice que cada uno es completamente único —hizo una pausa—. Y en eso..., en esa unicidad, somos todos iguales.

*Somos todos iguales... porque todos somos únicos.* Las palabras resonaron por la caverna, pero él no las escuchó sólo con los oídos. Ya sabía por qué le había pedido ella que dejara de escuchar los sonidos. Que dejara de utilizar sus oídos exteriores: para que las voces interiores pudieran susurrarle sus secretos.

—Únicos, como cada estrella es única. Como cada partícula del universo es

única.

*Y en esa unicidad, somos todos iguales. Cada ser. Cada partícula. Cada planeta. Cada estrella.*

Hablaba consigo mismo. Ella le hablaba a él. Las anguilas dashta le hablaban. También le hablaba su yo arrugado y con barba, su amado yo futuro, el Jangotat que nunca llegaría a ser. El niño que nunca había sido, que conoció el amor de una madre y un hogar feliz, una madre que le habría criado para que algún día pudiese tomar sus propias decisiones en el mundo...

Todos ellos le hablaban. Cada uno con su propia voz, pero se entremezclaban en un coro único, en un sentimiento único, abrumador en su sencillez y su aplastante amor.

Se hundió y pasó de estar de rodillas a tumbarse de lado. Toda su falsa fuerza, toda su fanfarronería le abandonó como el agua de una esponja al apretarla. En el espacio que dejó quedaba una sensación de ligereza más que de poder. Siempre había pensado que él era un hombre de hierro, cuando no de duracero. ¿Qué necesidad tenía el duracero de aire, de agua o de amor?

Jangotat escuchó un sonido acuoso, y otro y otro. Alzó la vista. Las anguilas sin piernas salían serpenteando de la laguna, haciendo ruiditos, rodeándolo. Alargó la mano con mucha cautela y tocó a la que tenía más cerca. Su rostro ciego, sin ojos, lo observaba con una inteligencia devastadora. Su tacto era puro amor.

— ¿Qué has visto? —le preguntó Sheeka desde atrás.

—Otra vida —dijo él.

— ¿Otra vida?

Él asintió.

—Yo podría haber nacido de un padre y de una madre. Haber tenido hermanos y hermanas. Haber jugado con mis mascotas.

Eso último pareció sorprender a Sheeka.

— ¿Mascotas?

De repente se sintió inundado por una agradable y absurda corriente de emociones.

—Una vez vi un fénix corosiano. Lo más bonito que he visto nunca. Y quise uno. De mascota —se rió para sus adentros—. Pero no en aquel puesto. Ni en ninguno de los puestos que conozco. Es una carga para el ejército, ¿sabes?

—Qué raro —dijo ella con la voz agitada—. Qué raro. Normalmente los Guías son una influencia curativa.

—Y lo son —sus labios cortados se curvaron en una sonrisa—. Porque teniendo en cuenta esa otra opción, yo escojo mi vida. Independientemente y a pesar del motivo por el que me dieron la vida, yo sigo escogiendo todo lo que me ha traído hasta este momento.

Volvió a hacer una pausa. Todo daba vueltas. Dentro de sí.

—Escojo todo lo que me trajo hasta aquí, a tu lado.

Ella se arrodilló junto a él, con las anguilas apartándose para hacer sitio. Aunque no veían nada, podían verlo todo.

Sheeka le besó con calidez, cogiéndole la caía con ambas manos para acercárselo. Aunque él había compartido antes besos con otras mujeres, éste fue diferente, como si su corazón se abriera.

Sheeka Tull apretó su mejilla contra la de él y susurró algo que él no oyó bien.

— ¿Qué? —preguntó él con miedo—. ¿Qué has dicho?

—Lo que nunca habías oído —respondió ella. Se detuvo de nuevo antes de decir las palabras que había estado esperando toda su corta e intensa vida—. Que te quiero.

El bello rostro moreno de Sheeka Tull se llenó de reflejos de luz. Jangotat supo que su existencia jamás había contenido tanta paz ni había sido tan plena. Volvieron a besarse, los labios de ella eran cálidos contra los suyos.

Los siguientes días fueron como una especie de sueño, un periodo fantasmal del que tendría que despertar inevitablemente. El pueblo aceptó el hecho de que se trasladara a vivir a casa de Sheeka Tull, y los niños aceptaron que se instalara en la habitación de invitados.

Mientras Jangotat tomaba al sol, Tari, el hijo de Sheeka, se sentó a su lado en el porche. Estuvieron charlando un rato, y en un momento dado Jangotat comenzó a utilizar su cuchillo para tallar un juguete al niño rubio.

Jangotat sabía que le daban la bienvenida para que fuera uno de ellos y para que Sheeka le invitaba a quedarse, aunque ésa era una opción imposible. Era gente pacífica que rezaba porque Cestus no se viera metido en un conflicto que escapaba a su comprensión. Ahora lo comprendía mucho mejor. Las anguilas habían dado permiso a sus queridos amigos para que utilizaran sus huevos estériles, pero sólo con fines defensivos. Sólo para proporcionar a los humanos una forma de ganarse la vida, de salvaguardar la economía del planeta que les daba la vida. Modificar los androides de seguridad para la batalla era una abominación que podía destruirlos a todos. Un nivel más de confusión.

Pero, pese a los problemas, los granjeros de hongos de las colinas Zantay ofrecían a Jangotat, sin palabras concretas, algo que en realidad nunca había tenido. No sólo una casa, sino un hogar. La hijastra de Sheeka, Tonoté, se sentó al otro lado, con el pelo rojo revuelto por la brisa del mediodía que soplaba en el desierto.

— ¿Y adonde irás después? —preguntó Tonoté con una vocecilla frágil que le desarmó.

¿Después de que?

—Cuando dejes de ser soldado. ¿Adonde irás? ¿Dónde está tu casa?

—El GER es mi casa,

Ella apoyó la cabecita en su hombro.

—Pero cuando dejes de luchar. ¿Adonde irás?

Esas palabras resonaron en su mente de forma extraña. *¿Adonde irás...?*

*No tienes que ir a ningún sitio. Morirán donde te digan que mueras.*

—No sé a qué te refieres.

¿Por qué mentía? *El mayor anhelo de un soldado es morir en servicio.*

¿O no? Nunca se le había pasado por la cabeza la posibilidad de tener otro destino. No hacía tanto tiempo que los clones existían como para que hubiera alguno que envejeciera o se retirara..., aunque a saber qué significaba eso para una criatura con una esperanza de vida tan truncada.

Simplemente no había precedentes.

Tari le miró con adoración, y Tonoté dobló su largo y elegante cuello para apoyar la cabecita en el hombro de Jangotat. Sheeka observaba la escena desde la ventana, y sonrió para sí, volviendo a cerrar las persianas.



Al día siguiente arreciaron las tormentas de arena, y las siguió una de las breves y violentas lluvias de Cestus. El agua hizo desaparecer el polvo, pero también creó una cubierta de densos y oscuros nubarrones. El tiempo parecía estirarse infinitamente, y Jangotat paseó buena parte de la mañana por las calles embarradas, sin saber qué buscaba. Algo. Algo que le permitiera comprender a aquella gente que seguía eludiéndole. Ellos le miraban mientras se movían entre las casas de piedra, y eran muy amables, pero le trataban como lo que era: alguien de paso. De camino hacia otro sitio. Las sonrisas más profundas o las risas más dulces se reservaban para quien se quedaba, o para quien fuera a regresar.

Y él no era ninguna de las dos cosas.

Aquella noche, Sheeka recibió noticias de que se había establecido contacto con Viento del Desierto. Jangotat se despidió entre lágrimas del pueblo y de los hijos de Sheeka. Deseaba regresar a la caverna de Dashta para otra despedida igualmente difícil, pero la intuición le dijo que la petición sería considerada presuntuosa. Era él quien debía ser presentado a las dashtas, y no al revés. Su morada era un secreto, y lo cierto era que había sido un riesgo llevarle allí. No podía y no quería pedir más.

Sheeka le llevo a una pista de despegue neutral, en la que al cabo de unos minutos apareció un deslizador biplaza pilotado por el miembro más joven de Viento del Desierto.

— ¿Qué tal van las cosas, Skot? —preguntó Sheeka.

La boca de OnSon consiguió arquearse en una especie de sonrisa.

—Nos hemos reagrupado, que es más de lo que hubiera esperado hace una semana. Todo va bien, salvo por Thak Val Zsing.

Ella se sobresaltó.

— ¿Qué pasa?

OnSon hizo una mueca.

—Que nos traicionó. No estoy seguro de lo que pasó, pero el viejo está hecho polvo. Sabía que esos androides asesinos se acercaban. En lugar de advertirnos, prefirió salvarse a sí mismo. Lo lleva muy mal —miró a Jangotat—. Bueno. No esperaba verte tan bien en tan poco tiempo.

Jangotat se encogió de hombros.

—He recibido mucha ayuda de... —miró a Sheeka, que negó sutilmente con la cabeza—. Amigos.

—Los amigos son algo bueno —dijo OnSon.

El hermoso rostro de Sheeka Tull permaneció tranquilo e impassible.

— ¿Volveré a verte? —preguntó a Jangotat en voz baja.

—No lo sé —dijo al fin—, la verdad.

Ella apoyó la cabeza en su pecho y le dio un suave golpecito con el puño.

—No sé por qué me hago esto a mí misma —dijo ella en voz baja—. Es que en mi mente tengo debilidad por los tipos fuertes, callados e independientes como tú.

Jangotat rodeó su estructura pequeña y esbelta con sus brazos. Brazos que no podían protegerla.

— ¿No querrás decir en el corazón? —susurró al pelo.

Ella alzó la mirada, con un gesto burlón iluminándole la cara.

—He querido decir exactamente lo que he dicho.

Entonces, Jangotat se sorprendió a sí mismo agachando la cabeza para besarla apasionadamente, sin preocuparse ni por OnSon ni por lo que pudiera ver o pensar cualquier otro.

Y después se marchó. Mientras el deslizador avanzaba, miró hacia atrás, a la figura menguante y rodeada de polvo de Sheeka Tull, intuyendo que jamás la volvería a ver, pero sin saber exactamente lo que podía significar eso para ambos.

El joven OnSon llevó a Jangotat a través de rutas secundarias hasta el nuevo campamento. Se había levantado en una mina abandonada en una abrupta cordillera, situada en una zona elevada a la cual era imposible llegar sin ser visto. Él aprobó de inmediato la ubicación, y deseó que hubieran encontrado una tan buena antes del primer desastre. Aquella previsión habría permitido salvar a parte del clan arácnido.

Tras esconder el deslizador, se movieron entre los salientes rocosos —atentos a la posibilidad de ser vistos por los satélites espía— y OnSon le guió al interior de la cueva.

Sus hermanos supervivientes le dieron la bienvenida, por supuesto. Los recuerdos de lo sucedido antes de caer herido estaban borrosos, pero según todas las versiones parecía haberse portado bien.

El viejo Thak Val Zsing se encontraba en las afueras del campamento, acechando entre las rocas. Si antes parecía un hombre corriente de barba canosa y algo cansado, ahora era un anciano. Deshecho. Roto, una sombra del hombre jactancioso y fanfarrón que había sido sólo unos días antes. Los demás miembros de Viento del Desierto lo evitaban como la peste, y en dos ocasiones vio a hombres escupiendo en el suelo a su paso. En un solo momento de irreflexión, Thak Val Zsing había echado por la borda toda una vida de valor.

Honor. Qué concepto tan frágil.

Jangotat dedicó horas a explorar el nuevo asentamiento, familiarizándose con las vías de escape, poniéndose al día con la logística. Le informaron del encuentro de Obi-Wan con el MJ y del cierre temporal de la planta de Clandes.

Pero pese a todas esas pérdidas, pese a que el general Kenobi estuvo a punto de morir, lo único que se había conseguido era un cierre temporal. Eso era el diez por ciento.

— ¿Qué has oído? —preguntó a Cuátor.

—Se dice que el general Kenobi sigue sin comunicación. Debe de estar a punto de hacerlo.

—Entonces, ¿no hay noticias sobre las Guerras Clon?

—Ninguna. Podría estar pasando cualquier cosa. —Cuátor negó con la cabeza—. Esto sí que es estar al diez por ciento.

Bien entrada la noche, un transbordador aterrizó en la pista occidental, depositando sin ceremonias a los dos Jedi. Obi-Wan y Kit entraron en la boca de la cueva camuflada, y los comandos les informaron inmediatamente de todo lo ocurrido en su ausencia. Luego, los Jedi se retiraron al rincón de la cueva que habían adoptado como alojamiento, y se dispusieron a dormir.

Kit percibió una extraña quietud en Obi-Wan, pero su compañero decidió hablar antes de que el nautolano le preguntara por su estado de ánimo.

—Me estoy acordando de lo que dijo.

—¿Lo que dijo quién?

—G'Mai Duris. Me advirtió de que esto podía convertirse en una situación sin salida, en la que no podría impedir la destrucción de un pueblo pacífico.

Kit avivó la hoguera con un palo. Las chispas describieron círculos en el aire.

—Entonces no podemos fallar. Por las Mil Mareas, debe haber un modo.

—Sí —dijo Obi-Wan, y consiguió sonreír—. Pero saberlo y decirlo no es lo mismo que encontrarlo.

Obi-Wan estaba impaciente, pero detestaba aparentarlo, así que se limitó a observar a Einta mientras se esforzaba por reparar el equipo dañado. El soldado había realizado un esfuerzo heroico para ocultar un mensaje dentro de un pedido de abono comercial de la granja de Resta, en el lago Kibo, pero dudaba de que pudieran volver a emplear ese truco concreto. Las fuerzas a las que se enfrentaban eran poderosas y muy inteligentes. Lo único que sabían con seguridad era que no podían enviar ni recibir más de un mensaje por canal.

El intercomunicador de Einta lanzó un pitido.

— ¡Ya lo tenemos, señor!

— ¿Con suerte? —preguntó Obi-Wan.

—Con perseverancia. He conseguido meterme en uno de los circuitos de apoyo. Los equipos militares llevan incorporada una redundancia de serie.

—Magnífico.

Obi-Wan se colocó en su puesto cuando se conectó el equipo de comunicaciones. Al cabo de unos segundos recibió la imagen de un técnico falleeno en una lejana estación de repetición.

El holograma de cuello alto y piel esmeralda arqueó una ceja.

—No reconozco su protocolo de comunicaciones.

—La autenticación automática ha sido dañada —dijo, y luego le proporcionó una serie codificada de palabras que concluían con—: Mi nombre es Obi Wan Kenobi, Caballero jedi, en misión para la República. Proporcione un enlace y será recompensado.

—Muy bien.

Al cabo de seis minutos de ruido de estática, Obi-Wan supo que su primera opción, el Maestro Yoda, no estaba disponible, ya que se hallaba supervisando una operación. Tomó una rápida decisión y cambió los códigos de acceso. Apareció Palpatine en persona.

— ¿Canciller?

El rostro sabio y curtido del político reflejó su regocijo.

—Maestro Kenobi. El Consejo y yo empezábamos a preocuparnos.

—Hay motivos —admitió el Jedi—. No ha salido todo bien.

—Solicito una explicación.

Obi-Wan respiró hondo y procedió.

—Cestus no es un oscuro planeta que fabrica una peligrosa máquina. Parece encontrarse en el centro de un tablero invisible. El Conde Dooku se ha infiltrado hasta el fondo, aportando recursos imprevistos.

— ¿Hasta qué punto? —la voz resonante y profunda del Canciller era tranquilizadora.

—Hasta el punto de estropear mi misión, provocando que hayamos tenido que escondernos. Estamos atacando sus infraestructuras en la medida de lo posible.

El Canciller caviló antes de contestar.

— ¿Considera que la táctica tendrá éxito?

—No lo sé, pero solicito más tiempo para seguir intentándolo.

El Canciller negó con la cabeza.

—Necesitamos recursos, general Kenobi. Asignaré un supercruceiro para ayudarle.

A Obi-Wan se le aceleró el corazón.

—Pero, señor, no cree que...

—Creo que una nave en órbita alrededor de Cestus hará que se piensen mejor las cosas, ¿no cree?

—La Confederación lo utilizará como excusa para contraatacar con sus propias naves, alegando que sólo protegía a un planeta inocente de una agresión de la República.

—Entonces mejor resolver la situación antes de que lleguen esas naves.

El Canciller dio por terminada la transmisión.

Obi-Wan rechinó los dientes. Lo había oído claramente. Primero había dicho "nave" y luego "antes de que lleguen esas naves". El Canciller le había dado un mensaje no tan indirecto: si el Conde Dooku interfería, Palpatine intentaría humillarlo. De hecho, Obi-Wan se preguntó si todo aquello no habría sido una provocación, un tanteo diseñado específicamente para provocar una respuesta agresiva, dado lo difícil que resultaba conseguir que las fuerzas de la Confederación salieran a terreno abierto.

Pero no. Si pensaba eso, lo siguiente, el siguiente pensamiento sería preguntarse si Palpatine era capaz de sacrificar todas sus vidas a cambio de la victoria...

A pesar de su desconfianza en los políticos, él no quería, no podía creer aquello.

Pero, ¿y si lo creía?

Y si no podía resolverlo, la muerte podría llegar en docenas de formas: asesinados por fuego amigo, por guardias de seguridad, por bombardeos militares...

O incluso a manos de su misterioso adversario.

Al amanecer del día siguiente volvió a llegar el momento de organizarse en una unidad sin fisuras. Obi-Wan percibió que, con el regreso de Nate, podían aumentar su eficacia.

Además..., Obi-Wan sentía que algo le había pasado al soldado. Aunque estaba seguro de que sus heridas habían sanado, le llamaba más la atención sus aparentes cambios mentales.

—Jangotat, ¿dónde estabas exactamente? —preguntó al soldado pródigo cuando éste le hizo su primer informe.

—Desconozco la ubicación exacta, señor, y preferiría no tener que comunicar esa información —hubo un silencio, y luego añadió rápidamente—: A menos que el general insista, claro. ¿Está insistiendo, señor?

—No —dijo Obi-Wan, y luego lo pensó minuciosamente—. Supongo que no te callarías nada que pudiera ser de interés para la operación.

—Afirmativo, señor —respondió Jangotat, y regresó a la limpieza de sus armas.

Eso había sido casi veinte horas antes. Ahora, Obi-Wan observaba a los soldados practicando entre ellos el combate sin armas, los tirones y agarrones y los golpes secos con el dorso de la mano. Nada sofisticado, todo con una intensidad profesional combinada con un conocimiento adecuado de los objetivos interiores. Aquello no era una simple demostración, aunque hubiera reclutas de público. Tampoco era sólo un ejercicio, ya que al acabar todos chorreaban sudor.

No, él intuyó que aquello era una actividad diagnóstica, una forma que los soldados tenían de asegurarse de que los miembros de sus filas estaban a la altura del Código a todos los niveles posibles.

Y detectó algo más también...: una sensación de fluidez y elegancia en los movimientos un tanto sorprendente en un guerrero producido en serie. Si no se equivocaba...

Sí. Una finta de cadera que acababa siendo una patada trasera, una reserva de energía elástica en los músculos y los tendones, y todo ello denotaba un entrenamiento algo más avanzado. De hecho, supo exactamente dónde lo habían obtenido.

—Disculpadme —dijo cuando terminaron un combate especialmente intenso—. He creído reconocer ciertos elementos de las maniobras del Flujo Jedi. ¿Habéis sido instruidos por el Maestro Fisto?

Ambos parecían encantados y avergonzados a un tiempo, y Obi-Wan se dio cuenta de que habían estado intentando llamar su atención.

—Sí. Un poco. Sólo lo básico, claro —añadió Cuátor rápidamente, como preocupado de que Obi-Wan pudiera ofenderse.

Él se rió.

—No, por favor. Pero..., con vuestro permiso, ¿podría unirme a vosotros para practicar caídas?

Los soldados se hicieron a un lado con auténtico regocijo cuando Obi-Wan entró en el ring para enfrentarse a Jangotat.

Él sabía que era un hombre fuerte, rápido y bien entrenado. El flujo adicional era un sentimiento maravilloso, y Obi-Wan permitió que el enfrentamiento durara varios minutos. Era sólo un juego, por supuesto, que pretendía afinar y ajustar el equilibrio

dinámico, y no sólo derrotar al oponente. Lo que no había previsto era la capacidad del clon para la sutilidad y la improvisación. Y su sensibilidad ante los pequeños cambios en la presión y la velocidad era excelente.

Obi-Wan puso a prueba su teoría, jugando con los demás comandos, uno tras otro. Todos tenían talento y fluidez, pero... Jangotat tenía algo más. Empatía emocional. Sabiduría. Era una habilidad que le permitía saber lo que pensaba o sentía su oponente. Era difícil creer que el hombre había sido gravemente herido días antes. ¿Dónde había estado? ¿Qué había hecho?

Obi-Wan se puso frente a Jangotat.

—Vamos a subir un punto el nivel. ¿La primera caída?

Jangotat asintió, colocándose.

Los dos se enzarzaron, y Jangotat fue el primero en lanzar un movimiento agresivo. Obi-Wan compensó el impacto con un medido paso lateral, y giró. Cuando el polvo se retiró, el capitán estaba en el suelo, limpiamente atrapado en una presa juzziana, con los nervios pinzados en muñeca y codo. Obi-Wan tenía un pie apoyado en el hombro de Jangotat, y le masajeó y estimuló los nervios hasta que el soldado golpeó el suelo, rindiéndose.

Obi-Wan le dio las gracias por el ejercicio, y ya se giraba para alejarse cuando el soldado exclamó:

— ¡Maestro Kenobi!

Obi-Wan se detuvo y esperó a que el soldado le alcanzara.

— ¿Si?

—Yo... —estuvo a punto de decir algo, pero se calló en el último momento—. Somos muy inferiores a usted.

Eso no era lo que iba a decir en un principio. Pero Obi-Wan respondió. Los últimos minutos de combate le habían enseñado muchas cosas sobre los CAR, todas positivas.

— ¡No! ¡No! Sois valientes, coordinados, tenaces... Cualidades que nadie admiraría —sonrió—. Cualidades que yo admiro —Obi-Wan resopló exasperado. Algo se había despertado en el interior del soldado CAR. Pero aunque habitualmente Obi-Wan habría celebrado ese despertar de la individualidad, si ahora el soldado sentía que Obi-Wan podía ayudarle a encontrar su verdad individual, eso era algo que no podía haber llegado en peor momento.

Dentro de una semana podrían estar todos muertos. Aun así, no tenía sentido no hacer algo que pudiera reconfortar a un alma afligida. Finalmente optó por formularle la pregunta que le rondaba la cabeza desde hacía tanto tiempo, y de la cual sabía la respuesta oficial. Nunca se le había ocurrido plantársela.

—Ya sé que los soldados sois obedientes hasta decir basta. Pero, en tu corazón, ¿cuestionas alguna vez las órdenes?



Los hombros de Jangotat se cuadraron tan rápidamente que la postura sólo podía tratarse de una respuesta programada.

—Los soldados no cuestionan. Los soldados obedecen —se detuvo, y Obi-Wan tuvo la sensación de que al soldado se le había caído la máscara. Aquél era un hombre distinto al que había subido con él a la nave, al principio de la misión—. ¿O no?

Había una pregunta detrás de la pregunta. Y otra detrás de ésta. Obi-Wan paseó durante unos minutos, completamente seguro de que Jangotat le seguiría. Encontró un pequeño claro y se sentó en una roca, invitando al soldado a sentarse junto a él.

—Hay muchos que se ofrecen voluntarios para la vida militar. Otros son reclutados durante un tiempo y vuelven a sus granjas o a sus familias cuando se acallan las alarmas, pero ¿qué hace un hombre que ha nacido para la guerra, entrenado para la guerra? Puedo percibir tu ambivalencia, Jangotat. Hay respuestas que te gustaría tener. Teniendo en cuenta lo minuciosa que ha sido tu formación mental, me impresiona que incluso puedas formular preguntas —Obi-Wan suspiró y se rascó una de las heridas que se había ganado en la última lucha con el MJ—. No podéis ser libres. Nacisteis para luchar en las guerras de otros hombres sin esperanza de ganancia o de gloria.

Cerró la boca, con la seguridad de que había hablado demasiado. Obi-Wan nunca había hablado sobre el tema de los clones y las personas nacidas en libertad. No era su problema. Quizás ahora Jangotat estuviera arrepintiéndose de su pregunta.

Pero, curiosamente, Jangotat no se echó atrás por las palabras o el tono de Obi-Wan.

— ¿Y qué pasa con los sentimientos? —preguntó—. Los Jedi sois los mejores luchadores que he visto en la vida. Pero tenéis sentimientos.

Obi-Wan se rió.

—Si no los tuviéramos no tendríamos que luchar por mantenerlos bajo control —Obi-Wan temía albergar, como muchos otros, el prejuicio de que cada soldado tenía su propio puesto, en una disposición infinita de idéntica carne de cañón láser que se reflejaba hasta el horizonte en un salón de espejos.

Pero Jangotat demostró la falsedad de esa suposición.

— ¿Usted tiene casa? —le preguntó con timidez.

—El Templo Jedi es mi hogar. Lo ha sido desde mi niñez.

— ¿Y usted eligió ser Jedi?

—Sí. Llevo desde la infancia entre las paredes del Templo. Hubo un momento en el que tomé la decisión formal de convertirme en un Caballero Jedi, pero lo cierto es que mis pies ya estaban en ese camino antes de que aprendiera a andar.

— ¿Y no era demasiado joven para tomar una decisión así?

Obi-Wan pensó en la pregunta. ¿Había alguna manera de que el niño que fue en el

pasado hubiera sabido cómo iba a ser su vida? ¿Con todos los peligros, todos los malos momentos? ¿O los buenos? ¿Y qué habría pensado ese niño de haberlos sabido?

Respondió con claridad.

—Si hubiera tomado la decisión con la cabeza, quizás.

— ¿Y con el corazón?

—Algunos dirían que sí —respondió Obi-Wan—, pero la verdad es que percibimos la Fuerza con todos nuestros cuerpos. Cada parte de mí sabía que éste sería mi destino, que no tendría las alegrías y comodidades de la gente normal. Y acepté ese hecho incluso a esa edad tan temprana. —Obi-Wan alargó la mano y apretó el hombro del clon—. Yo tomé esa decisión.

—Esa decisión la tomaron por mí —dijo Jangotat.

Así que estaban en los lados opuestos de un abismo: uno era un hombre que había cambiado todas las cosas normales de la vida por una existencia de servicio y aventura. Y el otro, una pieza intercambiable en el engranaje de un ejército sin rostro, elegido antes de nacer, vertido en un molde que sólo él podía rellenar.

¿Había sido Obi-Wan quien tomó la decisión, o habían sido los midiclorianos? En el análisis final, ¿habían tenido alguna posibilidad de elección Jangotat o él...?

¿La tenía alguien?

Las sombras bailaban una pantomima silenciosa contra la pared de la cueva, alimentadas por el crepitar de las llamas. Obi-Wan observaba a los miembros de Viento del Desierto allí reunidos, pensando que, a lo largo de todas las eras, por toda la galaxia, seres valientes pertenecientes a mil razas se habían reunido en cuevas como aquella, ante hogueras como aquella, por razones similares.

—Nos enfrentamos a tremendos obstáculos —empezó a decir.

—Pero lo hemos hecho bien —dijo Resta.

—Cierto. Pero a un precio. Y ese precio va en aumento. No podemos permitirnoslo.

— ¿Cómo ha pasado esto? —OnSon se apartó la larga melena rubia de la frente, exponiendo una cicatriz en forma de media luna—. Nos hemos esforzado mucho...

Obi-Wan se afligió al percibir el dolor en aquella joven voz.

—Cierto —respondió—. Y la culpa no es vuestra. Vosotros habéis entregado por completo vuestra sangre y vuestro sudor. Nosotros os hemos fallado.

Kit Fisto contemplaba impasible las brasas. Obi-Wan deseó saber lo que estaba pensando su amigo.

Los hombres y mujeres, pensando quizá que el Jedi se disponía a dejarlos, alzaron voces de protesta.

— ¡No! —dijo OnSon—. Sin vosotros nunca les habríamos asestado golpes tan efectivos. ¡Esto no ha sido en vano!

—No —dijo Kit Fisto—. No lo ha sido. Pero nos han superado a cada paso que hemos dado, y tenemos motivos para creer que hay factores adicionales de los que no sabemos nada.

— ¿Qué factores? —gruñó Resta.

—La información ha llegado al Gobierno, recopilada mediante espías, dispositivos o traidores, o... —repuso Obi-Wan, y entonces su voz se apagó hasta ser sólo un hilo, mientras él se sumía en sus pensamientos.

— ¿O qué?

—O mediante alguien que sabe y no tiene piedad. Alguien capaz de...

Su voz volvió a apagarse. En su mente se encendió la chispa de la intuición. Era un destello que se había producido por primera vez aquella mañana, durante una meditación profunda, mientras el resto del campamento dormía. En su trance, percibió una conexión. Durante su estancia en Cestus, su aura se había rozado con la de alguien..., o algo..., que se había convertido en un factor vital de aquella situación. Pero desde su llegada había ido un paso detrás de lo que sucedía realmente. Todo había sido perfecto, pero, aun así...

Salió del trance autoinducido y prosiguió:

—Todo lo ocurrido ha echado nuestros planes por la borda y, debido a ello, tenemos la absoluta certeza de que el Canciller Supremo Palpatine enviará un supercruceiro para amenazar a Duris. Si la situación no ha mejorado para cuando llegue, existe la posibilidad de que se inicie un bombardeo que sea el principio de una guerra total —se detuvo para dejar que sus palabras causaran efecto—. Si eso ocurre, todos perderemos.

— ¿Qué podemos hacer? —preguntó Skot OnSon.

—Tengo una idea que podría acabar con este conflicto sin que se produzca un disparo más —respondió el Jedi—, y sin tener que hundir toda la economía del planeta. Es peligroso, pero podría funcionar.

El ascenso de Fizzik desde que se unió a la organización de su hermana Trillot había sido rápido. Parecía que la gángster sólo se fiaba de los lazos de sangre, y Fizzik se encontró realizando misiones cada vez más importantes, pero nunca se permitió el lujo de olvidar lo rápido que podía cambiar su suerte. Así que cuando le enviaron al Este, a reunirse con el Jedi en el puesto comercial de Jantos, se puso considerablemente nervioso.

—Bueno —dijo Fizzik—, ¿qué quieres?

Aquel sitio le ponía histérico. Si su hermana hubiera querido asesinarlo, el perfil de la misión habría sido muy similar.

—Quiero realizar una compra —dijo Obi-Wan.

— ¿Y qué deseas exactamente?

—Un traje baktoide antirradiaciones de clase seis.

— ¿Y para qué necesitas algo así?

—Eso es asunto mío.

Fizzik miró fijamente los ojos azules del barbudo Jedi, deseando tener más talento para interpretar las expresiones faciales humanas. Conocer ese dato era algo peligroso. Sabía que el Jedi estaba causando el caos en los complejos industriales, y cualquiera que ayudara o instigara el sabotaje podría ser ejecutado.

Un traje antirradiaciones. ¿No había oído alguna vez un rumor sobre un sistema de control protegido por un reactor? Era posible, pero nunca se sabe hasta qué punto puede ser fiable un rumor. ¿Qué pretendía ese Jedi?

Pero Fizzik se guardó sus pensamientos, se levantó e hizo una reverencia. No le correspondía cuestionar nada. Sólo debía servir a su hermana hasta que encontrase un trabajo más deseable.

Lo cual, teniendo en cuenta cómo estaban degenerando las cosas, era algo que igual no podía encontrarse en el planeta.

— ¿Tú te fías de la tal Trillot? —preguntó Kit cuando regresó Obi-Wan. —Me ha dado todo lo que le he pedido. Y por lo que yo sé, siempre me ha dicho la verdad. Nuestras fuentes de Coruscant se fían de ella —suspiró. —Pero tú no te fías de ella —observó Kit.

—Tengo un plan elijo Obi-Wan—. Y requiere a Trillot. Y estoy dispuesto a asumir el riesgo. Trillot me habló en una ocasión de una estación de control escondida, protegida por un campo de radiación. Obtener la protección será muy costoso, pero si la consigo podré entrar en el complejo reactor de Cestus y suspender toda la cadena de montaje de Clandes sin provocar un daño extremo en la infraestructura. Creo que eso podría funcionar.

— ¿Y después qué, señor? —preguntó Cuátor.

—Podríamos cancelar el bombardeo y negociar.

— ¿Pero cuánto dinero hemos conseguido en las incursiones? —preguntó OnSon—. ¿No debía ser para los supervivientes?

—Si esto no funciona, no habrá suficientes supervivientes ni para repartir un crédito —dijo—. Nuestras prioridades han cambiado.

Lo peor era la espera. Esperar una señal de Trillot. De la flota. De las granjas cercanas, vulnerables a las represalias de las fuerzas de seguridad de Cestus.

La espera siempre era mala, pero Obi-Wan empleó ese tiempo en entrenar con Jangotat. El soldado parecía tener un apetito insaciable por el combate Jedi, y Obi-Wan estaba dispuesto a compartir algo más de conocimiento con él, mientras recordara las limitaciones de los CAR.

Con el permiso de Obi-Wan, Jangotat demostró su comprensión de las maniobras de Fluidez Jedi hasta que estuvo empapado en sudor.

— ¿Y bien? —dijo Jangotat, y luego añadió—: ¿General?

Obi-Wan ladeó la cabeza, dándose cuenta de que, de alguna manera, habían desarrollado una extraña relación.

—Lo estás haciendo bien. Recuerda que cuando encuentres un punto de tensión en tu cuerpo no debes machacarlo. Relájate y deja que se disuelva. Respira. Tu cuerpo recuerda todo el dolor, físico o emocional, que sufres. Intenta protegerte. El dolor y el miedo compiten con tu talento y tu consciencia de las cosas.

—El general Fisto dijo que los pensamientos y los miedos son como rocas, y que la Fuerza es un río que fluye entre ellas. Que casi todo el mundo vive tan asfixiado por el dolor y el remordimiento que el agua no fluye de la montaña al mar.

Obi-Wan se rió.

—Muy bien. Gran parte del entrenamiento Jedi está pensado para eliminar esos obstáculos.

—Pero el general Fisto me advirtió que jamás podría llegar a ser tan bueno como un Jedi —dijo Jangotat.

En la voz de Obi-Wan había amabilidad.

—Las alegrías de la vida no nacen de superar el talento ajeno, sino de poder manifestar plenamente el propio.

Jangotat sopeso esas palabras, pareció llegar a la conclusión de que la práctica era mejor que el análisis y se pasó otra hora forzando a su cuerpo a realizar movimientos y figuras extrañas, buscando los profundos abismos de miedo, resentimiento y soledad que bloqueaban sus músculos, liberándolos. Metro a metro, minuto a minuto, Jangotat iba encontrando su propio camino al mar.

El almirante Arikakon Baraka estaba de un humor pésimo. Le habían obligado a tomar parte en los ejercicios de entrenamiento clon y ahora obedecía unas órdenes que lo llevaban muy lejos de la persecución de los separatistas. Había conducido el *Nexu* hasta un planeta llamado Cestus. Cuando terminara con aquel planeta del Borde, el resto de la flota ya estaría enzarzada en alguna batalla importante, y la gloria se la llevaría otro.

Así no había forma de ascender, o de obtener la aprobación de sus antepasados, lo cual deseaba todavía más.

Aun así, Baraka estudió las rutas de navegación, dio órdenes a sus hombres, preparó simulacros en todos los sistemas principales y se dispuso a hacer su trabajo. Reduciría a polvo a esos cestianos, y luego volvería a la batalla principal, que probablemente tendría lugar en Borleias.

Sólo una cosa se interponía entre la gloria y él.

Pero pronto no quedaría nada.

Las motojets ronroneaban al tacto de Obi-Wan, listas para la última fase de la aventura. Kit se dirigió a los comandos clon mientras terminaba de preparar sus bolsas de viaje.

—Suspended todas las operaciones —dijo el nautolano—. No podemos correr el riesgo de que uno de vosotros caiga en manos enemigas. Vuestros cuerpos serían una prueba irrefutable contra la República, y se exhibirían ante los Mil Planetas como prueba del engaño de Palpatine. Si no regresamos, y a no ser que recibáis órdenes directas nuestras, intentad enviar otro mensaje desde la granja de Resta para que el almirante Baraka os recoja. Y no salgáis del campamento a menos que recibáis órdenes directas. ¿Entendido?

Los soldados se miraron intranquilos.

— ¿No cabe la posibilidad de que realicemos una misión de rescate en caso de que usted corra peligro, general Kenobi?

Obi-Wan consiguió transmitirles un gesto tranquilizador.

No salgáis del campamento a no ser que recibáis órdenes directas. ¿Entendido?

Los soldados asintieron, y los Jedi se marcharon en medio de un fuerte viento. La tormenta de arena arreció mientras viajaban hacia el Norte, en dirección a ChikatLik. Hubo momentos en los que Obi-Wan no podía distinguir la motojet de Kit al mirar atrás. Tenía que confiar en que su compañero siguiera allí.

Pero, al igual que no podía ver una solución clara a la situación en que se encontraban, debía tener fe en que esa respuesta existía.

—Tenemos los créditos que me pediste. ¿Dónde está ese traje?

Habían empleado todo un día en regresar a ChikatLik, y Obi-Wan tenía los nervios destrozados. Aquélla era una complicación adicional imprevista.

Trillot soltó una risilla.

—No hay nada en este planeta más protegido que estos trajes. Mi nido sufre redadas periódicas. Si lo encontraran aquí no bastarían ni explicaciones ni defensas legales.

Aquello era plausible, pero...

Obi-Wan percibió que ella estaba incómoda, y de repente percibió el peligro a su alrededor.

—Bien, entonces, ¿dónde está?

¿Qué pasaba? Todas las palabras eran las correctas, pero, aun así..., aun así...

—Sígueme a mi turboascensor personal —dijo Trillot—. Yo misma te llevaré al embarcadero. ¿Dónde están los créditos?

—Te daremos la mitad ahora —dijo Kit, poniendo un saquito en la mesa. Sus ojos negros sin párpados no dejaban de mirar a su anfitriona—. Y la otra mitad cuando tengamos el traje. ¿Te parece bien?

—Por supuesto —respondió Trillot.

Obi-Wan y Kit siguieron a Trillot hasta la plataforma elevadora. Entraron y la puerta se cerró tras ellos. Mientras descendían, Kit se volvió hacia Trillot. Sus ojos reflejaban la escasa luz.

—He oído hablar de ti y me alegro de que hayamos podido conocernos. Te garantizo que, si hay problemas, jamás volveremos a vernos.

—Creo que no volveremos a hacer negocios —fue la respuesta inocente de la delincuente.

Cuando el ascensor se detuvo, se encontraron en una caverna de la colmena del tamaño de un carguero, situada bajo la ciudad principal. Las paredes estaban cubiertas de miles de celdillas vacías distribuidas por las paredes. Obi-Wan olía a agua; un lago subterráneo, quizás un río.

El embarcadero estaba lleno de pilas de cajas sin abrir. *Una colmena convertida en la guarida de un contrabandista*, pensó Obi-Wan. *¿Traficar por los ríos subterráneos? Ingenioso, pero...*

—Ten cuidado —dijo Obi-Wan cuando salieron.

—Una advertencia innecesaria —respondió Kit.

Una tercera voz entró en la conversación:

—Y tardía.

Un resplandeciente círculo de luz chispeó de pronto en el aire que rodeaba a Obi-Wan, que lo reconoció enseguida: un campo de fuerza xythano. *Una emboscada.*

—Un nuevo dispositivo de seguridad creado por Cestus Cibernética. Absorbe y devuelve toda la energía. Adelante, utiliza tu sable láser.



Obi-Wan conocía aquella voz. De pronto, todo lo sucedido en los últimos días cobró sentido con una claridad aplastante, de una forma terrible y posiblemente terminal.

—Asajj Ventress —dijo.

Ella salió de entre las sombras, pero no la protegía sólo la ausencia de luz. En cada mano llevaba un sable láser rojo brillante de mango curvado.

Una docena de jóvenes x'ting salió de las cajas que tenía a su alrededor. Machos, recién salidos de la adolescencia, a juzgar por los pálidos anillos de pelo alrededor del cuello. Se movían con gesto fanfarrón, pero eran inexpertos.

—Has perfeccionado las meditaciones Quy'Tek, discípula —dijo—. Puedes ocultar tu Fuerza.

—De los tontos sí —dijo ella, y sonrió—. Venga... enciende el sable láser. El campo obtendrá su fuerza de él.

— ¿Y éstos?

Trillot merodeó por el campo de energía. Parecía un vex atrapado entre dos hedores.

—Son leales a la colmena —dijo.

—Ella no te tiene aprecio, Trillot —dijo Obi-Wan.

—Creo que menos a ti —rió la criminal.

Ventress se volvió hacia ella.

—Ya puedes irte, Trillot. Tu androide de protocolo traducirá mis órdenes a los x'ting.

Trillot se marchó en el turboascensor con toda la velocidad que le permitía el aparato.

Ventress sonrió.

—Sabía que acabarías venciéndote.

— ¿A esto lo llamas una pelea justa?

La acidez en la voz de Obi-Wan no enmascaraba la furia letal que se gestaba en su interior. Por fin comprendía toda la muerte, y todos los fallos ocurridos desde que llegaron a Cestus. Todos los intentos de solucionar aquel problema de forma pacífica habían sido frustrados por aquella bruja calva, y entonces desapareció por completo la confusión que había sentido hasta entonces.

—No —dijo ella lentamente—. Prefiero llamarlo una victoria.

El supercrucero del comandante Baraka salió del hiperespacio y se colocó sobre Cestus. Una rápida comprobación reveló que en el planeta no había defensas capaces de resistir a una nave de la clase del *Nexu*, así que se acercó sin prisas, aprovechando la ocasión para que su tripulación realizara varios simulacros de ataque.

No podían hacer mucho más mientras no pasaran diez horas o recibieran algún mensaje codificado.

Ante ellos estaba Cestus, un mundo de riqueza sin guerreros que la protegieran. Sólo necesitaba un mensaje procedente de la superficie o del Canciller Supremo. Sólo era cuestión de tiempo.

Cuando el crucero entró en el sistema, la alarma cundió en ChikatLik como un torbellino. Todo el mundo conocía a alguien que había oído el rumor de que la ciudad iba a ser destruida. Miles de seres abandonaron la urbe en las primeras tres horas, en una corriente de refugiados que atascó aeropistas y las carreteras.

G'Mai Duris emitió un mensaje en directo, prometiendo a los ciudadanos que la nave sólo se encontraba allí para proteger los intereses de la República. Y si Cestus era amigo de la República, ¿por qué iban a sufrir daño alguno? Que ese comunicado también se emitiera en los principales sistemas estelares del sistema no pasó desapercibido a nadie. Los líderes de las Cinco Familias se disculparon y se marcharon discretamente a su refugio privado bajo el lago Kibo. La mayoría de los cestianos consideraban que el problema estribaba en que su planeta estaba atrapado entre la República y la Confederación, y sólo querían solucionarlo. La supervivencia pasó a ser, momentáneamente, algo más prioritario que los beneficios.

Para las Cinco Familias, se jugaba una partida que podía hacer desaparecer su poder o auparlo al más alto nivel. Ganara Palpatine o el Conde Dooku, pretendían sobrevivir, fuera cual fuese el resultado.

Una tormenta se cernía sobre Cestus, pero mientras pudieran sobrevivir a ella, todavía podrían cumplirse los contratos con la Confederación. Después de todo, estaban bajo la mirada de toda la galaxia, y ése era el momento perfecto para que el Conde Dooku proporcionara un ejemplo claro de las ventajas que suponía comerciar con los separatistas.

Había otros factores a tener en cuenta, claro, factores que sólo eran discutidos por las Familias o por quienes tenían acceso a evaluaciones muy privadas distribuidas únicamente entre las altas esferas. Pero esos factores y sus implicaciones no tendrían ningún sentido si no conseguían sobrevivir a los próximos días...

—Esto terminará en... unas veinte horas —Ventress miró a los dos Jedi, que seguían atrapados dentro del campo de energía—. Lamento que no volvamos a enfrentar nuestros sables láser, Obi-Wan Kenobi. El Conde Dooku te quiere vivo —dijo ella, tanteando el borde del escudo. Estaba tan ansiosa que las puntas de sus sables gemelos temblaban—. ¿Pero no crees que me perdonaría si te matase en combate singular?

—Por favor —dijo él con la mirada clavada en ella—. Ponme a prueba.

—Preferiría tener yo ese honor —dijo Kit.

—Oohh —jadeó ella—. Oh, sí, tú y yo. Ya ocurrirá, Obi-Wan Kenobi. Pero debo tener presente que esta operación es más importante que mi satisfacción o mi progreso individual. Estoy segura de que puedes entenderlo.

Ella alzó la vista para mirar el techo resquebrajado.

—El Canciller Supremo humillará a Cestus para que sirva de ejemplo a otros planetas descarriados. El destino de este pequeño mundo arrojará cientos de sistemas estelares a los brazos de la Confederación. Misión cumplida.

— ¿Y qué pasa con los bioandroides? ¿No los queréis?

Ella sonrió.

—Estaría bien, pero la producción en masa requeriría la clonación, y nuestros esfuerzos por clonar el tejido dashta exigirían al menos otro año. De momento eso es un callejón sin salida. Un farol.

Sonrió y se acercó aún más, tanto que su rostro estuvo a punto de rozar el resplandeciente campo de energía.

—Las señales que colocaste en Clandes. Muy bonito. No podías entrar en la planta, así que pusiste tres señales externas en triángulo. Un buen plan. Pero era fácil de estropear. Qué pena que se hayan recalibrado las coordenadas.

— ¿De qué hablas? —dijo Obi-Wan, temiendo haberlo entendido perfectamente.

—Planeabas destruir las plantas depuradoras y de energía provocando la menor cantidad de bajas posible —ella chasqueó la lengua con desprecio—. Me temo que no será posible. Nuestros planes requieren un acontecimiento más... dramático.

— ¿Qué has hecho? —susurró él.

—No..., mejor pregunta qué has hecho tú —dijo—. Porque vas a hacer que un crucero ataque deliberadamente una falsa cueva, destruyendo todo el complejo industrial y a los millones de seres que lo habitan. Si, creo que un desastre de esa magnitud dividirá la galaxia, ¿tú no?

La cabeza le daba vueltas. ¿Y el Conde Dooku no tenía forma de clonar o producir en masa tejido de dashta al menos hasta dentro de un año?

— ¿Entonces, el pedido de androides era una maniobra?

—Dirigida a asustar a Palpatine y a tu querido Consejo Jedi para que su reacción fuera exagerada. Yo diría que el plan ha funcionado, ¿no crees? —su risa era tan cálida como el hielo seco—. La matanza resultante pondrá a la galaxia en nuestro favor. Y cuando consigamos clonar el tejido, ¿quién necesitará entonces a Cestus?

—Eres un monstruo —dijo Kit con la voz como la mar en calma.

En ese momento, las enormes energías del interior de Obi-Wan se arremolinaron y se aquietaron. Estaba convencido de que aquello no había acabado, por muy desesperada que fuera la situación. Ventress había cometido un error en algún momento. Y cuando ese error se manifestara, él sabría aprovecharlo...

Los cuatro soldados clon supervivientes permanecieron confinados en la base, en cumplimiento de las órdenes. Eran plenamente conscientes de las fuerzas que había en juego, así como de la pesadilla que se cernía sobre Ord Cestus.

La mente de Jangotat rebosaba de visiones y posibilidades. Él más que nadie era consciente de cuál era la misión de los CAR. Estaba grabada en su cerebro como su propio número. *Detener la producción de MJs. Mantener el orden social.*

¿Mantener el orden? ¡Pero si el orden estaba corrupto! Las Cinco Familias estaban dispuestas a asesinar a innumerables civiles con tal de beneficiarse. Si ésa no era la definición de traición, entonces ¿cuál era? Y, aún peor, sólo un tonto no se daría cuenta de que ya se habían aliado con los separatistas, y los Jedi no eran tontos, eso estaba claro.

Entonces era que se habían visto atrapados en los acontecimientos, controlados por su propia programación. *Igual que un clon*, pensó.

El *Nexu* orbitaba sobre ellos. En cualquier momento les llegaría un mensaje del general Kenobi para que diera comienzo el bombardeo. De no recibirlo, dentro de unas horas, la nave destruiría los objetivos marcados en tierra sin necesidad de ninguna autorización añadida.

Aquella gente iba a morir. Los ciudadanos normales que tenían raíces no podían limitarse a meter sus hogares en un saco y marcharse en caso de peligro. Se escudaban contra la oscuridad, luchaban por sus seres queridos, rezaban en silencio.

Los soldados esperaban, pero el tan ansiado mensaje con los generales seguía sin llegar. ¿Muertos? ¿Capturados? Estaban quedándose sin tiempo. Dentro de unas horas daría comienzo el bombardeo, y eso sería para bien, ¿no?

Jangotat recorrió el perímetro del campamento, mascando un palito de nervios con el estómago revuelto. *Algo va mal.*

Cuando dio la vuelta y regresó con el resto, Cecuatro estaba hablando.

— ¿Qué hacemos ahora?

Cuátor se encogió de hombros.

—Si no vuelven, es que no ha funcionado. Entonces dará inicio el bombardeo, nosotros pediremos que nos rescaten y nos iremos a casa. No podemos esperar otra cosa.

Jangotat se alejó, con la mente agitada y con la vana esperanza de que los comandantes Jedi mandaran un mensaje diciendo que habían cortado el suministro de energía sin necesidad de los daños que produciría un ataque orbital.

Se sorprendió un poco al ver que el viejo Thak Val Zsing y la x'ting Resta se acercaban a él. Val Zsing había parecido derrotado, pero una vitalidad casi llameante

ardía ahora en su interior.

—Sé cosas —dijo—. Por favor. Escúchame.

Jangotat, recordando lo que había aprendido en la cueva, abrió sus sentidos. Vio las heridas del hombre, además de su fuerza. Y supo que aquel desgraciado necesitaba, se merecía, otra oportunidad para redimirse.

Somos mucho más que nuestras acciones. Más que nuestras hazañas o que nuestra programación.

— ¿Qué sabes? —preguntó.

—Nadie habla con Resta, nadie habla con Val Zsing —dijo ella—. Así que nosotros dos hablamos. Hablamos de los viejos tiempos. De lo que el abuelo sabe de las prisiones y de que la colmena de Resta tuvo que cavar en ellas. Recuerdo cosas de ellos —se dio unos golpecitos con el dedo en la sien—. Y vi cosas de una especie de sitio para ejecutivos —soltó una risilla—. Ya sabéis, ese que construyeron quitándome la energía..., el que mató a mi hombre.

La x'ting se acercó más, con las espesas y rojas cejas arqueadas.

—Miré el mapa en el ordenador.

— ¿En nuestros ordenadores?

Thak Val Zsing asintió. La mirada de aquel anciano era penetrante.

—Es el mismo mapa que utilizasteis para ir por los túneles cuando el Jedi hizo el numerito, ¿te acuerdas, chico estelar?

Jangotat asintió, sin llegar a comprender bien adonde querían ir a parar.

—Ese programa define el uso de la energía, las facturas de las instalaciones, todo el rollo de la información a tiempo real de los suministros en los sistemas principales —la voz de Val Zsing se convirtió en un susurro agitado—. Y vimos algo. Oh, sí que he visto algo.

—En las últimas cinco horas, desde que la nave gorda se ha puesto en órbita, en el sitio se han encendido las luces. —Resta se inclinó hacia delante, tan nerviosa que apenas podía contenerse—. ¡Ahí se esconden las Cinco Familias!

—Quiero discutir con vosotros una posibilidad —dijo Jangotat a sus hermanos. Luchó por ocultar su excitación.

— ¿Posibilidad? ¿Qué posibilidad?

—Puede que las Familias hayan cometido un gigantesco error. Si esa información es correcta, sabemos por primera vez dónde se encuentran. Han encendido el suministro de su complejo, que a nuestro entender es un refugio. Yo diría que es bastante probable que estén allí, teniendo en cuenta el actual estado de alerta. Si los cogemos, quizá podamos obligarles a hacer un trato. Si claudican, pondremos fin a esto y detendremos el bombardeo.

Ninguno dijo nada durante un rato. Einta fue el primero en romper el silencio, y estaba impresionado.

— ¡Pero estarías contraviniendo órdenes directas!

Jangotat dio un puñetazo en la mesa.

— ¡Pero podríamos ganar la batalla!

—Hermano —dijo Cecuatro—, según los Acuerdos de Kamino, me veo obligado a recordarte que tu sugerencia contraviene el Código.

Cuátor le miró con desprecio.

—No hagas esto —dijo—. Además... —soltó una fea carcajada—, ese viejo es un cobarde. Y probablemente también sea un mentiroso.

¿Contravenir el Código? La acusación de Cecuatro golpeó a Jangotat como un impacto físico, pero él no dio su brazo a torcer. Esa sola idea le provocaba náuseas. Ningún clon había roto nunca el Código o desobedecido ninguna clase de orden. Sintió que un muro de energía se derrumbaba en su mente, y cada uno de sus músculos se estremecieron con sólo considerar lo prohibido.

—Yo le creo —dijo, y tuvo que apretar los dientes para que no le castañetearan—. Hacedos esta pregunta: si perdierais vuestro honor, ¿no haríais algo para recuperarlo? ¿No os gustaría que alguien os diera una oportunidad?

Sabía que daba en el clavo con esa pregunta: un soldado clon no tenía nada aparte de su reputación. Cecuatro frunció el ceño, comprensivo.

Pero también, en el momento en que mencionó algo así, se dio cuenta de que había trazado una línea entre ellos y él. Había algo distinto en él, y ellos se daban cuenta, pero todavía no habían dicho nada. Sin embargo, había conseguido canalizar sus instintos al mencionar lo inmencionable.

Ya no era del todo uno de ellos. Era algo más, y sus hermanos estaban en guardia.

—Eso no está en el Código, Jangotat —dijo Cecuatro, y le miró fijamente. Sabía que no podía forzarlo más.

Jangotat regresó a su catre. Sabía a lo que podría enfrentarse y por qué. Y sabía que estaba prohibido, pero él creía, con toda la fuerza de su interior, que si los generales supieran lo que él sabía, aprobarían sus actos.

Y a pesar de eso...

*Estaría rompiendo el Código.*

Los músculos de su pecho se contrajeron, y comenzó a sentir sudores fríos. ¿Qué estaba bien? ¿Qué era el Código realmente? ¿Era la letra de la orden, o era hacer lo que él pensaba que harían sus comandantes si supieran lo que él sabía?

Jangotat luchó durante horas con aquello, antes de tomar una decisión, y se deslizó de su catre. Casi había llegado al exterior cuando Cuátor le alcanzó.

— ¿Adonde vas?

—Sabes que tengo que hacer esto —dijo Jangotat.

Cuátor asintió.

—Y tú sabes que yo no puedo permitirte.

—Entonces párame si puedes —respondió Jangotat. Ya que todos eran iguales, una pelea entre Jangotat y Cuátor hubiera estado bastante equilibrada.

Pero las cosas ya no eran iguales. Jangotat luchaba por todo lo que luchaba Cuátor y por un poco más.

Por Sheeka, Tonoté, Mithail, Tari.

Por los Guías.

*No es con lo que lucha un hombre. Es aquello por lo que lucha.*

Los dos se acercaron el uno al otro y se detuvieron un momento al alcanzar una distancia crítica, juzgándose. Al momento se produjo un torbellino de puñetazos y patadas. Cuátor era más fuerte y más rápido...

Pero dio igual. Jangotat tenía una visión clara, más que nunca en su vida, como si todo el momento estuviera congelado en hielo invisible. Vio las respuestas preprogramadas de Cuátor, sus golpes y puñetazos. Jangotat se sintió de alguna forma fuera de todo aquello, como contemplando la escena sin participar. Cuátor podría haberse sentado igualmente y haberle contado por adelantado lo que iba hacer. Moviéndose lentamente, con mucha más calma de la que había tenido nunca en combate, Jangotat se limitó a deslizarse entre los movimientos de Cuátor. Mientras luchaba por mantener el equilibrio entre ellos, se contrajo por un momento, y la respuesta refleja de Jangotat fue colocar el codo en posición perfecta para darle a su hermano en la mandíbula.

Cuátor cayó al suelo y se quedó inmóvil. Jangotat se quedó un momento ahí, perplejo. ¿Era así como se sentían los Jedi? ¿Era aquello una milésima de lo que ellos sentían?

¿O eso era simplemente la libertad? No sabía qué puerta se había abierto en su cabeza, qué entrenamiento y..., y...

Y lo que el amor había hecho por él.

Sintió una profunda alegría. Quizá se estuviera dirigiendo a la muerte, pero estaba más vivo que nunca, más vivo que cualquiera de los suyos.

Y podía conseguirlo. Lo iba a conseguir. No había otra opción.

Se reunió con Thak Val Zsing y Resta junto a las motojets. Tardaron sólo unos minutos en sabotear los demás vehículos..., sus hermanos tardarían una hora en arreglarlos, pero para entonces ya se habrían ido.

Viajaron hacia el Norte durante cincuenta minutos. Cuando el amanecer quebró la oscuridad, el aire le revolvía el pelo y el sol naciente llameaba a su izquierda.

Disfrutó de la soledad, de la sensación de estar más allá de todo aquello. De saber, por primera vez en su vida, que había decidido su destino.

Un día nuevo y precioso. Quizás el último.

Sonrió, orgulloso. Era mejor no desperdiciar ni un solo momento.

Quince kilómetros al norte de la granja de Resta, un tubo de lava se asomaba a

una llanura de barro. Y por él entraron, llevando consigo los petates llenos de munición. Pasaron noventa minutos arrastrándose por la oscuridad, hiriéndose las rodillas con la cortante superficie. Thak Val Zsing guiaba la expedición, y de vez en cuando les hablaba.

—Ahora la cárcel queda al Este, y estamos en uno de los túneles de escape —se rió, un poco de sí mismo—. Los túneles de escape. Menudo chiste: el planeta entero era una prisión..., no había adonde escapar. Los ordenadores centrales dicen que el complejo de las Cinco Familias se construyó en uno de los pabellones de la vieja prisión abandonada.

Llegaron a una parte más amplia y emergieron a una caverna lo suficientemente grande como para que pudieran estar de pie. Había espacio de sobra: formaba parte de una vieja mina y, desde allí, pequeñas galerías partían en todas direcciones.

—A partir de aquí no lo conozco —dijo el viejo—. Por aquí escapó mi abuelo.

Las mazmorras más profundas de la Penitenciaría de Cestus se habían convertido en el bunker de las Cinco Familias. Una ironía salvaje.

—Vamos —dijo Resta, e intentó abrirse camino.

Jangotat se interpuso.

—Tú tienes que vivir —dijo.

—Yo no tengo nada por lo que vivir. Ni mi compañero, ni mi granja.

Jangotat negó con la cabeza.

—Lo que le pasó aquí a tu pueblo no debería haber pasado. Lo que has hecho aquí no será olvidado. Cuando todo esto acabe, redacta un informe con la frase "A-Nueve-Ocho tac código doce" —la miró fijamente—. Eso significará que realizaste para mí un servicio extraordinario durante una misión oficial. Eres amiga de la República, y la República cuida de los suyos.

Ella le miró con odio, presa de la incredulidad. No podía creer que existiera otra vía que no fuera la de la venganza y la muerte.

—No. Voy contigo.

—Tiene que quedar alguien para cantar la canción de tu colmena —dijo Jangotat—. Encuentra un nuevo compañero. Haz niños fuertes. No dejes nunca de luchar.

Ella se quedó tan sorprendida que no pudo reaccionar cuando Jangotat le dio la vuelta y le hizo una presa. Resta luchó por zafarse, y era muy fuerte, más fuerte que la mayoría de los humanos, pero él tenía la ventaja del ángulo y la posición. Por mucho que ella luchara, él la tenía bien agarrada. Ella le golpeó contra la pared de espaldas, pero él no la soltó. Por la mente de Jangotat pasaron cien fisiologías de razas alienígenas, y recordó a los geonosianos. También eran insectiles, y, por tanto, no tenía sentido asfixiarles. Pero tenían nudos nerviosos...

Ahí, en la base del cráneo. Soltó una mano y se apoyó con un codo, presionando desde ambos lados, arriesgándolo todo. El impacto podría ser fatal, pero sólo algo de



presión...

Resta quedó inconsciente y cayó al suelo.

Jangotat se la quedó mirando, jadeante. ¡Qué gran luchadora! ¿Qué había pasado para aplastar la voluntad de aquel pueblo?

—Si ellas son así, ¿cómo son los machos? —susurró a Thak Val Zsing.

—No quieras saberlo —respondió Val Zsing.

Jangotat se tomó un rato para calmarse. Entonces, Thak Val Zsing señaló al último túnel, y juntos descendieron por la oscuridad.

Tras otra hora a gatas llegaron al muro de la cámara exterior. Un rápido examen le reveló que la pared sólo era una lámina de duracero de un centímetro de ancho, y Jangotat supo que podría arreglárselas. Las minas rompeblindajes estaban pensadas para ser utilizadas contra los androides de combate, pero también funcionarían allí. Sacó dos de los discos redondos y planos y los pegó a la pared con sus bandas adhesivas. Luego ajustó el temporizador. Thak Val Zsing y él apenas tuvieron tiempo de ocultarse tras una esquina cuando tuvo lugar la precisa explosión, con una onda expansiva que derribó de espaldas a ambos.

Confundido, Jangotat cogió el rifle y se precipitó hacia la siguiente estancia cuando las luces rojas y amarillas comenzaron a dar la alarma. A través del humo vislumbró una mesa de equipo de comunicaciones y pilas de cajas de alimentos. Se giró a tiempo para ver a un humano y un wrooniano que entraban a toda prisa en un bunker de duracero con forma de cúpula y cerraban la puerta de golpe.

Había llegado demasiado tarde, y golpeó la puerta con la culata del rifle. Tenía al menos cinco centímetros de grosor. Nada de lo que tenía en el saco podía ayudarle a perforar aquello.

El refugio zumbó, vibró y se estabilizó cuando las puertas se sellaron.

— ¿Y ahora qué, chico estelar? —preguntó Thak Val Zsing, llegando tras él.

—Vamos a registrar la sala —dijo Jangotat—. Quizás haya algo.

La estancia era un amplio salón, un invernadero diseñado en función del resto del refugio. Era tan denso como una jungla tropical, y no se parecía nada a los paisajes que Jangotat había visto hasta entonces en Cestus. Se movieron lentamente, vigilando cada movimiento.

Se giró y vio al *Matajedis* acercándose hacia ellos. No pensó. Sólo actuó.

Recordaba demasiado bien a los MJs. Su velocidad, su potencia y su versatilidad eran más que intimidatorias. No había tiempo para pensar, y mucho menos para moverse. Consiguió retroceder un paso para escapar de sus tentáculos, y alcanzó a oír a Val Zsing gritando: "¡Cuidado!", mientras el suelo temblaba bajo sus pies. Era un tentáculo que se acercaba camuflado, cambiando de color para adaptarse al entorno.

Increíble. Uno de los tentáculos le rozó, y él sintió la descarga sólo por un instante, luego retrocedió de un salto. Un instante bastó para que se le pusiera el pelo de la cabeza de punta, pero fue capaz de soltar un disparo de rifle a corta distancia, amputando el tentáculo.

Thak Val Zsing disparaba desde el otro lado, pero los rayos de energía resultaban inofensivos contra el blindaje dorado del MJ.

Val Zsing retrocedió tambaleándose y gritando, justo a tiempo de esquivar otro

tentáculo. Jangotat dio una voltereta hacia atrás mientras disparaba. Volvió a saltar y a retroceder, poniéndose en pie con un solo movimiento fluido y graduando al mismo tiempo el rifle en capacidad de disparo máxima.

¡Es demasiado rápido!

El MJ era una maravilla, zigzagueando de aquí para allá, sus estrechas ruedas se movían con demasiada rapidez como para seguir las. Tres disparos, cuatro. El cargador del rifle empezó a ponerse al rojo blanco mientras los disparos resonaban contra las paredes y el suelo, sin acertar nunca a la resbaladiza máquina. El núcleo de energía del rifle se recalentaba y estaba a punto de apagarse. Jangotat cedió terreno, saltando hacia atrás y volviendo por donde habían venido.

Thak Val Zsing le esperaba allí, agazapado entre las sombras, temblando en silencio. El MJ se acercó un metro hacia ellos, se detuvo y flotó hacia atrás. Era obvio que no conseguirían que se moviera de su posición.

— ¡No podremos detenerlo! —dijo Thak Val Zsing temblando.

Jangotat le agarró por los hombros y le sacudió fuertemente.

— ¡No te vengas abajo ahora! Si ese crucero inicia su ataque morirán miles de vidas.

Pero los huesos emocionales que Thak Val Zsing se había roto en aquella caverna seguían sin poder cargar con el peso de su miedo. Thak Val Zsing retrocedió.

Jangotat lanzó un juramento y tomó una decisión. Quizá no podía detener a la cosa con disparos normales. Veamos qué pasa si le arrojó el techo encima.

Saltó por el agujero, rodando y disparando sin cesar hacia el techo. Los pedazos de roca empezaron a caer de forma masiva, destrozando la cúpula de duro cemento del refugio y enterrando al MJ. Jangotat también estuvo a punto de morir. Se quedó allí, jadeando y con la pierna destrozada, mientras las rocas empezaban a agitarse y el MJ emergía de entre los escombros.

— ¡Thak Val Zsing! —gritó mientras la cosa se acercaba a él—. ¡Maldito seas, Val Zsing! ¡Cobarde! —su frustración era total, igual que su fracaso.

El MJ se acercó más a él, hasta casi rozarle. Proyectó un rayo luminoso a sus ojos, quizá con la intención de hacerle un escáner retinal y compararlo con su base de datos. Entonces, incapaz de identificarlo, le propinó una descarga mediante los tentáculos.

Jangotat cayó de costado. Unas llamas de color azul le recorrieron el cuerpo de arriba abajo. Podía verlas. Sentirlas. Oírlas.

Lo que no podía hacer era moverse. En absoluto.

"¡Thak Val Zsing! ¡Cobarde!"

El antiguo líder de Viento del Desierto estaba más allá del miedo, más allá de la vergüenza. Hay momentos que definen a un ser humano, y cuando esos momentos tienen lugar es imposible dar marcha atrás.

Pero hay veces en las que uno consigue crearse un nuevo destino.

Val Zsing quitó el adhesivo de la pegatina y se puso una de las minas en el pecho. Había observado a Jangotat y estaba lo bastante familiarizado con los explosivos como para adivinar su funcionamiento.

Entro en el refugio y se dirigió a por el androide. Sus brazos le agarraron tan rápidamente que casi no le dio tiempo a ajustar el temporizador.

El MJ dudó un momento, como intentando adivinar por qué Thak Val Zsing no intentaba escapar. Venga. Acércate un poco más... El androide le atrajo hacia sí, a un metro de distancia, y un tentáculo se alzó al nivel de su rostro. Sintió una luz en los ojos.

*Ahora, pensó. Éste es el momento.*

Thak Val Zsing escuchó un último sonido. Una luz estalló, pasando rápidamente al negro, y después no hubo absolutamente nada.

La detonación envió una onda expansiva por toda la habitación, reanimando el sistema nervioso de Jangotat. Las pequeñas llamas azules que recorrían su cuerpo se apagaron, sacándole de la parálisis. Se examinó aturdido la pierna; estaba rota, perforada de metralla. Unos jirones de ropa le explicaron lo que había pasado con su amigo.

Bueno. Al final, Thak Val Zsing no había sido un cobarde.

El MJ estaba lleno de sangre y de polvo, cubierto de hollín, pero empezó a recomponerse, con la cubierta immaculada. Aquella cosa era indestructible, lo cual era una maldición y una bendición, ya que su blindaje lo había protegido a él de la explosión.

Jangotat gruñó. Se había acabado. Ya no quedaba esperanza...

Pero entonces el MJ empezó a hacer cosas raras. Mientras Jangotat contemplaba atónito la escena, el androide se enderezó, volvió a caer, dio una vuelta, se enderezó, se sacudió, y todo ello haciendo un ruido ensordecedor.

Y, de repente, Jangotat adivinó lo que pasaba. ¡Menudo chiste! El mejor. Sólo esperaba poder contárselo a alguien, y que sus compañeros rieran algún día ante el enorme chiste en que se había convertido todo el asunto de Cestus. Jangotat rió histérico mientras miraba a la puerta del bunker. Nada. Los ejecutivos de las Cinco Familias estaban a salvo, sellados en el interior.

Aquí nadie está a salvo, sonrió él. Es hora de enseñarles una pequeña lección.

¿Estaría eso bien? ¿O mal? Aquellas personas habían sentenciado a la muerte a un planeta entero, y nadie iba a detenerlos.

El MJ lo ignoró, ya que estaba muy ocupado yendo de un lado a otro, chocando contra las esquinas, tropezándose y tambaleándose.

Jangotat le pareció que aquello era lo más gracioso que había visto en la vida.

Consiguió arrastrarse hasta la puerta del refugio y la atrancó desde fuera con su rifle. Ya estaba. Al final el arma había servido para algo.

El no podía entrar, pero ahora ellos tampoco podrían salir.

El dolor nublaba su mente. ¿Cuáles eran las coordenadas? No lo recordaba. Menuda broma. Qué gran broma. Entonces lo recordó: las coordenadas eran él. Él era quien las dictaba.

Buscó su intercomunicador y lo sacó, estaba aplastado e inutilizado.

Entonces volvió a reírse. Estaba dentro de un refugio completamente aprovisionado que las Cinco Familias habían construido para escapar de alguna revolución o ataque. Su equipo de comunicaciones funcionaría perfectamente.

El técnico de comunicaciones a bordo del *Nexu*, un veterano llamado CT-9/85, detectó una señal.

—Señor —dijo al oficial al mando—. Tenemos un código de CAR por la radio, en la frecuencia de prioridad.

El comandante Baraka se acercó con gesto ansioso al panel de comunicaciones.

— ¿Y el mensaje?

—Cambiar las coordenadas iniciales del bombardeo a... alguna parte situada al este del lago Kibo. Y luego esperar instrucciones.

— ¿Parece auténtico?

—Al cien por cien. Al soldado va a caerle encima toda la carga explosiva. No puede ir más en serio.

Baraka bufó incómodo. ¿Qué clase de criaturas descerebradas eran esas máquinas?

— ¿Qué hay en ese lugar?

—En el radar aparece como un punto. Quizá sea una base secreta.

—Entonces vamos a ello —dijo Baraka, y dio la orden.

Jangotat estaba recostado en uno de los sillones del atrio, con la pierna malherida estirada a un lado. Dedicó unos diez minutos a componer otro mensaje, y le dio al botón de transmisión apenas segundos antes de que el bunker comenzara a temblar.

Todo el tiempo que estuvo esperando, Jangotat se sorprendió tarareando una canción.

*Uno y dos, chitliks jugando en el sol. Tres y cuatro, kista chitlik en el guisado. Cinco y seis, quiero que un poco me guardéis...*

¿Cómo se llamaba aquella melodía? ¿Dónde la había aprendido? Ah, sí. Recordaba habérsela oído a Tari y Mithail, y a la pequeña y dulce Tonoté cantarla en las colinas Zantay. Deseó que estuvieran a salvo.

La siguiente explosión fue devastadora, y más cercana.

—Nacimos del agua, en el fuego morimos —susurró—. Nuestro cuerpo es la semilla de las estrellas.

La cúpula del misterioso objetivo se convirtió en una ruinoso concavidad momentos después de que el *Nexu* liberara toda la furia de sus armas de energía primarias. La falla que debería haber destruido Clandes con un terremoto sólo propagó un pequeño temblor por la meseta de Kibo. No murió nadie y hubo pocos heridos, aunque la onda llegó hasta Barrens. En Clandes, se agrietaron unas cuantas paredes, y en la ciudad saltó alguna alarma. Al Norte, cerca de ChikatLik, tuvo lugar otro efecto más inmediato.

La superficie del lago subterráneo reflejó destellos rojos y amarillos cuando el campo de energía que albergaba a Obi-Wan y Kit Fisto bajó de intensidad por un segundo. Obi-Wan sintió dolor y fuego al atravesarlo, mientras su sable láser absorbía la suficiente energía para que él no se friera. El campo volvió a su estado normal tan rápidamente que segó el talón izquierdo de Kit cuando este saltó a la libertad.

El androide de protocolo ladró una orden, y todos los aliados de Ventress bajaron las armas.

—Evidentemente, no se están rindiendo —dijo Kit.

Ventress se rió.

—En absoluto. Les dije que no tendrían ninguna posibilidad contra vosotros usando los láser.

—Y...

—Y ahora —dijo ella—, defendeos, Jedi.

Los jóvenes matones x'ting atacaron. Obi-Wan gruñó. No podía limitarse a cortarlos por la mitad. Eran jóvenes y estúpidos y creían estar haciendo lo mejor para la colmena.

—Sé lo que estás pensando —sonrió Ventress—. Te gustaría hablar con ellos. Es una pena que no hables x'ting.

—¿Obi-Wan? —preguntó Kit.

—No podemos matarlos así como así.

"¿Por qué no?", pareció que quería preguntar Kit.

—No son en absoluto inocentes.

El nautolano irradiaba urgencia, el tirón de la Forma I que le preparaba para la batalla. Ventress era la clave. Tenían que detenerla. Y si aquellos idiotas se interponían entre ellos y la alumna del Conde Dooku, la mujer que podía significar la salvación de millones de vidas, entonces peor para ellos.

Pero... sería una masacre. Obi-Wan rebuscó en su conciencia y tomó una difícil decisión.

—Debemos hacerlo sin los sables láser.

Kit pareció resistirse a la idea, aunque finalmente suspiró.

—Entonces toca un poco de ejercicio —dijo, y apagó su arma, reacio.

Obi-Wan también desactivó la suya, y los idiotas y jóvenes aliados de Ventress se lanzaron al momento a por ellos desde todos los ángulos. Obi-Wan esquivó el golpe de una barra de duracero, y el filo de su bota destrozó la rodilla del x'ting al hacerlo. Un segundo joven saltó sobre él desde atrás. Obi-Wan agarró una mano derecha primaria, una mano izquierda secundaria y las retorció. El x'ting voló por los aires y cayó sobre una pila de cajas.

Kit Fisto gruñó, dejándose llevar por el empuje de las técnicas de combate sin armas de la Forma I. Su ataque era fluidez absoluta, un movimiento que fluía hacia el siguiente sin desperdiciar un solo esfuerzo. Las cabezas se partían, los miembros se retorcían en sus articulaciones y los x'ting saltaban al lago entre aullidos.

Ventress se quedó a un lado, contemplándolo todo, y Obi-Wan supo que esperaba, aprendiendo sobre sus oponentes.

La caverna se llenó de cuerpos en movimiento. Se trataba de sirvientes, y Ventress sacrificaría a cualquiera de ellos para saber lo que quería. Sabía que el Jedi no se limitaría a cortarlos por la mitad. Estaba observando, y estudiando y reservándose para su momento.

Las tácticas de combate sin armas de los Jedi revelarían su táctica de sable láser. No podían hacer nada para impedirlo.

Los oponentes de Obi-Wan tenían entusiasmo, pero nada de técnica. La Fuerza fluía en su interior, y su percepción temporal se amplió, reduciendo la realidad a una velocidad mínima. Tenía tiempo de sobra para esquivar los golpes, y devolverlos con perfecta economía.

Por el rabillo del ojo vio que Kit casi había llegado junto a Ventress, y lo que vio mientras el nautolano redoblaba sus esfuerzos estuvo a punto de romper su concentración. Su compañero era un huracán marcial viviente, y su cuerpo se movía en dos y hasta en tres direcciones distintas a la vez, con las articulaciones flexibles no limitadas por la construcción vertebral de los humanos.

Aquel al que tocaba, lo derribaba. Y los que caían, se quedaban en el suelo. Ventress podía haberse buscado un ejército entre la chusma, pero los jóvenes x'ting eran temerarios y luchaban como si les fuera la vida en ello.

Semejante embestida no dejaba tiempo para pensar o planificar, ni para hacer movimientos curiosos. Sólo había ataque o defensa, y muy poco tiempo para esto último.

De hecho, lo único que podía hacer Obi-Wan era atacar y atacar, llevar la batalla hacia ellos, crear su propia precisión y distanciamiento, mientras se abría paso hacia Ventress.

Con los agujones fuera, los jóvenes x'ting se acercaron a ellos por grupos. Obi-

Wan se calmó, empleándolos como escudos ante sus propios compañeros, moviéndose de forma continuada y feroz.

Y entonces... le llegó un golpe procedente del cuadrante superior izquierdo. Obi-Wan era un poco más lento en la defensa de esa zona, y un cortante cuchillo le rasgó la túnica. Escapó por los pelos al desastre, una y otra vez. *¿Está observando?*, pensó Obi-Wan. *Pues que siga así*

Obi-Wan se perdió el momento, pero Kit por fin consiguió llegar hasta Ventress. Ella alzó la mano, y el x'ting que había estado acosando al nautolano se fue a por Obi-Wan, dejándola sola con Kit.

Por fin, Kit sacó su sable láser. Ventress blandió un par de hojas rojas y llameantes. Ella inclinó la cabeza, respirando más deprisa y dibujando una sonrisa con los labios.

—Por fin —dijo ella.

—El placer es tuyo —siseó Kit, y se abalanzó a por ella.

Él era como el fuego y ella como el humo. Aquella danza tenía sustancia, pero no forma; un borrón de luz imposiblemente rápido, increíblemente letal. Los dos saltaron y se esquivaron, colisionaron y se alejaron. La hoja única contra las dobles de Ventress. Manos, rodillas, pies, todo ello en un remolino perturbador.

Obi-Wan habría dado la mano derecha por unirse al duelo o por ser espectador de aquella demostración, pero tenía sus propias preocupaciones, su propia batalla que ganar.

Luchó con las ganas que tenía de sacar el sable láser y acabar con todos aquellos x'ting. Sus enemigos no dejaban de atacarle, rápida pero torpemente, interfiriéndose unos a otros. Obi-Wan atacaba de frente, y era tan escurridizo como la brisa.

Se perdió el combate y, de repente..., ¡Kit ha caído! Herido y aturdido por una patada en la mandíbula, Ventress había traspasado sus defensas por primera vez. Su sable zurdo cortó al nautolano en el brazo, pero él se apartó rápidamente cuando saltaron las chispas, inclinándose para asimilar un golpe que le llegaba por la derecha.

Obi-Wan oyó el grito, pero no pudo ver la gravedad de la herida. Kit dio una voltereta mientras Ventress se aproximaba a él, y cayó al lago. Ventress se quedó en la orilla, sonriendo de oreja a oreja y con los brazos en jarras, en gesto triunfal, riendo con su gélida voz.

El Jedi se abrió paso entre los x'ting y sacó el sable láser.

—Esto es entre Ventress y yo —gritó—. ¡Ya basta de juegos! Cualquiera que se interponga entre nosotros morirá. ¡Traduce eso, Ventress!

¿Por que? —rió ella, burlona.

— ¿Qué? —preguntó él, furioso—. ¿Acaso no sabes ya lo que querías saber? ¿No has visto lo que querías ver? ¿Qué sentido tiene enviar a estos chicos a la muerte? Van a morir sólo porque confían en ti. ¿Es que no queda nada en tu interior? Si no es



bondad, ¿quizá lealtad?

Ella parpadeó, y él se dio cuenta de que había dicho algo que le había afectado. Ella asintió.

—Diles que se marchen —dijo ella, y el androide de protocolo se lo tradujo.

Él recorrió la distancia que les separaba con un único salto. Asajj Ventress era extraordinariamente rápida, pero su misma ferocidad proporcionó a Obi-Wan una abertura en su guardia, un momento en que él tenía ventaja. Bloqueó los sables láser de Ventress y consiguió bajarle las hojas.

Ventress se quedó de piedra, pero liberó la diestra al momento y atacó el cuello del Jedi con intención de decapitarlo.

Pero ya no había tiempo para pensamientos conscientes, ni para nada que no fuera responder al ataque, y Obi-Wan se agachó y retrocedió. Ventress se concentró en el lado izquierdo y saltó por el aire, dando una patada voladora que derribó a Obi-Wan contra el suelo del embarcadero. Una vez allí no encontró la oportunidad de volver a levantarse, y se encontró luchando en el suelo, de espaldas, contoneándose y arrastrándose hacia atrás y con los movimientos tan limitados que supo que la pelea terminaría en segundos. El primer toque de desesperación se abrió paso por sus escudos emocionales.

Obi-Wan enseñó los dientes. Como solía decir últimamente el Maestro Yoda: "El Lado Oscuro ha ensombrecido la galaxia. Difícil de ver el futuro es."

Flotando por debajo del embarcadero, Kit Fisto seguía sin poder moverse. Había escapado por los pelos a la muerte por herida de sable láser en la cabeza, y todavía tenía los sentidos aturdidos. Pero algún instinto profundo le avisó de que su colega Obi-Wan estaba en peligro, luchando por proteger las vidas de ambos. Se despertó y buscó su sable láser.

Lo activó y cortó los pilares que servían de soporte al embarcadero. Ventress aulló por la sorpresa de ver cómo Obi-Wan y ella se precipitaban al agua. Kit quería ayudar desesperadamente, pero había agotado su reserva de fuerza. Rindiéndose a las heridas, se quedó inconsciente.

Obi-Wan apenas tuvo un momento para coger el respirador y ponérselo en la boca, y enseguida se dio cuenta de que eso no podía hacerlo Ventress al tener ambas manos ocupadas con sus sables láser.

Fue a por ella con todo su ímpetu, sin concederle un momento para enfundar un sable láser y colocarse su propio respirador.

El Caballero Jedi era capaz de moverse en las tres dimensiones, atacando bajo el agua y desde todos los ángulos, y la desesperada defensa de Ventress la obligaba a coger aire cada vez que su cabeza asomaba a la superficie.

Al borde del pánico, Ventress soltó uno de sus sables y se abalanzó hacia Obi-Wan, sorprendiéndolo. Volvió a retroceder y aprovechó ese momento para ponerse su

propio respirador.

Entonces, fue a por él con ojos llenos de odio.

Los dos comenzaron a describir un círculo alrededor del otro como si fueran depredadores acuáticos, pero ambos estaban fuera de su elemento. La cuestión era cuál se adaptaría con más rapidez.

*Atráela. Deja una abertura en el cuadrante superior izquierdo. Lo bloquearé con más lentitud, como ella se espera. Entonces fingiré que me ha dado, como hice con el x'ting, y ella pensará que me ha tocado alguna vieja herida, y que voy a retroceder. Me ha visto hacerlo dos veces.*

El agua estaba revuelta, y él se dio cuenta de que no debía fiarse de sus ojos. *Para. Concéntrate. Siente la presión del agua mientras ella se mueve. Confía en la Fuerza.*

Obi-Wan sintió la marea del agua y dejó que esa corriente le llevara de forma natural. Su sable láser relució y, por primera vez, la cortó.

La herida se produjo en la parte inferior de las costillas, y los ojos de Ventress se abrieron de par en par por el dolor y el miedo.

En lugar de retroceder, Obi-Wan se acercó más. Ella le golpeó en la boca, quitándole el respirador. Pero el movimiento la dejó aturdida, y él le quitó el suyo al mismo tiempo.

Allí estaban los dos, bajo el agua. El primero que saliera a la superficie quedaría expuesto y vulnerable. El primero en ceder perdería.

*Y dime, Ventress... ¿Cuál de los dos puede aguantar más tiempo la respiración?*

Aquel sitio era tan bueno como cualquier otro para morir. Si aquél era el final, ¿qué mejor que hacerlo llevándose por delante a una criatura como Ventress?

Y ella le vio la cara. *Sí Como Duris. Estoy dispuesta a morir aquí y ahora y por estas razones. Estoy dispuesta a matarte. ¿Puedes decir tú lo mismo?*

En ese preciso momento, Obi-Wan renunció a toda precaución y se abalanzó a por ella. Su sable láser estaba allí, aquí y en todos los ángulos, y ella estaba malherida...

Ventress blandió la hoja que le quedaba, con los ojos abiertos de par en par.

Entonces, algo se rompió en su interior. Chilló una bocanada de burbujas y activó algo de su cinturón. El agua a su alrededor se enturbio con un remolino de ónice, como si hubiera vaciado un cartucho de tinta.

Y Asajj Ventress desapareció en una nube de burbujas y negrura.

Obi-Wan y Kit, chorreando y cojeando, se ayudaron mutuamente a salir del lago.

— ¿Estás bien? —preguntó Obi-Wan.

—Pronto lo estaré —respondió el nautolano—. Puede que ella me subestimara.

Obi-Wan recordó el derrumbamiento del embarcadero y negó con la cabeza, sonriendo, sin poder creérselo.

—Eso creo yo, amigo mío. Vamos.

Siguieron una escalera excavada en la roca y subieron unos veinte pisos hasta llegar a la superficie de la colmena, unos dos kilómetros al sur de ChikatLik. Obi-Wan y Kit contemplaron algo que parecía un rayo en el horizonte, hacia el Sur. Les llegó el trueno distante del bombardeo masivo.

—La destrucción ha empezado —dijo Obi-Wan—. Hemos fracasado.

—Qué raro.

— ¿El qué?

—Pensé que el ataque sería más al Sudoeste.

—Tienes razón —murmuró Obi-Wan—. Eso parece cerca de Kibo.

Sacó unos macrobinoculares y enfocó la escena. A través de la lente pudo ver una columna de humo y fuego elevándose hacia el cielo. Del cielo llovían formas oscuras, además de rayos de energía. Una conflagración letal y llameante.

— ¿Y bien? —preguntó Kit.

Obi-Wan entrecerró los ojos, confundido.

—Esto es muy raro. Vamos.

Cuando por fin llegaron a la nave, una parpadeante luz de control llamó su atención.

—Un mensaje —dijo Obi-Wan. —Deberíamos escucharlo. —Tengo que conseguirte asistencia médica. —Sobreviviré —insistió Kit—. Mira el mensaje.

Obi Wan tecleó y apareció la imagen de un oficial CAR.

—Jangotat —murmuró Kit.

El rostro enjuto y moreno estaba malherido; tenía el ojo izquierdo cerrado, pero sonreía ligeramente.

—Saludos para el general Kenobi y el general Fisto. Aquí A-Nueve-Ocho, al que han tenido la amabilidad de llamar Jangotat. Si este mensaje es recibido, será que al menos uno de ustedes seguirá vivo. Con toda probabilidad, yo estaré subido a una escalera cogiendo girasoles —una pausa—. He desobedecido sus órdenes directas, contraviniendo el Código, y asumo toda la responsabilidad por el resultado que haya podido tener todo esto. No la tienen mis hermanos, que intentaron impedírmelo con todas sus fuerzas. Vine al bunker de las Cinco Familias en Kibo con la intención de

capturarlas. Ustedes estaban limitados en sus acciones, y por ello iban a morir miles de vidas inocentes. Las cosas no salieron como esperaba, pero encontré una salida, y como probablemente ya sabrán, las Cinco Familias han muerto...

— ¿Cómo...? —susurró Kit.

—... empleé una señal de prioridad para cambiar las coordenadas del bombardeo al refugio de las Cinco Familias. Ya no queda mucho.

Entonces..., el humo...

— ¿Qué significa esto? —dijo el nautolano.

—Eso dependerá del tipo de mujer que sea G'Mai Duris —dijo Obi-Wan.

Cerró los ojos.

—Duris es regente y líder del Consejo de la Colmena. Con las Familias sumidas en el caos, se ha convertido en la mujer más poderosa del planeta..., y creo que podré negociar con ella. Llama al almirante Baraka.

— ¿Miles de vidas? —preguntó Kit, incrédulo—. Jangotat ha salvado millones.

—Pero él no lo sabía. No sabía que Ventress había cambiado los códigos. No tenía ni idea de lo importante que era la decisión que tomó.

Obi-Wan y Kit compartieron un momento de silencio. Luego, Obi-Wan llamó al *Nexu*.

Al día siguiente, en las colinas Zantay, tal y como había solicitado Jangotat en aquella su última voluntad y testamento, el Jedi mostró el mensaje a Sheeka Tull.

—No se preocupen por los androides MJ —continuó Jangotat—. Jamás habrían funcionado en un campo de batalla. Cualquiera que haya conocido a las dashtas sabrá que son sanadoras, no asesinas. Cuando Thak Val Zsing murió violentamente en sus brazos, la dashta que había dentro del MJ se volvió loca. Ya sé que no soy técnico, no me preguntéis por qué lo se, pero lo se. ¿Aplicaciones de seguridad no letales? Eso es una cosa. Pero matar a seres pensantes es algo que les sobrepasa. Hasta un Guía durmiente se volvió loco al hacerlo. Los Guías son criaturas sencillas y buenas. Unieron a los x'ting y los colonos. Los x'ting llevaron los hongos a los granjeros que morían por la escasez de nutrientes del suelo. Recuperaron las costumbres de antaño.

"Creo que las Cinco Familias lo sabían, y mintieron al Conde Dooku. Quizá planeaban aceptar el primer pago y luego desaparecer antes de que la Confederación organizara a los MJ en combate, dejando que Cestus pagase el precio si la República caía."

Obi-Wan y Kit se miraron atónitos. ¿Había alguien en todo aquel embrollo que hubiera dicho la verdad? ¿Era impresionante! Todo habían sido mentiras de principio a fin.

—Yo no saldré de aquí con vida, y eso me duele, porque me hubiera gustado. Por primera vez en mi vida sueño con tener un futuro —Jangotat hizo una pausa, inmerso por un momento en sus propios pensamientos—. Esto es muy difícil para mí. No soy

un hombre hablador. Hasta que te conocí, ni siquiera sabía que era un hombre. Yo era los votos, el uniforme, el rango. No. Tú me mostraste que era más que eso, más que uno entre un millón de soldados nacidos de un asesino, salido de una cadena de montaje. Es muy importante saber el lugar que se ocupa en el universo, pero también hay algo más, y tú me ayudaste a descubrirlo.

Los tres se miraron incómodos.

—Hay algo que quiero que sepas: si hubiera sobrevivido a todo esto, si hubiera regresado con el deber cumplido, hubiera vuelto al GER. Quizá te cueste entenderlo, pero sigue siendo algo increíble luchar por lo que crees correcto. Sheeka, si yo hubiera sido otro hombre, no puedo imaginar nada mejor que haberme quedado contigo. Y cuando mis días de soldado hubieran tocado a su fin, yo habría vuelto contigo, si tú me hubieras aceptado. Siento no ser el hombre que conociste una vez...

¿Ella conoció a Jango? Todo empezaba a adquirir sentido.

—... siento que tú y yo no tuviéramos ni pasado ni futuro.

Sheeka no pronunció una sola palabra, pero su mirada baja lo decía todo.

—Tienes que saber que, por encima de todo, yo era un soldado. Y que tú, y ninguna otra persona en toda la galaxia, tenías en tus manos el corazón de este soldado.

Exceptuando el suave sollozo de Sheeka contra el hombro de Obi-Wan, sólo el silencio reinó en aquella habitación durante un largo rato.

ChikatLik bullía bajo sus pies. Ahora le resultaba más fácil a Obi-Wan detectar la arquitectura original, y ver dónde habían dejado su huella los colonos. La colmena seguía viva. Podía crecer y cambiar, como cualquier ser vivo. Había sido reducida prácticamente a cenizas, pero la colmena seguía viva.

Kit, G'Mai Duris y él se encontraban en una pasarela, contemplando el hervidero de la ciudad bajo ellos. Las corrientes de aire sintético hacían ondear los faldones de ella.

—Es curioso ver cómo siguen con sus vidas, como si no hubiera ocurrido nada —dijo ella.

— ¿Qué ha ocurrido?

—Debbikin, los Por'Ten, mi primo Quill, la mitad del clan Llitishi. Eliminados. Lo que queda de las Cinco Familias está sumido en el caos, luchando por las migajas. Mientras se pelean, el Consejo de la Colmena se ha hecho con el poder. A partir de ahora, los representantes de Cestus Cibernética que quedan tendrán que tratarnos mejor. Acaba de terminar un mandato de trescientos años, y nadie parece darse cuenta. A nadie parece importarle, sentirlo, comprender que son libres.

— ¿Lo son? —preguntó Kit.

—Sí, Maestro Fisto. Tan libres como se lo permitan sus energías.

—Es diferente —Obi-Wan hizo un silencio—. Pero tienen una líder digna de admiración. En todo este sórdido asunto, usted fue la única que dijo la verdad, incluso a sus enemigos. Usted, G'Mai Duris, es una mujer extraordinaria.

Ella bajó la mirada tímidamente.

—Es muy amable. Bueno, Maestro Kenobi, supongo que usted gana, después de todo. Es muy generoso por su parte seguir ofreciéndonos las condiciones iniciales del Canciller Supremo. Me sorprende que no sea más severo. No estamos en posición de negociar.

—Yo tampoco soy un negociante —dijo Obi-Wan—. No me encuentro cómodo en este papel, y me encantaría no tener que cumplirlo. Regente, lamento que mi deber me obligase a engañarla.

—No éramos amigos, Maestro Kenobi. Sus acciones reflejaban el peso de la necesidad. En el mundo de la política, la verdad no es más que otro instrumento.

—Entonces, espero pasar mi vida entera entre amigos.

Compartieron una sonrisa.

—Espero que sepa que yo siempre le consideraré un amigo —dijo ella—. Mi amigo —hizo una pausa—. Entonces —dijo, volviendo al asunto que les ocupaba—, la República nos garantiza un contrato de provisión de androides para el ejército. Eso

dará a Cestus la posibilidad de establecer redes de servicio e instrucción en todos los planetas de la República. Pero se acabaron los MJs. Si el Canciller mantiene su palabra, seguiremos a salvo.

—Creo que la situación actual podría describirse como un punto de partida.

—Gracias, Maestro Kenobi.

Él tenía algo en mente.

—Necesito que me haga un favor —dijo Obi-Wan.

— ¿Sí?

—Hay mucha gente que se ha sacrificado en esta lucha —dijo—. Han muerto muchos. Me gustaría que se amnistiara a los supervivientes, así como a los que usted capturó. Nada de listas negras. Deje que continúen con sus vidas. Que esto sea un nuevo comienzo. Y otra cosa más...

— ¿Sí?

—Que las arañas recuperen las cuevas. Ya tienen bastante poco.

—Lamento los eternos ciclos de sufrimiento de Cestus. Nuestra colmena ha cometido muchos errores, pero haré lo que esté en mi mano para rectificarlos.

Había llegado el momento de que los Jedi se despidieran. Las fuerzas de Viento del Desierto que quedaban volvieron a llenar las cavernas. Resta les cantó una canción sobre el valor de Thak Val Zsing. Se dieron las manos, se saludaron, se abrazaron y se dedicaron palabras cálidas mientras los soldados supervivientes metían el equipaje en el transbordador enviado a petición personal del almirante Baraka.

— ¿Maestro Kenobi? —dijo Sheeka Tull en un momento de tranquilidad.

— ¿Sí?

Ella no podía mirarle a los ojos.

— ¿Hice algo malo... —dijo ella—, algo horrible y egoísta?

— ¿A qué te refieres?

—Quise recuperar algo que creía que echaba de menos en mi vida. Algo..., alguien a quien conocí hace mucho tiempo.

— ¿Intentaste hacerle regresar?

Ella asintió.

—Pese a decir siempre que hay que vivir el presente, ahora veo que... he sido muy hipócrita.

— ¿Por qué?

—Porque le desperté, Maestro Kenobi. Podría haberse pasado la vida entera sintiéndose completo y pleno, y en paz con su camino.

Obi-Wan entrelazó los dedos.

—A mí me parecía un hombre pleno. Me parecía un hombre que viajó por todo el borde de la galaxia hasta encontrar un hogar.

— ¿Pero es que no lo entiende? Él sabía lo que debía decir. Supo que yo vería ese holo, que él no volvería. Y dijo eso para que yo me quedara tranquila —ella movió la cabeza de un lado a otro—. Lo sé, lo sé, puede parecer una locura, y puede que ahora mismo esté un poco loca —le miró con desesperación—. Dime, dime, Jedi. ¿Lo desperté yo?, ¿lo convencí de que su vida tenía un valor justo a tiempo de perderla? ¿En qué me convierte eso?

—En una mujer que hace mucho tiempo amó a un hombre y luego intentó volver a amarlo.

Ella lo miró con el rostro anegado en lágrimas.

—Ninguno de nosotros controla por completo el corazón —dijo Obi-Wan—. Hacemos lo que podemos, lo que queremos, lo que tenemos que hacer..., guiados por nuestro código ético y nuestras responsabilidades. A veces uno se siente solo.

— ¿Usted se ha sentido...? —empezó a decir ella, pero no pudo terminar.

—Sí —dijo él, sin añadir nada más.



Pero aquella palabra fue suficiente para Sheeka Tull.

—Bueno —dijo Obi-Wan—. Tendrás que ser fuerte. Por Jangotat, que, en mi opinión, te hubiera agradecido cada día de claridad que le hubieras dado. Y por ti misma, porque tu único pecado ha sido amar.

Él se acercó a ella. Le puso las manos en el vientre.

—Y por el hijo que llevas dentro.

Ella pestañeó.

— ¿Cómo lo sabes?

Obi-Wan sonrió.

—Creo que será fuerte. Y tendrá nombre, no un número.

—No un número.

—No.

Estaban parados en una caverna vacía. Las anguilas se habían ido. ¿Qué podía haberlas alejado? ¿Los temblores de tierra? ¿Los rumores de guerra? Nadie lo sabía. Quizá regresaran. Quizá no. Pero los humanos habían abusado de sus preciosos regalos, y ahora los humanos y los x'ting podían esperar a que los Guías aclararan sus ideas. Allí, por espacio de cien años o más, habían ofrecido con amor el mayor don imaginable: sus propios hijos, para que sus nuevos amigos prosperaran. Y ese regalo había estado a punto de matarlas a todas.

Era mejor que se hubieran ido.

Entre las rocas, en las afueras del campamento secundario, Obi Wan y Kit presenciaron la ceremonia fúnebre de los CAR para uno de los suyos. Era lo más simple que podía imaginarse.

Los tres cavaron una profunda zanja y colocaron con cuidado el cuerpo de Jangotat en su interior. Cada uno echó un puñado de arena y barro. Entonces, Cuátor habló.

—Nacemos del agua y en el fuego morimos. Somos la semilla de las estrellas.

Una vez terminaron, los Jedi les ayudaron a construir un túmulo con piedras, más alto que ancho, como un dedo acusador, señalando a las estrellas. Permanecieron allí unos instantes, mirando a la cueva, a las rocas, al cielo, absorbiendo un poco de aquel lugar que tantísimo esfuerzo les había costado.

Entonces todo terminó y no quedó nada más por hacer.

Y se marcharon.

Trillot se revolvía y daba vueltas en la cama, sumida en una visión recurrente de sangre y destrucción. Las montañas cayeron. Los planetas explotaron. El espacio entre las estrellas se tiñó de sangre.

Se despertó de repente, aliviada. Sólo era una pesadilla. Otra más de la corriente interminable de horribles fantasías oníricas...

Su visión se despejó, y su sensación de alivio se evaporó. Asajj Ventress estaba sobre ella, más palpable que cualquier pesadilla.

—Te paseaste por mis sueños —dijo Ventress—. Y te vi cuando lo hiciste.

Su sable láser descendió.

En un punto a tan sólo treinta kilómetros de ChikatLik, dos guardias yacían en el suelo, a la sombra de la nave, de Ventress. Ella volvió a enfundarse el sable láser, ascendió por la rampa y comenzó a comprobar los instrumentos para prepararse para el despegue.

—Obi-Wan —dijo en voz baja.

Quería verlo muerto. Pero en el agua, donde podría haberle seguido hasta la muerte, él había permanecido firme. Había sido...

Ella se miró las manos. ¿Por qué le temblaban? No era propio de ella. Se conocía a sí misma. Hacía tiempo que se había trazado un camino, y estaba más que preparada para recorrerlo.

Asajj Ventress procuró concentrarse en los cientos de pequeños preparativos previos al vuelo. Cuando iba por la mitad, se dio cuenta de que ya no le temblaban las manos. Acción. Eso era lo que necesitaba. Eso era lo que ansiaba. Aceptaría la mordaz aprobación del Conde Dooku y luego emprendería la misión más peligrosa que pudiera planear el general Grievous, fuera en el planeta que fuera, al margen del remolino de caos y ruinas en el que se viera inmersa, y se sentiría limpia y en paz. Ventress se elevó sobre las nubes de ChikatLik y desapareció.

De detrás de una roca, al otro lado de la zona de aterrizaje de Ventress, Fizzik salió arrastrándose del suelo, temblando de forma descontrolada. Era hora de dejar Cestus. El planeta se había convertido de pronto en un lugar tremendamente peligroso. Si consiguiera regresar al nido de Trillot, igual podía robar algunos créditos a su hermana antes de que descubrieran su cadáver.

Pero claro, igual las cosas no le salían tan bien si se descubría el cuerpo antes de que Fizzik consiguiera escapar.

¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

La falta de valor llevaba a la pobreza.

Fizzik tomó una decisión: había sido pobre antes, pero nunca había estado

muerto, y deseaba seguir así durante mucho tiempo.

La noche cayó sobre las montañas Dashta. Sheeka Tull esperó a que se marcharan los Jedi, los CAR y todos los demás, y se arrodilló junto al túmulo de Jangotat para dedicarle su propia y personal despedida.

Alzó la vista y observó dos rayos gemelos de luz surcando el espacio, donde dos naves muy diferentes tomaban rutas muy diferentes.

Sheeka se tocó el vientre, aún plano, pero que albergaba a su hijo. El hijo de ambos. De Jango y suyo.

No, no era de Jango. Jango jamás hubiera muerto para salvar vidas desconocidas. Jangotat fue un hombre diferente. Un hombre mejor.

Su hombre.

*Un nombre, no un número, Jangotat. A-Nueve-Ocho.*

*Te lo juro.*

FIN

## COMENTARIO FINAL

En 1977, la primera vez que vi un destructor estelar cruzando la pantalla, yo no había publicado ni una sola palabra de ficción y jamás había escrito un episodio de televisión. Pensar que treinta años y dos millones de palabras después, yo haría mi propia aportación al canon habría colapsado mi joven mente.

Mi más profundo agradecimiento a la gente de Lucasfilm, con la que pasé dos gloriosos días en el rancho Skywalker, perfilando los detalles. A Sue Rostoni, de Lucas Licensing. A Shelly Shapiro, de Del Rey, por ser de esa clase de editora que confía en sus escritores, dándoles espacio para hacer volar su imaginación.

A Betsy Mitchell, por darme esta oportunidad. Mi aprecio también a mi mujer, la novelista Tananarive Due, por recordarme constantemente mis responsabilidades, y a mi hija, Nicki, por darme energía para cumplirlas.

A mi sobrina Sharlene Chikayo Higa, por dejar que su tío tomase prestado su apodo para cierta bolita azul.

Y a mi hijo recién nacido, Jason Kai Due-Barnes, te lo agradezco más de lo que llegarás a imaginar nunca.

A todos los aficionados de *Star Wars* que se pusieron en contacto conmigo a lo largo de los meses, ofreciéndome su apoyo y entusiasmo, y sobre todo a Andrew Liptak. Me has ayudado a recordar de qué va todo esto. Y a Adam Daggy, por su excelente imitación de Jar Jar.

Hay otras personas a las que dar las gracias, y muchas otras piezas de ese rompecabezas llamado "Cómo escribir un libro", pero sería criminal olvidarme de un colaborador como el señor Scott Sonnon, que creó la maravillosa técnica de Fluidéz Corporal que he tomado "prestada" para convertirla en una institución Jedi. Si en este planeta existe algún arte sensible a la Fuerza, es la obra de este hombre. Su técnica puede encontrarse en [www.rmax.tv](http://www.rmax.tv).

En 1983, durante la fiesta del equipo de *El retorno del Jedi*, tuve un breve encuentro con George Lucas. Me quedé sin palabras, pero conseguí comunicarle lo mucho que me gustaba lo que hacía. Podría haberle dicho muchas otras cosas, y por si acaso lee estas palabras, quisiera añadir:

Gracias, por crear este vasto y flexible campo de juegos. Gracias por crear uno de los mitos más populares del siglo XX, un regalo que ha generado millones de horas felices de visionado en un momento crítico de la historia mundial, un momento en el que quizá necesitamos creer más que nunca en el honor, el sacrificio, el corazón, y en esa magia especial que es la vida misma.

Mientras viva, jamás olvidaré el momento en el que Luke Skywalker voló desesperadamente por la trinchera de la *Estrella de la Muerte*, con la banda sonora de John Williams resonando majestuosa, y el público permanecía atónito ante el

asombroso debut de Industrial Light and Magic. En ese impresionante momento, un momento en el que parecía que el ser humano individual carecía de sentido y de objetivos en ese universo tan vasto y cibernético, escuchamos la voz de Obi-Wan Kenobi susurrando que debíamos confiar en nuestros sentimientos:

"La Fuerza fluye a través de nosotros. Nos controla. Nosotros la controlamos. La vida la crea. Es más poderosa que cualquier *Estrella de la Muerte*."

Cientos de millones de personas dijeron sí, y suspiraron, aplaudieron y regresaron a casa o apagaron el vídeo sintiendo que tenían un poco más de poder que antes de que las luces se apagaran y se oyera la conocida música de Twentieth Century Fox.

No es un logro pequeño.

Que la Fuerza le acompañe, señor Lucas.

Y a todos nosotros. Siempre.

Steven Barnes

Longview, Washington

[www.lifewrite.com](http://www.lifewrite.com)

13 de enero de 2004